
EDICIONS INTERNACIONALS SEDOV

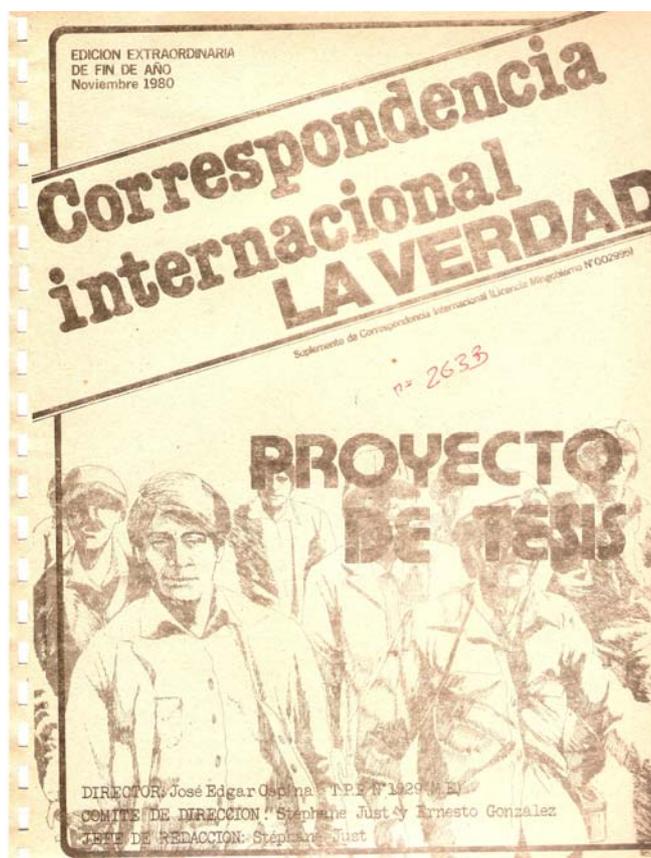
Serie: Documentos históricos

Grupo Germinal

germinal_1917@yahoo.es

**PROYECTO DE TESIS PARA LA
REORGANIZACIÓN
(RECONSTRUCCIÓN) DE LA IV
INTERNACIONAL**

**(Comité Paritario por la Reorganización - reconstrucción - de la
IV Internacional)**



Sumario

CORRESPONDENCIA INTERNACIONAL – LA VERDAD, por Stéphane Just

PREFACIO

INTRODUCCIÓN: EL SIGNIFICADO DE ESTAS TESIS

Tesis I: Actualidad del Programa de Transición

Tesis II: Las bases de fundación de la Cuarta Internacional han sido confirmadas por la historia

CAPÍTULO 1: Más de un siglo de luchas del proletariado mundial confirman la actualidad de la cuarta Internacional

Tesis III: Del Manifiesto Comunista a nuestros días: conquistas y victorias, crisis de dirección y decadencia de la humanidad, p 19

Tesis IV: Del capitalismo ascendente al imperialismo, época de organización de los grandes partidos socialistas, p 23

Tesis V: la crisis de dirección revolucionaria, factor dominante de nuestra época, p 27

Tesis VI: La revolución de Octubre y la creación de la Tercera Internacional, p 31

Tesis VII: Veinte años de derrotas provocadas por el stalinismo, p 33

Tesis VIII: La fundación de la Cuarta Internacional, p 37

Tesis IX: Treinta años de grandes triunfos revolucionarios, p 38

Tesis X: Se ha abierto el período de la inminencia de la revolución y de la solución a la crisis de dirección, p 47

CAPÍTULO 2: La etapa de posguerra: los factores que van a constituir el período de la inminencia de la revolución

Tesis XI: Una prolongación inesperada de la crisis de dirección revolucionaria, p 54

Tesis XII: Febrero y Octubre, dos enseñanzas actuales, p. 59

Tesis XIII: Revolución y conciencia obrera, p 66

Tesis XIV: ¿Qué es una situación revolucionaria?, p 75

Tesis XV: Fortalecimiento relativo y crisis de los aparatos, p 81

Tesis XVI: El stalinismo y el castrismo: las bases sociales de su política contrarrevolucionaria, p 85

Tesis XVII: A pesar del “boom” económico de posguerra, las fuerzas productivas decaen mientras que las fuerzas destructivas no dejan de crecer, p 92

CAPÍTULO 3: Intervenir en las revoluciones para avanzar hacia nuevos octubres

Tesis XVIII: La guerra de guerrillas y sus direcciones oportunistas, p 99

Tesis XIX: Los gobiernos obreros y campesino, p 104

Tesis XX: Proceso revolucionario, doble poder y marcha hacia la dictadura del proletariado, p 109

Tesis XXI: La importancia fundamental de las consignas y tareas democráticas. La Asamblea Constituyente y la Revolución Agraria, p 111

Tesis XXII: El derecho a la autodeterminación nacional y nuestra lucha por la destrucción de los estados nacionales, p 115

Tesis XXIII: Frente Único Obrero y Frente Único Antiimperialista, p 124
Tesis XXIV: Alemania, centro de la revolución socialista europea, p 128

CAPÍTULO 4: Los estados obreros burocráticos

Tesis XXV: La génesis de los nuevos estados obreros burocráticos, p 129
Tesis XXVI: Los estados obreros burocráticos: el caso Cuba, p 132
Tesis XXVII: La dictadura del proletariado y su degeneración burocrática, p 136

CAPÍTULO 5: La revolución política

Tesis XXVIII: La revolución política, p 139
Tesis XXIX: Guerras y ocupaciones entre los estados obreros, p 143
Tesis XXX: Sobre la federación de estados obreros, p 145

CAPÍTULO 6: Construir partidos trotskistas con influencia de masas

Tesis XXXI: Ha llegado la hora de construir partidos trotskistas con influencia de masas utilizando las oportunidades que se presenten, p 148
Tesis XXXII: El entrismo y la unidad con las tendencias centristas, p 154
Tesis XXXIII: Propaganda, agitación y táctica, p 157
Tesis XXXIV: Principios, estrategia y táctica, p 160
Tesis XXXV: El frente único obrero, p 162
Tesis XXXVI: El carácter de nuestros partidos y de nuestra Internacional, p 165

CAPÍTULO 7: El revisionismo es incompatible con el trotskismo

Tesis XXXVII: El revisionismo tiende a destruir la Internacional, p 167
Tesis XXXVIII: El Comité Paritario reorganiza las fuerzas que resistieron al revisionismo, p 176
Tesis XXXIX: Actualidad de la teoría de la revolución permanente y de la ley del desarrollo desigual y combinado, p 181
Tesis XL: Ha llegado la hora de la Cuarta Internacional, p 185
Tesis XLI: Sobre la constitución de la Cuarta Internacional (Comité Internacional), p 187

Correspondencia Internacional

La Verdad

Por Stéphane Just

De acuerdo con el Comité Central de la OCI, la tercera sesión ampliada del Comité Paritario por la Reorganización (Reconstrucción de la IV Internacional, tomó las siguientes resoluciones:

- 1) Publicar, bajo el título de *Correspondencia Internacional*, un mensuario político;
- 2) Fusionar la vieja revista que aparecía trimestralmente bajo el título de *Correspondencia Internacional* con *La Verdad*, convirtiéndolas así, en *Correspondencia Internacional-La Verdad*, revista política y teórica que aparecerá cada tres meses.

El primer número de *Correspondencia Internacional-La Verdad* aparecerá en noviembre y publicará el proyecto de Tesis programáticas que el Comité Paritario somete a la Conferencia Mundial, que ha convocado para fines de diciembre.

Esta decisión fue tomada en razón de la nueva etapa que atraviesa el Comité Paritario. En efecto, durante la III sesión ampliada, el Comité Paritario dio los últimos toques a la elaboración de las Tesis para la reconstrucción de la IV Internacional. Como conclusión de la discusión y de la adopción de estas Tesis, el Comité Paritario propone a la Conferencia Mundial convocada en diciembre, que constituya la “*IV Internacional (Comité Internacional)*”. Se trata de un salto cualitativo hacia la reorganización (reconstrucción) de la IV Internacional. La resolución de la III sesión ampliada del Comité Paritario que hacía esta proposición, terminaba así:

“La constitución de IV Internacional (Comité Internacional) no significa que la tarea de reorganización-reconstrucción de la IV Internacional esté terminada; significa que intentamos realizar lo que, por error, del SWP, el Comité Internacional de 1953 no realizó: expulsar de las filas de la IV Internacional al revisionismo liquidador, formar en el curso de ese combate una nueva dirección internacional, terminar la reorganización-reconstrucción de la IVª Internacional.”

La constitución de IV Internacional (Comité Internacional) significa, no obstante, que desde ahora el revisionismo liquidador ha sufrido una profunda derrota, y que se consolidan las condiciones de su dislocación y su derrota total. La constitución de IV Internacional (Comité Internacional) significa que sobre una base principista se ha reconstituido una organización internacional que asegura la continuidad de la IV Internacional, proclamada en 1938, reorganizada a fines de la II Guerra Mundial y dislocada por el revisionismo en 1950-53. En la actual coyuntura, el desarrollo de la lucha de clases mundial abre la posibilidad de construcción, en múltiples países, de partidos, secciones de la IV Internacional, que tenga una influencia de masas. Tales partidos sólo serán construidos a partir de la IV Internacional (Comité Internacional), bajo su impulso y en su marco”

Para la Conferencia Mundial, se tomarán importantes medidas políticas y organizativas, que traducirán en la práctica, la decisión de constituir IV Internacional (Comité Internacional). De todas ellas, la más importante será la decisión de disolver los componentes del Comité Paritario: el Comité de Organización por la Reconstrucción de la IV Internacional (CORCI), la Fracción Bolchevique (FB y la tendencia Leninista-Trotskista (TLT). En estas medidas, se inscriben las decisiones de publicar el mensuario político *Correspondencia Internacional* y de fusionar la publicación de la vieja revista con la de La Verdad, que se convierten en *Correspondencia Internacional-La Verdad* revista trimestral.

Desde su constitución, el Comité Paritario por la Reorganización (Reconstrucción) de la IV Internacional afirmó su voluntad de no ser, como lo fue el Comité Internacional de la IV Internacional en 1953 y durante los años que siguieron a su constitución, un simple frente único “ideológico” de organizaciones nacionales que se limite a la defensa de los principios de la IV Internacional.

Como lo indicaba su nombre, intentaba combatir por la “reorganización-reconstrucción” de la IV Internacional. Sin embargo, era indispensable una fase preliminar en la que el Comité Paritario definiera sus bases y sus contornos en relación con el desarrollo de la lucha de clases, frente al revisionismo liquidador y contra él, asumiendo no obstante la continuidad de la IV Internacional sobre la base de su programa. Desde esa etapa, el Comité Paritario decidió publicar una revista trimestral *Correspondencia Internacional*, lo que rompía radicalmente con la pasividad del Comité Internacional de 1953, que no tuvo nunca una expresión teórica y política internacional propia. La tarea de la revista *Correspondencia Internacional* era publicar los textos y documentos, las tomas de posición del Comité

Paritario, las informaciones provenientes de organizaciones que pertenecieran al CORCI, a la FB o a la TLT, además de artículos que, en general, polemizaban con las posiciones del Secretariado Unificado y sus organizaciones, y un editorial que aclaraba el conjunto.

El progreso de la clarificación teórica y política en el seno del Comité Paritario, de su cohesión, fue extremadamente rápido. Desde su constitución, no ha habido ningún acontecimiento capital de la lucha de clases mundial, ante el cual el Comité Paritario no tomara posición, sin ninguna divergencia importante entre sus componentes. Con la elaboración de las Tesis para la reconstrucción de la IV Internacional y la convocatoria en base a ellas, de la Conferencia Internacional, culmina una etapa. Y otra comienza. La revista trimestral debe, por lo tanto, modificarse y responder a las tareas de la nueva etapa, en la que IV Internacional (Comité Internacional) va a constituirse y construirse. *Correspondencia Internacional-La Verdad* deberá responder a diferentes exigencias:

- Publicar los documentos, textos, resoluciones provenientes de los organismos dirigentes; por ahora, del Comité Paritario y, pronto, de IV Internacional (Comité Internacional);
- Publicar los textos o artículos provenientes de las secciones nacionales, que expresen su actividad, su combate, sus tomas de posición en los países donde actúan; contribuyendo a la constitución progresiva de una sola organización en cada país;
- Analizar las cuestiones políticas de importancia mundial;
- Contribuir a la discusión de las cuestiones teóricas y políticas que planteen las Tesis, y de todas las cuestiones fundamentales del nuevo período de la revolución (el de la “*inminencia de la revolución*”), la crisis conjunta del imperialismo y de las burocracias parasitarias y contrarrevolucionarias, la lucha contra el revisionismo y la reorganización-reconstrucción de la IV Internacional.

Como se ve, la tarea es inmensa, y va a comenzar con la publicación, en el número uno de *Correspondencia Internacional-La Verdad* (nº 4 de *Correspondencia Internacional* y n 594 de *La Vérité*), del Proyecto de Tesis programáticas. Para ser llevada a cabo, esta tarea implica la concentración de los recursos políticos de que va a disponer la organización internacional que pronto será constituida, IV Internacional (Comité Internacional), y su colaboración lo más estrecha y armoniosa posible. Esto justifica plenamente la fusión *Correspondencia Internacional- La Verdad*.

Correspondencia Internacional y *La Vérité* tienen un origen y una historias asigna IV Internacional (Comité Internacional). Como es sabido,

Correspondencia Internacional fue una publicación de la III Internacional (la Internacional Comunista), que aportaba una decisiva contribución a su construcción y a la construcción de sus secciones antes de que la IC se degenerara. En esa publicación colaboraron los dirigentes más eminentes del Partido Bolchevique y de la Internacional Comunista. En cuanto a *La Vérité*, su primer número data de 1929. Fue el primer periódico de la Oposición de Izquierda publicado fuera de la Unión Soviética, cuando Trotsky fue expulsado por Stalin y se constituyó la Oposición de Izquierda Internacional.

Toda la historia de *La Vérité* está íntimamente ligada a la Oposición de Izquierda, luego a la del combate por la IV Internacional. En 1944, la fusión entre el POI, el CCI y el Grupo Octubre, condujo a la constitución del Partido Comunista Internacionalista (PCI). Su primer congreso, decidió no sólo que *La Vérité* sería el órgano central del PCI, sino que jugaría un gran papel en la IV Internacional reconstituida al final de la Segunda Guerra Mundial, ya que el Secretariado Internacional, con sede en París, la utilizaba ampliamente.

En la lucha contra el revisionismo liquidador pablista, *La Vérité* fue arma indispensable en las manos del PCI, a partir de 1951. Fue en las columnas de *La Vérité* donde se publicaron las Diez Tesis escritas por Mandel en el momento en que esbozaba una resistencia contra el pablismo. El congreso del PCI las adoptó, y su delegación al III Congreso mundial pedía que fueran sometidas a votación, en contra de la opinión de su autor. Esto fue rechazado. También fue en las columnas de *La Vérité* donde Bleibtreu publicó, en respuesta al artículo de Pablo *¿A dónde vamos?*, un artículo en varias entregas: *¿A dónde va el camarada Pablo?* Y fue *La Vérité*, cuando el PCI fue excluido en 1953 de la Internacional, la que cimentó la resistencia de sus militantes. *La Vérité* fue la publicación que impidió la liquidación del PCI, mientras este continuaba solo el combate contra el pablismo, hasta la carta de solidaridad con el PCI, de la sección argentina de la IV Internacional (antecesor del actual PST) luego, hasta noviembre de 1953, cuando el Socialist Workers Party publicó su *Carta abierta a los trotskistas del mundo entero* y se constituyó el Comité Internacional de la IV Internacional.

Luego, *La Vérité* debió mantener la unidad política y organizativa del PCI en el plano nacional e internacional. En 1959, después que De Gaulle tomó el poder, se tomó la decisión de convertir *La Vérité* de periódico en revista teórica. Se publicaba un boletín semanal, que iba a convertirse en el semanario *Informations Ouvrières*. Luego, en calidad de revista, *La Vérité* continuó el combate por la IV Internacional, y la construcción del partido

de la IV Internacional en Francia. El comité central de la OCI, al poner la tradición de *La Vérité*, su título y el capital político que representa la tradición de *La Vérité*, su título y el capital político que representa, a disposición de la IV Internacional (Comité Internacional), al pronunciarse por la fusión de *Correspondencia Internacional* y de *La Vérité* propuesta por el Comité Paritario, es fiel, por lo tanto, a toda la historia de *La Vérité* a toda la lucha política que lleva a cabo desde hace cincuenta años. Lo esencial es siempre la Internacional. En resumen, se trata de dar un nuevo paso en el camino de la reconstrucción de la IV Internacional.

Es cierto que toda una serie de artículos centrados particularmente sobre Francia y los problemas de la construcción del partido revolucionario en Francia, que aparecían en *La Vérité*, órgano central de la OCI, no podrán tener cabida de la misma manera en *Correspondencia Internacional-La Verdad*. Sin embargo, la mejora de *Informations Ouvrières* y la publicación del mensuario político *Correspondencia Internacional*, deben permitir llenar esas lagunas, e ir aun más allá.

En conclusión, llamamos a los fieles lectores de *La Vérité* a leer con la misma fidelidad *Correspondencia Internacional-La Verdad*. Llamamos a los difusores de *La Vérité* a difundir aun más ampliamente *Correspondencia Internacional-La Verdad*.

Stéphane Just

PROYECTO DE TESIS PARA LA REORGANIZACIÓN (RECONSTRUCCIÓN) DE LA IV INTERNACIONAL

Prefacio

El proyecto de tesis está sometido a la discusión de los grupos, organizaciones y secciones afiliados a las tres corrientes internacionales, Fracción Bolchevique (FB), Tendencia Leninista Trotskista (TLT) y Comité de Organización por la Reconstrucción de la IV Internacional (CORCI), que constituyeron el Comité Paritario por la Reorganización (Reconstrucción) de la IV Internacional, con base en su documento constitutivo.

El Comité Paritario, en su reunión ampliada de febrero de 1980, después de adoptar la declaración final, encargó al camarada Nahuel Moreno la preparación de un anteproyecto. La segunda sesión ampliada del Comité Paritario, en mayo de 1980, designó una comisión compuesta por los camaradas Nahuel Moreno, Pierre Lambert y Christian Nemo (a la que se asociaron S. Just y L. Favre) que, sobre la base del anteproyecto, redactó este proyecto que hoy presenta para la discusión.

Afirmamos la validez del Programa de Transición adoptado en la Conferencia de fundación de la IV Internacional en 1938, cuya crisis tiene, para nosotros, una sola causa: el revisionismo iniciado en su seno por el pablismo en 1950-52.

Para la redacción de estas Tesis, hemos querido aplicar el método del marxismo, tal como Trotsky lo definía en estas líneas suyas escritas el 1 de enero de 1936: “Sea como fuere, los pronósticos teóricos de Marx y Lenin no previeron la posibilidad de revoluciones políticas sobre la base de la propiedad nacionalizada por el proletariado. Pero tampoco previeron la degeneración bonapartista de la dictadura proletaria. Ambas cosas pertenecen a esas etapas, formas transitorias, etcétera, que la historia produce con tanta abundancia. Las leyes generales de la transición del capitalismo al socialismo, tal como las estableció el marxismo, no pierden su fuerza en virtud de estos ‘episodios’.” (1)

Haciendo nuestro este método, afirmamos que “las leyes generales de la transición del capitalismo al socialismo, tal como las estableció el marxismo”, y llevadas a la práctica por el Programa de Transición, no han sido, sin embargo, derogadas, de ninguna manera, por el movimiento hacia

la revolución mundial. Este se vio obligado a seguir un curso que lo condujo al establecimiento de toda una serie de estados obreros, burocráticos desde su nacimiento, como los de Europa del Este, China, Cuba, Vietnam. Esto obedeció a la política contrarrevolucionaria de las direcciones pequeñoburguesas, incluso la stalinista, y a la debilidad y la crisis de la IV Internacional. Ambos factores son también causa de que la crisis de dirección del proletariado no haya encontrado solución. Dichas leyes de evolución tampoco fueron derogadas por el “boom económico” de los años 1950-74, cuyo motor era la economía armamentista. Esta puso en marcha una inmensa destrucción de las fuerzas productivas, que preparó las manifestaciones más violentas de la crisis del modo de producción capitalista y de la división internacional del trabajo, cuyos signos premonitorios están, desde hoy, fuertemente delineados.

Consideramos estos “nuevos fenómenos”, que el pronóstico teórico de Marx, Lenin y Trotsky no podía prever, como “parte de esas fases y esas formas de transición”. Nos esforzamos por analizarlos como tales, y, con ellos, al conjunto de los procesos actuales del movimiento de emancipación de las masas oprimidas y explotadas, con el objetivo de crear las condiciones que permitan reorganizar (reconstruir) la IV Internacional, y construir, en cada país, partidos revolucionarios de la Cuarta Internacional. No pretendemos, de ninguna manera, haber arreglado todas las cuestiones que solamente una amplia discusión internacional, combinada con la intervención activa en la lucha de clases, podrá resolver. Para los redactores de este proyecto quedan cuestiones abiertas y sujetas a discusión. No pretendemos que la Conferencia Mundial, a la que sometemos este proyecto de Tesis, esté preparada para proclamar la IV Internacional reconstruida. No procedemos por medio de ultimátum.

Tenemos suficiente experiencia para comprender las consecuencias del método de autoproclamación: la dirección del SWP, después de denunciar correctamente al revisionismo pablista en 1953, le impuso al Comité Internacional una línea que proclamaba “depuesta” a la dirección pablista. Y esto, después de haberlo intentado todo para bloquear la discusión dentro del CI entre 1953 y 1963, no le impidió realizar una “unificación”, sin discusión y sin principios, con la dirección pablista en el seno del Secretariado Unificado.

Nosotros condenamos este método. Sus efectos destructores pueden medirse con la crisis permanente que atraviesa el SU desde 1963, y que condujo a una dispersión de sus fuerzas, en 1979. El Comité Paritario se constituyó precisamente para romper con todos los procedimientos, “caucus” y demás, mediante los cuales el revisionismo y sus aliados optan

por la utilización de medidas administrativas y burocráticas tales como la exclusión de la FB y la TLT, negándose a abrir una discusión que restablezca las bases del centralismo democrático, equivalente a la reconstrucción de la IV Internacional.

Este proyecto de Tesis, sometido a discusión, tiene que posibilitar un avance hacia la reconstitución del centralismo democrático y debe constituir un nuevo paso adelante hacia el restablecimiento y la reconstitución de la Internacional. Creemos posible decir que esto es tarea de la Conferencia Mundial, que podría proceder a la disolución de la FB, el CORCI y la TLT. Esto no es todavía una proclama en el sentido de que la IV Internacional esté reconstruida como polo internacional único y centralizado. Pero la discusión se proseguirá sobre nuevas bases, sobre una estructura organizativa que será tema de la Conferencia. Este último punto, en especial, para que en la próxima etapa se constituya una sección única del Comité Paritario en cada país, mediante la fusión de las organizaciones nacionales de la FB, el CORCI y la TLT.

Proponemos a la Conferencia Mundial, sobre la base de la adopción de este proyecto de Tesis, constituir una organización internacional que lleve por nombre “Cuarta Internacional (Comité Internacional).

Introducción

EL SIGNIFICADO DE ESTAS TESIS

Tesis I.- Actualidad del Programa de Transición

Hoy son más actuales que nunca el Programa de Transición y su eje central, la construcción de la IV Internacional en todos los países del mundo para derrotar a los aparatos burocráticos contrarrevolucionarios y resolver la crisis de dirección revolucionaria, dentro de la lucha misma para llevar a cabo la revolución socialista mundial.

Estas Tesis son las únicas capaces de responder a los nuevos problemas teóricos y políticos planteados por el ascenso revolucionario de esta posguerra, el más colosal que se haya visto hasta nuestros días y cuyas formas concretas el Programa de Transición no podía prever. Sin embargo, nuestras Tesis pretenden demostrar que la única manera de dar una respuesta política correcta a estos nuevos problemas consiste en considerarlos según el Programa de Transición y su método. De este modo, queremos combatir al revisionismo, que se apoderó de esos

acontecimientos nuevos e imprevistos para cuestionar los principios del marxismo revolucionario de nuestra época, el trotskismo.

El más espectacular de esos nuevos problemas es la aparición, en un tercio de la humanidad, de numerosos estados obreros burocráticos. Estos son la consecuencia del ascenso revolucionario de los trabajadores, quienes obligaron a sus direcciones pequeñoburguesas, burocráticas y contrarrevolucionarias, a romper con la burguesía, expropiarla y tomar el poder. Dicho de otro modo: en esta posguerra, la variante que Trotsky definió como “altamente improbable” fue la única que se produjo.

Sin embargo, este proceso, de una amplitud inesperada en varios sentidos, verifica plenamente las condiciones que planteaba el Programa de Transición, en tanto consideraba, de todas maneras, como una variante poco probable que los aparatos pequeñoburgueses se vieran obligados a ir más allá de su propio programa en el camino de ruptura con la burguesía. En efecto, el ascenso de las masas obligó a sus direcciones a llegar hasta la expropiación de los explotadores nacionales y extranjeros, conforme al método preconizado por el Programa de Transición. Sin embargo, la ausencia de una dirección trotskista con influencia de masas y la existencia de la dirección burocrática y pequeñoburguesa del proceso revolucionario, transformaron a esos países en estados obreros nacionales burocráticos.

Este fenómeno ha extendido y actualizado a un nivel sin precedentes el alcance de la consigna trotskista, lanzada sólo para a URSS por el Programa de Transición de *revolución política*, según la cual es necesario expulsar a la burocracia parasitaria y restaurar o establecer la democracia de los consejos obreros revolucionarios.

Es imposible prever si esta variante de los estados obreros burocráticos encontrará o no nuevas aplicaciones. En todo caso, queda excluido que esto pueda realizarse a nivel mundial, pues la burocracia no es sino un accidente histórico, que depende estrechamente del mantenimiento del sistema imperialista mundial. El Programa de Transición es cada vez más necesario y actual, por cuanto es el único que plantea la tarea de llevar hasta el final la revolución política contra los gobiernos burocráticos pequeñoburgueses de los estados obreros burocráticos y, en consecuencia, la necesidad de construir los partidos y la Internacional trotskista, única dirección que garantiza la revolución política. Si la burocracia se mantiene en el poder en los estados obreros burocráticos, lo que significa el mantenimiento del sistema imperialista, la humanidad se enfrenta a una alternativa implacable: holocausto o victoria de la revolución proletaria mundial, de la cual la revolución política es parte, ya que la burocracia es el principal apoyo

mundial del imperialismo, y los estados obreros burocráticos, el principal enemigo de las conquistas de Octubre.

De una manera más general, a pesar de la ausencia de partidos revolucionarios, la posguerra se caracteriza por el surgimiento de múltiples procesos del tipo del que condujo a la revolución de febrero, en los que el movimiento revolucionario de las masas consiguió dismantelar al estado burgués abriendo con ello la revolución proletaria. Pero ninguno de esos procesos llegó a su culminación. Los que triunfaron contra la burguesía, en ausencia de una dirección revolucionaria, fueron canalizados por la burocracia; expropiaron a la burguesía, pero sólo fundaron nuevos estados obreros burocráticos. En este sentido, ninguna de esas revoluciones posee las características de la Revolución Rusa de Octubre de 1917. Debemos reconocer que la perspectiva de nuestra Internacional, de revoluciones victoriosas del mismo tipo que la de Octubre en Rusia, no ha tenido lugar hasta ahora. Y tampoco se realizó la perspectiva de las tesis de la revolución permanente y, en general, la del trotskismo, según la cual la expropiación de los explotadores nacionales podía efectuarse exclusivamente a través de un mecanismo político similar al de la Revolución Rusa, es decir, mediante organismos obreros, dirigidos por un partido marxista revolucionario.

Pero estas nuevas revoluciones “de febrero”, algunas de las cuales llegaron a expropiar a la burguesía sin pasar por su Octubre, demuestran más que nunca que, para que triunfen nuevas revoluciones de Octubre, es imprescindible ratificar la orientación del Programa de Transición. Toda revolución de febrero que no llegue hasta la revolución de Octubre, aunque consiga expropiar a la burguesía, no da lugar a un proceso de movilización y revolución permanentes por la liquidación de las fronteras nacionales y contra el imperialismo a escala mundial. Por el contrario, la “teoría” contrarrevolucionaria del socialismo en un solo país conduce a una recaída en la barbarie de la defensa de los estados nacionales y, en este caso, de los límites nacionales de los estados obreros burocráticos. Esto, en particular en el caso de los países del Este, encubre la opresión de múltiples nacionalidades, y la opresión económica y política de la burocracia del Kremlin sobre esos países.

El triunfo de nuevas revoluciones de Octubre es cada vez más necesario para que la humanidad continúe avanzando. Esta es, justamente, la razón de ser del Programa de Transición.

Por otra parte, el mismo Trotsky señaló que conscientemente, el Programa de Transición se había ocupado de manera incompleta de dos problemas

importantes: la situación económica y las tareas que se impondrán después de que el proletariado conquiste el poder. El “boom” económico y la aparición de nuevos estados obreros burocráticos, hacen necesario precisar y profundizar estas dos cuestiones.

Respecto a la primera, confirmamos el análisis trotskista: la economía mundial, en su totalidad, continúa bajo el dominio imperialista y, en consecuencia, también lo está la de los estados obreros burocráticos. Por tanto, no existen dos economías mundiales, tal como lo sostienen los revisionistas del marxismo, sino que, a escala de la época, las relaciones sociales de producción resultantes de Octubre son absolutamente antagónicas con el modo de producción capitalista. Tratamos también de demostrar cómo se confirma y enriquece uno de los postulados esenciales del leninismo y el trotskismo, según el cual “las fuerzas productivas de la humanidad han dejado de crecer”. Aun el “boom” económico del imperialismo, hoy terminado, tenía un carácter fundamentalmente parasitario; desarrolló las fuerzas destructivas y condujo a la mayor parte de la humanidad a la miseria y a la sobreexplotación crecientes y absolutas.

Sobre la segunda cuestión, afirmamos que la forma concreta que adquirió la etapa de transición del capitalismo al socialismo hasta nuestros días, es decir, los estados obreros burocráticos, implicó la aparición de problemas imprevistos que nos obligan a precisar las consignas tendientes a la movilización permanente del movimiento de masas. La burocracia stalinista gobernante es una gangrena para todos los estados obreros. Ha provocado guerras e invasiones entre ellos, y esto nos obliga a lanzar una consigna fundamental: Federación de los estados obreros existentes. Evidentemente, esta consigna debe ligarse necesariamente a la extensión de la revolución mundial, al combate por los Estados Unidos Socialistas de Europa y el mundo, y a la defensa incondicional de los derechos nacionales de los pueblos y nacionalidades oprimidos por la burocracia, incluso el derecho a la separación. Todas estas consignas están inscritas en una tarea histórica: hacer la revolución política contra la burocracia de los estados obreros burocráticos.

También abordamos otros problemas: el papel histórico del stalinismo como principal agente contrarrevolucionario, que intentó romper la memoria histórica del proletariado, aunque no pudo impedir que la IV Internacional preservara la herencia bolchevique; el alcance revolucionario que tienen las consignas democráticas y nacionales; el papel de la consigna de Asamblea Constituyente; la guerra de guerrillas y su papel durante el curso de los ascensos revolucionarios de este periodo, etcétera.

Pero nuestras Tesis no se limitan a demostrar que los nuevos procesos de esta posguerra confirman y enriquecen el Programa de Transición. Queremos demostrar cómo sus análisis y postulados fundamentales tienen una actualidad cada vez mayor, en este final del siglo XX en el que asistimos a un ascenso revolucionario más potente aun que el de la inmediata posguerra. Este período se caracteriza por dos hechos fundamentales: la crisis irremediable del imperialismo y de la burocracia stalinista de los estados obreros, y el hecho de que se combinen los procesos de la revolución mundial de manera más estrecha que nunca: los procesos unificados, aunque necesariamente diferenciados, de la revolución social en los países imperialistas y en los países dominados, y la revolución política en los estados obreros burocráticos.

Esta nueva etapa actualizada más que nunca los ejes centrales del Programa de Transición: la movilización permanente del proletariado mundial y sus aliados, los oprimidos del mundo entero, sobre la base de un programa de consignas transicionales que nos permitan vencer al imperialismo mundial, a los explotadores nacionales y a las burocracias dominantes en las organizaciones obreras, y expulsar a la burocracia de los estados obreros burocráticos, con el fin de destruir las fronteras nacionales e instaurar la Federación Mundial de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, única manera de comenzar a construir el socialismo. Y para lograrlo, es imprescindible la construcción de la IV Internacional en todos los países del mundo para arrancar la dirección del movimiento obrero y de masas a los aparatos burocráticos, pequeñoburgueses, que practican la colaboración de clases, el frente populismo y la coexistencia pacífica con el imperialismo. Este es el único medio de superar la crisis histórica de dirección del proletariado y de poder llevar hasta su término a la revolución mundial actualmente en curso.

Tesis II.- Las bases de fundación de la IV Internacional han sido confirmadas por la historia

Nuestra Internacional fue fundada en 1938 sobre la base de una serie de análisis y principios generales que le dieron su sustancia. La experiencia de la época que va de la Primera Guerra mundial hasta nuestros días, época de la revolución proletaria mundial, confirmó completamente esas bases fundamentales.

Esquemáticamente, dichos principios son los siguientes:

1.- Bajo el imperialismo, las fuerzas productivas de la humanidad han dejado de crecer y, en consecuencia, todo desarrollo técnico no mejora el nivel de vida de las masas, sino que, por el contrario, provoca una miseria creciente y nuevas guerras. Las fuerzas productivas han entrado en

contradicción, no sólo con la propiedad privada capitalista e imperialista, sino también con la existencia de los estados nacionales.

2.- A causa de estas contradicciones, a partir de 1914 se ha abierto una época histórica de guerras, crisis y revoluciones.

3.- La lucha de clases y la revolución han adquirido un carácter mundial. Concretamente, esto significa que hemos entrado en la época más revolucionaria de la historia, en la que hay que apreciar todos los fenómenos desde el punto de vista de la revolución y la contrarrevolución mundiales y no desde el punto de vista de los estados o de cualquier otro fenómeno estructural o superestructural nacional.

4.- La crisis de la humanidad es consecuencia de la crisis de dirección del proletariado y mientras éste no la resuelva, la humanidad irá de crisis en crisis, cada una más aguda que las otras. Esto no significa que la lucha de los oprimidos y de los explotados no pueda obtener éxitos y nuevas posiciones para la revolución mundial. Pero éstas mantendrán siempre un carácter precario puesto que, al profundizar la crisis del imperialismo, van a reforzar la voluntad contrarrevolucionaria de la burguesía mundial, que se encuentra sin salida.

5.- La crisis de dirección del proletariado mundial no es un fenómeno subjetivo, abstracto, fenomenológico, provocado por el bajo nivel de conciencia del proletariado, sino objetivo, concreto, dada la existencia real de aparatos burocráticos que son las direcciones reconocidas del movimiento obrero y de masas, sobre todo la socialdemocracia y el stalinismo, que se pasaron al campo del orden burgués imperialista. Todas las direcciones burocráticas o pequeñoburguesas, izquierdistas, nacionalistas, socialdemócratas y stalinistas, sirven históricamente (de manera directa o indirecta) a la contrarrevolución imperialista.

6- Esta traición de las direcciones obedece a causas sociales, la formación de una aristocracia obrera que es la base de la burocratización de las organizaciones obreras; la constitución de una burocracia como casta parasitaria de las conquistas de la Revolución de Octubre.

Las direcciones pequeñoburguesas, incluso las stalinistas, son irre recuperables para la revolución. El stalinismo juega el principal papel entre los aparatos contrarrevolucionarios, porque monopoliza el control del estado obrero más importante, fuente de privilegios ilimitados.

7- La “ideología” o la teoría de todas estas corrientes pequeño-burguesas y burocráticas, y sobre todo el stalinismo, es la del “socialismo en un solo país” y de la coexistencia pacífica con el imperialismo. Con estas armas, la burocracia combate para derrotar a la revolución mundial.

8- La teoría de la revolución permanente es la única teoría y programa que se opone de manera consecuente a la “teoría” stalinista y socialdemócrata del “socialismo en un solo país” y de coexistencia pacífica, y a su práctica de colaboración con las distintas burguesías y con el imperialismo.

Su primera formulación, anterior a la Revolución Rusa, se ocupa de la combinación de las tareas democráticas y socialistas, de la función de la dictadura del proletariado como realizadora de las tareas de la revolución democrática en los países atrasados. La segunda (1928), tiene precisamente la función de responder a la teoría stalinista de la construcción del socialismo en un solo país, y a las tareas que se presentan, no sólo en los países atrasados, sino en cualquier país, después de la toma del poder. Su tema es la dinámica de la revolución socialista internacional, de la movilización permanente de la clase obrera y sus aliados para tomar el poder, instaurar una dictadura revolucionaria para vencer al imperialismo en el mundo entero, destruir de manera revolucionaria los estados nacionales e implantar la federación de las repúblicas socialistas soviéticas del mundo, para comenzar a construir el socialismo a escala mundial.

9- Los objetivos que realizará el socialismo son la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, la abolición del régimen patronal y salarial, la desaparición progresiva del estado y las clases. Si bien para derrotar la dominación de la burguesía, el proletariado deberá expropiar a los sectores capitalistas que hayan alcanzado el estadio de monopolios (expropiación del capital financiero ligado al capital financiero internacional que controla el mercado mundial), la amplitud de las expropiaciones es una cuestión táctica para la dictadura revolucionaria del proletariado.

En todo caso, ni la expropiación del capital financiero ni la de la burguesía o los terratenientes nacionales, agotan, por sí solas, las tareas de la revolución.

Su gran objetivo estratégico es desarrollar la revolución socialista en una región y en el mundo, liquidar definitivamente al imperialismo y las fronteras nacionales, para imponer el socialismo en todo el planeta.

10- La principal tarea para superar la crisis de dirección del proletariado pasa por la construcción de partidos trotskistas con influencia de masas en

todos los países del mundo, y del partido mundial de la revolución socialista, la IV Internacional. Estos sólo podrán construirse si llevan hasta el fin, en el seno del movimiento de masas, una lucha implacable contra todas las direcciones burocráticas y pequeñoburguesas. Esto es independiente del hecho de que estas direcciones pueden verse obligadas a dirigir coyunturalmente ciertas luchas progresivas o revolucionarias bajo la presión del movimiento de masas. En una conjunción excepcional de circunstancias, estas luchas pueden llevarlas incluso a romper con la burguesía e instaurar un gobierno obrero y campesino, como lo consideró el Programa de Transición.

11- Nada demuestra mejor el carácter contrarrevolucionario del stalinismo que su papel como gobierno bonapartista en la URSS misma, a la que lleva inevitablemente a una crisis creciente de naturaleza económica, social, política y cultural. La burocracia y su régimen minan día tras día, el primer estado obrero de la historia. Solamente una revolución política contra la burocracia, dirigida por un partido trotskista, podrá vencer esa crisis histórica del estado obrero, que se encuentra en un agudo proceso de degeneración. El objetivo de esa revolución política es imponer nuevamente una dictadura revolucionaria del proletariado. Según el modelo de Lenin y Trotsky.

12- La revolución política que es imprescindible realizar en la URSS y en los otros estados obreros burocráticos contra la casta burocrática en el poder, es parte integrante de la revolución proletaria mundial y de la lucha mundial por barrer de la dirección del movimiento de masas a todos los partidos stalinistas, socialdemócratas y pequeñoburgueses que lo dirigen.

13- Todos los puntos precedentes quedaron condensados en la letra y el método de Programa de Transición. Es el programa para movilizar al proletariado para la toma del poder y la instauración de la dictadura revolucionaria del proletariado.

Se trata del programa que, a partir de las condiciones objetivas y de los diversos niveles de conciencia de las masas, las moviliza y le asegura a su movilización un desarrollo permanente, a partir del cual puede construir la única dirección revolucionaria que es la expresión consciente de ese proceso: los partidos trotskistas y la IV Internacional.

Capítulo 1

Más de un siglo de luchas del proletariado mundial confirma la actualidad de la IV Internacional

Tesis III.- Del Manifiesto Comunista a nuestros días: conquistas y victorias, crisis de dirección y decadencia de la humanidad

A partir de 1848, sobre la base de todo su anterior movimiento de organización y de lucha, el proletariado surge en la escena histórica como clase, planteando contra la burguesía sus propios intereses históricos, aunque todavía en esa época el capitalismo conserva el papel progresivo de su fase ascendente.

Ese es el sentido del Manifiesto Comunista, de la revolución de 1848, de la constitución de la I Internacional, de la Comuna de París.

Durante las dos últimas décadas del siglo XX, el proletariado, principalmente el europeo y el norteamericano, junto con sectores todavía limitados de los pueblos y los sectores oprimidos, comienza a ocupar el lugar de principal protagonista del proceso histórico, puesto que sus luchas adquieren un carácter continuo y sistemático. Durante este siglo, no ha cesado ni un instante de luchar contra el capitalismo y el imperialismo. Gracias a todas esas luchas, el proletariado y los trabajadores arrancaron a las burguesías conquistas fundamentales, como las grandes organizaciones sindicales, los partidos obreros, los derechos sociales. Este período culminó con la gigantesca conquista que representa la Revolución de Octubre, que abrió la época de la revolución proletaria. Ninguna otra revolución de Octubre ha triunfado después. Sin embargo, el proletariado obtuvo, particularmente después de la segunda guerra mundial, conquistas revolucionarias como la expropiación de la burguesía en numerosos países a los que transformó en estados obreros, pero a los cuales los aparatos imprimieron un carácter burocrático desde su nacimiento.

A su turno, los aliados del proletariado (los pueblos atrasados, las nacionalidades oprimidas, los campesinos, las razas y sectores oprimidos) arrancaron también grandes conquistas. Casi todas las colonias de los viejos imperios obtuvieron su independencia política. Los campesinos de numerosos países atrasados alcanzaron una mayor participación en la posesión de la tierra, aunque no consiguieron imponer, de todas maneras, una reforma agraria radical, puesto que solamente en los países en los que la burguesía ha sido expropiada es donde ocurrió radicalmente lo mismo con la propiedad de la tierra. Las mujeres han obtenido el derecho al voto, un acceso limitado al aborto, el derecho al divorcio en numerosos países.

Los negros de Estados Unidos han avanzado considerablemente en su lucha contra la discriminación, se han convertido en una fuerza revolucionaria (que la burguesía norteamericana había conseguido también contener después de la guerra de Secesión), aliada a los obreros norteamericanos, de los que por otra parte son parte constituyente. El pueblo vietnamita ha hecho fracasar al imperialismo en el terreno militar, político y social de su empresa.

Esta lucha de más de un siglo de la clase obrera mundial está dividida en dos épocas claramente delimitadas por la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. Hasta 1914 y en el marco del período progresivo del régimen capitalista (que duró hasta principios de siglo) el proletariado arrancó conquista tras conquista, sin poder arreglar directamente la cuestión de la toma revolucionaria del poder. Para los trabajadores, fue la época de las reformas.

A partir del año 1914 y de la Revolución Rusa, se abre la época que vivimos hoy, época de crisis y de decadencia crónica, el capitalismo, época del imperialismo de enfrentamiento entre la revolución y la contrarrevolución mundiales. Es la época en que la suerte de la humanidad y de la civilización plantea con fuerza el dilema socialismo o barbarie. El proletariado ha mostrado, muestra y continúa mostrando su capacidad de revolucionar el mundo aunque esté trabada por las direcciones traidoras y la crisis de la dirección revolucionaria del proletariado. Es la época de la revolución socialista internacional.

A pesar de las grandes conquistas del movimiento obrero y de las masas explotadas y oprimidas, en estos cien años, la humanidad y los trabajadores del mundo entero ven aumentar la miseria, las guerras, la posibilidad de un holocausto nuclear, incluso en los países que se reclaman del socialismo, es decir, los estados obreros burocráticos. Esto es consecuencia de que el imperialismo continúa dominando la economía mundial. Esta dominación es globalmente fuente creciente de miseria, de represión, de guerra y de sufrimiento inmensos para los explotados y los oprimidos.

El hecho de que los aparatos burocráticos traben el movimiento de la clase no ha permitido, a pesar de las inmensas conquistas que representan las grandes organizaciones obreras y la expropiación de la burguesía en diferentes países, que el proletariado internacional dé una solución a las plagas que engendra el capitalismo.

Los planes del imperialismo reducen a la miseria y al hambre a centenas de millones de seres humanos; condujeron a dos guerras mundiales y a una

infinidad de guerras locales y a la amenaza de una nueva guerra, una guerra nuclear que acabaría con toda manifestación de vida en el planeta. En los países avanzados, el imperialismo, con un refuerzo activo de los aparatos, se perpetúa a través de las formas más decompuestas de su dominación política, e intenta dislocar las adquisiciones fundamentales de la clase obrera. Como consecuencia de la supervivencia del imperialismo, la degeneración burocrática de los estados obreros se convierte cada vez más en un obstáculo para el progreso de los países donde la burguesía ha sido expropiada.

La invasión de Afganistán por la URSS, así como la de Camboya por Vietnam y la de Vietnam por la China, demuestran que las burocracias contrarrevolucionarias de los estados obreros no sólo son impotentes para conjurar el conjunto de estos peligros, entre ellos la guerra, sino que los agudizan.

Esta situación altamente contradictoria (la obtención de grandes conquistas debidas al heroísmo y la potencia de las luchas obreras y de los oprimidos, por un lado, y por el otro, el agravamiento de la crisis de la humanidad) tiene una sola explicación: por su crisis de dirección, el proletariado mundial no ha podido barrer al imperialismo, pese a que habría podido hacerlo desde hace décadas. Esta crisis es consecuencia del hecho de que las organizaciones reconocidas por las masas obreras (sindicatos, partidos) y los estados obreros están sin excepción controlados por la burocracia y las direcciones contrarrevolucionarias al servicio directo o indirecto del imperialismo, principalmente la burocracia stalinista en la URSS.

La crisis de dirección del proletariado mundial, el papel traidor de las direcciones burocráticas reconocidas del movimiento obrero, es el factor decisivo de las derrotas históricas que se produjeron: el factor que hace que todas las conquistas hayan sido trabadas y que el imperialismo no haya sido barrido.

Los grandes partidos obreros, los sindicatos y los estados obreros han sido deformados en la camisa de fuerza de la burocracia: todos son burocráticos, ninguna es revolucionario. Todas las direcciones reconocidas sirven a la contrarrevolución. Sin embargo hay una diferencia en lo que concierne a los aparatos contrarrevolucionarios: el aparato formado por la dirección socialdemócrata continúa cumpliendo su papel contrarrevolucionario que fue decisivo en la primera posguerra. Pero para frenar y traicionar revoluciones, el stalinismo no tiene parangón. Es un producto de la época revolucionaria, el más gigantesco aparato contrarrevolucionario que la historia ha conocido. Hablamos de la utilidad contrarrevolucionaria y no de

aptitudes. Nadie es tan agente de la burguesía como una dirección socialdemócrata, pero su utilidad para esta misma burguesía ante un ascenso revolucionario es mucho menos importante que la del stalinismo a escala mundial.

Por culpa de las direcciones socialdemócratas, las conquistas arrancadas por el proletariado en la época de reformas no permitieron evitar la guerra imperialista y la crisis de la II Internacional, que constituyen una derrota histórica. Gracias a los socialdemócratas, la victoria de la revolución socialista europea quedó circunscrita a la URSS, fue impedida en Italia y en Hungría y, lo que es más importante, en Alemania. Pero enseguida el stalinismo ocupa su lugar de principal agente contrarrevolucionario en las filas obreras, y a él se le deben las derrotas, ulteriores.

La época revolucionaria se divide entonces en varias etapas:

La primera, de 1917 a 1923: gracias a la existencia de un partido marxista revolucionario triunfa en Rusia la Revolución de Octubre, se funda la III Internacional y estalla la revolución europea.

La segunda, de 1923 a 1943 aproximadamente., se abre a partir de la derrota de la revolución europea, e inaugura veinte años de grandiosa actividad revolucionaria y de derrotas ininterrumpidas, trae la aparición y el triunfo del stalinismo en la URSS y en el seno de la III Internacional que, son su política, ayuda a los triunfos fascistas de Chiang Kai-shek, de Franco y de Hitler, permite el estallido de la segunda guerra imperialista mundial y debilita a la URSS frente al nazismo, facilitando así la guerra contrarrevolucionaria nazi contra la URSS.

En esta etapa se funda la IV Internacional como respuesta a la traición stalinista y a la necesidad de una dirección de la revolución socialista mundial.

La tercera, a partir de la posguerra, en la que se desarrolla el más grande ascenso revolucionario conocido, que consigue expropiar a la burguesía en un tercio de la humanidad, incluyendo el país más poblado del mundo, la China.

Pero el stalinismo, que continuó siendo la dirección predominante y que salió relativamente reforzado gracias a la derrota que le infligió el nazismo, permitió desde el primer momento la reconstrucción capitalista de Europa y le dio un carácter burocrático desde su mismo origen a los estados obreros

que surgieron de la actividad revolucionaria de las masas y del hundimiento de los estados burgueses bajo el golpe de las victorias del Ejército Rojo.

Productos de la actividad revolucionaria de las masas, pero controlados por la burocracia del Kremlin o por partidos burocráticos (China, Yugoslavia estos estados se constituyeron como burocráticos. En ellos, la revolución política es, como lo veremos, la principal tarea, así como lo es en la Unión Soviética, y en los estados obreros burocráticos aparecidos ulteriormente (Cuba, Vietnam).

En los países imperialistas occidentales, el proletariado también arrancó nuevas conquistas, que la burguesía debió concederle para asfixiar la ola revolucionaria nacida de la segunda guerra mundial, que las burocracias de los partidos obreros, socialdemócratas y sobre todo stalinistas, lograron desviar.

A partir de 1968, se reúnen los rasgos característicos del *período de la revolución inminente*, rasgos que son ampliamente analizados en el Capítulo II.

Tesis IV.- Del capitalismo ascendente al imperialismo, época de organización de los grandes partidos socialistas

Antes de entrar a su crisis histórica (cuando estaba pasando al estadio imperialista) el capitalismo desplegó sus máximas posibilidades de desarrollo, principalmente en los países avanzados, los cuales, a través del pillaje y la repartición del mundo, siguieron conociendo posibilidades de crecimiento que interrumpieron las crisis cíclicas. Su rivalidad a escala mundial acumuló contradicciones que alimentaron las guerras coloniales y el comienzo de una economía de armamentos.

Sin embargo, en ese período prosigue un proceso de crecimiento orgánico del capital, que permite a los países imperialistas entablar entre ellos constantes compromisos.

El proletariado no abandonó un solo día la lucha contra el capitalismo. Gracias a sus heroicas luchas, la clase obrera de los países avanzados obtuvo enormes conquistas obreras y democráticas (las ocho horas de trabajo y el derecho al voto, entre otras) así como el desarrollo de poderosas organizaciones sindicales y políticas. Es cierto también que esas conquistas le fueron arrancadas al capitalismo cuando éste se enriquecía gracias a la explotación de los países atrasados, lo que le permitió concederlas. Más aún, como consecuencia de las luchas y las conquistas

arrancadas por el proletariado, el capitalismo desarrolló la técnica, como factor de impulso de las fuerzas productivas en crecimiento.

Es por eso que esta primera etapa de la lucha del proletariado mundial contra el capitalismo culminó, a través de la lucha revolucionaria, con la obtención de amplias reformas, con la acumulación cuantitativa de conquistas en el seno del capitalismo, sin que la toma del poder, que el *Manifiesto Comunista* había puesto a la orden del día, y la Comuna en práctica, fuera realizada. Esto no significa de ninguna manera que la burguesía haya hecho concesiones por su propia voluntad. Por el contrario, cada avance del proletariado fue producto de una lucha encarnizada y de carácter revolucionario contra la burguesía.

El desarrollo aparentemente pacífico y progresivo del capitalismo en esta etapa revela su verdadera naturaleza en 1914.

Allí se ponen al desnudo las agudas contradicciones entre el desarrollo de las fuerza productivas encerradas en la camisa de fuerza de la propiedad privada capitalista y las fronteras nacionales, así como la feroz competencia entre los monopolios que provocan el estallido de la guerra.

Todas estas contradicciones aparentemente se habían amortiguado gracias a la aparición de los monopolios y a la colonización de los países atrasados por el capital financiero, pero el estallido de la guerra mostró que esto no era así, y que por el contrario, esas contradicciones se habían desarrollado y agravado. Cuando ya no hubo más países atrasados para repartirse, los bandidos imperialistas se enfrentaron durante la Primera Guerra Mundial para saber quién dominaría el mundo.

Esta terrible conflagración fue la nueva expresión de la crisis capitalista que, hasta entonces, se había manifestado principalmente bajo la forma de crisis cíclicas. La competencia capitalista cesó de expresarse por la bancarrota de algunas empresas y comenzó a hacerlo a través de la destrucción de países enteros. El proletariado pagó con su propio holocausto la crisis del orden capitalista mundial.

La razón política de esta derrota es que la II Internacional y sus partirlos nacionales se habían pasado completamente del lado del orden burgués. Así, cincuenta años de triunfo y de acumulación de conquistas no impidieron esta primera derrota histórica grave de la clase obrera que fue la Primera Guerra Mundial.

La razón proviene enteramente en los primeros elementos de crisis que afectan a la dirección del proletariado. Las superganancias imperialistas le habían permitido a la burguesía crear sectores privilegiados en el seno de la clase obrera, una aristocracia obrera, y disciplinar y corromper las direcciones sindicales y políticas de la clase obrera. Estas se convierten en aparatos reformistas, burocráticos, agentes de la burguesía en el seno mismo de las poderosas instituciones construidas por la clase obrera, e intentan obligarlas a la colaboración con la burguesía y el imperialismo.

Además, la II Internacional nunca fue una verdadera internacional, sino una federación de partidos, que correspondió a esa fase del movimiento obrero en la que el proletariado, a través de su actividad revolucionaria, podía arrancar importantes conquistas y derechos en cada país y organizarse en los partirlas socialdemócratas, con lo que se constituyó como “clase para sí” ante la burguesía y su estado.

Reconocemos el carácter progresivo que Marx, Engels, Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo le atribuyeron en esa época a esos partidos socialdemócratas, pero el carácter federativo de la II internacional iba directamente en contra del movimiento obrero en el estadio del imperialismo.

Sin embargo, al mismo tiempo que se desarrollaba ese proceso de burocratización, se generaban oposiciones revolucionarias en el seno de las organizaciones socialdemócratas. Esta izquierda revolucionaria adquirió características regionales o nacionales, pero nunca llegó a constituirse como tendencia organizada internacionalmente, y por otra parte las condiciones para ello no existían. Pero, en todo caso, fue un aspecto fundamental para el ascenso sostenido del proletariado.

La expresión más elevada de esta corriente de izquierda revolucionaria del movimiento obrero internacional fue el Partido Bolchevique ruso que se constituyó en el seno de la II Internacional, como fracción de la socialdemocracia rusa para responder a las tareas de la revolución en un país imperialista atrasado, que no había cumplido las tareas democráticas. Forjado en el seno de la II Internacional, el Partido Bolchevique, bajo la dirección de Lenin, planteó por primera vez los principios del centralismo democrático (ya incluido, aunque de manera no desarrollada, en la concepción del partido en Marx), como base de construcción del instrumento indispensable para la victoria de la revolución proletaria.

El partido Bolchevique fue un nuevo tipo de partido marxista, el único consecuentemente revolucionario, el único que fue organizado para dirigir

la lucha por la toma del poder. Al proletariado le costó cincuenta años estructurar un partido bolchevique con influencia de masas, que sólo apareció como partido claramente diferenciado a partir de 1912, y que acabó de estructurarse sólidamente apenas en 1917. Fuera de la corriente marxista dirigida por Rosa Luxemburgo en la socialdemocracia alemana, los que se reclamaban del marxismo revolucionario (Guesdes, etc.), como las corrientes que se situaban fuera del marxismo (sindicalismo revolucionario, anarcosindicalismo), conservaron un carácter propagandista, sindicalista o intelectual desorganizado.

Rosa Luxemburgo y Lenin, desde 1914, condenaron a la II Internacional y sus partidos, calificados por Rosa Luxemburgo de “cadáveres maloliente”. Si bien las divergencias teóricas, por ejemplo sobre la cuestión nacional, o los hechos demostraron la corrección de las posiciones teóricas y prácticas de Lenin con respecto a las de Rosa Luxemburgo, ésta, en toda una serie de dominios, apreció más rápidamente que Lenin el significado del degeneramiento teórico de Kautsky, principal líder teórico del Partido Socialdemócrata alemán y de la II Internacional. Todos estos problemas fueron ásperamente debatidos entre Lenin y Rosa Luxemburgo, pero sobre la base de un acuerdo fundamental, ya que uno y otra se situaban firmemente en el terreno del marxismo revolucionario.

Sobre la cuestión del papel del partido, sobre las relaciones entre las masas y la dirección, las relaciones entre “espontáneo” y “consciente” el lado débil, señalado por Trotsky (que en esa época compartía la posición de R. Luxemburgo del luxemburguismo con respecto al bolchevismo, fue igualmente demostrado por los hechos.

El partido Bolchevique es un caso único en la II Internacional. Su existencia y su desarrollo obedecieron a una combinación excepcional de circunstancias. La primera era la situación misma de Rusia: el régimen zarista no daba ningún margen para una política reformista. Era una etapa revolucionaria que exigía, de manera imperiosa, hacer la revolución contra el zar. Esta necesidad imperiosa cayó en manos, por un lado de un joven proletariado industria, altamente concentrado, parte constituyente del proletariado europeo y, por otro lado, la dirección política de este proletariado también hacía parte de las corrientes existentes en el seno del proletariado europeo. Por eso, hubo tendencias anarquistas y marxistas, corrientes revisionistas o marxistas al comienzo, oportunistas y revolucionarias después (los mencheviques y los bolcheviques). La combinación de todos estos factores permitió a los bolcheviques construir un partido independiente de los reformistas mencheviques y cuyas características eran únicas: altamente centralizado, con revolucionarios

profesionales controlados por el partido en aplicación de los principios de centralismo democrático, lo que le permite responder a la urgente necesidad histórica de dirigir la revolución obrera contra el zar.

Rusia era el país de Europa donde se encontraba planteado de manera inmediata o urgente el problema del poder. El partido Bolchevique, al constituir el gobierno soviético, la república de los consejos, al realizar las tareas democráticas de la revolución rusa y comenzar las primeras tareas socialistas, demostraba que la solución a los problemas de la revolución democrática se situaba en la conquista del poder (dictadura del proletariado), ligando así la revolución proletaria rusa con la revolución proletaria mundial.

Tesis V.- La crisis de dirección revolucionaria, factor dominante de nuestra época

A partir de la primera guerra imperialista, cuando se abre la época del imperialismo, de la crisis orgánica del capitalismo y de la revolución proletaria, la lucha de clases se desarrolla según una combinación nueva de sus aspectos políticos y económicos.

El marxismo afirma que la base de todos los procesos de la sociedad está dado, en la infraestructura económica, por las relaciones sociales de producción. Esta ley de alcance general no debe entenderse de manera mecánica. En todos los períodos, las relaciones económicas encuentran su expresión “concentrada” (Lenin) en la política, en las relaciones políticas entre las clases, quienes, a su turno, condicionan las formas concretas del desarrollo económico. En nuestra época, la época de crisis y revoluciones, esta ley general se refracta de una manera particular: la cuestión decisiva es la de las relaciones políticas entre las clases que dominan las relaciones económicas. En esto hay una base objetiva, el capitalismo ha agotado su misión histórica: las fuerzas productivas ha cesado de crecer; toda reivindicación seria tiende a plantear la cuestión del poder, y por esto adquiere un carácter inmediatamente político; la tarea es establecer un nuevo modo de producción social: el socialismo. En estas Condiciones, la importancia decisiva recae por lo tanto en la factor más subjetivo, la cuestión de la dirección revolucionaria, que llega a dominar todos los otros fenómenos, aun los económicos. Es exactamente en este sentido y de manera científica, que el *Programa de Transición* afirma que en el período de agonía del capitalismo, “la crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria”.

Como dice el *Manifiesto Comunista*, la historia no es sino la historia de la lucha de clases, y la historia moderna en sus períodos sucesivos es

fundamentalmente la historia de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Sin embargo, esta lucha se desarrolla en condiciones económicas y políticas que varían según las épocas, tal como lo especifica Marx: “En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas materiales de producción. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas determinadas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona en general el desarrollo de la vida social, política e intelectual. No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, es por el contrario la existencia social la que determina su conciencia. En un cierto grado de su desarrollo, las fuerzas de producción materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones de producción existentes o con lo que no es otra cosa que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. Hasta ayer formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas condiciones se transforman en pesadas trabas. Se inicia entonces una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos rápidamente todo el colosal edificio. Al considerar tales trastornos hay que distinguir siempre dos órdenes de cosas. Por un lado la transformación material de las condiciones económicas de producción que se debe comprobar con el espíritu riguroso de las ciencias naturales, y también por otra parte, las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo llevan a sus últimas consecuencias. No se juzga a un individuo por la idea que él tenga de sí mismo. No se juzga tampoco una época de revolución por la conciencia que ella tenga de sí misma. Esta conciencia se explicará más bien por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que opone a las fuerzas sociales de producción con las relaciones de producción. [...] Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno aparecen como épocas progresivas de la formación económica de la sociedad. Las relaciones burguesas de producción con la última forma antagónica del proceso de producción social No se trata aquí de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que nace de las condiciones sociales de existencia de los individuos; pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con este sistema social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana” (1)

En el Manifiesto del Partido Comunista (1847), cuando todavía las revoluciones democráticas (burguesas) continuaban en su curso históricamente progresivo, marx y Engels, basándose en el análisis objetivo de las tendencias de la economía burguesa (propiedad privada que tendía a la constitución del mercado mundial) establecieron el contenido internacional del socialismo, la “extinción” de las fronteras nacionales (como también de los estados de los que son el soporte) después de la victoria de la revolución mundial, para constituir la unidad mundial de la sociedad socialista, sociedad sin clases y sin estado.

La primera guerra imperialista fue analizada por los marxistas como consecuencia objetiva de la rebelión de las fuerzas productivas ahogadas, trabadas, por la camisa de fuerza de la propiedad privada y de los estados nacionales, análisis que está en la base de la fundación de la III Internacional.

La era del imperialismo, la era de las guerras y de las revoluciones que se abre, materializa la contradicción entre el nivel alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productivas materiales de la sociedad, y las relaciones de producción existentes constituidas en el marco de los estados nacionales.

Así, en la época ascendente del capitalismo, la época de la libre competencia, la clase obrera emprendió múltiples luchas de carácter revolucionario contra la burguesía. Pero en el marco del modo de producción capitalista las fuerzas productivas se desarrollaban entonces poderosamente. Las luchas de clase del proletariado, en esas condiciones, no podían resolver la cuestión del poder y de un nuevo modo de producción social. En consecuencia arrancaban conquistas, adquisiciones, reformas, las que, en cierta forma, eran un acicate para el mismo desarrollo capitalista. En este sentido, puede caracterizarse esa época como la de las reformas.

Pero a partir de la constitución de los monopolios de la época del imperialismo, estadios en que el capitalismo se pudre, en el marco del modo de producción capitalista, las fuerzas productivas dejan de crecer.

Entonces, como lo explica Marx, “se abre un período de revoluciones”. Dado que las luchas de clase del proletariado no podían en general desembocar en simples reformas, lo que estaba en cuestión el asunto del poder, de la constitución de un nuevo modo de producción social cuyo punto de partida es el derrocamiento de la dominación política de la burguesía y su expropiación.

“La política es economía concentrada”. Esto se observa en la época de ascenso del capitalismo. La burguesía debió emprender para asegurar el pleno desarrollo del modo de producción capitalista, el combate político contra las viejas clases dominantes y apoderarse del poder político mediante verdaderas revoluciones. Habiendo así asegurado la burguesía su dominación política, el desarrollo del modo de producción capitalista en su fase ascendente, parece proceder, simplemente, del libre juego de sus leyes económicas. En lo que concierne al proletariado, desde esta época comienza a constituirse como clase, a través de un proceso eminentemente político, en el que la constitución de sus propias organizaciones es la condición misma de sus conquistas económicas y sociales. Al mismo tiempo, por razones objetivas que tienen que ver con el carácter todavía ascendente del capitalismo, la existencia de Marx y Engels no podía entonces permitirle al proletariado tomar efectivamente el poder, aunque la perspectiva estuviera trazada por el *Manifiesto Comunista*. Su existencia no pudo garantizar la victoria ni evitar la derrota de la revolución proletaria en 1848 o de la Comuna de París.

Al contrario, desde que se abre el período de la decadencia capitalista, la existencia de Lenin, de Trotsky del partido bolchevique puede garantizar la victoria de la revolución de Octubre, mientras que en Alemania, el atraso de este mismo factor subjetivo hizo que no pudiera asegurarse la victoria de la revolución. De la misma manera la existencia de direcciones contrarrevolucionarias burocráticas a la cabeza de los grandes partidos socialistas permitió el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Se confirma así la importancia, de allí en adelante decisiva, de los factores políticos y subjetivos en el desarrollo de los acontecimientos contemporáneos en esta época revolucionaria. Otra demostración podría darse en lo que concierne al ‘boom’ económico de esta posguerra: no puede explicarse sin la traición stalinista, que tomó políticamente a su cargo la supervivencia de los estados imperialistas, y, en ese marco, llamó a los obreros a aceptar una nueva superexplotación.

Todo esto se expresa en la dialéctica de victorias y derrotas del proletariado mundial. Después de haber puesto su confianza en un proceso lineal de victorias, la izquierda socialdemócrata se dio cuenta de las derrotas y reflujos sufridos por el proletariado y que estos eran consecuencia de la traición de sus direcciones, formuló entonces una ley marxista y dialéctica, encerrada en una bella frase: el camino del proletariado está sembrado de derrotas que conducen a la victoria. Subrayaba así la dialéctica de derrotas y victorias, la transformación de unas en otras.

Pero la Primera Guerra Mundial y luego el impulso del stalinismo, que llevó a un punto jamás alcanzado e hizo aparecer como nuevo factor determinante del proceso histórico la crisis de dirección revolucionaria del proletariado, estableció una dialéctica inversa entre las victorias y las derrotas. Lo que vale para toda la época de revoluciones se ve verificado hoy más que nunca: mientras el proletariado no haya superado la crisis de su dirección revolucionaria, no podrá derrotar definitivamente al imperialismo mundial. En consecuencia, todas sus victorias, todas sus conquistas no lo salvarán de derrotas catastróficas. Mientras que los aparatos contrarrevolucionarios continúen controlando el movimiento de masas, toda conquista revolucionaria será, o bien destruida por la contrarrevolución, o bien bloqueada, deformada por la camisa de fuerza burocrática.

Así se expresa el antagonismo entre la política conservadora del aparato burocrático y la movilización permanente de los trabajadores. Toda dirección burocrática es fuerte gracias al apoyo, directo o indirecto, que le prestan los explotadores para que frene la movilización permanente de los trabajadores. Esta movilización es una amenaza mortal para la burocracia misma. Por eso administra las conquistas que las masas han arrancado, intentando frenar la movilización revolucionaria y hacerlas detenerse en ese punto del proceso. Por su política tendiente a frenar al movimiento de y a defender contra ellas sus privilegios, la burocracia no puede sino trabar el desarrollo permanente de la movilización de los trabajadores, desnaturalizar sus conquistas, preparar así las condiciones para las más duras derrotas.

Sólo el desarrollo permanente de la revolución mundial bajo una dirección revolucionaria puede salvar a la humanidad de su crisis actual.

Tesis VI.- La Revolución de Octubre y la creación de la III Internacional
Sesenta y tres años después de su triunfo, debemos reconocer que la Revolución de Octubre ha sido y sigue siendo una excepción desde el comienzo de este siglo y que no ha habido otra con sus características, ni entre los procesos revolucionarios victoriosos, ni entre los que fracasaron. Su resultado, la III Internacional, tiene el mismo carácter excepcional. Para precisar las razones que explican por qué las cosas ocurrieron así, debemos estudiar no sólo la revolución de octubre de 1917, y la de febrero, en su relación estrecha con ésta, sino también la hipótesis del gobierno obrero y campesino que plantearon los bolcheviques entre febrero y octubre, gobierno que no vio el día en ese momento pero que ha existido en varias ocasiones en el período de esta posguerra.

El carácter excepcional de la Revolución de Octubre, está dado, hasta el presente, por la existencia de un partido como el Bolchevique. Sin la existencia de ese partido y de la izquierda revolucionaria del proletariado mundial, no hubiera tenido lugar el triunfo de la Revolución de Octubre ni su éxito más importante: la fundación de la III Internacional. Es necesario subrayar que la Revolución Rusa, abre una nueva época para toda la humanidad, la de la revolución socialista mundial, pero, al mismo tiempo, cierra otra: la época evolutiva y reformista del capital. Es la combinación del fin de una época y el comienzo de otra. La Revolución de Octubre, y el partido leninista, son los resultados de la época precedente de cincuenta años de ascenso y triunfos del proletariado mundial. No puede comprenderse el nacimiento del Partido Bolchevique haciendo abstracción de toda esta época.

Sin Revolución de Octubre y sin partido bolchevique no se habría podido fundar la III Internacional ni impulsar como la tarea más esencial e importante, como lo hacían los bolcheviques, el desarrollo de la revolución socialista europea e internacional. Gracias a la lucha de la izquierda revolucionaria, antes y durante la primera guerra imperialista, la III Internacional, dirigida por Lenin y Trotsky, comenzó a superar la crisis de dirección del proletariado. Es la primera tentativa desde el surgimiento del imperialismo de fundar una internacional centralizada y revolucionaria, es decir, un partido mundial para dirigir la revolución socialista internacional.

Ni la fundación de la III Internacional, ni el colosal ascenso del proletariado europeo, pudieron crear automáticamente verdaderos partidos bolcheviques nacionales; sólo pudieron echar las bases para ello. La experiencia histórica demostró, una vez más, que la construcción de un partido bolchevique no puede ser jamás el producto automático de circunstancias objetivas, por favorables que éstas sean.

Aunque creados bajo la conducción directa de Marx y Engels, los principales partidos socialdemócratas y en particular el Partido Socialdemócrata alemán se adaptaron al imperialismo, a la salida del período del capitalismo ascendente. La degeneración reformista alcanzó incluso a las corrientes que afirmaban estar en el terreno del marxismo (Guesde, Kautsky, Bebel, etcétera) y controlaban la II Internacional.

Este “marxismo” formalista, antinómico del marxismo, fue combatido por una izquierda marxista revolucionaria (R. Luxemburgo y el partido polaco, Lenin y el bolchevismo, las organizaciones búlgara, rumana) que constituían una minoría, aunque no organizada internacionalmente.

Como resultado de esta situación, los aparatos de los partidos socialdemócratas, desde muy temprano ganados para el reformismo, las burocracias socialdemócratas adquirieron un peso decisivo que les permitió impedir la rápida formación de partidos bolcheviques nacionales en la ola revolucionaria que se abrió al terminar la primera guerra imperialista.

La inexistencia de partidos bolcheviques nacionales, y su no construcción en la oleada de la revolución, se combinaron con la traición socialdemócrata. Esto permitió a la burguesía superar la primera ola de la revolución socialista de la posguerra en Alemania, en Italia, en Hungría y en toda Europa. Esto, unido al agotamiento y aislamiento del proletariado ruso y a la derrota del proletariado alemán provocada por la socialdemocracia, permitieron el comienzo de burocratización de la URSS y de la III Internacional. La consolidación de una casta parasitaria en la URSS y la stalinización de la III Internacional no son sino la expresión del avance contrarrevolucionario en el seno del primer estado obrero. A su turno, el stalinismo habrá de ser el factor decisivo para que estos triunfos contrarrevolucionarios continúen e inauguren así los veinte años más trágicos de este siglo de luchas del proletariado y los trabajadores en el mundo entero. Veinte años de poderosos empujes revolucionarios; veinte años de derrotas para los trabajadores y de triunfo para la contrarrevolución.

Tesis VII.- Veinte años de derrotas provocadas por el stalinismo

El triunfo de Mussolini en Italia y el ascenso del stalinismo en la URSS, abren veinte años de triunfos contrarrevolucionarios y de derrota del proletariado mundial, que no pudieron impedir los esfuerzos heroicos del proletariado mundial (huelga general inglesa 1926, primera revolución china en 1927, Francia y España en 1936, etcétera) para cambiar el sentido de la tendencia. De estos triunfos contrarrevolucionarios, el de la burocracia stalinista sobre el proletariado en la URSS, es el que va a tener una importancia histórica y mundial decisiva, por cuanto es el que va a facilitar y permitir los otros triunfos contrarrevolucionarios.

La fuerza del proletariado ruso y de la Revolución de Octubre fue tan poderosa que el stalinismo necesitó varias etapas para consolidar su triunfo contrarrevolucionario, que comenzó como un proceso reaccionario y culminó con una contrarrevolución política, de la que los procesos de Mosco son la expresión más fuerte. Su consecuencia fue que una casta parasitaria privilegiada se apoderó del gobierno, del conjunto del aparato estatal, controla ahora todas las instituciones y los engranajes de la sociedad y tiene un carácter bonapartista, contrarrevolucionario, que emplea métodos de guerra civil contra el proletariado y su vanguardia. La

contrarrevolución política de la casta parasitaria extermina todas las corrientes de la vanguardia obrera del Partido Comunista soviético y los representantes del bolchevismo agrupados en la Oposición de Izquierda. El ataque asesino del gobierno bonapartista contrarrevolucionario de Stalin, fue esencialmente contra el trotskismo el único heredero consecuente de las tradiciones revolucionarias del bolchevismo.

Ese proceso de burocratización que nació en la URSS, arrastró tras de sí a toda la III Internacional, a todos los partidos comunistas del mundo.

Conforme a sus intereses conservadores y bajo la cubierta de la construcción del “socialismo en un solo país”, la burocracia del Kremlin impuso a todos los partidos stalinizados una orientación tendiente por todos los medios a oponerse a la unidad y a la independencia de la clase obrera y a nuevos avances de la revolución proletaria. Con este fin, se valió tanto de la política ultraizquierdista del tercer período (tesis del socialfascismo como de las formas más abiertas de colaboración con la burguesía. Después de haberse coronado campeón para los países dominados del bloque de las “cuatro clases”, ante la apertura de crisis revolucionarias en España y en Francia el stalinismo levantó la política de Frente Popular como uno de los “últimos recursos políticos del imperialismo contra la revolución proletaria”.

Esta orientación contrarrevolucionaria contribuyó activamente a permitir que Chian Kai-shek y luego Hitler y Franco derrotaran a la revolución. Cada uno de esos éxitos de la contrarrevolución consolidaba una vez más el aparato stalinista de la URSS y en el seno de la III Internacional, lo que agravaba cada vez más la crisis de dirección del proletariado mundial.

La consecuencia fundamental de esta situación fue que el proletariado no pudo combatir con éxito la crisis económica de 1929, que agravó terriblemente las condiciones de vida de las masas.

A pesar de los éxitos económicos y de la elevación de nivel de vida y cultural de un proletariado en pleno crecimiento sobre la base de las conquistas de Octubre, la burocracia stalinista, acaparando una fracción cada vez más importante del sobreproducto, por sus métodos de gestión, trae crisis sobre crisis de la economía soviética, la cual, por otra parte, sufre cada vez más los efectos del bloqueo imperialista.

Esta cadena de retrocesos condujo a la II Guerra Mundial, colosal ataque contra el proletariado mundial. En esta guerra se combinaron la lucha entre potencias imperialistas y el ataque del imperialismo alemán a las

conquistas de Octubre. Por eso, la participación de la URSS tuvo un carácter de defensa de las conquistas revolucionarias.

Por lo tanto hay dos guerras de características sociales diametralmente opuestas. Por una parte, la interimperialista, del Eje contra los aliados; por la otra, la primera gran guerra contrarrevolucionaria en toda la línea, la del nazismo contra la URSS. Al comienzo de la Revolución Rusa, la guerra civil se combinó con la intervención de las potencias aliadas imperialistas, que no pudieron desarrollarla en toda su amplitud porque la URSS naciente estaba protegida por las luchas de las clases en los países imperialistas que manifestaban la solidaridad proletaria más activa. La invasión nazi de la URSS significó una guerra contrarrevolucionaria en toda su amplitud, que pudo llevarse a cabo porque el proletariado alemán estaba atomizado por la derrota de 1933 (de la cual toda la responsabilidad recae en Stalin) y no pudo desprenderse del terror nazi.

Durante toda esta etapa de derrotas, la lucha de clases más encarnizada no se detuvo un solo instante. Es la época del fascismo, pero también la del combate contra él; la de la guerra civil contra Chiang Kai-shek y Franco, y también la del trotskismo contra el stalinismo. Todo esto indicaba que, en diversos sectores, la lucha de clases era más aguda que nunca y que, a pesar de los triunfos contrarrevolucionarios, la época continuaba siendo la de la revolución socialista y de la contrarrevolución internacionales.

Durante toda esta etapa, el proletariado emprendió poderosas acciones revolucionarias, aunque trabado por el estalinismo, no pudo hacerlas culminar exitosamente. La heroica resistencia del pueblo trabajador de la URSS contra la invasión nazi verificó el análisis hecho en *La revolución traicionada* según el cual “las conquistas de Octubre viven en la conciencia de las masas” En toda esta etapa, la IV Internacional, bajo la dirección de Trotsky, expresó conscientemente ese movimiento siempre revolucionario del proletariado y salvó la herencia del bolchevismo.

Tesis VIII.- La fundación de la IV Internacional

La debilidad actual de nuestra Internacional, así como el hecho de que las revoluciones triunfantes bajo el impacto de la actividad de las masas trabajadoras hayan sido dirigidas por la burocracia, que consiguió hasta ahora canalizarlas, llevó al revisionismo a plantear el problema de si era o no correcto fundar la IV Internacional dado que ella no fue necesaria para expropiar a la burguesía en un tercio del planeta. Deutscher y otros intelectuales parecidos responden categóricamente que fue un grave error de Trotsky haber fundado la IV Internacional.

¡Sostenemos lo contrario! La fundación de nuestra Internacional fue el mayor logro de Trotsky y de nuestro movimiento mundial. Nuestra Internacional fue fundada en el punto más alto del retroceso del movimiento obrero, Pero fue en respuesta a una necesidad absoluta, la de continuar el combate organizado por la extensión de la revolución mundial, combate indisociable de la defensa de las adquisiciones de la Revolución de Octubre. Había que unir sólidamente a todos los marxistas revolucionarios alrededor de un programa que sintetizara todas las enseñanzas del movimiento obrero mundial desde el *Manifiesto Comunista* y especialmente desde la Revolución Rusa. Había que defender esas conquistas del marxismo (expresión consciente del proceso inconsciente, sintetizado en el trotskismo y su programa) contra los ataques del stalinismo y de los otros aparatos contrarrevolucionarios, quienes intentaron con todas sus fuerzas borrar de la memoria histórica de los trabajadores y su vanguardia, la tarea de la revolución proletaria internacional. Por lo tanto era indispensable construir una sólida organización internacional soldada mediante un programa, el *Programa de Transición* de la IV Internacional.

Sin la dimensión de la IV Internacional, la vanguardia, librada a contingencias nacionales, perdiendo de vista la dimensión histórica del combate del proletariado (la revolución mundial), no habría podido resistir la ofensiva revisionista y burocrática del stalinismo y la socialdemocracia. Sólo fundando la IV Internacional fue como el trotskismo pudo asumir la herencia del marxismo y del bolchevismo, en el combate contra la teoría del “socialismo en un solo país” y la política del Frente Popular del stalinismo. Por otra parte, la fundación de la IV Internacional tenía un objetivo ofensivo: preparar un marco y un programa común para los marxistas revolucionarios del mundo para el inevitable ascenso revolucionario que se abría a corto plazo y que, sin vanguardia revolucionaria, sería desviado o traicionado por todas las direcciones burocráticas y pequeñoburguesas del movimiento de masas. Sólo la fundación de la IV Internacional podía responder a esas necesidades defensivas y ofensivas.

No hay ninguna ley que diga que la Internacional debe fundarse en la oleada de un gran triunfo del movimiento obrero, lo que, en último término, es el único argumento relativamente serio de los teóricos que, pretendiéndose “trotskizantes”, son escépticos sobre el papel y la necesidad de la IV Internacional. La única Internacional que se fundó en la oleada de un enorme triunfo fue la Tercera Internacional. Así la Primera se fundó apenas organizado el proletariado como clase, y la Segunda para consagrar esta organización, pero sin que hubiera ninguna victoria de la revolución.

La IV Internacional se fundó sobre la base de las adquisiciones de la Revolución de Octubre y en la perspectiva de proseguir con la revolución mundial, mientras que del seno mismo de esas derrotas aparecían los factores del nuevo ascenso revolucionario.

El hecho de haber podido fundar la IV Internacional, de haber podido dar un programa y una organización a ese ascenso revolucionario mundial, a pesar de la traición de las direcciones, mostraba la maduración del factor consciente en las filas trotskistas. Es decir, preparábamos la organización y el programa (que no es un sistema de ideas, sino la síntesis en principios de la unidad entre la teoría y la práctica sin la cual no podría construirse la organización revolucionaria del proletariado), con el fin de arrancar el movimiento de masas a los aparatos contrarrevolucionarios y superar así la crisis de dirección a la que debía enfrentare el ascenso revolucionario.

El otro argumento más o meno (creíble es aquel según el cual la IV Internacional no fue necesaria para expropiar a la burguesía en numerosos países. En la Introducción ya hemos respondido a esto, y ulteriormente volveremos sobre esta cuestión.

Fundar la IV Internacional en 1938 y defender a la URSS ante la guerra contrarrevolucionaria que se preparaba contra ella, era indispensable. Lo atestigua el hecho de que apenas fundada la IV Internacional debió soportar el primer ataque revisionista en uno de los partidos más poderosos de nuestro movimiento: el SWP de Estados Unidos. Una tendencia revisionista que era la expresión más avanzada de la progreso de la contrarrevolución en el mundo, apareció en nuestra Internacional, los anti-defensistas, que si no se hubiera encontrado con el mareo común de la Internacional recientemente fundada y Trotsky, habrían podido disgregar las filas trotskistas en el mundo entero. Es decir gracias a la fundación de la IV Internacional pudimos mantener intacto el Programa de la revolución mundial, haciendo fracasar a la primera gran corriente revisionista que surgió en nuestras filas asegurando la defensa de las dos conquistas mayores de este siglo: la URSS y el bolchevismo, de los que el trotskismo es el único heredero.

Tesis IX.- Treinta años de grandes triunfos revolucionarios

Con el final de la Segunda Guerra Mundial se abre el ascenso revolucionario más importante conocido hasta nuestros días. En los años de la inmediata posguerra este ascenso revolucionario se acompañó con una agravación de la crisis de la dirección revolucionaria, que prosiguió desde entonces. Esos mismos años están marcados por un fortalecimiento relativo

de los aparatos contrarrevolucionarios que dirigen el movimiento de masas y por una debilidad de nuestra Internacional. Esta combinación altamente contradictoria y sus consecuencias pueden sintetizarse en las características siguientes:

1. El proletariado y las masas del mundo entero arrancan una serie de conquistas espectaculares. La primera es la derrota del nazismo, es decir, de la contrarrevolución imperialista, por el Ejército Rojo. Enseguida de este enorme triunfo viene el surgimiento de los nuevos estados obreros en los países del este europeo, en Yugoslavia y en China. Todos estos avances que significaron la expropiación de la burguesía, en un tercio del mundo no permitieron la instauración de dictaduras del proletariado bajo la forma de la democracia de los consejos obreros revolucionarios, sino que llevaron a la formación de estados obreros burocráticos.

2. Se produce la mayor crisis del imperialismo a la que hayamos asistido. En esta fase la inmensa movilización de los pueblos de los países coloniales, los condujo a la obtención de su independencia política, que representa una gran conquista para la revolución mundial. Pero solo en los países en los que esta independencia se acompañó con la expropiación de la burguesía del imperialismo (China, Cuba, Vietnam) fue donde, conforme a las leyes de la revolución permanente, las tareas de la liberación nacional y de la revolución agraria pudieron verdaderamente cumplirse. En la mayoría de los países coloniales, y sobre todo en África, la política del stalinismo permitió a las direcciones nacionalistas burguesas y pequeñoburguesas bloquear el movimiento de masas imponiendo la creación de estados burgueses semicoloniales que quedaron fundamentalmente sometidos a la dominación imperialista. Argelia, Etiopía, Angola son ilustraciones notables de este fenómeno, de que direcciones pequeñoburguesas con una fraseología progresista canalizaron el surgimiento de las masas, parte del ascenso de la revolución mundial, en la camisa de fuerza de los estados nacionales semicoloniales

3. Las viejas potencias imperialistas salen dislocadas de la guerra y el imperialismo yanqui afirma su posición dominante sin que las contradicciones interimperialistas sean por eso resueltas, sino todo lo contrario.

Todas las burguesías deben alinearse tras el imperialismo yanqui como dirigente obligado en la defensa del orden mundial. El imperialismo yanqui conoce hoy una crisis creciente que es la expresión de la crisis general del imperialismo frente al ascenso de la revolución mundial y a la crisis económica mundial del capitalismo. Pero su hegemonía aplastante sobre el

sistema capitalista no puede ser derribada por las otras burguesías. Así como no puede surgir un “nuevo capital financiero” como lo pretende el revisionismo (a propósito de Irán o Brasil, etc.), el refuerzo económico relativo de Alemania o Japón no permite a esos imperialismos disputar verdaderamente la hegemonía norteamericana, al igual que no podría constituirse un pretendido imperialismo europeo, unificado frente al imperialismo yanqui. Todo esto descarta, en la coyuntura actual, nuevas guerras interimperialistas. Los conflictos de la fase actual (como la guerra de Corea o la de Vietnam), no son guerras entre las potencias imperialistas, sino que están directamente dirigidas contra la revolución mundial.

4. Al mismo tiempo, se concreta, en Yalta y Postdam una colaboración contrarrevolucionaria activa entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin, que materializa la “coexistencia pacífica” en un nuevo equilibrio mundial, expresado por la ONU, la repartición de las zonas de influencia, etc. Si bien tienen lugar la “guerra fría” y profundos conflictos entre Washington Moscú, y hay numerosas guerras calientes contrarrevolucionarias con la finalidad de desviar o aplastar el ascenso revolucionario, tanto Washington como Moscú actúan en general de común acuerdo defendiendo ese nuevo orden mundial organizado en Yalta

5. Gracias a este acuerdo contrarrevolucionario y a la colaboración indispensable del stalinismo (señalados principalmente en la división de Alemania y su proletariado el imperialismo yanqui pudo aplicar el “Plan Marshall” para restablecer y estabilizar la economía capitalista en el occidente de Europa y en el Japón. Este apoyo a la contrarrevolución en el Japón y en Europa por parte del Kremlin permitió al imperialismo conseguir el “boom” económico durante cerca de veinte años sobre la base de una economía de armamento y un parasitismo creciente.

A pesar de la expropiación del capitalismo en toda una serie de países y de las nuevas relaciones políticas establecidas con los países coloniales o semicoloniales, el imperialismo pudo mantener de ese modo su hegemonía sobre la economía mundial y conocer un proceso de acumulación capitalista sin igual aunque fundado sobre una base parasitaria.

6. La crisis de dirección revolucionaria, del movimiento de masas y la consolidación relativa de los aparatos burocráticos y pequeñoburgueses continuaron. Contra los pronósticos de nuestro movimiento y de sus dirigentes de los años 1943-45, el colosal ascenso de la posguerra no culminó con la liquidación de los aparatos de la socialdemocracia y del stalinismo sino con su fortalecimiento y la debilidad de la IV

Internacional, que el revisionismo pablista, al servicio de los aparatos, habría ulteriormente de dislocar. Así, las décadas posteriores a la guerra mundial combinan una crisis extrema del imperialismo, un ascenso revolucionario de masas, con una profundización de la crisis de la dirección del proletariado mundial.

Esta crisis de dirección es la razón fundamental de todos los fenómenos altamente contradictorios que hemos visto en esta posguerra, de la construcción capitalista de Europa y Japón hasta la creación de estados obreros burocráticos, pasando por la división de Alemania y las invasiones militares de unos estados obrero, burocráticos por otros.

Hasta hoy el ascenso revolucionario se ha expresado a través de las organizaciones tradicionales del movimiento de masas, lo que conduce a que todas las conquistas arrancadas por el proletariado contra la burguesía, todas las expropiaciones de las burguesías nacionales que han tenido lugar, se hayan hecho bajo el control de las direcciones burocráticas o pequeñoburguesas (lo que constituyó la causa de la burocratización desde el origen de esos estados obreros, incluso en el caso de Cuba).

Sería vano negar que las nuevas conquistas obreras, y más particularmente la expropiación en toda una serie de países, fueron arrancadas por las masas bajo la conducción de las direcciones burocráticas. Este es un problema de la mayor importancia, que porque no fue asimilado por los trotskistas al final de la II Guerra Mundial, les impidió reforzar la IV Internacional y sus secciones. Es una ley de todas las revoluciones: la primera etapa de la crisis revolucionaria ve a las masas, aunque agitándose contra las clases dominantes independientemente de los aparatos burocráticos, afluir hacia las organizaciones tradicionales, cuyos aparatos pueden verse obligados a modificar su política contrarrevolucionaria para conservar la dirección.

Es la etapa de las ilusiones que la misma revolución rusa de febrero conoció. Si el partido revolucionario no está capacitado para tomar la dirección, esas ilusiones conducen a la derrota, o, excepcionalmente a conquistas limitadas, defensivas, cuando las direcciones pequeñoburguesas deben ir más lejos de lo que querían en la vía de la ruptura con la burguesía.

Por otra parte, las nuevas conquistas revolucionarias pudieron ser utilizadas fraudulentamente para dorar el prestigio de los aparatos y principalmente del aparato stalinista. Al mismo tiempo, contradictoriamente profundizaron, la crisis de la burocracia del Kremlin, como lo atestiguan la

ruptura entre la China y la URSS, la ruptura entre Vietnam y China, Berlín Este, las revoluciones húngaras, la marcha hacia la revolución política, etc.

7. La creación de los estados obreros burocráticos es, en un sentido, consecuencia de la división de las tareas contrarrevolucionarias entre el imperialismo y el Kremlin. El imperialismo se impuso, con la ayuda del stalinismo, reestabilizar el funcionamiento de la economía capitalista en los países imperialistas. El stalinismo se concentró sobre los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial, allí donde la crisis era más aguda; allí donde la actividad revolucionaria de las masas era la mayor, en los países limítrofes del Este y en China, para frenar y aplastar la movilización independiente y revolucionaria de las masas. La burocracia del Kremlin consideraba la intervención en los países limítrofes como un problema de vida o muerte para su existencia parasitaria contrarrevolucionaria. No podía de ninguna manera dejar que se desarrolle, al otro lado de sus fronteras, una movilización independiente y revolucionaria del movimiento obrero y de masas que escapara a su control, puesto que esto hubiera repercutido inevitablemente en la URSS, poniendo en peligro la existencia parasitaria de la burocracia. El imperialismo también se dio cuenta de que una intervención directa en esos países destruidos por la guerra y que atravesaban una crisis económica, política y social catastrófica, podría dar lugar a una movilización revolucionaria independiente del Kremlin, que provocara un proceso revolucionario en toda Europa.

Así, a escala mundial, la expropiación del capitalismo en los países del Este de Europa, China, Yugoslavia, Corea y Vietnam del Norte, aparece como el resultado de una combinación inesperada en el marco de la crisis más importante del sistema imperialista mundial, de una concesión forzada del imperialismo a la burocracia contrarrevolucionaria stalinista para poder restablecer el capitalismo en Japón y en Europa Occidental, con la ayuda de esta misma burocracia, por un lado y, por el otro, con el colosal ascenso de la posguerra en los eslabones más débiles de la cadena capitalista mundial.

El imperialismo se cuidó de que sus concesiones al movimiento de masas fueran hechas a través de la burocracia contrarrevolucionaria y stalinista, es decir, a través de los aparatos oportunistas y con contrarrevolucionarios, que se encargaron de frenar el proceso de revolución permanente.

Sin embargo, estas concesiones, producto del ascenso revolucionario de la inmediata posguerra, no dejan de ser inmensas conquistas del movimiento obrero y de masas mundiales. En tanto que tales hay que defenderlas de todo ataque de la contrarrevolución imperialista, al igual que defenderemos

las conquistas que materializa el estado obrero cubano, pese a su carácter burocrático.

8. Sin embargo, la burocracia consiguió frenar el inmenso proceso revolucionario así desarrollado, y poner en jaque en el interior de cada país al movimiento obrero y revolucionario e impedir que el ascenso revolucionario tomara toda su dimensión permanente y mundial.

La inmensa conquista que representa para el proletariado la creación de nuevos estados obreros fue limitada y deformada por la burocracia, la existencia de los estados obreros burocráticos materializa así el resultado combinado de una inmensa victoria contra el imperialismo y de un retroceso infligido por la burocracia al movimiento de masas. El carácter obrero de estos estados debe ser puesto enteramente en la cuenta de la actividad revolucionaria de las masas, mientras que su carácter burocrático, es obra de la casta parasitaria que se ve obligada a aceptar esas conquistas.

9. El fortalecimiento relativo que experimentó la burocracia enseguida de la posguerra, y el hecho de que haya estado obligada a ir más lejos de lo que quería en varios países fue lo que le dio base al desarrollo del revisionismo pablista en el seno de la dirección de nuestra Internacional.

Dividendo el mundo en “bloques” y en “campos”, asignando a la burocracia la misión histórica de hacer la revolución a su manera, rompiendo la concepción de la unidad mundial de la revolución, que es la base misma de la fundación de la IV Internacional, esta corriente revisionista consiguió disgregar nuestra Internacional, sirviendo así a las direcciones contrarrevolucionarias del movimiento de masas, y agravando la crisis de dirección del proletariado. Así, no pudieron materializarse las inmensas posibilidades

Abiertas a la construcción de una nueva dirección revolucionaria mundial, por la situación que prevalecía al comienzo de los años 50.

Muy al contrario, a causa del revisionismo pablista, a partir de 1951 comienzan tres décadas de crisis continua de nuestro movimiento mundial. Ninguna de las consideraciones objetivas de las que hemos hablado antes justifica por sí mismas la crisis y disgregación de nuestra internacional y su debilidad. Su causa primera y fundamental reside en el revisionismo pablista, que atentó contra los principios fundamentales de nuestro movimiento. Nada lo demuestra mejor que el hecho de que en el momento en que había una posibilidad cierta de una nueva Revolución de Octubre, a saber, la revolución boliviana en 1952, esta revolución fue traicionada y

llevada a un callejón sin salida por esta dirección revisionista que cometió una de las más grandes traiciones al movimiento obrero de este siglo.

10. La potencia relativa de los aparatos contrarrevolucionarios, y el comienzo de su crisis, existen de manera conjunta, como consecuencia del ascenso de masas. Este período vio así profundizarse una crisis cada vez más importante del stalinismo, que lo condujo al borde de su dislocación burocrática.

Esto se expresa sobre todo en una tendencia indicada por Trotsky hacia la aparición de un “stalinismo nacional”. A medida que las clases dominantes fueran expropiadas en los distintos países, la burocracia del Kremlin, usando en su provecho la revolución, se encontraría en una situación contradictoria. Incapaz, en razón de sus intereses de casta privilegiada, de constituir una federación de los estados obreros, entre la URSS, Polonia, Rumania etcétera, intentando con todas sus fuerzas mantener a esos países en una situación de dependencia, la burocracia del Kremlin debió constituir “estados nacionales” de carácter burocrático con burocracias locales que no pueden mantenerse, sino subordinándose a Moscú. De allí el desarrollo de conflictos y contradicciones múltiples, desde 1945, entre la burocracia de Moscú y las burocracias satélites:

Los sangrientos procesos en vida de Stalin, los acontecimientos de Berlín Este, Polonia, Checoslovaquia, miden el alcance y los límites de esos conflictos interburocráticos. Por una parte las burocracias satélites como tales no pueden romper con Moscú, sin desencadenar los procesos de la revolución política. Por otra parte, las contradicciones entre la burocracia de Moscú y las burocracias satélites tienden a descomponer el conjunto de los componentes de la burocracia, sobre la tendencia analizada por Trotsky en el conflicto entre la fracción “Reiss” (proletaria) y la fracción “Boutenko” (imperialista).

Evidentemente se trata aquí solamente de tendencias que han tomado y tomarán formas que no pueden ser previstas.

Es evidente que es el núcleo central de la burocracia quien nutre por sí mismo de la manera más activa las tendencias “boutenkistas”. Lo atestigua la simpatía de este núcleo central hacia las diversas propuestas de “reformas” (Liberman) que tienden a cuestionar la propiedad del estado. Es obvio igualmente que la política profundamente reaccionaria de la burocracia del Kremlin ya ha chocado con el no menos profundo proceso de la marcha hacia la revolución política, cuya potencia tienen sus raíces en la potencia de las “relaciones de Octubre”, las conquistas sociales a las que

las masas están profundamente aferradas y cuyo control quieren arrancar a la burocracia de Moscú y a las burocracias satélites. El imperialismo es tan perfectamente consciente de esto que, aunque se esfuerza por utilizar las contradicciones entre la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites, apoya contra las masas trabajadoras, todas las actuaciones contrarrevolucionarias de la burocracia (Polonia, Checoslovaquia, etc.)

Los casos de China y de Yugoslavia, aunque se integre en ese marco de conjunto, debe analizarse aparte. Fue contra la voluntad de Stalin que Tito y Mao tomaron el poder. Pero en Yugoslavia, como en China, la consolidación del poder de las burocracias se realizó en estrecha colaboración con Stalin y la burocracia del Kremlin. Sin duda el origen de las revoluciones yugoeslava y China dieron desde el comienzo una cierta autonomía a las burocracias de esos países. Lo que Stalin realizó con Gomulka, Slansky, Kostoc y ciertamente Dimitrov (liquidarlos del poder para superar las contradicciones analizadas más arriba) no pudo hacerlo con Tito. Ni Stalin ni Jruschov con Mao (uno de los aspectos de la guerra de Corea fue la voluntad de Stalin de agotar el impacto de la revolución China). Es evidente que, como casta privilegiada, las burocracias yugoslava y china se encuentran en condiciones de la misma naturaleza que la burocracia del Kremlin, y que intenta superarlas de la misma manera, sobre la línea de la “coexistencia pacífica”. Pero los pilares de la política de la “coexistencia pacífica” son la burocracia del Kremlin y el imperialismo yanqui. Bajo este ángulo, las burocracias yugoeslava y china siguen siendo igualmente dependientes de la burocracia del Kremlin, que a su vez depende del imperialismo yanqui. Que haya contradicciones mayores entre la burocracia del Kremlin y las burocracias yugoeslava y china por una parte, y entre la burocracia del Kremlin y las burocracias satélites por otra parte, nadie podría negarlo. Pero la tendencia de todas las burocracias para resolver sus contradicciones internas y entre ellas sigue siendo el llamado al imperialismo. Polonia es tan dependiente de los créditos norteamericanos que la Yugoslavia “no alineada”. Y si bien la burocracia de Pekín multiplica sus ofrecimientos de servicio a Washington, Carter, después de Kissinger, acaba de especificar que la política norteamericana no apuntaba a la constitución de un bloque EE.UU, China contra la URSS. Claramente, Washington mide perfectamente que aunque multiplique sus esfuerzos para hacer presión sobre la Unión Soviética, no tendría caso, a menos que emprendiera la guerra contra la URSS, modificar “cualitativamente” las relaciones URSS-EEUU, es decir la coexistencia pacífica, que enmarca igualmente las relaciones entre las diversas burocracias.

Siendo además agencias de la burocracia del Kremlin, los partidos comunistas de los países bajo la dominación imperialista tienen la tarea

mayor de montar una guardia contrarrevolucionaria para la defensa de los intereses de la casta privilegiada. Por ello mismo, frente al ascenso revolucionario, los PC aseguran en todas partes la defensa del orden burgués, cualquiera sea la forma de los regímenes: bonapartismo descompuesto en Francia, monarquía en España, dictadura militar en Argentina. Nada puede medir mejor el alcance del “eurocomunismo” que la evolución del partido comunista francés que acaba de estrechar abiertamente sus lazos, jamás rotos, con el Kremlin.

La dependencia de Moscú de los partidos comunistas está en su misma naturaleza. Mientras que los aparatos socialdemócratas son agencias directas del imperialismo en cada país, los aparatos stalinistas lo son también, pero indirectamente, por su subordinación a la burocracia stalinista, “pasada definitivamente del lado del orden burgués”. Por eso, la crisis conjunta del imperialismo y la burocracia del Kremlin no puede sino reflejarse en los partidos comunistas, quienes expresan tanto la crisis del orden burgués, cuya defensa asumen, como la crisis de la burocracia del Kremlin, a la cual deben defender por su propia naturaleza para conservar en cada país su posición y su lugar contrarrevolucionario como “partidos obreros burgueses”.

Paralelamente a estas contradicciones entre los stalinismos nacionales y el stalinismo moscovita, ha habido algunos comienzos de crisis positiva por la izquierda, provocados por el comienzo de la revolución política, principalmente en Alemania, Hungría. Checoslovaquia y Polonia, es decir, sectores que se orientaron objetivamente hacia posiciones trotskizantes.

11. Desde el año 1953 surgieron erupciones poderosas que nutren el proceso de la revolución política y anuncian un fenómeno generalizado. Esta revolución política comienza (es el antecedente más importante) con las huelgas de Berlín y la movilización del proletariado en Alemania en 1953. Luego se amplifica con Polonia y sobre todo con el comienzo de una revolución política directa en Hungría en 1956. Después continúa con la primavera de Praga en 1968 y las huelgas polacas en 1970. La revolución política es un proceso inevitable que, aunque no se ha generalizado aún, ya toca a la URSS. Además, cada ola de la revolución política ha sido más poderosa que la anterior y reanima la voluntad de los pueblos oprimidos por la burocracia del Kremlin de recuperar, con todas las libertades democráticas y obreras, sus plenos derechos a la autodeterminación nacional.

El proletariado soviético, después de haber jugado un papel decisivo en la defensa de las conquistas de Octubre (Stalingrado) sale agotado de la

guerra, que costó millones de víctimas. Las primeras grandes batallas que jalonan la marcha a la revolución política tocan a los otros estados obreros burocráticos, sin que entonces el proletariado soviético juegue el papel de protagonista principal.

En los años ulteriores recompondrá su combatividad resistiendo a los ataques económicos y en la batalla por los sindicatos independientes.

12. Igualmente, el proletariado norteamericano, que jugó un papel decisivo por su rechazo a la prolongación de la guerra contrarrevolucionaria contra la URSS y al ataque contra la revolución china, en una fase ulterior no apareció más como protagonista principal en la escena de la revolución mundial. El combate de las masas norteamericanas contra la guerra de Vietnam contribuyó directamente a la primera gran derrota en la historia del imperialismo yanqui y preparó la removilización de los trabajadores norteamericanos contra los ataques mayores que sufrieron a partir de la apertura de la crisis económica mundial.

La lucha de los países europeos después de la situación revolucionaria que siguió a la inmediata posguerra, siguió siendo contenida a partir de 1947. Pero es en ese período cuando los pueblos y los trabajadores de los países atrasados y coloniales emprenden los grandiosos combates de independencia nacional. En los años que siguen el proletariado de los países europeos manifiestan de nuevo su presencia. La huelga general francesa de 1953, las movilizaciones y huelgas en Italia e Inglaterra, la removilización del proletariado español, son también signos premonitorios de los desarrollos mayores que marcan los años posteriores a 1968.

13. Los trabajadores del mundo entero han hecho fracasar numerosos planes contrarrevolucionarios del imperialismo yanqui para atacar a la URSS y a los otros estados obreros. En la posguerra, los trabajadores del mundo entero, en primera fila los norteamericanos uniformados, se negaron a continuar la guerra contra la URSS, como era la intención del imperialismo. Enseguida, hicieron fracasar al imperialismo en Corea, y en el interior de Estados Unidos, hicieron retroceder al macartismo.

La derrota militar del imperialismo yanqui en Vietnam materializa su primera derrota política histórica.

Este hecho decisivo abre un nuevo período revolucionario. En adelante es la inminencia de la revolución proletaria lo que caracteriza las relaciones entre las clases a escala mundial.

Tesis X.- Se ha abierto el período de la inminencia de la revolución y de la solución a la crisis de dirección

Repitamos una vez más, con Lenin, que la época actual es la época del imperialismo, estadio superior del capitalismo. Es la época de la revolución proletaria mundial, que sólo puede triunfar si la IV Internacional (partido mundial de la revolución socialista) dirige la lucha emancipadora del proletariado. Época en que inscriben etapas, períodos y coyunturas que afectan a los partidos y al propio partido revolucionario.

El revisionismo niega esto y, por ello, después de su teoría de los “siglos de transición” entre el capitalismo y el socialismo, durante los cuales dominaría la burocracia, formuló sus “teorías” sobre nuevas épocas como el “neocapitalismo”, los “neoimperialismos” y, finalmente, la “tercera edad del capitalismo”.

Estas teorías no sólo contradicen la definición leninista del imperialismo como de decadencia total, de crisis crónica de la economía capitalista, “época de guerras y revoluciones”, sino que, por consiguiente, cuestionan las premisas objetivas de la revolución proletaria: *Son teorías liquidadoras de la IV Internacional.*

Los años recientes muestran un salto en el ascenso de la revolución socialista mundial y en la crisis del imperialismo e indican que hemos entrado en un nuevo período de ascenso revolucionario mundial. El período abierto en 1968 comienza a desarrollarse plenamente a partir de 1974 y pega un nuevo salto a partir de 1979.

El conjunto de tendencias y relaciones que lo caracterizan se resumen en una de importancia cualitativa que lo define: este nuevo período en la crisis del imperialismo y del stalinismo (consecuencia de un nuevo salto del ascenso revolucionario) que se inscribe en la crisis económica mundial del imperialismo, que golpea directamente a los estados obreros burocráticos, abre las condiciones para superar la crisis de dirección del proletariado; es decir, se revierte el proceso de aislamiento y crisis de la IV Internacional y se dan las condiciones para construir partidos trotskistas con influencia de masas, permitiendo marchar hacia nuevas revoluciones de octubre.

Período que definimos como de revolución inminente porque en él se conjugan la revolución socialista y la revolución política a un nivel superior, al tiempo que comienza a solucionar la crisis de dirección. De esta manera, se abren las condiciones para nuevas revoluciones sociales y políticas.

El período de la revolución inminente, así como las que la anteceden de manera inmediata, se inscriben en el proceso abierto a partir de 1943 en que se produce una reversión histórica decisiva.

Tras haber sufrido numerosas derrotas (durante veinte años, el proletariado retoma, a escala mundial, la iniciativa en la lucha de las masas, en momentos en que se derrumba el imperialismo alemán que había derrotado e impuesto su orden “europeo”, mediante su máquina militar, el imperialismo francés y a la mayor parte de Europa (incluida una parte de la URSS) como expresión del mayor triunfo contrarrevolucionario llevado a cabo por el imperialismo después de la victoria de la revolución rusa en 1917.

Durante la última guerra, y como consecuencia de ella, todas las viejas potencias imperialistas del continente europeo habían sido derrotadas en su propio terreno, mientras el imperialismo británico había quedado muy debilitado. Todas las viejas, potencias imperialistas europeas son derrotadas en Asia por el imperialismo japonés, el cual, a su vez, sufre una derrota mayúscula a manos del norteamericano.

Solamente este último sale victorioso de la guerra y en la cumbre de su poderío. Juntamente con el colosal ascenso revolucionario, al fin de la guerra se produce un verdadero derrumbe del sistema imperialista. Se puede decir que entre los años 1943-49 se conforma el período de la lucha de clases mundial que mayores triunfos ha dado al proletariado y a los trabajadores del mundo entero. Este período se inicia con la victoria de Stalingrado y la crisis revolucionaria italiana y culmina con la Revolución China. Período en el cual se arranca al imperialismo las más grandes conquistas revolucionarias que se hayan conocido, como la expropiación de los explotadores del imperialismo en la tercera parte de la humanidad, independientemente de que el stalinismo lograra controlar estas expropiaciones al construir los estados obreros burocráticos y expropiar políticamente las conquistas de las masas. En este período se combina el fortalecimiento relativo de los aparatos con la debilidad teórica, política organizativa de los cuadros de la Internacional.

Hemos insistido en la importancia mayúscula, decisiva, de este viraje histórico, junto con el papel de la burocracia del Kremlin para contener y limitar la oleada revolucionaria generada por la guerra, así como el apoyo prestado al imperialismo norteamericano en la reconstrucción del nuevo orden imperialista.

A partir del año 1949 se abre un nuevo período de la lucha de clases de esta posguerra. Período caracterizado por el repetido intento del imperialismo de tomar la ofensiva contra el movimiento de masas y asestarle derrotas fundamentales sin poderlo lograr, siendo siempre derrotado, excepto algunos triunfos de gran importancia como en Indonesia o Brasil, que no cambian el carácter de la etapa. Es un período que podemos definir como de “equilibrio inestable”.

Entre los años 1949 y 1952 surgen los elementos que caracterizan los años siguientes. Los aparatos contrarrevolucionarios, (principalmente el stalinismo) logran contener la ola revolucionaria y permite al imperialismo crear las condiciones del “boom” económico, por las inyecciones crecientes de créditos de armamentos en la economía, por la explotación de la clase obrera en el Plan Marshall y de los países coloniales y semicoloniales. El imperialismo intenta derrotar a la revolución mundial en Corea no pudiéndolo lograr; pero se inicia el periodo de la “guerra fría”. Sin embargo, los esfuerzos del stalinismo por imponer el *status quo* después de la guerra produce rupturas en su seno desde un primer momento. La ruptura con Yugoslavia manifestó las profundas contradicciones internas de la burocracia y sus dificultades para controlar al movimiento de masas. El imperialismo es confrontado por la guerra revolucionaria en Indochina, el ascenso en América Latina, la gran revolución obrera en Bolivia en 1952, la crisis del Medio Oriente, la inestabilidad del imperialismo francés, etcétera.

Es a partir de 1953 que por primera vez aparece sobre la escena histórica de manera conjunta, la revolución política y la revolución socialista, como dos aspectos de la revolución proletaria mundial.

El ascenso de la revolución política fue inaugurado por la insurrección de Berlín del Este. Pero la historia procede por saltos, preparados por una acumulación cuantitativa que bruscamente culmina en un salto cualitativo, que se integra al período de equilibrio inestable caracterizado tanto por el intento renovado del imperialismo de cambiar las relaciones de fuerza llevando una poderosa ofensiva, como por el del proletariado de modificar en su favor este equilibrio inestable.

A partir del año 1953, acompañando el resurgimiento del proletariado de todos los estados obreros burocráticos, comienzan a darse los primeros síntomas de la revolución política. Es a partir de ese momento que los propios acontecimientos de la lucha de clases indican que la hora de construcción de la IV Internacional ha sonado, pero simultáneamente, el

revisiónismo pablista (con su capitulación a la burocracia) conduce a una dislocación de la Internacional.

La revolución política es el nuevo hecho cualitativo, aunque no cambia el carácter de este período como de equilibrio inestable y de intento por parte del imperialismo de cambiar la relación de fuerzas, iniciando una poderosa ofensiva.

A pesar de los grandes triunfos del proletariado mundial, no se había dado hasta entonces ningún síntoma fundamental de la aparición histórica de la revolución política como consecuencia (principalmente) de la desaparición (de hecho) del proletariado soviético y del Este de Europa e inclusive de la misma China y Yugoslavia, debido a las grandes guerras contrarrevolucionarias que tuvieron que soportar; principalmente el proletariado soviético, contra la contrarrevolución nazi. Esto originó millones de trabajadores muertos en esta región del mundo, principalmente en la URSS y en China. Pagando con millones de muertos la defensa de las conquistas revolucionarias de Octubre que vivían en su conciencia, las masas trabajadoras salieron agotadas de la II Guerra Mundial. También agotado, el proletariado soviético desapareció casi de la escena política y con ello la revolución política se retardó.

La crisis de dirección del proletariado mundial, agudizada por la política de coexistencia stalinista, le permite al imperialismo recomponerse e imponer una relativa estabilidad particularmente en Europa. Estabilidad para la que fue esencial la política de los PCs francés e italiano, que posibilitaron y facilitaron, con la traición al proletariado de ambos países, el triunfo bonapartista reaccionario de De Gaulle en Francia, gobierno derechista, reaccionario, de la Democracia Cristiana en Italia.

Sin embargo, el imperialismo, aun contando con la colaboración activa de la burocracia del Kremlin y demás burocracias parasitarias, aun habiendo logrado recomponer la economía y los estados capitalistas en Japón y en el Occidente de Europa, jamás pudo inflingirle al proletariado mundial una derrota decisiva que revirtiera el proceso de la lucha de clases iniciado en 1943. Es por eso que los diversos períodos que se han sucedido desde esta fecha se inscriben dentro del mismo contexto de triunfo del proletariado y de ninguna derrota histórica de él por parte del imperialismo.

Por el contrario, es en esta etapa que se produce el triunfo de la Revolución Cubana y el surgimiento de un nuevo estado obrero en el propio occidente capitalista. Y surge, al mismo tiempo, la resistencia a la guerra contrarrevolucionaria del imperialismo yanqui contra el pueblo vietnamita

Es a partir de la Revolución Cubana que se abre un intenso proceso revolucionario en Latino América que es desviado a una política guerrillera pequeñoburguesa por parte de la dirección castrista y guevarista y que tiene su influencia también en los países europeos. Es decir, todo el intento del imperialismo por tomar la iniciativa y derrotar al movimiento de masas (salvando Indonesia, Brasil y algunos otros países) fracasan radicalmente y, por el contrario, se obtienen algunos grandes triunfos revolucionarios y, en última instancia, quien es derrotado es el imperialismo.

Considerados en su conjunto, los años que van de 1949 a 1968 constituyen un período en el que se reúnen todas las condiciones para un viraje de envergadura histórica mundial de la lucha de clases. Es justamente en este período, y a pesar de que la lucha de clases y el ascenso revolucionario no son tan intensos como del 43 al 49, cuando aparece, como nuevo hecho cualitativo, la revolución política. Podríamos señalar al período 1943-49 como el momento de la más intensa crisis imperialista, del mayor ascenso revolucionario y el de la mayor cantidad de triunfos revolucionarios hasta el presente. Pero el período que se abre a partir de 1949 es el de la extensión de la revolución política a los estados obreros burocráticos, inextricablemente y en forma permanente, no esporádica. El período de la revolución inminente desarrolla, a partir del 68, una nueva unidad mundial de la lucha de clases en la que se combinan la revolución política en los estados obreros burocráticos y la revolución social en los países imperialistas y capitalistas. Nuevo período más elevado en el que se dan las confrontaciones de finales de los sesenta o principio de los setenta en Perú, Bolivia, Chile y Argentina, que forman parte de la revolución inminente.

Los hechos que indican que en 1968 se comienza a abrir un nuevo período de la revolución son la huelga general francesa, la crisis en Perú, el “Cordobazo” en Argentina, la radicalización de la lucha nacional del pueblo palestino que en 1970 avanza a formas de organización prosoviéticas (Irbid), la Asamblea Popular boliviana en los estados capitalistas. Pero el hecho decisivo es el ascenso de la revolución política en Checoslovaquia en 1968, que materializó el cambio cualitativo; en el que el proletariado construye órganos que superan la atomización propia de los procesos anteriores (Berlín. Polonia, Hungría), llevando incluso a plantearse la necesidad del nuevo partido en el XIV Congreso de Partido Comunista Checoslovaco. A pesar de la invasión por parte del Kremlin, el proletariado exige el derecho a organizarse en la “oposición”, estableciendo lazos con la “oposición polaca”, con el movimiento obrero mundial y con el trotskismo. Un proceso similar se presenta en Polonia, marcado por la huelga general de los puertos del Báltico y el comité de huelga de Szczecin.

(1970), la explosión de 1976 y la ola de huelgas hoy en curso, que reivindican el derecho a construir sindicatos independientes y el partido obrero socialista. Y en la misma URSS comienzan a desarrollarse acciones y huelgas que se mueven en la misma dirección que las polacas.

Este desarrollo de la revolución política a partir de 1968 en los estados obreros burocráticos abre posibilidades inéditas para la solución de la crisis de dirección revolucionaria del proletariado y reafirma la validez del programa de la IV Internacional. El proletariado de los estados obreros tiende espontáneamente hacia él, multiplicando las posibilidades del trotskismo como única alternativa de dirección en la revolución proletaria mundial y, específicamente, en la revolución política.

Esto no significa que las movilizaciones son y serán simultáneas en todos los países, pero el desarrollo desigual y combinado de las luchas del proletariado mundial plantea directamente el problema de la dirección revolucionaria como condición para que se produzcan nuevas revoluciones de octubre.

Alrededor de 1974 se da un nuevo salto en el ascenso de la revolución mundial y en la crisis del imperialismo, que confirman y refuerzan los rasgos del período: es el triunfo vietnamita, derrota militar que culmina en la más grande derrota política histórica sufrida por el imperialismo yanqui. Esta agrava la crisis de la dirección política norteamericana y repercute en todas las burguesías. El ascenso revolucionario mundial adquiere nueva fuerza en todo el mundo.

La revolución portuguesa refuerza los rasgos de este período. Al derrocar a una dictadura fascista y dismantelar el aparato de estado, crea las premisas para un proceso de poder dual que retoma los elementos de las movilizaciones europeas de posguerra (Italia, Francia), la revolución boliviana del 52, y el movimiento hacia la revolución política en Hungría, Polonia y Checoslovaquia. Y, a pesar de la política traidora de su dirección, que permitió reinstaurar un gobierno reaccionario, el proceso revolucionario portugués se prolonga en la crisis de la mayoría de los estados europeos.

Las luchas democráticas, antiimperialistas en los países coloniales y semicoloniales y de las nacionalidades oprimidas son parte también del nuevo curso de la revolución proletaria, y están estrechamente ligadas.

Por otra parte, el imperialismo sufre los efectos del fin del boom económico que se había prolongado durante dos décadas.

La crisis abierta en 1974-75 no es una crisis cíclica clásica, sino que se profundiza año a año, avanzando hacia un salto cualitativo a medida que se preparan las condiciones para la dislocación del mercado mundial y de la división internacional del trabajo. Esta crisis económica se ha tornado crónica y abarca a todos los países capitalistas y al conjunto del mercado mundial, y repercute en los países donde la burguesía ha sido expropiada, que sufren los efectos nefastos de la “teoría” del “socialismo en un solo país”. La inflación, el desempleo y los desequilibrios monetarios son fenómenos que muestran esa crisis y sus tendencias recesivas. El imperialismo yanqui (aunque con una hegemonía incuestionada) ve debilitar su poderío económico y político. La crisis del imperialismo tiene expresiones continuas en el ascenso revolucionario.

Esta crisis económica repercute en los países donde la burguesía ha sido expropiada debido a que las relaciones de producción son administradas por la burocracia parasitaria, que, a la vez que imposibilita el control obrero sobre la economía planificada, encierra a ésta dentro de las fronteras nacionales que trata de fortificar, introduciendo todas las presiones del imperialismo que domina el mercado mundial. Los hechos confirman cada vez más que el pleno desarrollo de las fuerzas productivas exige la expropiación del capitalismo a escala mundial, una nueva división internacional del trabajo y la desaparición progresiva de las fronteras nacionales. La presión de la crisis mundial del modo de producción capitalista se combina con las contradicciones propias de la administración burocrática de los estados obreros, bajo la forma de mayores ataques económicos contra la clase obrera, sentando las premisas para una crisis general de las relaciones sociales.

El ascenso revolucionario que no se detiene desde 1968, que entró en una nueva coyuntura en 1974 pega un nuevo salto a fines de los 70.

La revolución iraní ha significado un serio golpe al imperialismo en uno de sus baluartes estratégicos y, a pesar de las políticas conciliadoras del nacionalismo burgués “islámico” que encabeza la revolución, y la política contrarrevolucionaria del stalinismo, mantiene su plena actualidad.

La derrota revolucionaria de la dictadura de Somoza abrió objetivamente posibilidades de una nueva Cuba en Centroamérica, incentivando la movilización de las masas en los países vecinos, particularmente en El Salvador y Guatemala. Nuevamente aquí se ha puesto de manifiesto el nefasto papel de las direcciones pequeñoburguesas y colaboracionistas así como la necesidad imperiosa de un partido marxista revolucionario

trotskista. Múltiples son las manifestaciones actuales del ascenso revolucionario.

La tendencia a una crisis agravada del stalinismo y la intensificación del ascenso revolucionario, combinadas con la crisis crónica del imperialismo, abren la posibilidad de que nuestros núcleos trotskistas se conviertan en partidos con influencia de masas, abriendo el camino hacia el comienzo de solución a la crisis de dirección revolucionaria del proletariado.

En relación con los procesos de este período, y como elemento de éste, comienza una nueva fase de la crisis del revisionismo y un proceso de reagrupamiento del trotskismo que se expresará, en 1979, en la constitución del Comité Paritario.

Capítulo 2

La etapa de la posguerra: los factores que van a constituir el período de la inminencia de la revolución

Tesis XI.- Una prolongación inesperada de la crisis de dirección revolucionaria

El desarrollo de la revolución proletaria a partir de la Segunda Guerra Mundial planteó problemas teóricos y políticos a la IV Internacional que no podían y no pueden ser resueltos sino en el marco de los principios y el programa. Ni Trotsky, ni nuestro partido mundial después, pudieron prever que la crisis de dirección se prolongaría sin comienzos de solución durante más de cuatro décadas. En consecuencia, tampoco previmos el desarrollo relativo y la influencia sostenida de los aparatos burocráticos contrarrevolucionarios (principalmente el stalinista) y el carácter propagandista que nuestra Internacional conservaría a pesar del enorme ascenso revolucionario durante este lapso. Tampoco podíamos prever la posibilidad de una crisis de naturaleza revisionista como la que tendría lugar al comienzo de los años cincuenta, y que disgregó a nuestra Internacional durante cerca de treinta años.

Contra todos los pronósticos, desde la revolución Rusa no ha tenido lugar ninguna revolución parecida a la de Octubre, dirigida por un partido que instaure la dictadura revolucionaria del proletariado. En la posguerra, a pesar del hecho de que se dieron una crisis muy importante del imperialismo, y un ascenso más importante que el de 1917, las revoluciones que se sucedieron fueron inacabadas, revoluciones de “febrero”; en ausencia de un partido revolucionario, los elementos de doble

poder que se constituyeron no pudieron desarrollarse y no se dieron revoluciones de octubre.

A fines de la guerra hubo revoluciones en toda Europa, que de alguna manera retrocedieron o quedaron a mitad de camino. En la parte occidental, las burguesías, con la ayuda de los partidos comunistas, consiguieron la liquidación de los elementos de doble poder (Francia, Italia, etcétera) y la restauración los estados burgueses. En los países del Este europeo, la formación de los estados obreros burocráticos se hizo sobre la liquidación de los elementos de poder obrero democráticos. En un número importante de países hubo revoluciones que llegaron hasta la expropiación de la burguesía sin haber resuelto la crisis de dirección, sin tener un partido marxista revolucionario a la cabeza. A partir de la posguerra, contemporáneamente con la debilidad y la crisis de la IV Internacional, las revoluciones que tuvieron lugar fueron controladas por direcciones burguesas o pequeñoburguesas. Los estados obreros creados han sido controlados por partidos ligados al Kremlin, partidos stalinistas, o, como en el caso de Cuba, por movimientos pequeñoburgueses que se integraron y se subordinaron al stalinismo. Los aparatos burocráticos se han visto reforzados relativamente, y pese a su crisis, han mantenido y extendido su control sobre el movimiento de masas. Pero ese reforzamiento de los aparatos burocráticos que extendió su control al movimiento de masas, debe ser comprendido tal como Trotsky lo fundamentó. Ese reforzamiento incluye la concentración de una formidable acumulación de contradicciones que se revelaron, en vida de Stalin, en la crisis de las relaciones entre el Kremlin y el PC yugoslavo, y en la revolución china que triunfó contra la voluntad de Stalin.

Esos acontecimientos centrales ya señalados más arriba, repercutieron en las filas de la IV Internacional. La debilidad de la dirección de nuestro movimiento se hizo visible frente a esos acontecimientos, por sus respuestas dogmáticas, sectarias., propagandistas, o, lo que es más grave, por las posiciones revisionistas.

En la base de las desviaciones circunstanciales y también de las revisiones (el pablismo representa al revisionismo, no las desviaciones) de los fundamentos del marxismo revolucionario y del programa de la IV Internacional, se hallan problemas teóricos íntimamente ligados a las lecciones de la revolución bolchevique. En algunos casos, la revolución de Octubre ha sido tomada en forma unilateral, como modelo necesario en cuanto a sus formas y sus métodos, para todas las revoluciones de esta época; en otros casos se ha llegado al extremo de negar las enseñanzas

fundamentales de la revolución de Octubre y del carácter mismo de la época que ella inauguró.

Es innegable que la IV Internacional, después de la guerra, no comprendió lo que Lenin había explicado: que si el contenido se conservaba (destrucción revolucionaria de los estados burgueses), el curso y las formas que tomaría la revolución en los otros países no podrían ser idénticos a las que tomó en Rusia con la revolución de Octubre. El concepto de “modelo” es extraño al marxismo.

El pablismo, frente a la creación de estados obreros burocráticos llegó a expresar la necesidad de un período histórico (sin nuevas revoluciones de Octubre), período de dominación de la burocracia.

La IV Internacional fue fundada en un momento en que la situación mundial estaba marcada por la crisis económica de 1929-38, por la traición stalinista, el ascenso del fascismo y la inminencia de la II Guerra Mundial. Apoyada en su programa que resume en principios las enseñanzas históricas de la marcha de la revolución proletaria, en la era de las guerras y las revoluciones, principios que son los únicos que permiten entender los acontecimientos ulteriores, la IV Internacional fundó sus perspectivas inmediatas y sus tareas, teniendo en cuenta esta situación concreta. La experiencia de la 1era Guerra Mundial la llevó a prever que simultáneamente con el hundimiento del imperialismo asistiríamos a un extraordinario ascenso de la revolución, lo que serviría a la vez de base al ascenso de la IV Internacional, y a su transformación en partido mundial apoyado en partidos con influencia de masas. El curso de los acontecimientos desde la Segunda Guerra Mundial tomó formas nuevas e imprevistas.

Pero como decía Trotsky, la teoría no es un cheque en blanco que la realidad sólo tendrá que respaldar: Es una guía para la acción. Las faltas de previsión provienen de la ley marxista de que la realidad siempre es más rica que los esquemas teóricos, aun los más rigurosos. Se trata del mismo problema que el que llevó a Marx y Engels a abrir la perspectiva de la revolución permanente en 1850, cuando la revolución estaba en reflujo. Varias veces después en los años que siguieron Marx y Engels pensaron que la revolución iba a estallar. O el mismo tipo de error que mantuvo a Lenin centrado en la idea de la revolución de 1906, mientras que ésta había comenzado a retroceder. En sentido inverso, se conoce la conferencia pronunciada por Lenin en enero de 1917, en la que declaraba a su auditorio que la revolución no era para esa generación. En realidad, estos hechos confirman que “la teoría no es un dogma sino una regla para la acción”,

confirmando así que el marxismo no tiene nada que ver con algún sistema ideológico. Esto no es más que una cuestión de errores en los plazos; lo esencial para los revolucionarios sigue siendo saber si la realidad ha negado o afirmado la perspectiva teórica.

La dirección de la IV Internacional no tuvo en cuenta que cada revolución, como así también cada gran crisis de un sistema social, retoma procesos, formas y métodos de las revoluciones y las crisis anteriores, pero con cambios en todos los sentidos. La analogía histórica se revela como lo que es: una simple herramienta de ayuda para el análisis concreto. La segunda posguerra fue, en definitiva, radicalmente diferente de la primera. La Revolución de Octubre y sus conquistas incidieron tanto para hacer posible las expropiaciones de la burguesía en Europa del Este, como para reforzar relativamente al stalinismo que las usurpaba. Si bien después de la primera guerra y Octubre, apareció la III Internacional, desde la Segunda Guerra Mundial, el proletariado de todo el mundo se encuentra con las ruinas de la III Internacional y con una IV Internacional desarticulada, decapitada y casi destruida. La crisis de dirección se prolonga y se profundiza en las dos décadas siguientes.

Nosotros creímos que, en ese periodo de inmediata posguerra, se repetiría, de manera amplificada, lo que ocurrió durante la precedente, en la que la transformación de la guerra en guerra civil llevó a un partido marxista revolucionario (el Bolchevique) a tomar el poder a través de la revolución de Octubre y a fundar la III Internacional que comenzó a tener una influencia de masas, y a superar la crisis de dirección. Esto demostró ser una falsa analogía. Suponer que la Segunda Guerra Mundial repetiría en mayor escala el curso de la primera conducía un error de método, a saber, el desconocimiento de una de las leyes fundamentales de toda revolución señalada anteriormente. Si la realidad confirmó enteramente el pronóstico de Trotsky, de que en el curso de la II Guerra Mundial se desarrollaría una crisis sin precedentes del imperialismo y el más grande ascenso conocido, es innegable que los trotskistas no entendieron que la revolución en su primera etapa ve a las masas, a la vez, emprender una lucha de clases que plantea directamente los problemas políticos a nivel del estado, y al mismo tiempo víctima de sus ilusiones, dejar sus aspiraciones en manos de las direcciones tradicionales traidoras. Manteniéndonos en una perspectiva que se transformó en esquema, no fuimos capaces en 1944.45 de redactar lo que hubieran sido nuestras propias “Tesis de Abril”, en el sentido de que no pudimos analizar correctamente las relaciones entre las masas, los aparatos, y las organizaciones de la IV Internacional en construcción. Dicho esto no ha ninguna razón para no reconocer que el pronóstico de León Trotsky de que en el 100mo. Aniversario del Manifiesto, millones de hombres

seguirían a la IV Internacional, no se realizó. En Lenin hay una constatación establecida después de Octubre de 1917, que puede permitirnos comprender lo que puede considerarse como un error analógico. Lenin señaló en repetidas ocasiones que circunstancias absolutamente excepcionales habían permitido la victoria “fácil” de la Revolución de Octubre de 1917 y que la revolución en occidente sería más “difícil” sin una idéntica concurrencia de circunstancias. Si bien las circunstancias se volvieron más difíciles, nadie (ni Marx, ni Engels, ni Lenin) podía apreciar “teóricamente” la capacidad de resistencia contrarrevolucionaria del stalinismo a la revolución, mientras que sí era posible (y esto se hizo) analizarla correctamente con el método del marxismo. Sólo la práctica podía dar las respuestas. Nadie estaba en condiciones de prever los recursos acumulados por el desarrollo anterior del capitalismo, y más particularmente, que el imperialismo yanqui, reconstruiría, con la ayuda de las burocracias contrarrevolucionarias, sobre todo la stalinista, la economía mundial devastada por la II Guerra, y conducir a continuación al “boom” económico que termina.

Esto significa que si bien nuestra Internacional se fundó sobre una caracterización plenamente científica de la época, no previó este aspecto de la coyuntura inmediatamente posterior a la guerra. Hicimos un análisis coyuntural exageradamente optimista y analógico que se demostró erróneo. Dicho esto, algunos años después, y como consecuencia directa de los procesos de la inmediata posguerra, los años 50-53 veían a las masas intentando reagruparse sobre un nuevo eje y abriendo inmensas posibilidades para la construcción de la dirección revolucionaria. Por lo tanto, no es a un pretendido error del pronóstico sino a los estragos del revisionismo a quienes hay que imputar fundamentalmente la impotencia de nuestro movimiento para apoderarse de esa inmensa ocasión.

Como consecuencia de la prolongación inesperada de la crisis de dirección del movimiento obrero, el movimiento trotskista se vio confrontado con varios hechos nuevos cuya forma no podía ser prevista. Estos hechos de enorme importancia, son los siguientes:

1. Todas las revoluciones triunfantes que expropiaron a la burguesía culminaron con la formación de estados obreros burocráticos.
2. A causa del carácter burocrático de los estados obreros existentes, nos vimos enfrentados a guerras o a preparativos de guerra entre ellos, o a invasiones de un estado obrero por otro.

3. El “boom” económico burgués que el apoyo de la burocracia del Kremlin hizo posible, aunque fundado sobre el parasitismo y la economía de armamentos, fue el más colosal de toda la historia del capitalismo.

4. La mayor revolución tecnológica de toda la historia de la humanidad se realizó bajo la dominación del imperialismo. Esos avances tecnológicos (la cibernética, los cohetes, la energía atómica, la petroquímica, los abonos químicos, los descubrimientos científicos en todos los dominios, tales como la penicilina, los nuevos medicamentos, etc.) se concretan con el más espectacular de los progresos hechos por la humanidad: la conquista del cosmos, del universo. Estas conquistas técnicas, sin embargo, están fundadas esencialmente sobre el desperdicio desenfrenado de las fuerzas productivas que es la marca de la economía de armamento fundada sobre presupuestos militares fantásticos, que se convirtieron en el motor de toda la economía mundial.

5. La importancia fundamental, determinante, que adquirieron las luchas democráticas en el combate revolucionario conforme a toda la teoría de la revolución permanente delineada en el *Programa de Transición*.

6. La importancia extraordinaria adquirida por la guerra de guerrillas, a causa del éxito de la revolución china y de otras revoluciones.

7. No ha habido hasta hoy ninguna otra revolución de Octubre, es decir una revolución dirigida por un partido marxista revolucionario y que conduzca a la instauración de una dictadura revolucionaria del proletariado que se ejerza a través de los consejos obreros revolucionarios.

Este conjunto de procesos y de fenómenos repercutió en la IV Internacional y sirvió de base objetiva para la aparición de posiciones y concepciones revisionistas que llegan hasta a cuestionar el carácter de la época y la razón de ser del partido mundial de la revolución socialista.

Tesis XII.- Febrero y Octubre, dos enseñanzas actuales

Contra todos nuestros pronósticos, después de la Revolución rusa, no ha habido ninguna Revolución de Octubre, victoriosa o derrotada. Esta posguerra, aunque haya sido la etapa más revolucionaria de la historia, no ha engendrado sino “revoluciones de febrero”, en el sentido de que en ningún país, incluidos aquellos en los que la burguesía ha sido expropiada los procesos revolucionarios han culminado con la dictadura revolucionaria del proletariado.

Como toda revolución, la de Octubre es un proceso esencialmente político-social con consecuencias económicas. Tiene una característica que la diferencia fundamentalmente de todas las otras revoluciones la existencia de un partido revolucionario permitió la toma del poder por los órganos de masas proletarios, los soviets, anteriormente constituidos. En ausencia del partido revolucionario y de los soviets constituidos por el movimiento de masas; no puede haber nueva revolución de Octubre.

La revolución de febrero es diferente de la de octubre pero está íntimamente ligada a ella. Fue su prólogo. Febrero es una revolución obrera que enfrenta a los explotadores imperialistas, burgueses y terratenientes ligados a la burguesía. Desmanteló el aparato de estado burgués sin todavía destruirlo ni reemplazarlo. Pero por su dinámica de clase y por el enemigo que enfrenta, la revolución de febrero debe conducir a la dictadura del proletariado o desaparecer. Es en ese sentido que se puede decir que la revolución de febrero abre la revolución proletaria y pone al orden del día la revolución socialista. La diferencia entre febrero y octubre reside en el factor subjetivo. En resumen, la revolución de febrero es inconcientemente socialista, mientras que la de octubre lo es concientemente. Podríamos decir (retomando a Hegel y a Marx) que la primera es una revolución socialista *en sí*, mientras que la segunda lo es *para sí*.

La revolución de febrero posee una lógica que refleja la situación del movimiento obrero y de masas en esa etapa del ascenso revolucionario. Prácticamente todas las revoluciones surgen cuando profundas necesidades objetivas se transforman en situación intolerable para el movimiento de masas. El grado de conciencia y de experiencia de éstas y el carácter de su dirección pueden, sin embargo, estar atrasadas con respecto a la situación objetiva que llama a la revolución. A pesar de ese atraso, pueden abrirse situaciones revolucionarias y realizarse revoluciones.

Pero las ilusiones sostenidas de la clase obrera que, incluso durante las primeras etapas de la revolución no se ha emancipado de sus ilusiones respecto de los aparatos, pueden permitirles a éstos trabar el curso de la revolución.

Así, mientras que la revolución de octubre se caracteriza por estar encabezada por una dirección marxista revolucionaria, la de febrero, realizada por la actividad revolucionaria de las masas, se mantiene dirigida por los aparatos burocráticos y pequeñoburgueses. Ese sector concientemente contrarrevolucionario comprende el significado de la revolución de febrero. Interviene en ella justamente para frenar el desarrollo, a través de su experiencia, de la conciencia de las masas, para

constreñir la revolución en un marco democrático-burgués, dentro de los límites nacionales, para impedir su transformación en revolución socialista. Es decir, para frenar y desviar a su enemigo mortal, la movilización permanente de las masas.

Esto es posible porque, generalmente, las primeras tareas sobre las cuales se opera la movilización de las masas, son tareas en su mayoría democráticas. Las revoluciones se hacen a menudo contra dictaduras despóticas, contra el totalitarismo y el bonapartismo, tendencias características del capitalismo en su fase de agonía. En tales circunstancias, el oportunismo dirigente, para desviar la movilización, puede tratar de limitar los objetivos de la revolución al cumplimiento de tareas democráticas o nacionales. Pero la realización de estos objetivos democráticos y nacionales son, en la época de la decadencia imperialista, irrealizables sin la expulsión de la burguesía del poder político y su expropiación. La barrera de la pretendida “revolución por etapas” sólo puede, por lo tanto, conducir a la derrota de la “revolución de febrero” o ser pulverizada por la actividad revolucionaria de las masas.

La maduración de la conciencia obrera avanza por medio de la actividad revolucionaria del proletariado que lucha contra su condición de explotado, arrancando derechos y garantías y constituyéndose en clase para sí al formar sus propias organizaciones. León Trotsky compara esas “instituciones obreras” con las instituciones burguesas que la burguesía fue insertando a través de su acción de clase en el sistema feudal. Al igual que la revolución burguesa debió “revolucionar” esas instituciones para que sirvieran a sus fines históricos, las “instituciones obreras”, insertas en el sistema burgués y dominadas por los aparatos burgueses, deberán ser “revolucionadas” por el proletariado en el curso de la revolución proletaria. El contenido permanente de la revolución debe ser aplicado tanto a las “instituciones obreras” que son destacamentos de lucha revolucionaria de la clase obrera dentro de la sociedad burguesa, como a las “instituciones obreras” constituidas por el proletariado que ha arrancado el poder a la burguesía.

Mientras que se profundiza la crisis del stalinismo, la crisis conjunta del sistema imperialista mundial y de la burocracia del Kremlin, en la ola ascendente de la revolución, a escala internacional, y en todos los países, el proletariado comienza a “reconstruir su conciencia alrededor de nuevos ejes”, se crea el terreno para la construcción de partidos trotskistas con influencia de masas, para la reconstrucción de la IV Internacional.

Trotsky hizo un análisis brillante de la revolución de febrero y de su relación con la de octubre. Señaló su carácter de revolución socialista pese a la orientación de las direcciones oportunistas.

Las masas trabajadoras, a través de su lucha revolucionaria espontánea (en la cual se integra la actividad de la vanguardia marxista) han llegado incluso a dismantlar al estado burgués, constituir sus consejos (soviets), abrir así una situación de doble poder (más o menos desarrollado). Pero la lucha revolucionaria espontánea de las masas no puede edificar, sin partido revolucionario dirigente, el estado obrero con la forma y el contenido de la dictadura del proletariado.

Lenin y Trotsky habían considerado, aunque como variante excepcional, que procesos que conducen a la “revolución de febrero” de tipo clásico (Rusia 1917) fueran más lejos de lo que querían en la vía de la ruptura con la burguesía.

Esto se convirtió en el hecho dominante en el curso y después de la Segunda Guerra Mundial, cuando, direcciones pequeñoburguesas, incluso stalinistas, se vieron obligadas a expropiar a la burguesía.

Estos procesos resultan fundamentalmente de la actividad revolucionaria de las masas, aun si esta se mantiene controlada por los aparatos. Lenin y Trotsky planteaban esta perspectiva como poco probable. Pero lo esencial para los marxistas es saber si la realidad ha contradicho o no los principios, tal como han sido formulados particularmente en el *Programa de Transición*. Así, era perfectamente justificado para Trotsky, establecer que la revolución de febrero es la antecámara de la revolución de Octubre, y que esta última es indispensable para el pleno desarrollo de la revolución permanente. La historia ha demostrado que tareas tales como la ruptura con la burguesía, su expropiación, el cumplimiento de las tareas democráticas, han podido realizarse sin una nueva revolución de Octubre pero por un proceso conforme al considerado a título excepcional por el *Programa de Transición*.

Por otra parte hay que subrayar que estas nuevas conquistas no pudieron ser obtenidas por el proletariado mundial sino en razón de la existencia del formidable punto de apoyo que constituyen para él las conquistas de Octubre. Esto significa que, aunque haya sido realizada bajo el control de la burocracia, la expropiación de la burguesía, lejos de ser testimonio de alguna misión histórica de la burocracia, no es más que el producto de la inmensa y durable fuerza de la movilización revolucionaria de las masas y de la revolución de Octubre, cuyas conquistas viven en la conciencia de las

masas y que la burocracia pudo degenerar pero no destruir. Este hecho tiene una importancia enorme, además, en lo que concierne a las relaciones entre las burocracias: si el eje sigue siendo necesariamente la burocracia del Kremlin, es porque se constituyó degenerando la Revolución de Octubre, sin la cual no habría sido posible la expropiación de la burguesía en otros países que da su base de existencia a las otras burocracias parasitarias.

En la posguerra, la extraordinaria debilidad de las burguesías de numerosos países, combinada con la crisis del imperialismo y con las consecuencias de la victoria de la guerra revolucionaria emprendida por la URSS, condujo, sobre la base de una actividad revolucionaria de las masas (controlada por los aparatos burocráticos pequeñoburgueses) a extender la expropiación a casi un tercio de la humanidad.

Pero, desde el punto de vista histórico y del desarrollo permanente de la revolución socialista, Trotsky tenía plena razón: si después de la revolución de febrero, no sobreviene la de octubre, es decir la conquista del poder por un partido marxista revolucionario, que exprese y se apoye en la organización revolucionaria del movimiento de masas, no existen posibilidades de que la revolución adquiera un carácter permanente. El hecho de que después de la muerte de León Trotsky hayamos confundido la revolución de febrero con las tareas democrático-burguesas pudo conducirnos a subestimar esta revolución. En realidad, febrero tiene una importancia fundamental y decisiva, como la tuvo la conquista de los grandes sindicatos en la época reformista. Este siglo ha demostrado que “febrero” y “octubre” son dos categorías distintas y que se combinaron en la Revolución Rusa. Febrero es una revolución socialista, categóricamente socialista, porque desmantela el aparato de estado capitalista en el curso de una movilización revolucionaria de los trabajadores.

El proceso transitorio que conduce a la revolución de febrero da un peso enorme a todas las tareas democráticas. Pero esto no significa que sea una revolución democrático burguesa. En este siglo, las tareas democráticas sólo pueden ser realizadas por la expropiación del capital. Ya no habrá más revoluciones democrático burguesas, sino solamente revoluciones socialistas, tanto con como sin maduración del factor subjetivo.

En Rusia, es evidente que las tareas democráticas y las tareas socialistas indispensables para realizarlas se combinaron en la revolución de febrero. Esto se debió a la existencia del zarismo y de los terratenientes que lo sostenían. A pesar de ello, la lucha contra la casta nobiliaria no fue el elemento determinante, ya que, junto con el zarismo, eran componentes del

sistema imperialista mundial y se encontraban íntimamente ligadas al capitalismo ruso.

El modo de producción capitalista domina hoy con mayor razón, en todas las sociedades y estados nacionales. Si en todas partes y en todos los países domina el capitalismo financiero, las tareas democráticas clásicas en su conjunto quedan planteadas en la India, generalmente en los países del sudeste asiático, en el Cercano y Medio Oriente, en sectores importantes de África, en todos los países oprimidos por el imperialismo (América Latina, por ejemplo). Aunque ya no haya zar ni propietarios feudales (sin embargo existen los latifundistas), el combate antiimperialista plantea las tareas democráticas como una poderosa palanca para el combate por la revolución socialista.

Todas las revoluciones actuales son socialistas por el enemigo que enfrentan: la burguesía y su aparato de estado, y por la clase, que es la única que puede conducir a su término las reivindicaciones, incluso las democráticas de las masas oprimidas, el proletariado.

En última instancia todo el ataque de los revisionistas, con la utilización de expresiones tomadas de la sociología burguesa, va contra la repetición de los procesos revolucionarios que se expresan en la revolución de Octubre. Al igual que Pablo, señalan que en esta posguerra estos no se han repetido, y de allí sacan la conclusión revisionista de que ese tipo de revolución es cosa del pasado y no se repetirá. Según ellos, surge una nueva teoría revolucionaria según la cual las fuerzas más diversas (las “nuevas vanguardias”, el campesinado, o las burocracias mismas), excepto el proletariado, están investidas de la capacidad revolucionaria.

Pero como toda corriente revisionista califica de “nuevas” viejas teorías de la época premarxista, cuando se desarrollaban revoluciones democráticas populares contra el absolutismo. Llamam nuevo modelo a un modelo de hecho muy antiguo: el de las revoluciones democráticas anteriores a Octubre, anteriores a la época de la revolución proletaria mundial.

Sin embargo, existen todas las razones para que se desarrollen de nuevo los procesos que condujeron a la apertura y victoria de la revolución de Octubre. Como en febrero, verdaderas revoluciones proletarias se abren hoy a pesar de la ausencia de dirección revolucionaria. Maduran en la conciencia del proletariado, y esta maduración da la materia prima para la construcción de los partidos revolucionarios dirigentes y para la reconstrucción de la IV Internacional. Este doble proceso objetivo y subjetivo conducirá a nuevas revoluciones de Octubre (si somos capaces de

construir el partido revolucionario), así como las de 1905 y de febrero de 1917 condujeron al octubre bolchevique.

Toda revolución de febrero que no desemboque en un octubre victorioso, o terminará en una derrota pura y simple o verá su dinámica de revolución permanente desviada o bloqueada por las direcciones pequeñoburguesas y burocráticas. Mientras estas direcciones no sean barridas, se ocuparán de canalizar al movimiento de masas, limitar sus conquistas y deformarlas burocráticamente, como lo atestiguan todos los estados obreros creados desde 1917. Es por esto que una simple revolución de febrero no resuelve nada a escala histórica, ni siquiera cuando conduce a grandes triunfos contra el imperialismo. Hay un inmenso paso que franquear entre la apertura de la revolución proletaria y el triunfo de Octubre. En situaciones comparables a la de la revolución de febrero, la expropiación de la burguesía pudo operarse, pero la burocracia pudo controlar y deformar esta conquista. Sería hacer retroceder el pensamiento marxista sacar de allí un argumento para afirmar que sólo las revoluciones bloqueadas de este tipo están a la orden del día y que Octubre representa una excepción que no puede repetirse.

Estos acontecimientos no hacen sino, por el contrario, reforzar la necesidad de la revolución proletaria en su necesaria dinámica de revolución permanente.

La revolución de febrero no puede constituir una solución durable. La revolución rusa da de ello una ilustración positiva: la traición de los eseristas y los mencheviques obligó a las masas a la gran movilización contra Kornilov y las condujo a obtener por sus luchas inmensas conquistas democráticas y obreras. A la inversa de la apertura de la revolución proletaria en Portugal en 1974, donde se observa todo el proceso que se expresa en la revolución de febrero (las masas que desmantelan al viejo aparato de estado y comienzan a construir sus propios órganos de poder) no se ha transformado todavía en Octubre, lo que permitió a las fuerzas de la contrarrevolución con la ayuda activa de los aparatos pequeñoburgueses, que controlan al movimiento obrero, imponer el gobierno reaccionario de Eanes. La misma necesidad de la revolución permanente se expresa en la marcha a la revolución política. Si ésta no expulsa a la burocracia parasitaria para restablecer o establecer la democracia soviética, las conquistas de octubre confiscadas por la burocracia estarán cada vez más gravemente amenazadas.

Todo esto confirma el carácter revolucionario que reviste nuestra época, a pesar de la crisis de dirección.

Haya o no un partido, las masas trabajadoras pueden crear una situación de doble poder. El ascenso revolucionario es tan grande que la burguesía puede ser expropiada sin partido revolucionario. Pero la victoria definitiva de la revolución proletaria, de la revolución mundial, sólo podrá ser alcanzada bajo la dirección de un partido revolucionario, de la IV Internacional reconstruida.

Tesis XIII.- Revolución y conciencia obrera

Las revoluciones que se han producido en esta posguerra y que han llegado hasta la destrucción del estado capitalista y la expropiación de la burguesía, han planteado a la Internacional problemas teóricos y políticos claves: *¿Qué ocurrió con el factor subjetivo de las masas? ¿cuál fue el papel de los partidos stalinistas? ¿ésta realidad de revoluciones operadas en medio de una crisis de dirección, hacen innecesaria la Cuarta y sus partidos?*

Las corrientes revisionistas (impactadas por la repercusión de las revoluciones en Europa del Este, China, Cuba y Vietnam) han dado distintas respuestas a estas cuestiones. Algunas han desarrollado posiciones espontaneístas, movimientistas, que niegan el papel del partido y suponen que la radicalización de las masas en lucha conlleva, de por sí, a acciones y niveles de conciencia marxistas revolucionarios.

En el otro extremo, nos encontramos con posiciones de capitulación a las direcciones burocráticas, a las que asignan una función progresiva y les adjudican una capacidad de adaptación a las presiones de las masas. Plantean, en definitiva, que estas direcciones son capaces de tener una política que oscila hacia el marxismo revolucionario y que podrían conducir a las masas hacia una conciencia revolucionaria.

Entre esas posiciones extremas hay una (centrista) que, pretendiendo defender al marxismo y al leninismo, plantea un desarrollo lineal, evolutivo, fenomenológico, de la conciencia obrera; ignora el rol negativo de los aparatos contrarrevolucionarios y, fundamentalmente, del stalinismo en ese desarrollo de la conciencia. Ignora también, por consiguiente, la lucha del trotskismo contra esos aparatos en el seno del movimiento obrero para desarrollar sus acciones y madurar su conciencia.

Estos distintos matices revisionistas tienen todos un punto en común: niegan el rol fundamental del partido revolucionario en el desarrollo de la conciencia del movimiento obrero.

Contra el revisionismo, nosotros seguimos sosteniendo que tienen plena validez las elaboraciones tanto de Marx como de Lenin y, fundamentalmente de Trotsky, ya que éste (por ser el último de nuestros grandes maestros) es el que pudo analizar la nueva realidad del surgimiento de los aparatos contrarrevolucionarios. Es a partir de estas enseñanzas que debemos interpretar los nuevos acontecimientos en relación al desarrollo de la conciencia obrera y definir nuestra política.

De Marx a Lenin, y de éste a Trotsky, hay una superación, un enriquecimiento constante de este análisis como resultado del cambio de la realidad objetiva. No es casual que el revisionismo centrista se apoye, en este terreno, en Marx y Lenin sin mencionar a Trotsky, ya que aquéllos justamente no pudieron estudiar al stalinismo.

Marx, con su famoso análisis del salto de conciencia *en sí* a la conciencia *para sí* dio el encuadre teórico fundamental a este problema. Para Marx la *clase en sí* es la clase explotada económicamente por el capitalismo, que no se ha elevado política y teóricamente a en consciente de su rol histórico. La *clase para sí* es la clase consciente, cuando deja de ser sólo clase económica y se transforma en política por la organización, cuando se da objetivos históricos, consciente de su rol revolucionario dentro de la sociedad. Para Marx el paso de la clase obrera *en sí*, inconsciente, que sólo es materia de explotación, o clase explotada pero que no lucha contra la explotación, a clase obrera *para sí*, que en la marcha de la lucha de clases adquiere la conciencia de su tarea política revolucionaria, ha sido formulado en estos términos en 1847 en el Manifiesto del Partido Comunista. A partir del análisis del lugar del proletariado en las relaciones sociales de producción, Marx y Engels escriben:

“... las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual adquieren más y más carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques eventuales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

“A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de la sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros... que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión..., los proletarios modernos... la llevan a cabo

(en relación y como consecuencia del desarrollo del modo de producción capitalista, N. de la R.)

“Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero resurge, y siempre más fuerte, más firme, más potente.” (2)

También desde 1847, Marx y Engels establecieron que el proceso de la lucha de clases que permite al proletariado, a partir de su ubicación en las relaciones sociales, pasar de la “conciencia en sí” a la “conciencia para sí” es equivalente al proceso de la organización (unión) que se eleva a la lucha política y por consecuencia la “Partido político”. Marx y Engels establecieron igualmente que esta unión (organización) y la conquista del “Partido político” como resultado de la lucha de clases, es constantemente cuestionada por la burguesía.

Todo el trabajo histórico de Marx y Engels desde la Liga Comunista hasta el combate por la formación de partidos obreros y de la II Internacional, pasando por el combate por y dentro de la Iera. Internacional estuvo constantemente guiado hacia el combate organizado de una vanguardia; en la Primera Internacional, por la “fracción marxista”; en la II Internacional por la construcción de “partidos marxistas”. En *¿Qué hacer?*, Lenin, al plantear las bases del bolchevismo, profundizó y amplió la concepción marxista del partido, que es el único que en la lucha de clases puede elevar la conciencia de la clase obrera a una conciencia de su misión histórica. Si bien Engels al final de su vida señaló los primeros elementos, ni él ni Marx pudieron precisar que, con la transformación del capital en capital financiero, se constituyen con la burocracia obrera la base social de los aparatos burgueses que tomarían el control de las organizaciones obreras (partidos, sindicatos) constituidas como organizaciones revolucionarias en la lucha de clases del proletariado.

En cuanto a las relaciones entre los comunistas y los demás partidos proletarios, Marx afirmó en el Manifiesto Comunista:

“Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

“Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

“El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.”

Lenin, en 1914, después de la traición de la II Internacional y de los partidos socialdemócratas, sobre la base de los principios marxistas del bolchevismo, en el marco del análisis riguroso de los principios marxistas del bolchevismo, en el marco del análisis riguroso del “imperialismo”, el que habría de dar la plena dimensión al papel y lugar del partido en la lucha de clases.

Lenin enriqueció los principios establecidos por Marx y Engels, elaborando la relación entre espontáneo y partido, en particular en su polémica con los economistas, sobre la necesidad de un partido marxista basado en el centralismo democrático que permita a la lucha revolucionaria del proletariado llegar a la victoria, expresando en su forma más elevada la conciencia obrera revolucionaria.

Lenin ha definido “lo espontáneo como el embrión de lo consciente”. Lo espontáneo surge por las necesidades de la lucha de clases y a pesar de que recoge toda la experiencia de la lucha revolucionaria, con sus victorias y sus fracasos, no será un proceso evolutivo el que conduzca a la dictadura del proletariado. Lo “espontáneo” que explica Lenin es la materia prima de lo “consciente”. Pero lo “consciente” no se puede constituir a partir de la materia prima “ya hecha” constituida por lo espontáneo, si no es sobre la base del programa y el partido que generalizan toda la experiencia histórica de la humanidad. Hoy la base del programa de la IV Internacional traduce en principios la unidad de la teoría y de la práctica en la construcción de partidos revolucionarios en cada país, construcción que se combina con las tareas de reconstrucción de la IV Internacional.

En una situación en la que los aparatos burocráticos han adquirido esta dimensión que conocernos a partir de la victoria del stalinismo contrarrevolucionario sobre el bolchevismo de la III Internacional de Lenin y Trotsky.

Nunca lo espontáneo construirá por sí mismo lo consciente. La actividad consciente de los revolucionarios marxistas ha consistido en clarificar en cada etapa el combate “inconsciente” de las masas obreras y campesinas. Pero no hay una muralla china entre “consciente” e “inconsciente” (de lo cual se puede decir que “espontáneo” e “inconsciente” no son sinónimos o identidades de caracteres comunes). Los resultados más generales de la combinación de la actividad consciente y de la lucha de clases “inconsciente” han sido consignadas en la experiencia acumulada de las masas, por una parte, y en la construcción del partido bolchevique, por otra, en una relación constante y dialéctica entre consciente e inconsciente. La experiencia de las masas “inconscientes” es la que ellas mismas han acumulado en sus relaciones con la actividad de la vanguardia revolucionaria. Es así que el conjunto del proceso, en todas sus determinaciones, permite comprender plenamente lo que Lenin y Trotsky han explicado cuando dijeron que la revolución de febrero constituyó algo como una repetición general de la Revolución de 1905 que, en cierto modo, también se repite en la de Octubre. Los dos resultados capitales de la revolución rusa de 1905 cristalizaron en el soviet de Petrogrado y en la actividad de los bolcheviques.

Fue sacando las lecciones de 1905 y de la derrota de la primera revolución rusa como bajo la dirección de Lenin el bolchevismo se constituyó en 1912-1914 en el Partido que se iba a convertir en el partido dirigente en 1917.

Es evidente que no es por problema de estilo que Lenin y Trotsky califican a la revolución de febrero como segunda revolución y Octubre como la tercera revolución rusa, a pesar de la derrota de 1905 y el lapso (12 años) que transcurre entre el soviet de 1905 y los Soviet de 1917. A pesar de la derrota y de los años negros de la reacción, el hilo de la continuidad histórica (es decir, el hilo de la memoria de las experiencias y de la actividad de la vanguardia organizada por la fracción, por el partido bolchevique) no fue totalmente roto.

Así como existe una combinación entre la actividad consciente y la lucha de clases inconsciente, también se presenta una interacción dialéctica entre las acciones de las masas y su conciencia. Generalmente cuando la lucha de clases adquiere expresiones significativas (en los ascensos o situaciones revolucionarias) las acciones van más allá de su conciencia, adquieren permanencia y continuidad histórica por la actividad del partido revolucionario. Es la experiencia alcanza por medio de la lucha la que hace posible la maduración, los avances en la conciencia.

Trotsky analizó esos nuevos fenómenos que se interponen en los progresos de la conciencia del proletariado, que son los aparatos burocráticos contrarrevolucionarios en general, y el stalinismo, más particularmente. Esto subraya el papel indispensable del partido trotskista, para elevar la conciencia de clase a una conciencia políticamente revolucionaria, es necesario para levantar los obstáculos que constituyen los aparatos contrarrevolucionarios que actúan en sentido contrario para detener el desarrollo de la conciencia obrera y para hacerla retroceder.

La degeneración de la URSS, la constitución de la burocracia soviética como casta privilegiada, la degeneración de la IC y de sus partidos, esos nuevos fenómenos cuyo análisis teórico Trotsky proporcionaba paso a paso, iban a plantear en toda su amplitud el lugar y el papel del partido en la lucha de clases. Trotsky formulaba claramente sus datos, escribiendo por una parte en las primeras líneas del *Programa de Transición*: “La situación política mundial en su conjunto se caracteriza, ante todo, por la crisis histórica de la dirección del proletariado.” Y en la conclusión del programa, por otra parte: “La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección proletaria. Los obreros avanzados, reunidos en torno a la Cuarta Internacional, muestran a su propia clase el camino para sortear la crisis. Le proponen un programa fundado en la experiencia internacional de la lucha emancipadora del proletariado y de todos los oprimidos del mundo.” (4)

La continuidad histórica entre los textos fundamentales del marxismo, el Manifiesto del Partido Comunista (1847), los cuatro primeros congresos de la IC y el Programa de la IV Internacional, está completa. El *Programa de Transición*, “...fundado en la experiencia internacional de la lucha emancipadora del proletariado y de todos los oprimidos del mundo”, es el de la organización marxista, cuyo método le permite concluir que: “las leyes de la historia son más fuertes que los aparatos” contrarrevolucionarios que actúan en el sentido de frenar, de oponerse a los desarrollos de la conciencia obrera.

El odio y la persecución del stalinismo respecto del trotskismo se inscribe en esta política contrarrevolucionaria.

Para Trotsky, no hay solamente un proceso de superación de la conciencia obrera, consecuencia de las acciones de clase y de la intervención decisiva del partido marxista revolucionario, sino también retrocesos y una cosificación de la conciencia de los trabajadores, como resultado de la acción consciente, deliberada y específica de los aparatos

contrarrevolucionarios, principalmente del más nefasto de ellos: el stalinismo.

El stalinismo, verdadera sífilis del movimiento obrero corrompió, con los medios materiales de la burocracia y también con los medios materiales de la burguesía y los estados burgueses (Francia, Italia, etc.) decenas y decenas de miles de militantes stalinistas, quienes, por la defensa de su “posición social” ferozmente contrarrevolucionaria trabajaron para prohibirle al proletariado el cumplimiento de su misión histórica revolucionaria. Fue así como el stalinismo se esforzó, en todas las circunstancias en pervertir por todos los medios la conciencia del proletariado, para intentar (tras una verborrea pseudo revolucionaria) someterlo al orden burgués.

Es así como el stalinismo se esfuerza en transformar el marxismo apoyándose sobre las ilusiones de las masas y de la clase obrera en “ideologías”, lanzadas para la defensa de los intereses materiales de la burocracia y la defensa del orden burgués, esto con el fin de hacer retroceder el nivel de conciencia de los trabajadores. Este es el significado de la “teoría” del socialismo en un solo país, de la política de Frente Popular y de la política de coexistencia pacífica. El stalinismo se convirtió en la fuente infecciosa del movimiento de masas que lleva en todo el mundo a decenas de miles de militantes “comunistas” a conducirse como los más feroces contrarrevolucionarios y a alimentar, cubiertos con la bandera marxista que prostituyen, las posiciones más vulgarmente pequeñoburguesas.

El stalinismo publica libros, magazines, organiza cursos, es decir, desarrolla toda una acción sistemática y continuada para impregnar a la clase obrera de una ideología opuesta a la lucha de clases, al internacionalismo obrero y al desarrollo de la revolución permanente en todos los países y en el mundo. En este sentido podemos decir que la existencia de los aparatos contrarrevolucionarios creó una situación mucho más compleja que la que existía en el siglo pasado cuando Marx nos proporcionó los elementos esenciales para entender el desarrollo de la conciencia de la clase obrera.

Los partidos obreros tradicionales dominados por los aparatos se reivindicaban de la clase obrera para colaborar con la burguesía, no para derrocarla. Esta política de los aparatos se encuentra en el origen de un ENSI político (llamémoslo así) que tiene una ideología proburguesa que nada tiene que ver con el marxismo aunque utilice sus formas.

El control organizativo ideológico y político del stalinismo sobre amplios sectores del movimiento de masas, no ha hecho desaparecer la dialéctica entre acción, experiencia y conciencia, y no ha sido un obstáculo absoluto para las leyes del desarrollo de la lucha de clases. La contradicción entre las aspiraciones del movimiento de masas y el movimiento que emprende (aspiraciones y movimiento que tienden hacia la revolución) y por otra parte el hecho de que los viejos aparatos lo encuadren y las ilusiones y falsas formas de conciencia que mantienen se desarrolla de manera permanente. El desarrollo de la contradicción entre las necesidades de lucha y la camisa de fuerza de los aparatos se traduce en acciones que sobrepasan tanto la conciencia que las masas tienen de sí mismas, como las posiciones de las direcciones burocráticas. En las revoluciones de febrero que se produjeron desde la segunda guerra mundial y a causa de las condiciones particulares que revisten, nos encontramos frente a una situación en la que la acción revolucionaria de las masas va mucho más lejos de lo que pretende el stalinismo.

En esas revoluciones hubo movilización revolucionaria de las masas (movimiento espontáneo) pero, en ausencia de partidos revolucionarios, los aparatos concentraron todas sus fuerzas para que no se transformaran en nuevos Octubre. El aparato stalinista pudo liquidar los elementos de consejos obreros revolucionarios contruidos por las masas en su movilización. Hizo todo lo posible para minar en su conciencia la necesidad de los consejos obreros revolucionarios.

No tuvo éxito en relación con la experiencia y el lugar de la Revolución de Octubre del 17 (“que viven en la conciencia de las masas”, en preservar la propiedad privada en los países del Este, en China, en Corea del Norte, en Vietnam, en Cuba. La fuerza de las conquistas de octubre realizó la expropiación de los expropiadores.

Hoy en Polonia, apoyándose sobre las conquistas, vemos, después de Checoslovaquia, Hungría, Berlín-Este, a la clase obrera intentar reanudar sus lazos con Octubre.

Sin llegar a una plena conciencia de sus intereses históricos, en el curso de la revolución de amplios sectores de masas, y a causa de la acción de los elementos de vanguardia, representan las enseñanzas más evidentes de la revolución de Octubre y se movilizan con la convicción de que, en el marco del régimen actual, no podrán encontrar solución a sus necesidades y que es necesario expropiar a la burguesía. Se trata de una movilización de masas que presenta un alto nivel de conciencia, que se acerca de manera asintomática al reconocimiento de la necesidad de liquidar la explotación,

en los países capitalistas, y liquidar la burocracia en los países en que el capital y el imperialismo han sido expropiados.

En lo que concierne al factor subjetivo de las masas, Trotsky analizó que un proceso similar tuvo lugar en la revolución de febrero en Rusia.

En las condiciones concretas de la excepcional crisis del imperialismo y del desmantelamiento del aparato de estado (producto de la guerra en el Este de Europa o de la guerra revolucionaria en los casos de Cuba y Vietnam), es esa movilización la que obliga a las direcciones pequeñoburguesas a llegar hasta la expropiación y el establecimiento de un nuevo estado. De otra parte, las limitaciones, la inmadurez en el desarrollo de la conciencia de los explotados (provocados por la debilidad de la IV Internacional) va a facilitar la continuidad del control burocrático, la imposición de un estado obrero burocrático y la aplicación de una política de freno y traición a la revolución.

Las revoluciones de febrero, el papel contrarrevolucionario del stalinismo, incluso en aquellas situaciones en las que se ha visto obligado a llegar hasta la expropiación de la burguesía, confirman la necesidad de la IV Internacional y de los partidos trotskistas para que se produzca un verdadero salto histórico en la conciencia del proletariado y se produzcan nuevas revoluciones de Octubre. Sólo la IV Internacional puede llevar al proletariado a adquirir la conciencia de sus intereses históricos. Sólo el Programa de Transición permite “ayudar las masas en el proceso de lucha cotidiana, a encontrar el puente entre sus actuales reivindicaciones y el programa de la revolución socialista. Este puente debe consistir en un sistema de reivindicaciones transitorias que partiendo de las condiciones actuales de la actual conciencia de las amplias capas obreras, conduzcan a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado”.

(5)

Es necesario aquí insistir en la relación entre lo consciente y lo inconsciente en el aplastante trabajo del stalinismo que, con la exterminación de los viejos bolcheviques y el asesinato de Trotsky, ha querido romper el hilo de la continuidad histórica, buscando por todos los medios liquidar la “memoria”, la misión histórica que incumbe al proletariado. Sin embargo, el hilo de la continuidad no ha sido roto gracias al trabajo de la IV Internacional bajo la conducción de Trotsky, no obstante que el stalinismo ha hecho todo lo posible para impedirlo. El stalinismo no ha podido impedir que una vanguardia cristalice alrededor y dentro de la IV Internacional y su programa, pero a una escala gigantesca ha “pervertido” y continúa pervirtiendo a decenas y centenas de miles de militantes.

Pero al tiempo que se profundiza la crisis del stalinismo, la crisis conjunta del sistema imperialista mundial y de la burocracia del Kremlin, en la ola ascendente de la revolución mundial y en todos los países, el proletariado comienza a reconstruir su conciencia alrededor de nuevos ejes; es así que se han creado las bases para la construcción de partidos trotskistas con influencia de masas y para la reconstrucción de la IV Internacional.

Tesis XIV.- ¿Qué es una situación revolucionaria?

Lenin, y luego Trotsky, dieron una respuesta clara a esta pregunta. Lenin en *La bancarrota de la II Internacional* escribió:

“Para un marxista es indudable que la revolución es imposible sin una situación revolucionaria; además, no toda situación revolucionaria desemboca en una revolución. ¿Cuáles son, en términos generales, los signos distintivos de una situación revolucionaria? Con seguridad, no cometeremos un error si señalamos estos tres signos principales: 1) la imposibilidad, para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las “alturas”, una crisis en la política de la clase dominante, que origina una grieta por la cual irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución, no suele bastar con que “los de abajo no quieran”, sino que hace falta además, que, “los de arriba no puedan” seguir viviendo como hasta el momento. 2) una agudización, superior a la habitual, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de ‘paz’ se dejan expoliar con tranquilidad, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis, *como por los mismos ‘de arriba’*, a una acción histórica independiente.

“Sin estos cambios objetivos, no sólo independientes de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se denomina situación revolucionaria. Esta situación se dio en 1905 en Rusia y en todas las épocas revolucionarias en Occidente, pero también existió en la década del sesenta del siglo pasado en Alemania; en 1859-1861 y en 1879-1880 en Rusia, a pesar de lo cual no hubo revolución en esos casos. ¿Por qué? Porque no toda situación revolucionaria origina una revolución, sino tan sólo la situación donde a los cambios objetivos arriba enumerados se agrega un cambio subjetivo, a saber: la capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas suficientemente fuertes para

romper (o quebrantar) el viejo gobierno, que nunca, ni siquiera en las épocas de crisis, ‘caerá’ si no se le ‘hace caer’.” (6)

En el *Manifiesto de Emergencia*, Trotsky precisaba el contenido de lo que Lenin establecía, a saber, la tercera condición de carácter subjetivo para la revolución.

Para Trotsky, en 1940, no había dudas, ni en el terreno teórico ni en el terreno de la experiencia histórica, en lo que concernía a las condiciones básicas para el triunfo de la revolución proletaria: “1) el impasse de la burguesía y la consecuente confusión de la clase dominante; 2) la aguda insatisfacción y el anhelo de cambios decisivos en las filas de la pequeña burguesía, sin cuyo apoyo la gran burguesía no puede mantenerse; 3) la conciencia de lo intolerable de la situación y la disposición para las acciones revolucionarias en las filas del proletariado; 4) un programa claro y una dirección firme de la vanguardia proletaria.” (2)

Los tres primeros puntos son los que, desde los trabajos de Lenin, hacen parte de la definición de la situación revolucionaria. Trotsky afirmó que, para que una revolución triunfe, es necesario que existan las condiciones objetivas revolucionarias y (coincidiendo obviamente con Lenin, el fundador y teórico del Partido Bolchevique, que no podía omitir esta condición) también es necesario que exista el partido revolucionario, “expresión consciente del proceso inconsciente”, una dirección capaz de dirigir la lucha hasta la victoria.

Debemos ver cuales son los elementos nuevos que los hechos posteriores a la Segunda Guerra Mundial introducen en esas definiciones. El primero que salta a la vista, sin duda alguna, es que triunfaron revoluciones proletarias sin que se cumpliera estrictamente la cuarta condición que Trotsky definía en el *Manifiesto de Emergencia*.

Hoy, podemos decir que la experiencia ha demostrado que Trotsky tenía completa razón al fijar esas cuatro condiciones, pero para la victoria de nuevas revoluciones de Octubre.

Una situación revolucionaria, o mejor aún, el comienzo de la revolución proletaria sólo puede culminar en un verdadero Octubre (en la dictadura revolucionaria del proletariado) con el requisito de que las tres primeras condiciones se vean acompañadas de esa cuarta, de carácter subjetivo: la existencia de un partido proletario revolucionario con una influencia de masas.

El problema teórico que se nos plantea reside en que se produjeron revoluciones que tuvieron las mismas consecuencias sociales de Octubre (la expropiación de la burguesía), pero que fueron dirigidas por partidos oportunistas pequeñoburgueses y no obreros revolucionarios. Como lo hemos visto, en ciertas circunstancias excepcionales (China, Cuba), a pesar de la ausencia de un partido bolchevique, la agudización de los tres factores objetivos llegó, a un punto tal que las direcciones pequeñoburgueses (Mao, Castro), bajo la presión revolucionaria del movimiento de masas, se vieron obligadas a romper con la burguesía, eventualidad teórica que, como lo hemos visto, es mencionada por el *Programa de Transición*.

Hasta ahora, entonces, solo hubo una revolución de Octubre. En todas las otras revoluciones hubo procesos objetivos revolucionarios que conducían a revoluciones de febrero. En algunos países (Francia, Italia, etcétera) culminaron con la restauración del orden burgués, y en los países del este de Europa, en China, en Cuba, etcétera, condujeron a materializar la eventualidad teórica mencionada en el *Programa de Transición*.

La clase obrera puede arrancar conquistas. Estas conquistas revolucionarias traducen una situación que se puede caracterizar como de revoluciones inacabadas, encerradas en sus marcos nacionales y, por ello mismo, siempre amenazadas, en la medida en que la dictadura revolucionaria del proletariado exige la revolución política en esos países. Sin la IV Internacional y sus partidos, sin la revolución mundial victoriosa, sin el octubre mundial, la humanidad está destinada a la barbarie. ¡Socialismo o barbarie! Tal es el dilema de la solución de la crisis en la dictadura revolucionaria del proletariado.

Rechazamos como totalmente infundada la perspectiva de revoluciones que conduzcan a la creación de estados obreros burocráticos a escala mundial. Este es un problema teórico del mismo tipo del que condujo a Kautsky (quien abstractamente elevaba una de las tendencias del imperialismo en contradicción a todas las otras en que se basaba la situación concreta) a construir la teoría revisionista del superimperialismo.

Afirmamos, y todas estas tesis lo demuestran, que una de las tendencias (de la cual el *Programa de Transición* da cuenta, repitémoslo) que se materializó en la creación de estados obreros burocráticos no contradice la perspectiva marxista de la revolución mundial fundada en la dictadura del proletariado. Las conquistas de la revolución que llevaron a la expropiación de la burguesía y que constituyeron los estados obreros burocráticos de la posguerra sólo podrían sobrevivir por las revoluciones políticas,

estrechamente relacionadas e integradas a la revolución socialista internacional.

En cualquier caso, los procesos revolucionarios objetivos que marcan la revolución de febrero significan que el movimiento de masas en la primera etapa de los enfrentamientos revolucionarios, deposita sus aspiraciones en las viejas organizaciones. Como lo explicó Trotsky, el proletario no puede desembarazarse de sus viejas direcciones y no puede constituir el partido que dirija la insurrección, sino con la experiencia de las mayores pruebas históricas. Fue en la prueba misma de la Revolución Rusa de febrero y octubre como el Partido Bolchevique, que era ya un partido con influencia de masas, se constituyó verdaderamente en partido dirigente de la revolución. Por no haber comprendido esta ley de todas las revoluciones perdimos en 1944-45 lo esencial de lo que había sido ganado durante la guerra y no fuimos capaces de construir el partido en las condiciones de ese período.

En ese marco general, la existencia o no en el comienzo de la revolución, de una organización trotskista, que sin ser aún la dirección revolucionaria se haya conquistado ya el carácter de un verdadero partido, es decir con influencia de masas, constituye un factor decisivo. En efecto, si existe un partido tal no se puede excluir la variante considerada por Lenin en setiembre de 1917, de que, llevados por la ola revolucionaria, los partidos pequeñoburgueses oportunistas lleguen al poder, y que, a causa de la potencia del movimiento de masas y del partido revolucionario, la transición de febrero a octubre se lleve a cabo bajo una forma pacífica, no sangrienta, por la intervención del partido revolucionario. Se trata de una posibilidad teórica, que no se ha materializado hasta ahora. El hecho de que esto pueda ocurrir depende (e insistimos sobre ello) de la fuerza y la influencia de masas que haya adquirido el partido trotskista.

Las cuatro situaciones clásicas que surgen de las enseñanzas de Lenin y Trotsky continúan conservando toda su actualidad.

1. *Situación contrarrevolucionaria*: La contrarrevolución alcanza una victoria histórica, destruyendo las organizaciones proletarias con métodos violentos de guerra civil, aniquilando la lucha obrera por largo tiempo. El proletario sufre una derrota histórica. Los ejemplos clásicos han sido, primero, la derrota del proletariado italiano y luego del proletariado alemán. En esta posguerra, uno de los casos más característicos fue el golpe contrarrevolucionario en Indonesia, que significó el asesinato de ochocientos mil militantes obreros y de izquierda.

2. *Situación no revolucionaria*: son los tiempos de “paz”, los períodos de estabilidad, durante los cuales la dominación burguesa se ejerce sin grandes crisis o violencias. Dado que no hay una gran combatividad del proletariado ni una situación de crisis del sistema en su conjunto.

3. *Una situación prerrevolucionaria*: es una situación que reúne tres precondiciones fundamentales crisis y confusión de la clase dominante, radicalización de la pequeña burguesía (factor al que hay que atribuirle una importancia enorme) disposición revolucionaria del proletariado, una situación en la que todas estas condiciones estén reunidas, pero en la que el estado, aunque sacudido por la crisis social y política, mantiene el control de los problemas generales de la sociedad.

4 *Un situación revolucionaria*: es una situación en la que, a partir de esas precondiciones anteriores, la crisis política de la burguesía llega a un punto en el que ya no puede gobernar como antes y en la que el estado burgués está lleno de fisuras y comienza a dislocarse; en el que la miseria de las masas empuja a todas las capas de la pequeña burguesía hacia el proletariado: en la que éste, en fin, no pudiendo ya vivir como antes, es llamado por el conjunto de la situación a una acción histórica independiente, tendiendo a la formación de sus propios órganos de poder y al creciente cuestionamiento de las instituciones burguesas.

Sin embargo, a menudo las situaciones de la lucha de clases son mucho más complejas e inestables.

“En el proceso histórico se encuentran situaciones estables, absolutamente no revolucionarias. Se encuentran también situaciones notoriamente revolucionarias. Hay también situaciones contrarrevolucionarias (¡no hay que olvidarlo!). Pero lo que existe sobre todo, en nuestra época de capitalismo en putrefacción son situaciones intermedias, transitorios: entre una situación no revolucionaria y una situación prerrevolucionaria, entre una situación prerrevolucionaria y una situación revolucionaria o... contrarrevolucionaria. Son precisamente estos estados transitorios los que tienen una importancia decisiva desde el punto de vista de la estrategia política”. (8)

Este análisis de Trotsky es confirmado hoy por el carácter extremadamente revolucionario de la época y por el papel de las direcciones burocráticas tradicionales del movimiento obrero de masas. El carácter convulsivo, cada día más revolucionario del periodo que vivimos, en el que de manera constante y creciente, en los diferentes países y regiones, tienen lugar, nuevos estallidos del ascenso de masas, prácticamente no hay ningún sector

del mundo que no esté más o menos tocado por las luchas y enfrentamientos, aunque sea de manera minina e indirecta, lo que hace más importante que nunca analizar atentamente a nivel de cada país la relación de fuerzas general entre las clases y con las instituciones, así como su relación inmediata con el resto de su región y el mundo, y el ritmo de sus cambios, para precisar esas situaciones intermediarias de las que habla Trotsky, dado que todo se mueve y se transforma a una velocidad muy grande, provocando combinaciones complejas de situaciones distintas y bruscos cambios.

El ascenso revolucionario mundial actúa como tendencia permanente hacia el cambio y la transición de las situaciones más bajas de la lucha de clases hacia las más altas, en todos los países: de no revolucionaria a pre o directamente revolucionaria.

La existencia de los aparatos contrarrevolucionarios frente al movimiento de masas crea una tendencia exactamente contraria a la precedente. Las direcciones socialdemócratas tienden normalmente a llegar a situaciones no revolucionarias estables, democráticas burguesas, evitando tanto las situaciones revolucionarias como contrarrevolucionarias, que cuestionan su existencia. La socialdemocracia se vuelve hacia la contrarrevolución cuando se ve confrontada a una revolución de Octubre, como ocurrió durante la guerra civil en la URSS, o durante una guerra imperialista contra los pueblos coloniales. El stalinismo tiende también a regímenes no revolucionarios, aunque su sumisión al Kremlin lo hace errático, llevándolo a apoyar regímenes contrarrevolucionarios amigos del Kremlin, como el de Videla en la Argentina.

La fuerza relativa de los aparatos contrarrevolucionarios explica que situaciones al borde de ser revolucionarias no estallen, a pesar del hecho de que las condiciones estén más que maduras, que situaciones revolucionarias no se profundicen o que revoluciones en curso sean derrotadas. Las direcciones contrarrevolucionarias, haciendo grandes esfuerzos, logran evitar esos estallidos y mantener la situación entre no revolucionaria y prerrevolucionaria. Francia es un buen ejemplo de una situación al borde de ser revolucionaria, sin explotar, a pesar del hecho de que las condiciones estén más que maduras: sin el stalinismo hace más de doce años que el régimen bonapartista actual hubiera sido derribado entrando en una situación claramente revolucionaria.

La combinación dinámica de estas dos tendencias opuestas, la del movimiento obrero y de masas hacia la creación de situaciones revolucionarias y la de los aparatos burocráticos, hacia situaciones no

revolucionarias o contra-revolucionarias es una de las causas de las diferentes situaciones nacionales de la lucha de clases.

Estos cambios de una situación a otra dan lugar a las crisis revolucionarias o contrarrevolucionarias: es el momento crítico, de máxima tensión, cuando se pasa de una situación a otra. Este momento es efímero, por eso es crítico. Se puede dar una crisis sin que se establezca un cambio de situación, sin que tenga continuidad. No toda crisis revolucionaria dará origen a una situación revolucionaria. Justamente porque es el momento crítico de un salto, no sabemos a priori si este salto finalmente tendrá lugar o si volveremos al punto de partida, o incluso hacia atrás con relación a la partida. Lo mismo puede ocurrir con una crisis contrarrevolucionaria.

Como tan bien lo decía Lenin “no toda situación revolucionaria origina una revolución”. El *comienzo de la revolución proletaria* está marcado por el hecho de que las masas, a raíz de toda su actividad revolucionaria, se ubican en el centro de la escena política, comienzan a dismantelar el estado burgués y proceden a la constitución más o menos desarrollada de órganos de su propio poder. El comienzo de la revolución proletaria coincide así con la aparición de una situación más o menos desarrollada de doble poder (Francia junio del 36, España 36, Portugal 74. Irán, Nicaragua, etcétera). Como lo prueban todas esas experiencias, y como lo hemos establecido precedentemente, la revolución proletaria puede abrirse con un factor subjetivo (el partido-inmaduro o inexistente). Por otra parte, al igual que una situación prerrevolucionaria o revolucionaria tiene un carácter alternativo: el comienzo de la revolución proletaria abre el camino hacia el triunfo de la revolución o el triunfo de la reacción y la contrarrevolución burguesas.

Tesis XV.- Fortalecimiento relativo y crisis de los aparatos

En el curso de las últimas décadas, asistimos a una prolongación del control de los aparatos burocráticos sobre el movimiento de masas. Incluso la posguerra está marcada por un fortalecimiento real, pero relativo, de ese control que es, de todos modos, altamente contradictorio.

Cuando este fenómeno, cuya contra partida fue la debilidad sostenida de la IV Internacional, se estudia con el método marxista, se ve claramente que esconde una contradicción explosiva: a pesar del fortalecimiento de las organizaciones, las aspiraciones y el movimiento de las masas se oponen, de manera cada vez más aguda, a la política de los aparatos. Sobre la base de esta contradicción pueden reunirse las condiciones objetivas y subjetivas de la construcción de partidos trotskistas con audiencia de masas, de la solución de la crisis de la dirección revolucionaria.

A partir del período del capitalismo ascendente y hasta antes de la primera Guerra Mundial (durante las cincuenta años de ascenso y de combates en los cuales el proletariado pudo arrancar con sus conquistas amplias reformas) el proceso de burocratización de las organizaciones construidas por la clase obrera va a la par con el desarrollo de una izquierda revolucionaria que se fortalece, como lo demuestra el fortalecimiento del Partido Bolchevique y la afirmación de las oposiciones en el seno del movimiento obrero de otros países europeos.

En compensación, los veinte años de triunfo contrarrevolucionario que preceden a la Segunda Guerra Mundial condujeron a un fortalecimiento absoluto de los aparatos contrarrevolucionarios. La vanguardia sufrió golpe tras golpe y el stalinismo se volvió cada vez más fuerte a medida que la contrarrevolución conocía una victoria tras otra. A diferencia de la burocracia en la época precedente, el stalinismo realizó en parte la destrucción orgánica de la dirección revolucionaria.

El impulso revolucionario y las victorias del movimiento obrero comenzadas en 1943, no permitieron a las masas romper la camisa de fuerza de los aparatos contrarrevolucionarios, stalinistas, pequeñoburgueses y burocráticos del movimiento obrero mundial. Esto se debe a una ley que el mismo Trotsky formuló en varias ocasiones. El movimiento de masas en su impulso revolucionario no puede darse a sí mismo una dirección revolucionaria, como tampoco puede seguir de conjunto a los núcleos revolucionarios débiles, casi inexistentes. Está obligado de ir hacia sus viejas organizaciones, los partidos de masas existentes y aceptarlos (en una primera etapa) como marco de su combate, aun cuando esas organizaciones estén controladas por aparatos contrarrevolucionarios burocráticos. La crisis de la IV Internacional refuerza aún más este proceso.

Esta combinación del ascenso revolucionario que se opera ampliamente bajo el control de los aparatos burocráticos y stalinistas o con direcciones pequeñoburguesas como el castrismo, y de nuestra extrema debilidad, hizo que la expropiación de la burguesía en un tercio de la humanidad haya sido conducida por esas direcciones contrarrevolucionarias, en un esfuerzo encarnizado de éstas por acompañar la movilización con el fin de frenarla, desviarla e intentar bloquearla. Es cierto que así como la burocracia del Kremlin se vale fraudulentamente del prestigio de la revolución de Octubre, estas nuevas expropiaciones de la burguesía y ese surgimiento de estados obreros controlados por la burocracia pudieron, también fraudulentamente, ser explotados por la burocracia para reforzar su prestigio en el movimiento obrero en su país y en el mundo. Es decir que el

cumplimiento de esta extraordinaria tarea revolucionaria pudo consolidar relativamente los aparatos contrarrevolucionarios a escala mundial y nacional, les permitió prolongar su prestigio y su tutela sobre las masas durante varias décadas. Este fortalecimiento fue relativo (y no absoluto como antes) ya que no se produjo como anteriormente en el marco de la contrarrevolución, sino en el del ascenso revolucionario que provoca la crisis de los aparatos. Se trata, por lo tanto, de un fortalecimiento muy contradictorio, ya que, en el fondo de las cosas, esas conquistas (por su mismo carácter revolucionario) contribuyen a minar el poder de la burocracia cuya existencia parasitaria es contradictoria con el avance mundial de la revolución.

Así, a medida que el ascenso proseguía comenzó a cuestionar y a erosionar a esas direcciones burocráticas. El movimiento de masas siempre ha tenido que hacer la experiencia histórica de las direcciones tradicionales, burocráticas, antes de expulsarlas y destruirlas. Sólo después de una experiencia más o menos larga, las supera, con la condición de que el partido revolucionario, que expresa concientemente todo su movimiento revolucionario, se construya.

Es por esto que el fortalecimiento relativo de la burocracia y de los aparatos se combina, como una misma consecuencia del ascenso, con su crisis, una crisis lenta pero creciente, como lo demuestran (entre otros hechos) los comienzos de la revolución política en Alemania en 1953, su continuación en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968, así como la crisis abierta o enmascarada, pero continua) del stalinismo a escala mundial.

La mayor fuente de crisis para los aparatos contrarrevolucionarios se encuentra, contradictoriamente, en la base actual de su existencia parasitaria: el dominio del aparato gubernamental de los estados obreros burocráticos. Esta fuente de privilegios y prebendas para la burocracia la sitúa como el enemigo principal y directo de las masas.

La inexistencia de la burguesía y de los terratenientes nacionales, ponen al descubierto el papel parasitario y opresor de la burocracia: Su ubicación la señala como la correa de transmisión, en el seno del estado obrero, de las presiones del imperialismo y como el enemigo mortal del movimiento obrero mundial y sus movilizaciones. La fuente actual de la audiencia sostenida de los aparatos burocráticos, es, por la misma razón, la fuente de su debilidad orgánica, estructural, histórica.

En esos países, toda movilización de los oprimidos, de la clase obrera y de los trabajadores va directamente en contra de la burocracia. Esto es debido,

fundamentalmente, al hecho de que la burocracia se ha convertido en un impedimento absoluto para el desarrollo económico de esos países, que han entrado en una crisis económica crónica.

El ascenso revolucionario se enfrenta aquí, sin mediaciones, a los aparatos contrarrevolucionarios. Sería suficiente que sacuda a la URSS o a China para que todos los aparatos contrarrevolucionarios y burocráticos del mundo comiencen a vacilar y entren en su crisis definitiva. Es la etapa del ascenso revolucionario mundial en la que hemos entrado, la de la crisis de los aparatos contrarrevolucionarios del movimiento de masas y principalmente del stalinismo.

De cierta manera, el fortalecimiento de los aparatos contrarrevolucionarios explica la debilidad de nuestra Internacional y está en la base de su crisis. Sin embargo, otros factores se combinan para explicarla. Un partido revolucionario sólo puede obtener una influencia decisiva de masas durante un ascenso revolucionario, pero el ascenso revolucionario no da, de manera automática, una influencia de masas al partido revolucionario. Para que un partido revolucionario pueda adquirir influencia de masas hace falta una acumulación de experiencias, un trabajo de formación y de organización tendiente a preparar una dirección y los cuadros que puedan aprovechar el ascenso para reforzar en el movimiento de masas a su partido. Sin ninguna duda, tal proceso subjetivo de formación del partido revolucionario puede tomar tiempo. Por eso, la analogía que conviene hacer es con la etapa de formación de los grandes partidos socialistas y fundamentalmente del Partido Bolchevique. Esos partidos se construyeron a través de varias décadas de ascenso del movimiento obrero. Que se haya tratado de un ascenso en el que las reformas arrancadas por la lucha de clases todavía eran posibles no niega el hecho de que son esas movilizaciones las que permitieron construir fuertes partidos socialistas. La misma cosa tuvo lugar con el Partido Bolchevique, el único partido marxista revolucionario que nos dio esta época de ascenso. Para llegar a estructurar ese partido le hicieron falta varias decenas de años al proletariado ruso e internacional. La misma cosa ocurre con nuestra internacional. Además, el stalinismo intenta, con todas sus fuerzas y por todos los medios, borrar de la memoria histórica del proletariado mundial las enseñanzas de la revolución rusa, destruyendo la vanguardia revolucionaria en el periodo transcurrido entre las dos guerras. Prácticamente cortó esta continuidad histórica, dejando hilos muy pequeños de ella: y esos pequeños hilos estaban en las manos de nuestra Internacional. Este hecho hizo mucho más difícil la reestructuración de partidos trotskistas con audiencia de masas, tarea que era ya difícil en sí misma.

Al mismo tiempo la existencia del pablismo fue un factor suplementario, fundamental no sólo para debilitar sino también para disgregar a la IV Internacional en todos sus sectores, incluso los que resistían al revisionismo pablista.

Los partidos trotskistas sólo podrán construirse si el ascenso revolucionario, las revoluciones y las crisis continúan, aunque se trate de un proceso que dure años, con retrocesos y avances. Pero el nuevo periodo que se ha abierto hará posibles saltos espectaculares en la estructuración de nuestros partidos. Esto puede ser así porque después de cuarenta años de ascenso revolucionario, millares y millares de cuadros trotskistas han surgido ya, se han formado y son capaces de ahora en adelante de capitalizar la crisis histórica de los aparatos burocráticos contrarrevolucionarios principalmente del stalinismo.

Tesis XVI.- El stalinismo y el castrismo: las bases sociales de su política contrarrevolucionaria

Para justificar su adaptación a la burocracia (fundamento de todas las actitudes oportunistas ante las direcciones burocráticas o pequeñoburguesas), el revisionismo elaboró la teoría de la “doble naturaleza” de la burocracia. Según él, ésta sería burguesa en un sentido, proletaria en otro; más precisamente, sería *socialmente* parte constituyente de la clase obrera y sólo *políticamente* podría caracterizarse como burguesa.

Esta teoría rompe con el análisis trotskista por el cual la burocracia soviética es un órgano burgués del imperialismo en el seno del estado obrero del que ella es parásita. De la misma manera, las burocracias que controlan las organizaciones construidas por la clase obrera constituyen aparatos de carácter burgués en el seno de esas organizaciones.

Esta revisión impide sobre todo comprender lo que determina internacionalmente las motivaciones fundamentales y las formas de la política contrarrevolucionaria de los diversos componentes del aparato stalinista, principalmente las direcciones de los partidos stalinistas en los países capitalistas (partidos que en tanto que organizaciones tienen con seguridad el carácter de partidos obreros burgueses). Esta incompreensión, por ejemplo, mostró sus consecuencias políticas destructivas tanto en las ilusiones mantenidas por el revisionismo ante el PC portugués en 1974-75 como en su impotencia para denunciar los verdaderos objetivos de la política de división practicada por el PCF desde 1978 de apoyo directo a la supervivencia del régimen de Giscard.

Este razonamiento revisionista agrega una consideración política con respecto al castrismo: en la medida en que no es stalinista, su curso revolucionario está garantizado. Este argumento de carácter negativo (toda dirección que no tenga un origen stalinista y expropie a la burguesía es revolucionaria) no tiene en cuenta el hecho de que el castrismo se transformó en un partido stalinista, que se subordinó a la burocracia del Kremlin y que, bajo formas que le son propias, juega un papel activo en la política de “coexistencia pacífica”. Estas tesis revisionistas vuelven la espalda al análisis marxista, al análisis de clase de los fenómenos políticos.

Las corrientes pequeñoburguesas y burocráticas del movimiento obrero reflejan un sector social privilegiado que vio la luz en la época imperialista y que es antagónico a la base obrera y popular. Aunque Engels señaló sus primeras manifestaciones, ni él ni Marx pudieron estudiar a fondo la estratificación de la clase obrera provocada por el capitalismo de fines del siglo pasado que se transformaba en imperialismo, es decir la aparición de una aristocracia obrera, fenómeno que Lenin aclaró magistralmente subrayando sus lazos con la burocratización de las organizaciones socialdemócratas.

Evidentemente, las leyes del capital en el estadio imperialista continúan gobernando la economía. La burguesía intenta integrar permanentemente a la gestión y a la reproducción de la sociedad burguesa a sectores de clase adversos. Después de haber integrado en su fase ascendente a la clase dominante sectores de la vieja clase nobiliaria, el capitalismo intenta dividir la clase obrera y someter a algunos de sus elementos. Así se delimitaba en el estadio imperialista la aristocracia obrera que se distingue de la masa de esta clase y da su base a la formación de una burocracia que somete a las organizaciones construidas por los trabajadores.

Aun citando la aristocracia obrera, por sus intereses particulares, tienda a estar sometida a la burguesía, socialmente es parte integrante de la clase obrera. En cambio, ninguna burocracia, por naturaleza, es parte estructural de la clase obrera. Constituye un aparato burgués en el seno de las instituciones de las que se ha dotado la clase obrera, o, en el seno de los estados obreros, una casta parasitaria, de composición pequeñoburguesa que constituye un órgano de la clase enemiga.

Por lo tanto no hay que confundir la naturaleza social, burguesa, de la burocracia con su localización en el seno de las instituciones. Ni creer que las contradicciones que provocan su origen y su lugar (contradicciones que Trotsky analizó hablando de la “doble función” -y no naturaleza- de la burocracia soviética cambian su verdadera naturaleza). La burocracia es el

agente de la contrarrevolución en una institución obrera, de la que se apropia para tener una vida privilegiada, separada de la base obrera. Veamos este proceso de más cerca.

Los grandes monopolios no pueden gobernar ningún país ni ningún sector social directamente. Son una parte ínfima de la sociedad y por ese hecho, sus representantes directos no pueden abrazar a toda la sociedad. Así, para controlar y dirigir sus empresas, los gobiernos, los parlamentos, los ejércitos, las policías, el aparato judicial o cultural, el imperialismo y los grandes monopolios se ven obligados a constituir una capa social especializada, una burocracia de estado que comprende sobre todo a los parlamentarios, los tecnócratas y directores generales, los militares, los políticos burgueses, etc. Entre estos agentes del imperialismo y los monopolios puede haber luchas, graves contradicciones entre ellos o con el capitalismo mismo. Por ejemplo, los políticos burgueses parlamentarios gerencian los intereses generales de los monopolios, pero a veces tienen graves choques que los llevan a enfrentarse, incluso en una guerra civil, como en España, a los agentes extraparlamentarios, fascistas, de los monopolios. Pero de este hecho no podemos sacar la conclusión de que los agentes pequeñoburgueses, parlamentarios del imperialismo dejan de ser gerentes del estado burgués. Su naturaleza continúa siendo, a pesar de esas contradicciones, la de agentes de los monopolios en el Parlamento. Como tales, pueden defender al parlamento contra los fascistas, contra los monopolios mismos si estos han decidido pasar por encima del parlamento. De la misma manera un director general es un agente del capitalismo en la gestión de la producción capitalista. Su función es diferente de la de un general, que es el agente militar del capitalismo y del imperialismo. Puede haber entre ellos muchas contradicciones, por ejemplo a propósito de un aumento de impuestos para financiar el armamento. En fin, como último ejemplo, la burguesía nacional, en los países semicoloniales, sigue siendo, fundamentalmente, un agente del imperialismo en las fronteras nacionales, aun cuando en un momento dado pueda tener fricciones profundas con el imperialismo mismo si éste atenta contra la parte que ella le toca en la repartición de la plusvalía.

Estas comparaciones, a pesar de sus límites, permiten comprender por qué ni las funciones particulares que asumen las burocracias de los partidos y los sindicatos obreros, ni su inserción en esas organizaciones, que son instituciones propias de la clase obrera, ni las contradicciones que pueden surgir en un momento dado y oponerlas a la burguesía o a alguno de esos sectores, confieren a los aparatos y a sus agentes un carácter obrero o una doble naturaleza.

Así, mientras que un rompehuelgas es un agente del capitalismo especializado en la tarea de romper las huelgas y los sindicatos, un burócrata sindical es un agente de la burguesía en los sindicatos y las huelgas. Mientras que el primero tiene como tarea destruir el sindicato o toda huelga, el segundo puede estar obligado a defender “su” sindicato, incluso, en un momento dado, a través de una huelga que adquiera un carácter de masa. Esto no hace sino expresar el hecho general de que los aparatos constituyen agentes del imperialismo en el seno del movimiento obrero, y que a ese título pueden tener fricciones con los otros agentes del imperialismo, o con el imperialismo mismo, cuando este intenta destruir las instituciones obreras cuyo control y monopolio permiten a los burócratas tener una vida privilegiada. Pero esto no significa que la burocracia tenga una doble naturaleza, sino que, como toda capa social de la pequeñoburguesía, agente del imperialismo, se encuentra ante una contradicción entre la defensa de su situación, fuente de sus privilegios y su naturaleza de agente del imperialismo.

Estas características generales son típicas, tanto de la burocracia socialdemócrata como de la burocracia stalinista. La diferencia reside en la mayor fuerza de la burocracia stalinista, y en la fuente, la institución en que cada una se encuentra colocada. La burocracia socialdemócrata se encuentra colocada en las grandes organizaciones obreras, en cada estado nacional, pero no ha conseguido dirigir ningún estado obrero. Cuando ella ha gobernado ha sido en el marco del estado burgués. Por el contrario la burocracia stalinista se caracteriza por ser parásita de los estados obreros, es decir una institución infinitamente más poderosa que la más poderosa de las organizaciones socialdemócratas. Pero en lo que concierne a su naturaleza, no hay ninguna diferencia cualitativa: las dos son agentes de la contrarrevolución imperialista en las organizaciones obreras. Su diferencia es que son agentes en el interior de diferentes tipos de organizaciones obreras. Parasitando al estado obrero, la burocracia representa allí, contra la clase obrera, un órgano de la burguesía mundial.

Algo comparable ocurre con las direcciones pequeñoburguesas que, como el castrismo, en condiciones excepcionales analizadas por el *Programa de Transición*, son llevadas al poder y obligadas, por el enfrentamiento de las clases a ir más allá de su voluntad en la ruptura con la burguesía y el imperialismo. Por su origen, su naturaleza y su programa, el movimiento 26 de Julio era pequeñoburgués; reflejaba un sector social distinto de la clase obrera, que al igual que la burocracia en cuanto a su composición, pertenece a la pequeñoburguesía.

Dirección pequeñoburguesa, la dirección castrista dirigía al movimiento de masas antes de la toma del poder; después de la toma del poder, al oponerse a que el movimiento de masas se organizara para el ejercicio del poder a través de los consejos obreros, se desarrolló como una capa separada de la clase obrera, como una burocracia que parasita las bases obreras del estado. Sin embargo, el revisionismo afirma que esas corrientes pequeñoburguesas, principalmente el castrismo, pueden transformarse en una corriente obrera revolucionaria por el solo hecho de haber expropiado a la burguesía nacional y al imperialismo. Esto es simplemente negar el hecho de que esta dirección parasita en adelante estas conquistas y constituye un obstáculo burocrático al desarrollo ulterior del proceso de revolución permanente.

Por razones sociales, tales corrientes no pueden transformarse en una corriente revolucionaria que defienda los intereses de las masas obreras, de los sectores más pobres y más explotados de estas.

Sus intereses distintos a los de la base obrera hacen que la burocracia pequeño-burguesa haga parte históricamente de la contrarrevolución mundial, enemigos declarados de la movilización permanente del movimiento obrero y de masas, de la revolución permanente dentro y fuera de sus países. Por eso, esta capa defiende la fuente de los privilegios contra la movilización de la clase obrera desde que ésta los amenaza. Así actúa toda la burocracia sindical que defiende un sindicato, e incluso trata de hacerlo progresar, pero en tanto es “su” sindicato, en tanto es el sindicato dominado por ella y no por la base obrera que se moviliza cada vez más.

Políticamente todos los sectores de la burocracia están unidos con el imperialismo para frenar el proceso de movilización permanente de las masas, de la base obrera campesina o popular, de los sectores más miserables o explotados. La naturaleza de agentes de la contrarrevolución de esta burocracia está dada por esa lucha mortal de todos los sectores burocráticos pequeñoburgueses, sin excepción, contra la revolución permanente y su expresión política, el trotskismo, que consideran como su enemigo fundamental.

Nada demuestra mejor el carácter contrarrevolucionario de la burocracia que su papel en el proceso económico. En los países capitalistas defiende siempre directa o indirectamente la prolongación de la explotación de la clase obrera y de las masas trabajadoras. La socialdemocracia garantizaba al imperialismo a comienzos de siglo la explotación de las colonias y de la clase obrera metropolitana misma. Ha continuado con esta política desde entonces. Igualmente, el stalinismo ha garantizado siempre a los países imperialistas la sobrevivencia del sistema de explotación. Este carácter de

la burocracia aparece más claramente aun en una situación de crisis porque, si hay bonanza puede disfrazarla negociando migajas. Es en esos momentos críticos cuando la burocracia, y a menudo en primer lugar la burocracia stalinista, apoya e incluso ayuda a implantar los planes de sobreexplotación de los capitalistas. Para dar un solo ejemplo, ¿no es acaso el apoyo sin reservas de la URSS y de Castro al gobierno de Videla lo que facilita la aplicación del más terrible plan de superexplotación que se haya visto en la historia de Argentina?

En la economía de los estados obreros burocráticos, el papel de la burocracia stalinista es tanto o más funesto que el que juega en los países capitalistas. La reconstrucción de una economía devastada por la guerra en la URSS y en los primeros estados obreros burocráticos de esta posguerra, así como las extraordinarias ventajas provenientes de la expropiación de la burguesía, con la nacionalización de la industria y el comercio exterior, permitieron a la burocracia jugar un papel coyuntural relativamente progresivo durante un cierto periodo, que fue de todos modos infinitamente menor que el que había jugado en el periodo de entre las dos guerras. Pero a medida que la economía del estado obrero burocrático comenzó a desarrollarse, los privilegios que la burocracia se otorga constantemente y la dirección totalitaria que ejerce sobre la economía de “su” estado nacional se convirtieron cada vez más en una traba absoluta para el desarrollo de las fuerzas productivas y para el aumento del bienestar de los trabajadores.

Sobre la base de las relaciones surgidas de la Revolución de Octubre, las fuerzas productivas sólo pueden alcanzar su pleno desarrollo a través del control de los productores sobre la economía planificada y la extensión de la revolución que es la única que garantiza la reorganización mundial de la división del trabajo.

Volviendo la espalda a esas exigencias que son las de la revolución permanente, subordinándose a la defensa de los estados nacionales y a los imperativos que le dicta su dependencia con respecto al mercado imperialista mundial, la burocracia obliga a la economía de los estados obreros a sufrir las repercusiones de la crisis propia del modo de producción capitalista, repercusiones que se combinan con todas las contradicciones de la gestión burocrática misma. Llegada a este punto se ve obligada a dirigir ataques económicos crecientes contra las masas trabajadoras, ataques que como se ha visto en Polonia desde 1970-71, suscitan la movilización masiva de la clase obrera en defensa de sus conquistas. Así se ve confirmado que la burocracia es parte indisoluble de la contrarrevolución mundial, que constituye un freno absoluto al desarrollo de las fuerzas productivas, un expoliador cada vez más terrible

de los trabajadores, una correa de transmisión en el seno del estado obrero de las presiones de toda naturaleza que el imperialismo dirige contra las conquistas revolucionarias de Octubre.

Igualmente, apoyándose sobre la aristocracia obrera, la burocracia intenta imponer un régimen totalitario que le permita aumentar sus privilegios en el seno de las organizaciones obreras, manipularlas con el objetivo de frenar la movilización de la base obrera, y subordinarla a las exigencias de la colaboración de clases a nivel nacional y a la coexistencia pacífica a nivel internacional.

Este análisis confirma el establecido por L. Trotsky. Las burocracias (aparatos) socialdemócratas son agentes directos del imperialismo en las filas obreras. Los aparatos stalinistas de los PC son agencias indirectas del imperialismo por su subordinación a la burocracia del Kremlin. Esto implica que para una misma función contrarrevolucionaria la disposición de los unos y los otros no es idéntica. Los aparatos socialdemócratas son dependientes de la democracia burguesa o de lo que quede de ella. Para los aparatos stalinistas, la forma del régimen político burgués (si tiene evidentemente consecuencias sobre la forma de la política que los PC impulsan) es relativamente indiferente. Es la subordinación a la burocracia de Moscú lo que esencial. Es así como para los intereses de la política de coexistencia pacífica dictada por las necesidades de la burocracia del Kremlin, el PC español sostiene a la monarquía, el PC francés apoya el gobierno bonapartista de Giscard, el PC argentino sostiene a la dictadura de Videla. En Portugal el PC, en el periodo Vasco-Gonçalves, apoyó la tentativa de instaurar un gobierno bonapartista, combatiendo por todos los medios contra la Constituyente. Este último ejemplo es de los más significativos.

En cualquier caso, si la burocracia que gobierna en los estados obreros tuviera una “doble naturaleza” y no fuera un agente contrarrevolucionario, plantear la revolución política sería utópico, un deseo contrario a la realidad. Se trataría de hacer presión sobre ella, para desarrollar el aspecto progresivo, obrero. Estaría planteada una vía reformista y no revolucionaria. La revolución política contra la burocracia hace parte de la revolución socialista mundial, justamente porque la burocracia es una parte esencial de la contrarrevolución mundial; es la expresión nacional, en los estados obreros burocráticos, de la lucha mortal entre la revolución y la contrarrevolución mundial.

A escala nacional, la burocracia representa un factor regresivo, que debilita día a día al estado obrero y exige la revolución política para evitar una creciente degeneración.

Tesis XVII.- A pesar del “boom” económico de posguerra, las fuerzas productivas declinan mientras que las fuerzas destructivas no dejan de crecer

El hecho de que desde 1929 no se haya repetido una crisis que sacudiera de manera igual al conjunto del sistema capitalista, sumado al “boom” económico que los países más desarrollados vivieron durante aproximadamente veinte años y a espectaculares avances tecnológicos, llevó al revisionismo a elaborar una nueva concepción económica antimarxista.

Esta concepción afirma en primer lugar, que ha comenzado una nueva época, el neocapitalismo o neoimperialismo, diferente del estadio imperialista definido por Lenin como de decadencia y crisis crónica del capitalismo. Generalizando de manera abusiva los hechos que señalamos más arriba, esta nueva corriente teórico-política admite las “teorías” de los economistas burgueses así como las de la burocracia stalinista, y las introduce en nuestras filas al servicio de su capitulación ante los aparatos burocráticos.

Esto conduce a la afirmación de que, en este pretendido nuevo estadio, las fuerzas productivas conocen un desarrollo fantástico, gracias al enorme progreso tecnológico. Es una concepción anticlasista y antihumana, que constituye un apoyo a las ideologías del imperialismo.

Para los marxistas, el desarrollo de las fuerzas productivas es una categoría formada por tres elementos: el hombre, la técnica y la naturaleza. Y la principal fuerza productiva es el hombre: concretamente la clase obrera y el conjunto de los trabajadores de las ciudades y los campos. Por eso consideramos que el desarrollo técnico no es equivalente al desarrollo de las fuerzas productivas si no permite el enriquecimiento del hombre subordinándole la naturaleza, es decir un mayor dominio del hombre sobre la naturaleza y sobre su sociedad.

Como dice Marx en *La ideología alemana*, en “el desarrollo de las fuerzas productivas, se llega a una fase en la que surgen fuerzas productivas y medios de intercambio que, bajo las relaciones existentes, sólo pueden ser fuentes de males, que no son ya tales fuerzas, de producción, sino más bien fuerzas de destrucción...”

En la época actual, del imperialismo y la revolución proletaria mundial, la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes, se expresa en la tendencia permanente a las crisis de superproducción, al crecimiento del ejército de reserva y el desempleo en general, y en el desarrollo de la producción suntuaria y de la producción de armamentos, etc. El más grande dominio de la humanidad sobre la naturaleza se vuelve contra la sociedad y en particular sobre la clase obrera, que se ve condenada a soportar todos los males.

Si la ciencia y la técnica tienen una existencia propia en cuanto expresan el mundo objetivo, su desarrollo está socialmente determinado por la necesidad que tienen de ellas las clases dominantes y por el uso que les dan. Así, la energía nuclear constituye un descubrimiento científico fantástico, pero transformada en bomba atómica se convierte en una tragedia para la humanidad; no tiene ya nada que ver con el progreso de las fuerzas productivas sino con el de las fuerzas de destrucción. La ciencia y la técnica pueden estar en el origen del enriquecimiento de la humanidad (desarrollar las fuerzas productivas) o de la decadencia y la aniquilación del hombre. Esto depende de su utilización y su utilización depende de la clase que las maneje.

En nuestros días, el desarrollo de las fuerzas productivas está bloqueado no sólo por la existencia del imperialismo y de la propiedad privada capitalista, sino también por la perpetuación de los estados nacionales, a la que se subordina la teoría y la práctica del “socialismo en un solo país”. En la época de la agonía del capitalismo, estos estados nacionales juegan el mismo papel reaccionario que las relaciones feudales o lo que de ellas sobrevive en el periodo de transición del feudalismo al capitalismo.

Después de la guerra asistimos a un colosal desarrollo de la industria de armamentos, es decir de las fuerzas de destrucción de la sociedad, pero también a un desarrollo de la técnica que, por su modo de utilización social, condujo al empobrecimiento del hombre, a una crisis de la humanidad, a guerras crecientes y a un comienzo de destrucción de la naturaleza. El estadio actual de la economía capitalista tiende más y más a la destrucción del hombre y de la naturaleza “humanizada”.

El análisis revisionista sobre el desarrollo de las fuerzas productivas no hace más que incurrir en los errores que Trotsky criticó a los oportunistas y sectarios de su época. Unos y otros tomaban un aspecto particular de la realidad para darle dimensiones históricas, o diluir las condiciones concretas en la perspectiva general.

“El capitalismo imperialista ya no es capaz de desarrollar las fuerzas productivas, y debido a esto, no puede dar a los obreros concesiones materiales, ni reformas sociales efectivas. Todo esto es exacto. Pero no es justo más que a escala de toda una época... Por otra parte, esta economía decadente tiene sus flujos y sus reflujos. Los obreros no terminan casi nunca con su lucha, que a veces resulta victoriosa. Es cierto que el capitalismo vuelve a coger a los obreros con la mano derecha lo que acaba de darles con la izquierda... Pero este resultado, determinado por diferentes factores, empuja a su vez a los obreros en el camino de la lucha. Precisamente esta poderosa dialéctica de nuestra época es la que abre una perspectiva revolucionaria.”

Los revisionistas han tomado el desarrollo de las fuerzas productivas en algunas ramas o países en la posguerra, como una negación de la tendencia general, como una modificación de la época de estancamiento que significa para las fuerzas. El análisis revisionista sobre este punto es superficial, porque no define ni las consecuencias del desarrollo ni sus tendencias.

Si el revisionismo tuviera razón, sus concepciones significarían que habríamos entrado en una época de crecimiento orgánico del capital y de reformas, en la que los trabajadores deberían tratar de obtener la mayor parte posible del pastel, en el marco de este nuevo proceso progresivo de desarrollo del Capital. Si así fuera, toda la concepción del *Programa de Transición* sería errónea. Pero la etapa actual del capitalismo sólo puede conducir a una explotación creciente de todos los trabajadores y a un desarrollo de la miseria. La dominación de la economía mundial por el imperialismo es una traba para el desarrollo de las fuerzas productivas. El marxismo, el leninismo, el trotskismo, tienen así más actualidad que nunca pues sólo ellos explican porqué se abre una época revolucionaria: cuando el desarrollo de las fuerzas productivas está trabado a tal punto por el régimen social dominante que implica una decadencia, una crisis en el desarrollo.

Como consecuencia de estas premisas, el revisionismo sostuvo que los trabajadores mejoran constantemente su nivel de vida y que el mayor problema ya no sería la miseria o la explotación, sino “la crisis de los valores” o la alienación de las masas por “la sociedad de consumo”, como si la base primera de la alienación no fuera el sistema de explotación encarnizada del hombre por el hombre y producción material de la plusvalía.

Los hechos han sido categóricos contra esta teoría revisionista que era la posición oficial del revisionismo en los años sesenta, y que ahora se intenta esconder de manera vergonzosa.

Esta posición ha tomado como referencia para formular su “teoría”, la situación de la clase obrera de los países avanzados durante el “boom” y no la de todas las masas.

La economía imperialista y capitalista en esta etapa de crisis crónica de putrefacción y de enfrentamiento con la revolución socialista mundial, tiende a la miseria creciente de las masas en su conjunto. Estamos en la etapa del desempleo, de la tendencia a la miseria creciente, de la baja de los salarios. etc. etapa en la vida se vuelve insoportable para las masas. Etapa de transición hacia la dislocación del mercado mundial y de la división internacional del trabajo donde la tendencia a la miseria absoluta se convertirá en una realidad para toda la humanidad, incluso en los países avanzados. Esto es lo que da hoy la base objetiva para la movilización revolucionaria de las masas, y manifiesta la plena actualidad de la revolución permanente. Para el análisis marxista, la actual economía del imperialismo, incluido el “boom” que se ha terminado, sólo puede comprenderse como parte dependiente de la política y de lo social, ligado al proceso de conjunto de la lucha entre la revolución socialista internacional y la contrarrevolución en el mundo. La política domina a la economía en esta época y es eso lo que el revisionismo en su grosero economicismo no puede comprender.

Son los grandes acontecimientos políticos de la posguerra los que explican la ausencia de una crisis como la de 1929 y no el automatismo económico por sí mismo. Todos los fenómenos económicos “anormales”, en última instancia, tienen que ver con la política contrarrevolucionaria del Kremlin y del stalinismo en el mundo entero. Sin esta política consciente no habría habido ese “boom” económico, cuyo motor fue la economía de armamento, ni “Plan Marshall” ni levantamiento de la economía alemana y japonesa y de la economía europea en su conjunto, porque la revolución proletaria habría dado un salto hacia adelante.

No fue así. Esto se explica no por los recursos económicos de la economía capitalista en su estadio de putrefacción sino por fenómenos políticos tales como el hecho de que el Kremlin haya ordenado a los partidos comunistas occidentales sostener el restablecimiento de la economía capitalista devastada por la II Guerra imperialista, de tal suerte que la clase obrera se sacrificara para levantar esas economías capitalistas. Las actuaciones del stalinismo como instrumento político de salvación del imperialismo permitieron así la sobreacumulación y las sobreganancias.

El “boom” económico se basa en la sobreexplotación del proletariado de los países avanzados, así como en el pillaje cada vez más violento de los países atrasados. El motor de esta reconversión de la economía capitalista fue una economía de armamento al servicio de la contrarrevolución mundial, es decir, la mayor producción de medios de destrucción jamás conocida hasta el presente.

Todos estos fenómenos crearon las condiciones para que se agravara el carácter parasitario de las bases de acumulación y para que la vulnerabilidad creciente del sistema capitalista e imperialista se expresara de allí en adelante bajo su forma más abierta: la inflación creciente, la crisis del dólar y del sistema monetario internacional, el alza en los precios del oro, el renacer del proteccionismo, el desempleo generalizado, los ataques contra todas las adquisiciones y conquistas obreras.

Para completar esta cadena de revisión del marxismo, el pablismo aceptó las premisas del stalinismo, según las cuales en el mundo actual existirían dos “campos” antagónicos: el del imperialismo y un pretendido “bloque” progresivo cuya expresión sería la burocracia stalinista.

Todo lo contrario: hay una sola economía mundial, un solo mercado mundial, esa economía y ese mercado están dominados por el imperialismo.

En el seno de esta totalidad, el antagonismo no es entre el imperialismo y la burocracia, sino entre la burguesía y el proletariado mundial. Este antagonismo se expresa en la contradicción absoluta entre las relaciones sociales de producción provenientes de la Revolución de Octubre y el modo de producción capitalista.

La burocracia, agente del imperialismo en el serio del estado obrero, y que, para conservar sus privilegios parasitarios, se subordina a la existencia de los estados nacionales y al mercado capitalista mundial, debe sin embargo hacer repercutir en la economía de los estados obreros las presiones del imperialismo y las consecuencias de la crisis actual del capitalismo. Por lo tanto no es el dirigente de un “bloque” antagónico al imperialismo, sino al contrario, la vanguardia de la contrarrevolución en el seno de los estados obreros de los que ella es parásita.

Las posiciones revisionistas sobre el significado y las consecuencias del “boom”, no permiten comprender las características revolucionarias de la época, ni el papel clave de la clase obrera, ni las contradicciones provocadas por el propio “boom”. Según esas posiciones, la actividad del

proletariado tendría que redefinirse tanto por la disminución de su peso cuantitativo como por el contenido de las reivindicaciones. El papel decisivo de la clase obrera es diluido en frentes o movimientos amplios y, en cuanto a las motivaciones de las luchas, las reivindicaciones económicas y salariales ceden su lugar a los problemas del consumismo y la alienación.

Todas estas posiciones desconocen las gigantescas transformaciones en las relaciones de clase que han operado en esta época a escala mundial, y en particular lo ocurrido después de la II Guerra. Acompañado del denominado “boom económico”, se produjo un proceso contradictorio de proletarización de los productores directos y de extensión y multiplicación del trabajo asalariado en todo el orbe.

El imperialismo, con su acelerado proceso de concentración y centralización, con la exportación de capitales, con el sometimiento de los pueblos, con la integración sucesiva de la economía mundial, ha llevado a la imposición de relaciones salariales para la inmensa mayoría de los trabajadores directos de todos los países.

El proletariado productivo vinculado a la industria o a la agricultura, sea en empresas privadas o estatales, ha tenido un gran crecimiento en el conjunto de los países capitalistas. En las economías imperialistas, el desarrollo técnico, el incremento de la productividad, han conducido en muchas empresas a disminuciones en el número absoluto de obreros. Aún considerando este fenómeno, el crecimiento, en términos absolutos, del proletariado industrial en el mundo es un hecho que, está asociado a la extensión del mercado, a las nuevas divisiones del trabajo, el desarrollo de nuevas ramas y productos y de la actividad productiva en manos del estado. Las transformaciones económicas en los países coloniales y semicoloniales de África, Asia y América Latina, confirman fehacientemente ese proceso de proletarización y sus alcances, proceso que opera según las Leyes del desarrollo desigual y combinado: parte de él es la multiplicación de los trabajadores asalariados no inmediatamente productivos.

El crecimiento de la clase obrera y del trabajo asalariado en la posguerra, se hace palpable si se toma en cuenta, además, la transformación que ha operado en los estados obreros burocráticos. En la URSS y en todos los estados obreros se ha presentado la transformación de productores independientes en trabajadores asalariados y, en los marcos de una economía donde se ha expropiado a la burguesía, la clase obrera se ha desarrollado cuantitativamente en forma considerable.

El crecimiento de la clase obrera y de los trabajadores asalariados en general, ha servido de base a un desarrollo de las organizaciones obreras. Después de la II Guerra, en los países capitalistas los sindicatos han presentado un crecimiento sin precedentes y también los partidos obreros. Las condiciones del boom permitieron arrancar importantes concesiones a la burguesía y mejorar relativamente los salarios reales y las condiciones de vida en algunos países, especialmente en los imperialistas. Esta situación ha permitido a las burocracias obreras utilizar esas nuevas conquistas para mantener la dominación de las burguesías en crisis y salvar los regímenes burgueses. Sin embargo, la utilización contrarrevolucionaria de las concesiones arrancadas a la burguesía o el carácter burocrático de las organizaciones, no niega la importancia y el potencial de tales organizaciones y de las conquistas obreras, en especial de los sindicatos. En los estados obreros todo esto es igualmente cierto.

La trascendencia de toda esta situación, del desarrollo de la clase obrera y de su organización durante el llamado “boom”, se observa en toda su magnitud una vez que ese boom ha terminado y cuando incluso en los países capitalistas y en los estados obreros, son atacadas frontalmente las conquistas materiales organizativas de los trabajadores. Las contradicciones a escala mundial entre un proletariado industrial inmensamente fortalecido y sus aliados, los trabajadores proletarizados o asalariados, de un lado, y de otro la burguesía y la burocracia, encuentran ahora una base cuya amplitud no tiene antecedentes. El capitalismo y la gestión burocrática no tienen otra alternativa que incrementar la miseria y recortar las conquistas. La apertura de un ciclo de crisis crónica de las economías capitalistas, de un proceso hacia la dislocación del mercado mundial y las crisis de la planificación burocrática, repercuten en el incremento de la contradicción entre las necesidades inmediatas de las masas y el control burocrático y contrarrevolucionario de sus organizaciones o de sus estados. Semejante contradicción se ha puesto de presente en los acontecimientos actuales de la lucha de clases en los países capitalistas y también en el desarrollo de la revolución política, como lo indica el combate por los sindicatos libres en Polonia.

Los revisionistas no pueden explicar todo este proceso. Las teorías sobre la nueva época se estrellan brutalmente contra la realidad. El marxismo y los fundamentos de la IV Internacional se ven confirmados por el curso actual de los acontecimientos económicos, políticos y sociales.

Capítulo 3

Intervenir en las revoluciones para avanzar hacia nuevos octubres

Tesis XVIII.- La guerra de guerrillas y sus direcciones oportunistas

1. Las revoluciones más dinámicas, las más importantes y las más ricas de esta posguerra, como la china, la vietnamita y la cubana, vieron desarrollarse en diversas formas la guerra de guerrillas con carácter de masas. La guerra de guerrillas en la revolución china condujo a la constitución del Ejército Rojo Chino, que en 1948-50 combinó sus acciones militares con las guerrillas. Ocurrió parcialmente lo mismo en Vietnam. La guerra de guerrillas también acompañó en los países coloniales y semicoloniales los procesos que, si bien no realizaron la expropiación de la burguesía, condujeron al menos a la independencia política de numerosas colonias (Argelia, Angola, Mozambique, etc.). Nuestras perspectivas no consideraron la guerra de guerrillas de la posguerra en toda la amplitud y la importancia que alcanzó.

Esto fue producto, de nuestra falsa analogía con la posguerra anterior. Durante la revolución rusa, la guerra civil fue posterior a Octubre; en febrero y octubre de 1917, la lucha armada tomó la forma de insurrecciones urbanas. Ninguna otra revolución de esa época (Alemania, España, etcétera) utilizó la guerra de guerrillas, salvo la revolución china de 1923 a 1927, y principalmente a partir de la derrota de 1927. Esto pudo inspirar erróneamente la conclusión de que después de la segunda posguerra, no habría guerrillas sino sólo insurrecciones urbanas del tipo de las de Febrero y Octubre. Como lo decimos, la guerra civil rusa siguió a Octubre. La presencia dirigente del Partido Bolchevique le dio el carácter de guerra civil socialista consciente, prolongación de la revolución de Octubre.

Al contrario, en esta posguerra, las acciones armadas precedieron a procesos revolucionarios de tipo febrero, en la acepción planteada precedentemente, y la lucha armada permitió el triunfo de estas revoluciones. Esto es debido sobre todo a los métodos de lucha con que los explotadores enfrentan al movimiento de masas en esta etapa de crisis sin salida del imperialismo, métodos que pueden modificarse y se modificarán todavía en el futuro.

Cada vez que es posible, el imperialismo y sus agentes atacan al movimiento de masas con los métodos de la más despiadada guerra civil, utilizando para hacerlo no sólo sus fuerzas armadas “oficiales” sino también las bandas parapoliciales y fascistas. Frente a los métodos

utilizados por la contrarrevolución y sus triunfos la guerra de guerrillas puede parecer como una de las expresiones de la necesidad del movimiento de masas de defenderse utilizando los mismos métodos violentos.

Las acciones de guerrilla y otras formas de lucha armada que enfrentan así a los gobiernos proimperialistas y a las dictaduras y hacen parte plenamente del movimiento revolucionario de los oprimidos, toman así un carácter masivo y proletario.

Esto es fruto de su dinámica de clase y de las fuerzas sociales que expresan, ya que, por sus objetivos y su programa, las direcciones guerrilleras, de por sí, siempre han sido frentepopulistas. De la misma manera que las direcciones burocráticas pequeñoburguesas, ninguna dirección guerrillera planteó jamás conscientemente el problema de hacer la revolución socialista. Pero cuando el movimiento de masas retorna el método de movilización guerrillera, esta se transforma en guerra civil proletaria y tiende a destruir las bases de apoyo del aparato de estado burgués, las fuerzas armadas.

Así las guerras de guerrillas toman un carácter de guerra civil, son extraordinariamente progresivas. Son un producto suplementario del carácter convulsivo y revolucionario de esta época, de la putrefacción del régimen imperialista monopolista, de los métodos de guerra civil que utiliza para enfrentar a las masas al mismo tiempo que manifiestan la fuerza sostenida de las direcciones pequeñoburguesas y burocráticas.

2. En efecto, las direcciones oportunistas pequeñoburguesas tendieron a contener este tipo de acción en el marco de programas populares democráticos y nacionalistas de carácter no socialista y opuestos a los desarrollos de la revolución permanente.

Según un proceso contrario a la voluntad de las direcciones oportunistas y ampliamente inconciente para las masas que eran su fuerza motriz, el movimiento llegaba sin embargo a la destrucción del ejército y del estado burgués por los métodos de la guerra civil. Así como el proceso que conducía a la revolución de febrero era, inconcientemente, el de la revolución socialista, el que expresa la guerrilla cuando se apoya en la movilización de las masas es, de manera inconciente o semiconciente, el de una guerra civil proletaria y revolucionaria.

En las primeras etapas de la revolución, el movimiento que lleva a la guerra de guerrillas se dirige muy a menudo contra la expresión más elevada de la contrarrevolución, las dictaduras fascistas o semifascistas. De allí, las

direcciones pequeñoburguesas querrían hacer derivar el carácter puramente democrático nacionalista de estas revoluciones.

Sin embargo el choque de las fuerzas sociales en movimiento expresa objetivamente que ya no hay más lugar en nuestra época para nuevas “revoluciones democráticoburguesas”. La guerrilla no puede sino concluir en favor de una de las clases sociales fundamentales, la burguesía o el proletariado.

La decadencia del imperialismo y los métodos de guerra civil que utiliza para enfrentar a los trabajadores, afectan al “pueblo” en su conjunto. Esta contrarrevolución burguesa imperialista provoca la resistencia e incluso la rebelión del campesinado, de los estudiantes y de la clase obrera, pero también de sectores de la pequeña burguesía y a veces, de la burguesía misma. Todos estos sectores pueden ser conducidos a movilizarse en masa e incluso a recurrir a métodos de resistencia armada contra el estado burgués o el imperialismo. Este movimiento puede encontrar su expresión más fuerte en las situaciones de las nacionalidades y naciones oprimidas. Así, en Irlanda, en el país Vasco o en el caso de la resistencia palestina, el recurso a acciones de tipo “terrorista” se inscribe en la lucha de las nacionalidades y naciones oprimidas. Aun si la orientación pequeñoburguesa de las direcciones de esta lucha conduce a desviaciones cercanas a acciones tipo guerrillera Santucho, o de tipo Baader en ciertas ocasiones, como parte constituyente de la lucha de las nacionalidades o las naciones oprimidas, deben ser defendidas incondicionalmente de todo ataque del imperialismo o de la nación opresora. Toda crítica a la táctica empleada debe desarrollarse en el marco de su defensa.

Los procesos recientes de la guerrilla o de otras formas de lucha armada traducen de manera combinada el carácter popular de esos movimientos, sobre todo en el combate contra las dictaduras y, al menos hasta ahora, contra los obstáculos acumulados por las direcciones pequeñoburguesas incluso los stalinistas, contra el pleno desarrollo de la acción de clase independiente del proletariado.

La burocracia de los partidos obreros, y la burocracia stalinista misma, pueden verse obligadas a utilizar los métodos de guerrilla o de lucha armada en ciertas circunstancias, frente al avance de la contrarrevolución que las empuja a defenderse con las armas en la mano o a desaparecer. Es entre los sectores pequeñoburgueses, burocráticos, y a veces incluso burgueses que se ven obligados a luchar contra su voluntad, con este método, donde se encuentra la base social y política de las direcciones oportunistas que controlan las guerras de guerrillas, dada la debilidad de los

partidos marxistas revolucionarios de masas que podrían dirigirlas. Es una expresión más de la crisis de dirección revolucionaria del proletariado mundial.

Pero estos sectores que se ven llevados a conducir la guerra de guerrillas, no por eso abandonan sus concepciones opuestas a la movilización permanente de las masas y a su organización democrática revolucionaria. Al contrario, intervienen por razones de autodefensa ante la contrarrevolución, pero al mismo tiempo para frenar, canalizar y aplastar la movilización permanente revolucionaria del movimiento de masas pues este es el mayor peligro potencial al que deben hacer frente como aparatos. Esta actitud dio lugar a elaboraciones teóricas y políticas revisionistas. Así surgió la teoría de la guerra de guerrilla popular prolongada maoísta y la del foco guerrillero guevarista. Ambas, tienen como factor común sobrevalorar la importancia de la guerra de guerrillas en su aspecto técnico militar, y minimizar la importancia de la movilización permanente del movimiento de masas, de su organización democrática y de la independencia política del proletariado y sus aliados.

Al mismo tiempo, los sectores pequeñoburgueses y burocráticos que dirigen al movimiento guerrillero o la guerra civil, intentan controlar firmemente al movimiento de masas, encerrarlo en la camisa de fuerza de la disciplina militar, prohibirle toda iniciativa, todo proceso revolucionario permanente y toda democracia. A través de la organización puramente militar pretenden quitarle a la guerra civil su dinámica de clase proletaria. Es por eso también que tienen una teoría según la cual en una guerra popular las diferencias de clase se pierden, y las clases unidas dan nacimiento a un “hombre nuevo”. La jerarquización militar indispensable para una lucha de este tipo se reproduce en el terreno político imponiendo una rígida estructura burocrática al movimiento de masas que interviene en la guerra de guerrillas.

Las corrientes pequeñoburguesas conciben la guerra de guerrillas como el medio para lograr un control rígido sobre el movimiento de las masas revolucionarias. Se trata para ellos de intentar impedir que las masas eleven su nivel de conciencia y por ese medio cultivar la ilusión de una revolución limitada, democrática burguesa o “nacionalista”. Se trata de impedir que una vez derrotado el gobierno dictatorial, las masas continúen avanzando. Es por eso que las direcciones pequeñoburguesas reivindican la unidad con la burguesía, dividiendo a esta última en sectores “progresivos” y “reaccionarios”. Es decir, que intentan transformar el frente de guerrilla en su contrario; en un frente que no lucha contra el punto nodal de la burguesía, su aparato de estado, sino solamente contra ciertos sectores de la

burguesía, haciendo la unidad con otros sectores burgueses. Es decir que esta guerra civil socialista está orientada hacia un frentepopulismo de la peor especie, combinado con la guerra de guerrillas.

3. Esta concepción de la guerra de guerrillas para imponer gobiernos frentepopulistas, esta política oportunista y reaccionaria que consiste en imponer una disciplina militar a la iniciativa y la organización revolucionaria del movimiento de masas, se vuelve mucho más peligrosa aún cuando es tomada a cargo y teorizada por grupos pequeñoburgueses elitistas, expresión de sectores desclasados, que viéndose impotentes ante la traición de las direcciones tradicionales del movimiento de masas, se lanzan desesperadamente a acciones por su propia cuenta. Las manifestaciones del terrorismo urbano tal como se desarrolló sobre todo en Alemania, en Italia, etc. provienen de ese carácter sustituita o francamente provocador. Los teóricos y las políticas del foco guerrillero rural expresan el sustituitismo revolucionario propio de la pequeñaburguesía. Su línea de terrorismo o de guerrillerismo por pequeños grupos “de vanguardia” es funesta para el movimiento de masas y debe ser combatida en tanto que tal por nuestras secciones. Es tan funesta como la línea contrarrevolucionaria de las direcciones oportunistas de las guerrillas de masas. Estamos totalmente contra toda acción aventurerista de grupos, incluso “audaces”, separados del movimiento de masas. La guerra de guerrilla y las formas de lucha armada que apoyamos, son las que extraen su apoyo del movimiento de masas, aun si sus direcciones son oportunistas, en cuyo caso las denunciamos por su papel contrarrevolucionario, por su política que consiste en frenar y disciplinar el movimiento de masas para impedir que continúe su movilización permanente. Denunciamos las “guerras civiles” de bolsillo, es decir, de pequeños grupos de una pretendida “vanguardia” totalmente separada del movimiento de masas. Esta actitud pequeñoburguesa de las corrientes guerrilleras y terroristas es la simétrica ultraizquierdista de la orientación frentepopulista de las direcciones burocráticas y pequeñoburguesas. Aun si esas corrientes guerrilleras de “vanguardia” aplican esta política como un cuestionamiento de las direcciones oportunistas del movimiento de masas, nosotros las combatimos. Tienen en común con las direcciones oportunistas contrarrevolucionarias de la guerrilla de masas, su falta de confianza en la movilización permanente del movimiento obrero y la combaten. Ambas tienen una concepción paternalista del movimiento de masas, intentan convencerlo de que es impotente con sus movilizaciones y su organización independiente, para que se remita ya sea a las acciones “ejemplares” hechas por un pequeño grupo de terroristas, ya sea a acciones completamente controladas por el aparato militar de la burocracia o de las direcciones oportunistas del movimiento de masas. En este sentido, tanto las

direcciones guerrilleras oportunistas como la pretendida “vanguardia” guerrillera que lucha contra ella son contrarrevolucionarias, independientemente de las intenciones de los que la componen.

Tesis XIX.- Los gobiernos obreros y campesinos

La formación de los estados obreros burocráticos en esta posguerra se realizó como un proceso que Trotsky había comenzado a analizar a través de la categoría de los gobiernos obreros campesinos. Debemos detenernos, tanto para defender esta categoría como para extenderla, dada la importancia extrema que ha adquirido en estos últimos años.

Tras esta fórmula se esconden tres cuestiones diferentes: una formulación para popularizar las relaciones de clase bajo la dictadura del proletariado: una táctica política frente a los partidos obreros burgueses y direcciones pequeñoburguesas en la línea de ruptura con la burguesía tendiendo a desenmascararlas a los ojos del movimiento de masas; una categoría histórica que fue planteada como un hipótesis teórica improbable en el *Programa de Transición* cuando considera a título excepcional que esos partidos puedan verse obligados a ir más allá de su propio programa. Veamos en ese orden estas tres cuestiones.

1. Como lo recuerda el *Programa de Transición*:

“La fórmula ‘gobierno obrero campesino’ apareció por primera vez en 1917, en la agitación de los bolcheviques, y fue definitivamente aceptada después de la revolución de Octubre. En última instancia no representaba más que una denominación popular de la dictadura del proletariado, ya establecida. La importancia de esta designación nace principalmente del hecho que puso en primer plano la idea de la *alianza del proletariado y del campesinado*, sobre la cual descansa el poder soviético.” (1)

Lejos de tener el contenido democrático burgués que le dieron los stalinistas y sostenedores de los frentes populares, esta fórmula indicaba que se trataba de un gobierno de dos clases explotada, unidas bajo la dirección del proletariado contra los explotadores. Fue útil en los países de fuerte población campesina, para indicar igualmente la alianza política que se debía realizar en el seno de la dictadura entre el campesinado y el proletariado, bajo la hegemonía de este último. En los países de amplia mayoría urbana, pero que tienen una clase media poderosa, es necesario ampliar la popularización de la consigna “gobierno obrero y campesino”, o de “gobierno obrero”, explicando cómo el proletariado en su combate por el poder toma a su cargo la defensa de los derechos y las reivindicaciones

del conjunto de las masas sometidas a los ataques del capitalismo putrefacto.

2. Dado el desarrollo que conocen los procesos del tipo de los que condujeron a la revolución de febrero, la consigna de gobierno obrero y campesino, como consigna táctica, juega un papel decisivo. En la línea de la política conducida por los bolcheviques respecto de los mencheviques y los eseristas de abril a septiembre de 1917. “la acusación principal que la cuarta Internacional lanza contra las organizaciones tradicionales del proletariado es que éstas no quieren separarse del semicadáver político de la burguesía”

En esas condiciones, la reivindicación dirigida sistemáticamente a la vieja dirección: “¡Romped ron la burguesía, tomad en vuestras manos el poder!” es un instrumento extremadamente importante para revelar el carácter traidor de los aparatos burocráticos o de las direcciones pequeñoburguesas.

Es por eso que, conforme al *Programa de Transición*:

“Exigimos a todos los partidos y organizaciones que se apoyan en los obreros y campesinos y hablan en su nombre, que rompan políticamente con la burguesía y entren al camino de la lucha por el gobierno de los obreros y campesinos. En este camino, les prometemos pleno apoyo contra la reacción capitalista. Al mismo tiempo, desarrollamos una infatigable agitación alrededor de las reivindicaciones de transición que deberían formar, en nuestra opinión el programa del ‘gobierno obrero y campesino’” (2).

Así entendida, la consigna de gobierno obrero y campesino debe siempre ser lanzada bajo una forma concreta de combinaciones, de alianzas de partidos que excluyan a los partidos burgueses. Su importancia capital está dada por el carácter del proceso revolucionario en sus primeras etapas, y es un instrumento del combate contra la política de colaboración de clase tanto de las direcciones de los partidos obrero burgueses como de la direcciones pequeñoburguesas que pueden dirigir el movimiento de masas en los países dominados.

Esta táctica tiene como objetivo preparar el terreno para que las masas rompan con el partido oportunista sobre la base de su propia experiencia, alimentada por la actividad del partido revolucionario y que ellas sigan al partido revolucionario, como único medio de mantener la movilización permanente hasta la victoria, la instauración de la dictadura revolucionaria del proletariado. Es decir que entonces la utilización táctica de esta

consigna no es para nada contradictoria con la comprensión de que una ruptura política efectiva con la burguesía e incluso su expropiación no cambian el carácter pequeñoburgués o burocrático del partido oportunista. Nuestra lucha debe mantenerse implacablemente contra él, como decían Lenin y Trotsky en 1917 cuando consideraron esta posibilidad. Durante la revolución rusa, después de febrero, los bolcheviques llamaron a los mencheviques y socialrevolucionarios a romper con la burguesía y a tomar el poder como etapa transitoria hacia la dictadura del proletariado. Los llamaron a constituir un gobierno obrero y campesino. Los dirigentes bolcheviques no se comprometieron a defender ese gobierno sino contra algún ataque de la burguesía. Al mismo tiempo se negaban a darle el menor apoyo político puesto que pensaban contribuir a la lucha implacable contra ellos, como única garantía de desarrollo ininterrumpido del proceso revolucionario. Los oportunistas rusos se negaron a romper con la burguesía y esta posibilidad entonces considerada por los bolcheviques, no se concretó.

3. Sin embargo, en el *Programa de Transición* fue formulada para el futuro una hipótesis de este tipo como una variante altamente improbable.

“¿Es posible la creación de un gobierno tal por la organizaciones obreras tradicionales? Las experiencias anteriores nos muestran, como ya lo hemos dicho, que es por lo menos altamente improbable. Sin embargo, es imposible negar categóricamente por adelantado la posibilidad teórica de que, bajo la influencia de una combinación completamente excepcional de circunstancias (guerra, derrota, quiebra financiera, ofensiva revolucionaria de las masas, etc.) los partidos pequeñoburgueses, incluyendo a los stalinistas, puedan ir más lejos de lo que quisieron en el camino del rompimiento con la burguesía. En todo caso, una cosa está fuera de toda duda: incluso si esta variante altamente improbable se realizara en alguna parte y en algún momento, y ‘un gobierno obrero y campesino’ en el sentido indicado más arriba se estableciera de hecho, no representaría más que un corto episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado.” (3)

Esta variante, altamente improbable según Trotsky, es sin embargo la única que se ha producido en los últimos treinta y cinco años, y la que permite dar cuenta de las conquistas revolucionarias de la posguerra. La creación de nuevos estados obreros y su carácter burocrático desde el origen es producto de procesos específicos pero que provienen todos de esta hipótesis excepcional formulada por Trotsky. Son los partidos pequeñoburgueses y burocráticos, stalinistas, como el de Mao, Tito, Enver Hoxha y Ho Chi Minh, o demócratas pequeñoburgueses como el Movimiento 26 de Julio los que constituyeron estados obreros, burocráticos

desde el origen, apoyándose en la actividad revolucionaria de las masas que iba a conducirlos a romper contra su voluntad con la burguesía y el imperialismo. Hasta un cierto punto, lo mismo ocurrió en Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Alemania del Este, Checoslovaquia. Frente al hundimiento de todas las estructuras estatales de la burguesía resultante de las victorias del Ejército Rojo y la actividad revolucionaria de las masas, los partidos stalinistas directamente subordinados a las necesidades propias de la burocracia del Kremlin, y en el marco internacional de la más brutal crisis del imperialismo, fueron llevados a constituir gobiernos “satélites”, a romper con la burguesía y el imperialismo y a instaurar estados obreros burocráticos.

4. Esas diversas experiencias históricas autorizan un cierto grado de generalización en lo que concierne a la posibilidad de una etapa transitoria (que no representaría otra cosa más que “un corto episodio en el camino de la verdadera dictadura del proletariado”) entre la ruptura política con la burguesía y el cumplimiento de las tareas de expropiación de la burguesía.

En el caso de la Revolución Rusa, el proceso de creación de las bases obreras del estado está determinado por el carácter de la dirección que se apoya revolucionariamente sobre la generalización de los soviets. Durante la Revolución de Octubre hubo una primera fase durante la cual había un gobierno (el de los bolcheviques en alianza con otro partido, los SR de izquierda) que había roto políticamente con la burguesía, habían expropiado los bancos y los grandes medios de producción controlados por los trusts del capital financiero rusos y extranjeros, constituido el monopolio del comercio exterior, pero dejando subsistir bajo control obrero importantes sectores de la economía donde la propiedad privada no había sido expropiada, mientras que el campesinado procedía a la repartición de las tierras. Trotsky pudo así señalar que si la dictadura del proletariado se ejercía desde el principio por hecho de la toma del poder por los soviets y las primeras medidas de socialización, ella no encontró su plena dimensión y todas sus bases sociales sino con la expropiación completa de los medios de producción capitalistas, en el otoño de 1918. Así es que hasta esa fecha se instituye una combinación particular en la que el gobierno de la dictadura del proletariado conserva el carácter transitorio de gobierno obrero y campesino.

En los casos de procesos de expropiación operados bajo la tutela de burocrática, la etapa completamente transitoria de un “gobierno obrero y campesino” pudo encontrar otras formas de concretización. Las direcciones pequeño-burguesas o burocráticas en ese caso retuvieron o impidieron la generalización y la centralización política de los órganos de masas de tipo

soviético, impidieron también que la dictadura del proletariado se realizara políticamente bajo la forma revolucionaria del estado de los soviets. En cambio, a pesar de su programa abierto a la colaboración de clase, estas direcciones se vieron obligadas a romper políticamente con la burguesía.

Es decir, bajo la categoría de gobierno obrero y campesino coexisten dos fenómenos antagónicos determinados por el carácter del partido que dirige ese gobierno: marxista revolucionario como los bolcheviques o burocrático oportunista, como el stalinismo, el castrismo o los partidos socialdemócratas.

Como lo ilustran por ejemplo los dos primeros años de la revolución cubana, la ruptura con los partidos de la burguesía, si no es seguida inmediatamente por medidas de expropiación, abre una fase eminentemente inestable y contradictoria. Esta sólo puede cerrarse con la victoria de una clase sobre otra, ya sea el éxito de una contraofensiva de la burguesía o del imperialismo, ya sea su expropiación. Esta fase sólo puede cerrarse con la victoria de una clase sobre otra, ya sea el éxito de una contraofensiva de la burguesía o del imperialismo, ya sea su expropiación. Esta fase completamente transitoria se caracteriza por el hecho de que el gobierno ya no incluye fuerzas burguesas, está formado por fuerzas comprometidas en un movimiento de ruptura con la burguesía que concede su propia intención inicial mientras que las relaciones sociales conservan su carácter capitalista. Tal “gobierno obrero y campesino” en el sentido de la hipótesis excepcional del *Programa de Transición*, no puede coexistir con las bases sociales burguesas mantenidas del estado. O bien, será expulsado por la burguesía o bien deberá echar las bases de un estado obrero, así sea burocrático. Esta situación intermediaria representa el inverso exacto del estado obrero degenerado que tiene un aparato gubernamental parecido al de la burguesía, con una base económica obrera de transición siempre asentada sobre la expropiación de la burguesía.

5. Como es evidente, en lo que concierne al GRN de Nicaragua, va contra todos los principios de nuestro movimiento caracterizar como “gobierno obrero y campesino” (así como lo hace la dirección castrista del SWP) o sostener políticamente como nuestro un gobierno que ni en su composición (una coalición abierta con las fuerzas burguesas) ni en su programa (de reconstrucción del estado y de la economía burguesa) ni en su actividad concreta, se ha comprometido efectivamente en la ruptura política y social con la burguesía. Los principios elementales del combate por la independencia de clase y el gobierno obrero exigen por el contrario llamar incansablemente al FSLN a romper sus lazos políticos con los “semicadáveres de la burguesía” y a tomar el poder entre sus manos, al

mismo tiempo que le exigimos que aplique un programa de reivindicaciones transicionales.

Por otra parte, la experiencia histórica prueba que no puede excluirse a priori que una dirección oportunista sea obligada, contra sus intenciones y su programa de partida, a romper políticamente con la burguesía a formar un gobierno obrero y campesino ni, en definitiva, a crear un estado obrero burocrático. Aun en tal hipótesis el trotskismo, aunque haya llamado a realizar tal ruptura con la burguesía y siempre defendiendo ese gobierno contra todo ataque de la reacción, continuará conservando toda su independencia política respecto al gobierno y al partido que lo encabeza. Continuará movilizando incansablemente a las masas en el sentido de su organización soviética independiente y de la plena satisfacción de sus reivindicaciones que impone la ruptura completa con el orden burgués, la destrucción revolucionaria de las relaciones sociales de producción capitalistas. La vanguardia revolucionaria, no sabría participar o apoyar sino a un gobierno obrero revolucionario, en el sentido del [IV Congreso de la IC](#), es decir, un gobierno que sin ser todavía la dictadura revolucionaria del proletariado “puede constituir un punto de partida para la conquista de esa dictadura”. Ciertamente, sabiendo que un “verdadero gobierno obrero proletario (...) en su forma más pura sólo puede se encarnado por un partido comunista”, en “ciertas circunstancias, los comunistas deben declararse dispuestos a formar un gobierno con partidos y organizaciones obreras no comunistas. Pero sólo pueden hacerlo si cuentan con las suficientes garantías de que esos gobiernos obreros llevarán a cabo realmente la lucha contra la burguesía (...)” (4)

Se trata aquí evidentemente de una hipótesis altamente improbable mientras que no se franqueen pasos cualitativos en la vía de la superación de la crisis de dirección y de la crisis de la IV Internacional.

Tesis XX.- Proceso revolucionario, doble poder y marcha hacia la dictadura del proletariado

Nuestro partido debe reconocer la maduración de una situación revolucionaria si esta se inicia bajo el control de una dirección oportunista. Debe entonces avanzar el conjunto de sus consignas (integrando las consignas democráticas concretamente apropiadas a las aspiraciones de las masas y a las tareas de este orden que debe cumplir el proletariado) que permitan, por la movilización de las masas, plantear prácticamente la exigencia de la ruptura de las direcciones oportunistas con la burguesía.

Combatimos así por la unidad de acción de todos los oprimidos tras el proletariado y de todas las organizaciones que se reclaman de las masas

trabajadoras, con el fin de facilitar el comienzo de la revolución proletaria. Debemos comprender que esta fase es inevitable, no intentar saltar por encima de ella. Es la única manera de oponerse en la práctica a las direcciones pequeñoburguesas que, para traicionar la revolución proletaria y aun si se ven obligadas a hacer una “revolución de febrero”, querrán limitarla, darle un carácter puramente democrático y encerrarla en los límites nacionales.

A partir del comienzo de una situación revolucionaria, el aspecto más importante de nuestra actividad debe ser defender, desarrollar y centralizar los diferentes embriones de doble poder que surjan. Si la situación evoluciona hacia la formación de órganos de doble poder distintos a los de la burguesía (estado, ejército, policía) y tiende hacia un doble poder más desarrollado (comienzo de la revolución proletaria) nuestra tarea es la extensión y el desarrollo permanente de ese polo de poder obrero para imponer la victoria de la revolución socialista y la dictadura del proletariado.

Así, apoyándose sobre el movimiento de masas y el impulso de sus organizaciones propias, aclarando las aspiraciones revolucionarias que este lleva, combatiendo bajo una forma apropiada las ilusiones en las direcciones oportunistas, combatiendo por el frente único obrero y la independencia de las organizaciones que se reclaman de la clase obrera, y de las masas oprimidas, por su ruptura con la burguesía, la vanguardia abre en la práctica la vía hacia el gobierno obrero y campesino, como transición hacia la dictadura del proletariado.

Esto implica que en toda circunstancia, debemos distinguimos categóricamente, de la política conciliadora de las direcciones oportunistas. El eje de nuestra orientación en una situación revolucionaria, y más en el comienzo de la revolución proletaria, es el combate por la independencia política del proletariado y sus organizaciones, el desarrollo de la movilización y de los órganos de poder obrero revolucionario. Este es también el eje que nos distingue claramente de las direcciones oportunistas que intentan por todos los medios subordinar la actividad de las masas a su política de colaboración de clase, evitar la autodeterminación democrática revolucionaria del movimiento de masas, la creación de organismos de acción revolucionaria directa de las masas y su centralización política, la organización y la movilización permanente de las masas. Si abandonamos este eje político fundamental, capitulamos ante las direcciones oportunistas, abandonamos a su suerte a la clase obrera. Sólo por el combate por la independencia política del proletariado y de sus organizaciones y por el

desarrollo de los órganos de poder obrero podremos tender un puente hacia la victoria de nuevo Octubre, nuestro verdadero objetivo.

Tesis XXI.- La importancia fundamental de las consignas y tareas democráticas. La asamblea constituyente y la revolución agraria

Las consignas y tareas democráticas adquieren cada vez más importancia, a causa de las tendencias profundamente totalitarias, tanto del imperialismo como de la burocracia.

1. En los países capitalistas, el control del estado por los monopolios y el capital financiero, la putrefacción del modo de producción y de toda la sociedad, combinada con la crisis revolucionaria actual o latente, hacen cada vez más predominantes las tendencias a gobiernos bonapartistas totalitarios, que ponen en cuestión las conquistas democráticas y obreras y hacen que se desarrollen las formas más descompuestas y violentas de la dominación política burguesa.

En los países capitalistas, el boom económico permitió que esas profundas tendencias de los gobiernos burgueses actuales llegaran a maquillarse con una máscara democrático burguesa. Gracias a la estabilidad relativa y a las superganancias de su economía durante más de 20 años, se vieron obligados a conceder a las masas formas democrático burguesas para esconder mejor el contenido bonapartista totalitario de esos gobiernos. Al mismo tiempo, utiliza esas formas democráticas para oponerlas al totalitarismo soviético y justificarse a escala internacional.

Sin que esas formas democráticas formales con las que se cubre pierdan importancia, el totalitarismo bonapartista avanza en todos los países imperialistas, y entran en crisis como consecuencia de la ofensiva revolucionaria de las masas.

En los países atrasados, que soportarán y soportan una crisis crónica de sus economías; el bonapartismo totalitario, agente directo del imperialismo dominante, demuestra sin afeites democratizantes su verdadera faz, revistiendo un carácter bonapartista sui generis, como los gobiernos de Somoza, Chang Kai-Shek, Sygman Ree, etc. En los países atrasados, donde los gobiernos resisten en una cierta medida, o tienen choques con el imperialismo el gobierno tiene también un carácter bonapartista sui generis, pero de “izquierda”, bajo la presión de la movilización de las masas, tienden a apoyarse sobre el movimiento obrero y popular, sin dejar de negociar mejores condiciones con el imperialismo, tal como lo estudió y los definió Trotsky. Mossadegh en Irán, Nasser en Egipto, Ibáñez en Chile. Perón en Argentina y Lumumba en el Congo pertenecían a este tipo de

gobierno burgués. Hoy, los gobiernos de Angola, Mozambique Grenada e Irán hacen parte de ese tipo de gobierno.

En lo que concierne a los países en los que el capital ha sido expropiado, las burocracias parasitarias no pueden mantener sus privilegios sino arrogándose el monopolio del poder político que defienden por los medios más totalitarios, negando las libertades democráticas obreras más elementales, revistiendo formas bonapartistas de un tipo específico que estudiaremos más adelante.

Es por eso que las grandes consignas democráticas para todo el pueblo tienen cada vez mayor agudeza objetiva y alcance revolucionario, no sólo en los países dominados sino también en los países imperialistas y los estados obreros burocráticos donde se integran al programa proletario de la revolución política.

En los países oprimidos por el imperialismo, las libertades y tareas democráticas forman parte de la solución de la cuestión nacional como parte necesariamente constituyente de la revolución proletaria: en la época del imperialismo, la solución de la cuestión agraria y de la opresión nacional, si bien comprende tareas de naturaleza democrático burguesa, no puede ser realizada sino por la expropiación de la burguesía, es decir, bajo la dirección del proletariado y por su dictadura.

El hecho de que el imperialismo “reacción en toda la línea”, dé a las reivindicaciones y libertades democráticas una nueva agudeza, conduce a las direcciones traidoras y burocráticas a pretender que la revolución no es una revolución proletaria contra la burguesía sino que puede limitarse a una etapa de lucha “antimonopolista” en los países avanzados, “antifeudal” o “antiimperialista” en los países dominados.

Es la negación del carácter transicional y revolucionario de las tareas democráticas, carácter que las dirige contra el régimen capitalista y el imperialismo.

2. En este marco general, la mayor importancia recae en la consigna de Asamblea Constituyente, bajo sus diversos nombres o formulaciones tácticas.

Obviamente, esta consigna tiene un carácter central en los países dominados, como expresión concentrada de las tareas agrarias nacionales, democráticas, que la revolución proletaria debe resolver, pero como lo consideró Trotsky en 1933, esta consigna puede tomar una actualidad en

países imperialistas contra las formas dictatoriales o semi dictatoriales, bonapartistas, etcétera, provocada por el control de los monopolios y el ascenso revolucionario que suscita la descomposición política de los estados burgueses.

En la fase en que contra los regímenes imperantes, se prepara la apertura de una situación revolucionaria, la relación entre las diversas consignas democráticas (la de Constituyente o las del tipo “Abajo la dictadura”, o “Abajo el gobierno”) es una cuestión táctica concreta. Así, en Portugal, en Irán, en Nicaragua, antes de la apertura de la crisis, la consigna de movilización central era: “¡Abajo la dictadura! ¡Abajo Gaetano! ¡Abajo Somoza!”.

Una consigna tal como “Abajo Somoza” en un país dominado y ferozmente dictatorial como Nicaragua, llama no solamente a la clase obrera sino al conjunto de la población a echar abajo ese gobierno. Cuando este objetivo se ha alcanzado, la consigna de Constituyente (combinada con el conjunto de las consignas democráticas y transicionales, en el marco del combate por la independencia política y la extensión de los órganos propios de las masas) puede tomar su plena virtud agitativa como la expresión más elevada de la lucha democrática.

En otras situaciones, esta consigna puede combinarse directamente con el llamado al derrocamiento de las dictaduras, como se vió en Perú durante el combate para derribar al gobierno de Morales Bermúdez o contribuir a centralizar políticamente la movilización de las masas como es ya en Argelia, para la resistencia Palestina, etc.

De cualquier modo, la utilización revolucionaria de la consigna de Constituyente, no debe hacer olvidar ni por un minuto que es, en sustancia, una consigna burguesa, puesto que llama a una constituyente en la que cada hombre vota. La utilizamos, como consigna de movilización, con el fin de que por las fuerzas sociales que contribuye a poner en movimiento, tome un alcance práctico distinto de su carácter intrínseco burgués democrático. Esto sobre todo en los países donde existe una numerosa clase media, principalmente campesina.

Así entendida, la consigna de Asamblea Constituyente se transforma en una consigna para oponer a la burguesía, para educar al movimiento de masas y para desarrollar la unidad de la clase obrera con el campesinado. Pero, para ese fin, debe hacer parte de un conjunto. Según las circunstancias, puede estar ligada a la exigencia de la formación de un gobierno de las organizaciones obreras, a la satisfacción de las reivindicaciones de las

masas, a la defensa de los órganos propios de las masas, etc. Podemos vernos así llevados a lanzar la Asamblea Constituyente trazándole como tarea que dé la tierra a los campesinos, que en ella sean votados el armamento del proletariado, la escala móvil de salarios y de horas de trabajo, así como la expropiación de los monopolios, etc.

3. La solución de la cuestión agraria hace parte, en esta época, de las tareas de la revolución proletaria. El imperialismo, con la integración progresiva de todos los países al mercado mundial y a la exportación de capitales, provocó una crisis total de las formas atrasadas de producción de la agricultura. La “penetración” del capitalismo en la economía campesina significó, en la mayoría de los casos, la expropiación de los productores directos. Sin embargo, en los países dominados, esto no significó la transformación de todas las unidades productivas en unidades de tipo industrial, basadas sobre el trabajo asalariado. El capitalismo, en las condiciones coloniales y semicoloniales, tiene tendencia a reproducir formas arcaicas de sumisión personal. Por eso, la cuestión agraria sigue siendo actual, por eso las luchas por la tierra y las resistencias a formas violentas del desarrollo capitalista en el campo (como los pequeños agricultores independientes sobre el problema de los precios, del crédito, etc.) se desarrollan. Con Lenin y Trotsky, los marxistas revolucionarios impulsan la revolución agraria y la alianza obrero campesina. Los campesinos pobres constituyen firmes aliados que el proletariado tiene en el campo. Los trotskistas apoyan su movilización por la tierra, contra los terratenientes y los gobiernos burgueses que los protegen. Intentemos unir la acción del campesinado a la del proletariado y a la lucha por un gobierno obrero y campesino como única posibilidad de satisfacer sus aspiraciones. Nuestro programa es la eliminación del monopolio de la propiedad sobre la tierra para que sea nacionalizada y puesta a disposición de la sociedad. Combatimos por la expropiación de los latifundios, y estimamos que la verdadera solución de los problemas agrarios que asedian a los campesinos se sitúan en la búsqueda de formas de propiedad cooperativas, o estatales, que se substituyan a la propiedad privada de los latifundios, esto con el fin de asegurar el pleno desarrollo de las fuerzas productivas. Al mismo tiempo, defendemos el derecho de las organizaciones de trabajadores del campo, de los comités o los consejos campesinos, a disponer de las tierras contra los terratenientes y estados capitalistas.

En la mayoría de los países imperialistas, la cuestión agraria, como cuestión democrática, ha sido resuelta por la transformación de la economía campesina en agricultura capitalista, con la formación de complejos agroindustriales o en combinación con el desarrollo de granjeros. Sin embargo, países como Portugal, España, en regiones de Italia subsisten

contradicciones agudas entre los campesinos independientes (granjeros familiares) y los monopolios. La crisis del capitalismo ataca a esas unidades campesinas y diferentes factores las empujan hacia la ruina, condenando los productores a la miseria y el desempleo. El impulso de la lucha de resistencia de estos sectores campesinos, el apoyo a sus reivindicaciones de crédito, de baja de los precios de las materias primas, etc., hace parte de nuestras tareas y del impulso de las luchas democráticas, incluso en los países en los que la revolución agraria (burguesa) haya sido efectuada desde tiempo atrás (Francia, Bélgica, Inglaterra, etc.). La crisis de las relaciones de producción burguesas pesa duramente sobre el pequeño campesinado, que tiende cada vez más a ser aplastado por los bancos, la deuda, los trusts agroindustriales. Esta se ve todavía más reforzada en los países con inserción de la agricultura en el mercado mundial, en el marco de la crisis económica internacional. Los problemas que provoca la crisis del mercado común agrícola son testimonio de la profundidad de la crisis que ve a las masas campesinas en una situación de movilización larvada que culmina con explosiones periódicas. Pero ninguna de estas consignas debe ocultar el eje esencial de toda etapa revolucionaria, que es el de la marcha hacia el gobierno obrero y campesino, transición hacia la dictadura del proletariado. Avanzar en una etapa revolucionaria, la consigna de Asamblea Constituyente de tal manera que estrangule la revolución proletaria en la pretendida “revolución democrática”, es una traición a la política trotskista. Es por eso que todas las consignas deben combinarse entre ellas con el objetivo supremo del desarrollo del poder obrero con el fin de que la revolución socialista pueda vencer. Es así como avanzamos y aplicamos en el movimiento de masas el conjunto de las consignas democráticas.

Tesis XXII.- El derecho a la autodeterminación nacional y nuestra lucha por la destrucción de los estados nacionales

A causa de la supervivencia del imperialismo y el carácter totalitario de los estados obreros burocráticos, y como parte esencial del conjunto de las consignas democráticas, estamos por la liberación nacional de las colonias y semicolonias y de los países dependientes. Por una parte, para las colonias, esto significa la total independencia política. Por ejemplo, estamos por la independencia de Angola, Mozambique, de las Antillas francesas y de otras colonias directas. En este caso no estamos sólo por el derecho a la autodeterminación nacional, sino también por la autodeterminación nacional de toda colonia respecto de su imperio. Para las semicolonias y los países dependientes, esto significa el pleno ejercicio de la soberanía nacional, es decir la ruptura de todos los pactos de tipo colonial o semicolonial de los países atrasados con el imperialismo. Por

ejemplo, la OEA, los pactos que subordinan las viejas colonias al imperialismo francés.

Por otra parte, la liberación nacional significa, en todos esos países, la expropiación de los capitales imperialistas, sostén de la dominación. La lucha por la liberación nacional es a la vez democrática y anticapitalista, y es por eso que no puede ser definitivamente resuelta sino por la revolución socialista.

Con relación a las nacionalidades oprimidas al interior de los estados centralistas nuestra política defiende incondicionalmente el derecho a la autodeterminación nacional. Este derecho a la autodeterminación nacional es una consigna algebraica llena de contenidos diferentes en ligazón con el proceso de la lucha de clases al interior del estado nacional.

Para los marxistas, las consignas deben ser confrontadas con las relaciones objetivas entre las clases en una situación concreta, “no con los principios generales abstractos” (cf. Lenin), situación que hemos analizado en las tesis precedentes como el periodo de la inminencia de la revolución que plantea el poder obrero como lo que está en juego en todas las luchas de las masas explotadas y oprimidas en todos los países.

Así para la lucha nacional de los pueblos vasco y catalán oprimidos por el estado monárquico castellano, partimos de lo que Trotsky escribió en 1931: “Las tendencias separatistas plantean a la revolución la tarea democrática de la libre autodeterminación nacional. Estas tendencias se han acentuado y exteriorizado durante el periodo de dictadura. Pero, mientras que el “separatismo” de la burguesía catalana no es para ella, en su juego con el gobierno de Madrid, más que un instrumento contra el pueblo catalán y español, el separatismo de los obreros y campesinos es la envoltura de su indignación social. Hay que establecer una distinción rigurosa entre estos dos géneros de separatismo. Ahora bien, para separar de su burguesía a los obreros y campesinos oprimidos nacionalmente, la vanguardia proletaria debe tomar, en la cuestión de la libre autodeterminación nacional, la más audaz y sincera posición. Los obreros defenderán hasta el final el derecho de los catalanes y vascos a organizar su vida nacional independiente, en el caso de que la mayoría de estos pueblos se pronunciase por una separación completa. Ello no quiere decir, sin embargo, que los obreros avanzados empujarán a los catalanes y vascos hacia la independencia. Por el contrario, la unidad económica del país con una amplia autonomía de las regiones nacionales, presentaría para los obreros y campesinos grandes ventajas desde el punto de vista económico y cultural.”

Estas líneas, redactadas en 1931, retomando y adaptando las posiciones de Lenin sobre la cuestión nacional, continúan formando el núcleo de principios que permite resolver cómo concretamente los trotskistas deben plantear los problemas de la libre determinación nacional en la situación de la España de 1980.

Enumeramos los principales factores que la caracterizan:

1. Cuarenta años de dictadura franquista reforzaron monstruosamente la opresión nacional de las nacionalidades oprimidas en España. El imperialismo castellano con Franco condujo en toda la línea una política reaccionaria que llevó en España, donde la débil burguesía no pudo constituir una nación, a reforzar las tendencias “separatistas de los obreros y los campesinos (que) es la envoltura de su indignación social”, mientras que las tendencias separatistas de las burguesías catalana y vasca cedieron su lugar, por temor de la revolución proletaria, a su sumisión a Franco, luego a la monarquía y evidentemente al imperialismo castellano.

2. Es así como el derecho a la autodeterminación nacional se convirtió, con relación a las otras consignas de clase, en una de las palanca esenciales en la lucha contra la monarquía centralista de Juan Carlos, que mantiene intactas las instituciones franquistas esenciales que son el ejército, la policía, la justicia, es decir, la violencia estatal contra la libre determinación de la voluntad natural de los pueblos catalán, vasco y otras nacionales oprimidas y, como tales, instrumentos de la explotación de todo el proletariado español.

3. Decimos a justo título que el derecho de un pueblo a la autodeterminación puede tomar las formas más diversas, no necesariamente las de un estado distinto. Pero decimos que estamos por el derecho de los pueblos a la autodeterminación, incluso hasta la separación. Decimos que corresponde a los pueblos oprimidos decidir libremente. El imperialismo castellano, las burguesías catalana y vasca, la monarquía, las direcciones traidoras del movimiento obrero PCE y PSOE se opusieron a que los pueblos catalán y vasco se pronunciaran libremente, negándose a plantear claramente la opción por o en contra de la separación, a favor o en contra de una Constituyente vasca. Debemos denunciar la violencia organizada del imperialismo castellano, que niega “el derecho de los catalanes y vascos a organizar su vida nacional independiente, en el caso de que la mayoría de estos pueblos se pronunciase por una separación completa”.

Hay una profunda unidad revolucionaria entre nuestro apoyo incondicional al derecho a la autodeterminación del pueblo vasco y catalán, incluida la independencia si la quieren, y nuestra política que consiste en “no empujar

a los catalanes y los vascos a la independencia”, y la lucha por la “unidad económica” en una “Federación hispánica” como Trotsky lo establecía en 1931. Nosotros, trotskistas, debemos sin embargo tener en cuenta las consecuencias de los 40 años de la más feroz opresión nacional ejercida por el franquismo. Este problema de las nacionalidades oprimidas se combina con la división de la península ibérica en dos estados, español y portugués. Este último posee una unidad geográfica, lingüística y cultural con la nacionalidad gallega, mientras que la unidad en el proceso revolucionario se afirma en España y Portugal.

4. No habría ninguna contradicción entre el hecho de que la mayoría del pueblo vasco se pronuncie por la separación (que sería deber de los trotskistas sostener incondicionalmente) y el hecho de que nos pronunciemos por la unidad económica del país. Ya en 1931, León Trotsky declaraba:

“Nuestro programa es la Federación Hispánica, con el elemento indispensable de unidad económica. No tenemos intención de imponer este programa a las nacionalidades oprimidas de la península con la ayuda de las armas burguesas. En este sentido, estamos sinceramente por el derecho a la autodeterminación. Si Cataluña se separa del resto de España, tanto la minoría comunista catalana como la española, deberán combatir por una Federación”. (6)

5. Lenin, en 1903, después de haber definido que “el reconocimiento incondicional de la libertad de autodeterminación no nos obliga en absoluto a apoyar todas las exigencias de la autodeterminación nacional”, agregaba que “sólo en casos concretos y excepcionales podremos plantear y apoyar activamente las reivindicaciones que tiendan a la creación de un nuevo estado de clase, o a la sustitución de la plena unidad política del Estado por la más débil unidad federativa, etcétera.” (7)

Pero en la Conferencia del partido en mayo de 1917 polemizando con Piatakov y Djerzinsky, que defendían las posiciones de Rosa Luxemburgo sobre la cuestión nacional, Lenin declaraba: “Nosotros defendemos una alianza fraternal de todos los pueblos. Cuando haya una república ucraniana y una república rusa, habrá entre ellas un contacto más estrecho y mayor confianza”. (8)

No hay aquí ninguna contradicción; porque es los “casos particulares excepcionales”, que son parte de la solución de la cuestión nacional, como el de los “casos particulares excepcionales” que constituye el tipo de gobierno obrero y campesino analizado por León Trotsky en el *Programa*

de Transición. Los retrasos de la revolución proletaria, a podredumbre del imperialismo, la potencia contrarrevolucionaria de las direcciones pequeñoburguesas, la debilidad de la IV Internacional dieron a esos “casos particulares y excepcionales” una dimensión infinitamente más amplia.

6. Partimos para analizar los acontecimientos, por lo tanto para intervenir activamente en la lucha de clases, del método utilizado por Lenin y Trotsky frente a los “casos particulares”.

Para Trotsky, un pronóstico marxista tiene como objeto ayudar a orientar la opinión sobre la- orientación general de los hechos y a ver claro en sus desarrollos “inesperados”. Trotsky añade que los pronósticos marxistas no tienen nada que ver con predicciones concernientes al día en que se producirán los acontecimientos o el giro que tomarán. El marxismo, unidad de la teoría y de la práctica en la construcción de partidos revolucionarios, secciones de la IV Internacional que debemos reconstruir, es el programa que establece los principios fundamentales, los cuales deben ser aplicados en situaciones concretas.

Los principios fundamentales en la cuestión de las nacionalidades en España es primeramente la unidad del proletariado español (con todas sus componentes, catalana, etc) y su independencia política para enfrentar a la burguesía, y, en el momento actual, al estado monárquico centrista e imperialista. El derecho a la autodeterminación nacional está subordinado a esta lucha que es la nuestra por el cumplimiento de la unidad y la independencia política del proletariado español. Es por eso que combatimos en España por la construcción de un solo partido revolucionario, sección de la IV Internacional, rechazando la división del proletariado español en “nacionalidades”.

Segundo: nos pronunciamos por el derecho absoluto a la libre determinación, que según las condiciones concretas pueden tomar las formas político-estatales más diversas, que sólo el pueblo oprimido debe libremente definir.

En cuanto a la “balcanización” contra la cual se pronunciaba, León Trotsky en una carta a Nin fechada el 1 de septiembre, completaba:

“Usted escribe sobre el riesgo que corremos de ayudar involuntariamente al liberalismo madrileño si nos contentamos con proclamar que la “balcanización” de la península ibérica es incompatible con los objetivos del proletariado. Tiene razón; si en mi anterior carta no señalé este peligro, ahora estoy dispuesto a hacerlo diez veces.”

“Las semejanzas entre las dos penínsulas deben ser expuestas de forma más matizada. Hace tiempo, la península balcánica estaba unificada bajo la dominación de los propietarios turcos, los generales y los cónsules. Las nacionalidades oprimidas soñaban con zafarse del yugo de sus opresores. Si opusiéramos nuestra negativa a la división de la península a las aspiraciones de las masas populares, nos convertiríamos en los lacayos de los pachás y los gobernantes turcos. Por otra parte, nosotros sabemos que los pueblos de los Balcanes, después de liberarse del yugo de los turcos, permanecieron bajo otro yugo durante décadas. Sobre esta cuestión, la vanguardia revolucionaria puede aplicar el punto de vista de la revolución permanente: la liberación del yugo imperialista, que es el problema clave de la revolución democrática, debe concluir en la Federación de Repúblicas Soviéticas, como forma de estado proletario.”

“Sin oponernos a la revolución democrática, todo lo contrario apoyándola sin reservas, incluso en el marco de la separación es decir, sosteniendo la lucha pero no las ilusiones debemos agitar por nuestra posición independiente hacia la revolución democrática, recomendando, aconsejando, proponiendo la idea de la Federación de Repúblicas Soviéticas de la península ibérica, como parte constituyente de los Estados Unidos de Europa. Esta es mi concepción, expuesta de forma detallada. Es inútil decir que los camaradas de Madrid y los camaradas españoles en general deben usar el argumento de la “balcanización” con una especial discreción.” (9)

Es por eso que, conscientes,

a) de la necesidad de apoyar a la vez incondicionalmente el derecho a la autodeterminación del pueblo vasco incluso hasta la separación y el combate para preservar la unidad del proletariado español.

b) de la completa capitulación de la burguesía vasca que con el imperialismo castellano se pronuncia contra todo separatismo, para salvar contra la revolución proletaria todo lo que pueda serlo, mientras que cuarenta años de franquismo han reforzado considerablemente la “aspiración al separatismo de los obreros y los campesinos (que) es la envoltura de su indignación social”, manteniéndonos en la firme posición de principio de que recae en el pueblo vasco determinarse libremente, condenamos el referéndum trucado impuesto por el imperialismo castellano y la burguesía catalana,

e) de la necesidad de combatir para garantizar la unidad económica de toda España (sobre bases distintas a las de la violencia y la opresión de las nacionalidades oprimidas);

Por todas estas consideraciones, sin por ello formular las consignas ni de una manera ultimatista, ni formalista, nos parece necesario plantear así su relación:

1. ¡Abajo la monarquía! ¡República! ¡Cortes Constituyentes libres y soberanas!

2. Derecho de las nacionalidades oprimidas a la libre determinación incluso hasta la constitución de la República libre de Euskadi, de la República libre de Cataluña, etc.

Es una cuestión coyuntural, si en la lucha contra la monarquía centralista y en el marco de la consigna de República en relación con el derecho a la independencia de las naciones y nacionalidades oprimidas, lanzamos la consigna de la Unión de Repúblicas libres de España es una combinación de esas consignas.

Evidentemente, ellas mismas deben estar relacionadas con las consignas transitorias del gobierno obrero y campesino, de la tierra a los campesinos, de la federación soviética de la península ibérica como parte constituyente de la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa. Mientras que Lenin formulaba que el “reconocimiento incondicional” de la lucha por “la libertad de autodeterminación no nos obliga en absoluto a apoyar todas las exigencias de la autodeterminación nacional”, no dudaba en afirmar en 1913:

“El programa nacional de la democracia obrera es: ningún privilegio en absoluto para una nación o un idioma; solución del problema de la autodeterminación política de las naciones o sea, de su separación como Estados, por métodos completamente libres y democráticos; (...) unidad incondicional y total cohesión de los obreros de todas las nacionalidades en todas las organizaciones obreras (sindicales, cooperativas, de consumo, educativas y culturales y toda otra) en contraposición a cualquier tipo de nacionalismo burgués”. (10)

No hay aquí ninguna contradicción, repitémoslo, entre lo que es la posición de principio, aplicada concretamente a la solución de la cuestión nacional.

Respecto a Canadá, esto significa que nosotros luchamos por la unidad de todo el proletariado canadiense y contra el conjunto de la burguesía, sea

angloparlante o francoparlante. Esta es la tarea principal de la lucha obrera y la de la autodeterminación de Québec le está subordinada.

La forma política y estatal de la opresión nacional de Québec y la explotación de todo el proletariado canadiense (que, por otra parte, el imperialismo norteamericano no quiere destruir) es la ligazón de la Corona, que está en la base de todas las instituciones federales.

Debemos, por lo tanto, levantar:

- * Unidad de todo el proletariado canadiense, anglófono o francófono.
- * Ruptura con la corona
- * Por una Constituyente que satisfaga el derecho a la autodeterminación del oprimido pueblo de Québec, e incluso a la independencia si así lo decide, bajo la forma que libremente elija.

Estas consignas son indisociables de otros aspectos del combate por la emancipación del proletariado, particularmente el combate en Québec por un partido obrero independiente basado en los sindicatos, como parte del logro de la unidad e independencia política de todo el proletariado canadiense. Esta es la línea de los trotskistas canadienses que combaten por los Estados Unidos Socialistas de América del Norte.

En Irlanda, donde el pueblo irlandés sufre la opresión nacional desde hace siglos, donde la burguesía “nacional” y el imperialismo han concluido un acuerdo de partición contra la aspiración del pueblo irlandés a la unidad, debemos apoyar incondicionalmente la lucha nacional por la unidad de Irlanda, por la ruptura de Irlanda del Norte con el Reino Unido, por la separación de toda Irlanda unida de Inglaterra. Nos pronunciamos contra la solución de “estado federal” entre Irlanda del Norte e Irlanda del Sur. Nos pronunciamos por una asamblea nacional única de toda Irlanda, por una república única y laica con representación democrática local. Nos pronunciamos por la separación de toda Irlanda de Inglaterra, por la constitución de un estado de toda Irlanda independiente de Inglaterra, por la unidad absoluta de los obreros de toda Irlanda “católica y protestante”, condición para el establecimiento de libres lazos entre Inglaterra e Irlanda en una Federación. Esta es la posición de Marx, Engels, Lenin y Trotsky que para nada es contraria al combate por el mantenimiento de la unidad económica entre Irlanda e Inglaterra.

Es en relación con la cuestión nacional irlandesa que Marx definió que un pueblo no puede ser libre si oprime a otro. El combate por una Irlanda libre, independiente y unida, es un deber absoluto para el proletariado

inglés, deber que se inscribe en el combate contra el imperialismo y la monarquía de los que uno de los principales soportes es la opresión de Irlanda.

Apoyamos incondicionalmente el derecho del pueblo palestino a la nación, aunque la mayoría del pueblo palestino esté dispersa en un número considerable de países. Nos pronunciamos por la destrucción del estado de Israel, instrumento del imperialismo y de la burocracia contra las aspiraciones nacionales de los pueblos del Cercano y Medio Oriente. Apoyamos las reivindicaciones por un estado palestino laico, que integre los componentes judío y árabe de la nación palestina, nos pronunciamos por los Estados Unidos Socialistas de los pueblos del Cercano y Medio Oriente. Estos ejemplos demuestran cuánto nos hace falta utilizar el marxismo que no es un dogma sino una regla para la acción por la revolución.

La lucha histórica del proletariado es la constitución de la sociedad sin clases y sin estado, liberada de toda explotación y opresión. La transición del capitalismo al socialismo pasa por la edificación del estado obrero, de los estados obreros, de la federación de los estados obreros que en la construcción del socialismo deberán extenderse y marchitarse en la libre y fraternal unión de los hombres que controlen la naturaleza y su naturaleza social. “La política es economía concentrada” dijo Lenin.

La política proletaria es la condición absoluta, necesaria de la marcha hacia la economía socialista y comunista. Todo debe ser subordinado a la política porque, como lo dice Engels, la humanidad, construyendo el socialismo, dará el salto del régimen de la necesidad (político) al reino de la libertad sin estado, sin explotadores, sin opresión, sin política, donde el libre desarrollo de cada uno estará condicionado por el libre desarrollo de todos y recíprocamente. De aquí hasta allí tendremos que enfrentar todo un conjunto de contradicciones que pueden determinar por ejemplo que el libre desarrollo de las fuerzas productivas en un país oprimido pase o no por su separación como estado obrero, porque toda separación, toda formación de un nuevo estado capitalista representa históricamente un retroceso en el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero nosotros no ponemos como condición nuestro programa por el estado obrero en la lucha de los pueblos y nacionalidades oprimidas por el derecho a la autodeterminación. No oponemos el combate por la dictadura del proletariado al derecho a la libre disposición de los pueblos y nacionalidades oprimidas. Integramos las consignas de libre disposición de los pueblos y nacionalidades como reivindicaciones transitorias en nuestro combate por la dictadura del proletariado, por los Estados Unidos

socialistas del mundo, liberados de las cadenas de la explotación y la opresión.

No hay ninguna regla absoluta de aplicación del programa. ¡Unión libre de las repúblicas soviéticas del mundo como transición hacia la sociedad sin clases y sin estado!

Tesis XXIII.- Frente Único Obrero y frente único antiimperialista

La palabra “frente” y su identificación con la expresión “frente obrero” han provocado una confusión en nuestro movimiento que el revisionismo ha explotado hábilmente para infiltrar sus posiciones en nuestras filas. Lo ha logrado poniendo un signo igual, en cuanto a su importancia y carácter, entre el frente obrero (expresión de la independencia de clase) y los distintos frentes que pudieran constituirse principalmente en torno a las tareas antiimperialistas o democráticas.

No es casual que Trotsky no haya llamado a constituir frentes antiimperialistas en sus escritos de la década del 30. Las célebres expresiones sobre el frente antiimperialista en las Tesis sobre Oriente constituyen el único antecedente que registra la literatura marxista a este respecto. Aunque dichas tesis establecen un paralelo entre el frente obrero para los países occidentales y el frente antiimperialista para los orientales, el propio texto enfatiza que la gran tarea es siempre la de lograr la total independencia política y organizativa de la clase obrera; jamás la formación de frentes estables con la burguesía.

En los países atrasados, el carácter de clase semi-explotadora y semi-explotada de su burguesía, determina, en algunas ocasiones, la necesidad de realizar acuerdos temporarios con las organizaciones de masas nacionalistas burguesas en el marco del frente único antiimperialista. Tal frente sólo puede ser circunstancial y limitado en el tiempo. Su prolongación más allá de las circunstancias que justificaron su origen, implica una adaptación al nacionalismo burgués y la subordinación del proletariado a la burguesía nacional. Este tipo de frente jamás puede entrañar objetivos gubernamentales comunes con las fuerzas burguesas.

Estamos por la unidad de acción antiimperialista, de la misma manera que, en un país imperialista, podemos aceptar o buscar la acción conjunta con personalidades burguesas para arrancar tal o cual derecho democrático preciso a un gobierno bonapartista o incluso democrático-burgués (como, por ejemplo, el retiro de las tropas de Vietnam o el derecho al aborto). Desde este punto de vista, el frente único antiimperialista es lo opuesto a los frentes populares y demás frentes o coaliciones de colaboración con la

burguesía. Las direcciones stalinistas o pequeñoburguesas los promueven so pretexto de la lucha antiimperialista pero entrañan el abandono de la independencia política de la clase obrera, de su subordinación a las fuerzas e intereses de la burguesía.

La necesidad de desarrollar acciones contra los gobiernos dictatoriales y represivos, de luchar por plenos derechos democráticos y libertades individuales, nos plantean frecuentemente el establecimiento de acuerdos tácticos con sectores pequeñoburgueses y aun con sectores burgueses y sus partidos. Esta unidad de acción democrática, la adelantamos por objetivos específicos y para impulsar la movilización, manteniendo la más absoluta independencia y sin llegar a acuerdos gubernamentales con sectores burgueses.

Pero esto no significa ignorar las luchas progresivas en las cuales puedan participar todos los sectores de la población contra el imperialismo y los grandes propietarios terratenientes, o en las luchas por el derrocamiento de regímenes dictatoriales. El trotskismo debe combinar la lucha permanente y sistemática para independizar a la clase obrera de todos los demás sectores, por su organización independiente, con su participación y apoyo a toda lucha progresista, aunque sea, por lo menos al comienzo, de carácter meramente democrático. Si no actuamos de esta manera, la clase obrera jamás encabezará a todos los sectores oprimidos y (lo que es más grave) nuestros partidos jamás encabezarán a la clase obrera. El partido promueve toda unidad de acción que desarrolle una ha de carácter progresivo. Pero en su utilización revolucionaria en los países dominados por el imperialismo, toda unidad de acción, todo “frente” con otros sectores sociales, tiene necesariamente un carácter precario, subordinado a las tareas precisas que le asignemos, y sin que podamos aceptar, por las razones que fueren, la menor subordinación política. La única disciplina y permanencia que aceptamos es la de la acción progresiva aceptada libremente: una manifestación, una acción militar contra la dictadura, una petición. La organización proletaria jamás entrega su independencia ni acepta subordinarse a la colaboración de clases,

Para los organismos de frente único obrero, en tanto que organismos de clase, nuestra norma es la permanencia en los mismos y la aceptación de su disciplina democrática, con el fin de ganar a las masas. Con respecto a los organismos de clase, hacemos gala de patriotismo clasista más consecuente. Es lo contrario de lo que hacemos con toda organización de “frente” no obrero: nuestro objetivo es que la clase obrera rompa con ella y se independice.

Desde este punto de vista, Trotsky pudo afirmar que el soviét es la forma más elevada de frente único obrero y le dio un carácter permanente; en cambio, el frente único antiimperialista no puede representar más que una unidad de acción limitada. En efecto, la revolución proletaria en los países dominados, que es la única que resolverá las cuestiones democráticas y nacionales, sólo podrá hacerse a condición de que el proletariado conserve su total independencia de clase con respecto a la burguesía. En esta perspectiva, el partido del proletariado, en la unidad de acción y luchas de frente único antiimperialista, debe promover la organización de comités de frente único de tipo soviético en vistas de la organización y lucha de las masas trabajadoras. En Rusia de 1917, uno de los partidos que actuaban en los soviets era el partido pequeñoburgués de los eseristas. Esta orientación nunca puede confundirse con la de Stalin y Bujarin, quienes, al subordinar al proletariado al Kuomintang y a la burguesía nacional, se opusieron a los soviets y a la revolución.

La existencia de tareas nacionales, democráticas y antiimperialistas en los países coloniales y semicoloniales ha dado lugar (gracias al papel contrarrevolucionario del stalinismo y la crisis de la IV Internacional) a una situación en la cual existen numerosas organizaciones nacionalistas pequeñoburguesas que cumplen un papel activo en la lucha contra las dictaduras y el imperialismo (BPR, FAPU, etc., en El Salvador; FSLN en la lucha contra Somoza; el MIR venezolano, etcétera).

Tenemos el deber de luchar sistemáticamente por la realización del frente único antiimperialista con esas organizaciones, sobre la base de un programa de independencia de clase, con el objetivo de hacer avanzar la lucha de las masas, exigiéndoles sistemáticamente que se apoyen en los obreros y campesinos, que rompan con la burguesía y tomen el camino del gobierno obrero y campesino. Nuestra lucha debe llevar a las masas a romper con esas organizaciones a través de sus propias experiencias.

En numerosos países coloniales y semicoloniales, en el marco de la crisis de dirección del proletariado, han surgido partidos nacionalistas burgueses de masas, que arrastran al grueso del proletariado. Estos partidos levantan las banderas antiimperialistas y, en ciertas ocasiones, bajo la presión de la movilización de las masas, libran verdaderas luchas contra el imperialismo. Tenemos el deber de apoyar esas acciones y, al mismo tiempo, bregar porque la clase obrera rompa con el nacionalismo burgués y pequeñoburgués, utilizando la táctica adecuada para ello. Esto puede incluir el entrismo en tales organizaciones aunque manteniendo la prensa trotskista independiente. Sin embargo, es necesario señalar que en el periodo de inminencia de la revolución, la mayoría de estos partidos nacionalistas

burgueses sufren una profunda crisis de disgregación y de pérdida de influencia (APRA en Perú, el peronismo en la Argentina, el varguismo en Brasil o los que se reclaman actualmente de ese movimiento, etc.)

En el caso de enfrentamientos militares directos o una guerra de guerrillas masiva, esta unidad de acción se hace urgente y obligatoria pese al carácter oportunista de las direcciones de las masas. Nos unimos al combate antiimperialista y antidictatorial pero ubicándonos claramente en la denuncia de la colaboración de clases y proclamando la independencia de la clase obrera.

Esa es la línea general con la cual fijamos nuestra táctica en cada caso, por ejemplo en El Salvador ante la Coordinadora Revolucionaria y el Frente Democrático Revolucionario. En El Salvador, nos pronunciamos por la entrada de nuestro partido en la CRM, pero aceptando la disciplina militar del FDR; por la defensa de la independencia de clase. No solicitamos nuestra entrada al FDR por su carácter político de colaboración de clases, que se expresa no sólo en su programa, semejante al de la CRM, sino también en la participación de fuerzas burguesas.

La guerrilla contra una dictadura o un gobierno represivo, contra el imperialismo o un ejército de ocupación puede ser un organismo de unidad de acción democrática o antiimperialista en el cual participemos con sectores u organizaciones pequeño-burguesas e incluso burguesas bajo una disciplina militar común. El objetivo que da base a la unidad de acción en este caso, es la derrota de las fuerzas armadas del régimen y del gobierno que sustentan. Tal acción común en los marcos de la guerrilla, de ninguna manera puede enajenar nuestra independencia programática. Los ejemplos más claros de esta táctica los tenemos en las brigadas de trotskistas en España y últimamente en la participación de la Brigada Simón Bolívar en la lucha contra la dictadura de Somoza.

Las coaliciones políticas de colaboración con la burguesía tienen el mismo carácter funesto en los países imperialistas que en los atrasados. Sin embargo, en estos últimos, la existencia de la opresión imperialista puede dar lugar a gobiernos de frente popular y otras variantes de gobiernos de coalición (como el GRN de Nicaragua) que bajo la presión de la movilización de las masas pueden adelantar medidas antiimperialistas o democráticas progresivas, dando lugar a roces y hasta a enfrentamientos coyunturales como entre estos gobiernos con el imperialismo, los terratenientes u otros sectores burgueses.

Si bien nosotros defendemos incondicionalmente las conquistas democráticas logradas por las masas bajo esos gobiernos ante un golpe fascista o una intervención imperialista, combatimos políticamente a esos gobiernos, que tienen vocación de gobiernos de tipo de Frente Popular, los denunciaremos como los enemigos de las masas, como los últimos recursos políticos del imperialismo contra la revolución y buscaremos que las masas agoten sus ilusiones y rompan con esos gobiernos y con los partidos burgueses u oportunistas que los integran.

No podemos promover tales gobiernos de coalición, ni menos aun participar en ellos o apoyarlos, aunque si lo hagan las direcciones reconocidas por las amplias masas. Pero debemos distinguir claramente entre este hecho y el de que, en las etapas de lucha antidictatorial es nuestro deber elemental participar en las luchas de las masas aceptando la disciplina en la acción de sus organismos, aun cuando los encabece una dirección oportunista, lo cual no significaría en ningún caso aceptar una disciplina política.

Asimismo participamos sistemáticamente, sin ningún sectarismo, en toda lucha antiimperialista o democrática precisa, concreta; planteamos el problema de la unidad de acción (por ejemplo, manifestaciones unitarias) para exigir la ruptura de un pacto neocolonial, la expropiación de las empresas imperialistas o la libertad de los presos de un régimen totalitario, etc. Pero debemos denunciar sistemáticamente a todo frente que ate a la clase obrera a organismos de clase ajenos a ella, a todo frente que transforme al frente único antiimperialista en su opuesto, o sea, el frente popular o cualquier variante de la colaboración de clases.

Por último, reafirmamos que, en cualquier conflicto entre el imperialismo y las naciones oprimidas, la IV Internacional apoya incondicionalmente la lucha del país oprimido, independientemente de la dirección de esta lucha. En todas las circunstancias, es nuestro deber mantener la independencia de clase del proletariado en la lucha antiimperialista común y luchar por ella.

Tesis XXIV.- Alemania, centro de la revolución socialista europea

Nada demuestra mejor el carácter ultra reaccionario del imperialismo y de la burocracia soviética que la partición de Alemania y en consecuencia la división de su proletariado. El verdadero objetivo de la colaboración contrarrevolucionaria en Alemania fue la división del proletariado, para evitar que retomase su tradición histórica que lo hacía el proletariado más organizado del mundo y el de mayor tradición marxista.

Aunque realizada “por arriba”, la unidad de Alemania había sido una gran conquista histórica. Aunque incompleta, dado que Austria había quedado por fuera, esta unidad de todos los pequeños estados alemanes permitió un gran desarrollo de las fuerzas productivas y de la cultura. Su liquidación significó un retroceso aun con respecto a las conquistas burguesas de la época del capitalismo en ascenso. Y en este caso, la burocracia, como aliada del imperialismo quiso impedir al proletariado alemán cumplir sus tareas revolucionarias.

En Alemania, la revolución europea está concentrada: en el Este está planteada la cuestión de la revolución política, en el Oeste la de la revolución social. La unidad de la nación es la unidad de las dos revoluciones. Sin unidad de proletariado de ambos lados, no hay posibilidad de una nueva Alemania unificada.

Esta lucha revolucionaria adquiere por eso una importancia particular, por el hecho de que el conjunto del proletariado (el del Este y el del Oeste) debe, al igual que en Alemania, unir todas las naciones europeas a través de una federación de repúblicas socialistas soviéticas de Europa que no podrá realizarse sino con la combinación de la revolución política en el Este con la revolución social en el Oeste. Por esto, cuando el proletariado alemán retome su puesto de vanguardia, cristalizará el proceso de la revolución socialista europea de la que será el motor.

Capítulo 4

Los estados obreros burocráticos

Tesis XXV.- La génesis de los nuevos estados obreros burocráticos

La primera posguerra dio nacimiento a un fenómeno no previsto por el marxismo, la degeneración del primer estado obrero, la URSS. Este obligó a Trotsky, apoyándose sobre la teoría marxista y desarrollándola, a formular una nueva categoría, la del estado obrero burocratizado o degenerado, cuyas características analizó. Igualmente, en esta nueva posguerra, debemos y podemos (a partir de elementos ya reunidos en el *Programa de Transición* y sobre todo en *Defensa del Marxismo*, a propósito de Polonia y Finlandia) explicar y definir los nuevos estados obreros burocráticos, así como el proceso que está en su origen.

La dificultad teórica reside en que esos nuevos estados aparecen en la época del más grande ascenso revolucionario, mientras que la burocratización de la URSS es el producto de los triunfos contrarrevolucionarios. Aparentemente, situaciones opuestas dieron origen-

a fenómenos idénticos. Lo que ocurrió fue que en ambos casos se combinaron conquistas revolucionarias con expresiones contrarrevolucionarias. El primer estado obrero, una conquista revolucionaria, se degeneró como consecuencia de las victorias de la contrarrevolución entre las dos guerras; los estados obreros de posguerra, aunque producto del ascenso revolucionario, nacieron asfixiados por la burocracia, una expresión contrarrevolucionaria. Esta es la génesis de todos los nuevos estados obreros burocráticos.

En *La Revolución Traicionada*, Trotsky analizó el proceso histórico sin precedentes por el cual la contrarrevolución en la URSS no condujo a la pura y simple destrucción del estado obrero sino a una combinación altamente contradictoria que unió la dominación contrarrevolucionaria del gobierno por burocracia, al mantenimiento del estado obrero. Se trata de una contrarrevolución que no llegó a ser social, sino solamente política, que no llegó a la destrucción del estado obrero sino solamente a su degeneración. Fue una combinación altamente inestable de la contrarrevolución con la subsistencia de las bases sociales del estado obrero.

Hoy, tenemos una combinación del ascenso revolucionario con la supervivencia de los aparatos contrarrevolucionarios, que se han revelado mucho más fuertes de lo previsto. Pensábamos que en su primera fase, el ascenso revolucionario iba a eliminar los aparatos contrarrevolucionarios y que no habría ninguna expropiación de la burguesía, ningún estado obrero, sino era superando la crisis de dirección del proletariado. Es decir, que el ascenso revolucionario destruiría los aparatos y conduciría al poder a los partidos revolucionarios que expropiarían a la burguesía. Sin embargo, no fue así. Así como durante la primera posguerra hubo una progresión de la contrarrevolución contra el estado obrero que no pudo cambiar su carácter, hubo un avance de la revolución que se hizo contra la voluntad de los aparatos contrarrevolucionarios. Aunque no fuera capaz de eliminarlos.

La revolución de febrero es históricamente el prólogo, la antecámara de la revolución de Octubre. Es decir, lo que define la revolución de Febrero es la revolución de octubre.

Un poco como lo decían los bolcheviques con relación a la URSS y a la contrarrevolución: o el estado obrero revolucionario continúa o la contrarrevolución burguesa triunfa.

E, históricamente (es decir, tomando el curso histórico en su conjunto, la transición del capitalismo al socialismo), los bolcheviques tenían y tienen razón.

Por nuestra parte decimos, respecto a procesos de los del tipo de la revolución de febrero y al impulso al que dan nacimiento; si la revolución de febrero no se transforma en revolución de octubre, la contrarrevolución burguesa es inevitable. Y esto es justo incluso en la dimensión histórica.

Pero la complejidad del paso del capitalismo al socialismo produjo híbridos que no son ni uno ni otro polo. En la URSS no hubo contrarrevolución social, pero la presión de la burguesía mundial condujo a la expropiación política de las masas por la burocracia que constituye la punta de la lanza de la contrarrevolución mundial en el seno del estado obrero.

Igualmente, en ningún país las movilizaciones revolucionarias de la posguerra se transformaron en revoluciones de Octubre, pero en muchos países la contrarrevolución burguesa tampoco triunfó; al contrario, se llegó a la expropiación de la burguesía. El resultado fue el mismo que en la URSS, estados obreros burocráticos, pero éstos, burocráticos desde su origen. Aunque su resultado sea el mismo, los procesos son distintos. En el caso de la URSS, es un estado obrero revolucionario que es degenerado por la contrarrevolución. En el caso de todos los estados obreros burocráticos que surgieron al final de la guerra, el fenómeno es una revolución bloqueada, deformada por las direcciones contrarrevolucionarias, una revolución de octubre ahogada en su germen por esas mismas direcciones.

Al igual que en todo aborto, el feto tiene algunas características del ser que no nació (aquí la revolución de octubre), como la expropiación de la burguesía, aunque sin tener todos sus rasgos. Nada demuestra mejor la corrección de nuestra definición que el hecho de que mientras la gran fiesta nacional de la URSS continúa siendo la revolución de Octubre, todos los nuevos estados obreros burocráticos reconocen como su fiesta nacional, la de su nacimiento, el día de su liberación, el de su revolución de febrero. El día de fiesta nacional de China es el de la caída de Chiang Kai Shek, el de Yugoslavia, el del triunfo sobre el nazismo, al igual que todos los países de Europa del Este, al igual que Vietnam, Corea, y aún Cuba. Ningún país festeja como su día de fiesta nacional el de la expropiación de la burguesía.

No debemos sorprendernos por estos procesos distintos que tienen como consecuencia fenómenos idénticos. Se observa la misma cosa en la formación de partidos obreros de masas o sindicatos. Estas organizaciones de masas son siempre productos directos o indirectos de una gran

movilización del movimiento obrero, aunque todas, por procesos diferentes, sean hoy burocráticas. Pueden haberse convertido en burocráticas después de haber sido revolucionarias como por ejemplo los partidos comunistas o la III Internacional. O pueden haber sido burocráticas sin jamás haber llegado a ser revolucionarias, haber surgido como producto de un importante ascenso y de grandes conquistas pero obtenidas dentro de la camisa de fuerza de los aparatos burocráticos y pequeñoburgueses y sin haber podido volverse independientes

Aunque tres procesos distintos hayan tenido lugar en lo que concierne a la coyuntura y la dirección, todos son idénticos en cuanto a lo esencial. Uno es el de los países del este de Europa, salvo Yugoslavia. En aquellos la dirección estuvo en manos de la burocracia del Kremlin que ocupó militarmente los países del Este en una situación de movilización revolucionaria de las masas y de hundimiento de los estados burgueses.

El otro caso es de Yugoslavia, China Vietnam. La dirección era burocrática, constituida en el marco del aparato stalinista, íntimamente ligada al Kremlin, pero no hubo ocupación por el Ejército Rojo ni dirección directa del Kremlin, con el cual esas direcciones estaban en vías de ruptura.

Por último en lo que concierne a Cuba tuvimos una dirección nacionalista pequeñoburguesa que no era de origen stalinista Todas estas direcciones fueron pequeñoburguesas y, a pesar de sus diferencias, tuvieron la misma política general que consistió en impedir una revolución de Octubre e intentar mantenerse en los límites de una revolución democrática, nacional, hasta que se vieron obligadas a expropiar a la burguesía.

Tesis XXVI.- Los estados obreros burocráticos y el caso de Cuba

Los, estados obreros burocráticos que surgieron en los países dominados por el imperialismo, fueron el resultado de una combinación nacional excepcional de fenómenos mundiales: la crisis aguda de imperialismo, combinada con la debilidad de los basamentos propios de la burguesía nacional, la fuerza de los aparatos stalinistas, un colosal ascenso revolucionario y la debilidad de nuestra Internaciona.

Allí donde los partidos de filiación stalinista no controlaron directamente el proceso, es la política contrarrevolucionaria de la burocracia y no una ley necesaria de una pretendida “revolución colonial”, lo que está fundamentalmente en la base del papel jugado por las direcciones nacionalistas pequeñoburguesas. Así, en Cuba, la guerra de guerrillas, combinada con el movimiento de masas bajo la conducción de una dirección pequeño-burguesa de ese tipo llevó a la instauración de un

gobierno obrero y campesino, luego a la expropiación de la burguesía y transformó al país en un estado obrero burocrático: el movimiento de masas fue disciplinado militarmente por esa dirección. La expropiación de la burguesía en ausencia de un partido revolucionario condujo a la constitución de un estado obrero burocrático desde el origen, sin que nada hubiera cambiado sin embargo en la naturaleza pequeñoburguesa del Movimiento 26 de julio, en la naturaleza del PC y en la del partido que resulta de la fusión burocrática de sus dos organizaciones.

Por el contrario, es el movimiento guerrillero el que marca con las características de su dirección a este nuevo estado obrero. A causa de sus direcciones pequeñoburguesas, la revolución se produjo sin que las masas pudieran desarrollar y centralizar los organismos democráticos revolucionarios que habrían permitido continuar desarrollando su y ejercer la dictadura revolucionaria de las masas proletarias. Cuba no fue una excepción. De la misma manera que todos los nuevos estados obreros, fue conducida por una dirección pequeñoburguesa aunque de tipo particular. El hecho de que el partido de Fidel Castro no era stalinista no cambia su carácter de organización que controlaba militar y políticamente al movimiento de masas, rompiendo todas las posibilidades para que se organizara de manera independiente, de manera democrática y centralizada a tras de tales órganos de poder revolucionario de las masas. Este carácter hizo que Cuba desde su comienzo, fuera un estado obrero burocrático, de la misma manera que los estados obreros controlados por los partidos stalinistas. Esto no quiere decir que no haya diferencias coyunturales y específicas entre ellos.

Las diferencias se encuentran en el hecho de que el movimiento castrista era pequeñoburgués, nacionalista, antiimperialista y democrático en sus comienzos y que en este sentido tenía tendencia a apoyar al movimiento nacionalista y democrático latinoamericano aunque con métodos pequeñoburgueses, con la guerrilla foquista aliada del movimiento de masas.

El voluntarismo guevarista (en su política económica) se parece al voluntarismo maoísta y al voluntarismo stalinista de los años del tercer período, es decir que es un voluntarismo pequeñoburgués típico. La política económica de Guevara estaba marcada por su voluntad de escapar al control de la burocracia stalinista y a su manejo de Cuba. Por otra parte, la concepción del “hombre nuevo” era un concepto humanista pequeñoburgués que no creía en la clase obrera, sus luchas, sus iniciativas y su organización democrática.

El hecho de haber dirigido una revolución obrera que expropió a la burguesía y al imperialismo y de no ser stalinista de origen, no cambia para nada el carácter pequeñoburgués del partido castrista. Es este el que explica por qué el stalinismo pudo ganar fuerzas dentro del movimiento castrista, conduciendo así a asimilar muy ampliamente la burocracia castrista a la del Kremlin. Aunque Castro mantiene su propia fisonomía es cada vez más correa de transmisión directa de la burocracia del Kremlin. Esta se aprovecha así de la “imagen revolucionaria” de Castro. Estos procesos se desarrollaron sucesivamente desde el comienzo de la revolución cubana y a través de una serie de crisis (detención de los dirigentes antistalinistas de la Central Sindical, partida del Che, asunto Escalante, etcétera).

Tanto los que sostienen que la dirección cubana es revolucionaria como los que dicen hoy que es una dirección burocrática pero que en ciertos momentos fue “revolucionaria”, están equivocados, tanto respecto al método como a los hechos.

La dirección cubana fue siempre una dirección pequeñoburguesa, que pasó directamente del nacionalismo revolucionario al ejercicio burocrático del poder conservando siempre el mismo carácter pequeñoburgués, y la misma desconfianza en la acción independiente de las masas.

La orientación del “socialismo en un solo país” y la participación activa en la “coexistencia pacífica” (que manifiesta cada vez más claramente toda la política exterior de Cuba desde 1968 y su apoyo sistemático a los regímenes burgueses “de izquierda” en numerosos países dominados) que hace de relevo político de los efectos objetivos del bloqueo imperialista, conduce a encerrar el desarrollo de Cuba en la camisa de fuerza nacional. Esto condujo a la economía cubana a una crisis crónica, generadora de tensiones sociales crecientes, lo que puede ser ampliamente utilizado por el imperialismo en sus ataques continuos contra las conquistas de la Revolución Cubana.

Este desarrollo estrechamente nacional contribuye a que Cuba dependa cada vez más de la economía soviética controlada por la burocracia y, en última instancia, a subordinar la economía cubana al imperialismo mundial que continúa dominando el mercado internacional.

La economía dirigida por la burocracia y la aristocracia obreras, intentando constreñir el desarrollo a la camisa de fuerza nacional, llevó a la economía cubana a una crisis crónica, que da sus bases a la contrarrevolución burguesa.

Este desarrollo económico “nacional” no hace a Cuba más independiente sino que, muy al contrario, en última instancia subordina la economía más estrechamente al imperialismo mundial. Esto porque el imperialismo continúa siendo dominante a escala mundial, y Cuba, como los otros estados obreros, se somete cada vez más al mercado mundial y a la división del trabajo por su orientación contraria al desarrollo permanente de la revolución mundial.

Igualmente, vemos que la URSS, después de las destrucciones de la Primera Guerra Mundial, a pesar del bloqueo imperialista, se reconstituyó en base a una acumulación basada en los medios de producción legados por el capitalismo. Desde que la economía soviética fue reconstituida, la cuestión fundamental de sus relaciones con la economía y el mercado mundial se volvió crucial. Después de la Segunda Guerra Mundial, la burocracia stalinista realiza la reconstrucción de la economía en las condiciones impuestas por el bloqueo imperialista que separa ampliamente a la URSS del mercado mundial y de la división internacional del trabajo. Luego, tanto en el período del “boom” como en el de la crisis capitalista abierta, la subordinación de la economía soviética al mercado imperialista se acentúa debido a la gestión de la burocracia que se somete a la coexistencia pacífica, acumulando todas las dificultades. Así, en lo que concierne a los estados obreros, la política burocrática y la política revolucionaria se expresaron y continúan expresándose por dos orientaciones económicas completamente opuestas. La de la burocracia es en último término una economía que se somete cada vez más al imperialismo, donde cada etapa de desarrollo provoca crisis y contradicciones cada vez más agudas, que conduce en adelante a una situación de crisis crónica y de ataques redoblados contra los trabajadores. Esta situación, provoca un dilema para que estas economías funcionen. Pueden incorporarse al mercado y a la producción capitalista mundial. Esto significaría (sobre la base de la destrucción de las conquistas de octubre en los otros países donde el capitalismo ha sido expropiado) el restablecimiento de la propiedad privada, un inmenso paso atrás que prepara la burguesía. O bien pueden, por el movimiento fundamental de la revolución mundial y el avance de la revolución política reconquistar, bajo el control de las masas, los planes económicos y una orientación tendiente al desarrollo de la revolución socialista internacional.

Así, la política burocrática del pretendido “socialismo en un solo país” conduce a una crisis crónica de la economía de los estados obreros, a contradicciones crecientes que agravan el riesgo de la contrarrevolución imperialista. En oposición total, la política de Lenin y Trotsky tiende a extender la revolución socialista mundial, como única garantía de una

economía socialista en pleno desarrollo. Sólo la extensión de la revolución puede resolver los problemas de las economías de los estados obreros, equilibrar su desarrollo, ligándolo al triunfo de la revolución socialista mundial.

***Tesis XXVII.- La dictadura del proletariado y su degeneración
burocrática***

Existen corrientes revisionistas del trotskismo que sostienen que, dado el carácter burocrático y contrarrevolucionario del partido dirigente, en la URSS, en China o en los otros estados obreros, no hay dictadura del proletariado. Este es principalmente el alcance implícito de la tesis lanzada recientemente por ellas cuando identifican la dictadura del proletariado con la existencia efectiva de la “democracia socialista”.

Esta definición rompe con la definición marxista de la naturaleza social de los estados, naturaleza social que puede expresarse bajo las formas políticas más diversas.

Así, en el régimen burgués, la dictadura de la burguesía existe, tanto bajo un gobierno militar como bajo una forma parlamentaria. Igualmente ocurre con el estado obrero, que conserva su carácter social a pesar de la degeneración política que le impuso la burocracia, tal como lo estableció Trotsky analizando a la URSS como “estado obrero degenerado”.

Así, mientras que la expropiación de la burguesía subsista, todo estado obrero, burocrático o no, es una dictadura de la clase obrera, desde el punto de vista social. Como fenómeno económico-social, es una dictadura proletaria, a pesar de que se exprese bajo una forma deformada a través de la burocracia y que la clase obrera no disfrute de ningún tipo de democracia.

La dictadura del proletariado edificada por la revolución de octubre degeneró políticamente. La degeneración del estado obrero está en razón directa del monstruoso crecimiento de la burocracia, “órgano burgués” en el estado obrero. En esta situación eminentemente contradictoria, el proletariado es a la vez clase socialmente dominante y económica y políticamente oprimida.

La relación entre la burguesía y la forma de su estado burgués evidentemente tiene una gran importancia en el plano de la lucha política y de las relaciones entre las clases. Pero no es idéntico a la relación del proletariado con la forma de su estado. Las relaciones sociales de producción burguesas no podrían verse amenazadas por la forma del estado

burgués. En cambio, las relaciones sociales de producción edificadas por la revolución proletaria que edifica la dictadura del proletariado están en gran peligro con la degeneración del estado obrero. La burocracia que vive del parasitismo de las conquistas de Octubre, no las defiende sino con métodos que miran las bases obreras del estado y las amenazan mortalmente.

Es por eso que la defensa del estado obrero y la revolución política constituyen dos tareas absolutamente indisociables.

La política de la burocracia del Kremlin redobla la presión de la contrarrevolución imperialista sobre el país. Este provoca una contradicción aguda entre la contrarrevolución y el movimiento de masas. Es por eso que la dominación del aparato gubernamental por la burocracia toma la forma de un gobierno bonapartista contrarrevolucionario con un régimen totalitario que a la vez intenta asegurar el control total del movimiento obrero y de las nacionalidades oprimidas por la burocracia, y ve sus propias bases de existencia parasitaria amenazadas por la presión de la contrarrevolución imperialista, a la cual contribuye a reforzar). Es bonapartista porque, como ningún otro gobierno de este tipo, intenta arbitrar entre contradicciones insoportables. En última instancia, este gobierno es árbitro entre el movimiento obrero y el imperialismo, pero, al mismo tiempo correa de transmisión de la presión imperialista sobre el estado obrero. La existencia y la fuerza del Kremlin condicionan el carácter bonapartista de los gobiernos de todos los estados obreros actuales, aunque forma con el imperialismo mismo un paralelogramo de fuerzas contrarrevolucionarias que pone en juego la suerte del estado obrero burocrático. El bonapartismo de todos los gobiernos de los estados obreros, sin excepción, incluidos países que, como China, tienen profundos roces con la URSS, está originado no solo para la contradicción imperialismo/clase obrera y nacionalidades oprimidas autóctonas, sino por otra contradicción extremadamente aguda, intolerable, la de la burocracia del Kremlin contra la clase obrera y nacionalidades oprimidas autóctonas.

Todo este proceso político tiene, evidentemente, una base social. Este tipo de gobierno, como los partidos comunistas en el gobierno, reflejan los intereses privilegiados de la burocracia y de la aristocracia obrera. Por su carácter pequeñoburgués, pueden jugar un papel bonapartista oscilante y de arbitraje. Estos fenómenos políticos se combinan con el carácter social de la dictadura para dar nacimiento al estado obrero degenerado, a estados obreros burocráticos y deformados, en los que la dictadura social del proletariado se combina con la monstruosa dictadura política sobre el proletariado que ejerce la burocracia.

Esto, en definitiva, está en relación con el carácter de la revolución en nuestra época. Solamente hay dos polos: revolución obrera o contrarrevolución burguesa, imperialista. Todos los fenómenos contemporáneos están atravesados por esta realidad. No hay una tercera variante: hay en todos los países del mundo, o dictaduras burguesas (bajo las formas más variadas) o dictaduras obreras, aún cuando la burocratización de los estados obreros haya traído su degeneración política.

En efecto, no hay posibilidad de un estado, de una dictadura socialmente pequeñoburguesa, porque no puede haber una economía dominante, relaciones de producción pequeñoburguesas. Es por esto que la dictadura debe ser definida por la naturaleza de las relaciones sociales de producción. Pero hay una definición política ligada a la lucha de clases al nivel nacional e internacional. Decir que no hay dictadura del proletariado en la URSS bajo la forma de un estado obrero degenerado o en cualquiera de los otros estados obreros burocráticos, significaría afirmar que allí hay dictaduras burguesas. Afirmamos vigorosamente que la burocracia es una capa pequeñoburguesa, órgano del imperialismo, pero interna a los estados obreros. No podemos caer en la confusión que vendría a negar el carácter obrero de las dictaduras existentes en los estados burocráticos. En la URSS no existe una burguesía, condición necesaria para que pueda haber una dictadura burguesa. La dictadura es ejercida siempre y de mil maneras, por la clase económicamente dominante, en las dictaduras burocráticas la clase que domina en el sentido económico-social es el proletariado, aunque haya sido políticamente expulsado de su poder por la burocracia.

La política de la burocracia traiciona la lucha del proletariado y la revolución a escala internacional y en cada país. Así, la política nacionalista del “socialismo en un solo país” es contradictoria con el objetivo progresivo que es la defensa de las conquistas de Octubre, de las bases obreras del estado y su fortalecimiento como parte de la revolución socialista mundial. La burocracia disfraza la defensa de sus intereses contrarrevolucionarios de casta privilegiada con la “teoría del socialismo en país” con la práctica de la “coexistencia pacífica con el imperialismo, utilizando sus agencias nacionales que son los aparatos de los PC para aplastar el ascenso revolucionario de las masas.

Por esta política, la burocracia se coloca bajo una dependencia creciente respecto del imperialismo de cuyas presiones ella misma es el relevo dentro del estado obrero que degeneró.

La dictadura revolucionaria del proletariado, la de Lenin y Trotsky, la de la revolución de Octubre, es lo opuesto de esta caricatura burocrática.

Asegura el ejercicio del poder político, no por una capa burocrática bonapartista, sino por el proletariado las masas en su conjunto. Su forma es la de la democracia revolucionaria cuyos órganos son los soviets o toda otra forma de organización revolucionaria y democrática de masas. Es la expresión de la base obrera y de las masas oprimidas, bajo la hegemonía del proletariado industrial. Y, lo que es decisivo, tiene a la cabeza un partido revolucionario cuyo objetivo supremo es el desarrollo de la revolución socialista dentro fuera de sus fronteras, una movilización permanente que asegure la extinción del estado obrero, construyendo la federación de los estados socialistas, extendiendo la revolución al mundo entero.

Capítulo 5

La revolución política

Tesis XXVIII.- La revolución política

El Programa de Transición define el contenido de la revolución política:

“[...] La URSS encierra en sí tremendas contradicciones. Pero continúa siendo un estado obrero degenerado. Tal es el diagnóstico social. El pronóstico político tiene un carácter alternativo: o la burocracia, transformándose cada vez más en órgano de la burguesía mundial en el estado obrero, liquidará las nuevas formas de propiedad y hundirá al país de nuevo en el capitalismo, o la clase obrera aplastará a la burocracia y abrirá el camino hacia el socialismo.”

“Así como no es posible negar por adelantado la posibilidad, en casos estrictamente determinados, de un frente único con la sección termidoriana de la burocracia contra la ofensiva abierta de la contrarrevolución capitalista, la principal tarea política en la URSS sigue siendo, a pesar de todo, el derrocamiento de la burocracia termidoriana misma. Cada día más de dominación burocrática corroe los cimientos de los elementos socialistas de la economía y acrecienta las posibilidades de restauración capitalista. Es en esa dirección hacia donde de mueve la Internacional Comunista como agente y cómplice de la camarilla stalinista en la estrangulación de la revolución española y en la desmoralización del proletariado internacional.” (1)

En las condiciones y bajo las formas analizadas en las tesis precedentes, la burguesía y el imperialismo fueron expropiados y expulsados en Europa del Este, China, Vietnam y Cuba. Los que se edificaron en esos países son todos regímenes burocráticos, en los que la relación entre las masas y la

burocracia plantean muy exactamente las tareas de la revolución política en los términos mismos del *Programa de Transición*. Es así como esas tareas ya no se limitan a la URSS sino que conciernen en adelante a un tercio de la humanidad. La IV Internacional es la única que puede conducir las hasta su término como parte integrante de la revolución proletaria permanente.

La revolución política es por eso mismo una parte integrante de la resolución de la crisis de dirección del proletariado mundial en todos los países. Como primera medida, si la base de apoyo más poderosa de los aparatos contrarrevolucionarios del movimiento de masas son la URSS y el stalinismo, el derrocamiento por las masas trabajadoras de la burocracia en la URSS provocará un cataclismo en todos los aparatos burocráticos del movimiento de masas en el mundo entero. El combate para superar la crisis de dirección del proletariado mundial nos impone igualmente una tarea concreta y central, la lucha contra los aparatos burocráticos nacionales que no son stalinistas, ni ligados al stalinismo, tales como la socialdemocracia y las burocracias sindicales de los países occidentales. Estas burocracias son, como el stalinismo, agencias del imperialismo aunque su campo de acción sea más restringido ya que los aparatos socialdemócratas no dominan países, sino organizaciones del movimiento obrero de tipo nacional, principalmente los sindicatos. Pero al igual que la burocracia de la URSS, la socialdemocracia (aunque a nivel inferior) es agente del imperialismo. Destruir la fuerza de estos aparatos contrarrevolucionarios, arrancar las masas de su control, será una lucha en muchas características similar a la que debe acabar con la burocracia stalinista en la URSS. Será necesario emplear métodos revolucionarios.

La revolución política es una verdadera revolución, puesto que es la lucha encarnizada y mortal entre intereses distintos, en la medida en que la burocracia, capa pequeñoburguesa en su composición, se comporta como correa de transmisión de la burguesía mundial, en el seno del estado obrero. La revolución política es la revolución de la base obrera y popular contra la casta burocrática y sus privilegios, órgano burgués hipertrofiado en el estado obrero.

Es política y no social, ya que es la lucha encarnizada de la clase obrera por expulsar a la burocracia del estado obrero, no por establecer un nuevo modo de producción sino, al contrario, por restaurar el control de los productores sobre el estado y las relaciones de producción surgidas de Octubre y parasitadas por la burocracia.

El retroceso que la burocracia provocó instaurando un régimen totalitario con el fin de mantenerse en el poder y aumentar sus privilegios y las trabas

que así se pusieron a la actividad y a la libre organización del proletariado, implican que la revolución política podrá pasar por diversas etapas revolucionarias.

Es lo que ya indicaba el *Programa de Transición*:

“El nuevo ascenso de la revolución en la URSS comenzará, sin duda alguna, bajo la bandera de la lucha contra la desigualdad social y la opresión política. ¡Abajo los privilegios de la burocracia! ¡Abajo el stajanovismo! ¡Abajo la aristocracia soviética con sus grados y sus condecoraciones! ¡Más igualdad de salarios para todas las formas de trabajo!”

“La lucha por la libertad de los sindicatos y de los comités de fábricas, por la libertad de reunión y de prensa, se transformará en la lucha por la regeneración y desarrollo de la *democracia soviética*.” (2)

Así, en esta primera etapa las masas trabajadoras insurrectas tienden a la constitución bajo una forma más o menos desarrollada de sus propios órganos de poder (consejos revolucionarios), iniciando su control sobre las conquistas sociales, creando una situación más o menos desarrollada de doble poder frente al poder de la burocracia.

“Es necesario devolver a los soviets no solo su libertad democrática formal, sino también su contenido e clase. De la misma manera que antes la burguesía y los *kulaks* no eran admitidos en los soviets, así ahora *la burocracia y la nueva aristocracia deben ser echados de ellos*. En los soviets no hay lugar más que para los representantes de los obreros, los koljosianos de base, los campesinos y los soldados rojos.

“La democratización de los soviets es inconcebible sin *la legalización de los partidos soviéticos*. Los obreros y los campesinos mismo decidirán por medio de su libre sufragio cuáles partidos reconocen ellos como partidos soviéticos.

“¡Revisión de la *economía planificada* de arriba abajo, teniendo en cuenta los intereses de los productores y de los consumidores! Los comités de fábricas deben retomar el derecho de control sobre la producción. Una cooperativa de consumo, democráticamente organizada, debe controlar la calidad de los productos y sus precios.

“¡Reorganización de las granjas colectivas de acuerdo a la voluntad y según los intereses de los trabajadores que allí prestan servicios!” (3)

Hasta aquí la experiencia confirma el programa. Si se toma el ejemplo de Hungría o Checoslovaquia, se ve que la revolución política comienza como un movimiento obrero y popular por la conquista de la democracia en general, reuniendo a los sectores más diversos. Va a ser primero un movimiento por la democracia que reúne a todos los sectores contra el gobierno bonapartista y totalitario de la burocracia. Pero el contenido mismo de las reivindicaciones aparentemente formales de la “democracia” está dado por la voluntad manifiesta de las masas trabajadoras de defender las conquistas sociales reintegrándolas bajo su control.

Sin embargo, de esta situación pueden nacer corrientes pequeñoburguesas que se preguntarán si conviene o no colaborar con el imperialismo, en su aspiración a derrocar a la burocracia totalitaria. Vista la debilidad del trotskismo ciertamente está excluido que la revolución política se haga en una sola fase. Para vencer y triunfar, la revolución política, como la revolución proletaria, tendrá necesidad de un partido revolucionario, la experiencia de la marcha hacia la revolución política en Checoslovaquia muestra que las masas trabajadoras, intentando romper el partido burocrático (XIV Congreso), intentan emprender ese camino. Así en el combate por la democracia en general, se han visto y se verán surgir reivindicaciones de defensa de las conquistas socialistas y los órganos de poder obrero, los soviets, los comités de fábrica. Al mismo tiempo, pueden darse todas las posibilidades al partido revolucionario de la IV Internacional, para construirse sobre las consignas del *Programa de Transición* que el consejo obrero de Budapest de 1956 hizo suyas en su programa y que los obreros polacos hicieron suyas en el 56 y el 70, como en los combates actuales emprendidos contra la burocracia.

Lo que caracterizó en Hungría y Checoslovaquia, lo que caracteriza en Polonia a esta primera etapa de la revolución política es, por una parte, el surgimiento de consejos y comités organizados a través de los cuales las masas trabajadoras indican expresamente su voluntad de defender las conquistas socialistas reintegrándolas bajo su control y, por otra parte, la ausencia de un partido trotskista con una cierta fuerza y por ese hecho, las confusiones ideológicas y políticas que pueden velar parcialmente el sentido revolucionario y proletario del combate emprendido.

El partido trotskista, que se mantiene en el terreno de la defensa incondicional de las conquistas de Octubre, jamás acepta apoyarse sobre el imperialismo en el combate por la reconquista de las libertades democráticas y obreras. Combate todo boicot de los estados obreros burocráticos que ponga su confianza en los gobiernos burgueses para

defender la “democracia”. Lucha contra todas las corrientes pequeñoburguesas restauracionistas que a través de sus ilusiones sobre las virtudes del “libre intercambio” y respecto de las declaraciones demagógicas del imperialismo sobre los “derechos humanos” no pueden verse conducidas sino a colaborar ya sea con los sectores mayoritarios de la burocracia en crisis, ya sea con el imperialismo o con ambos haciéndose rehén de políticas que conducen a reforzar todas las presiones, todas las amenazas del imperialismo en el sentido de la destrucción de las conquistas de Octubre y la restauración del capital. Estas corrientes pequeñoburguesas se opondrán ferozmente a que se imponga la dictadura revolucionaria del proletariado. Podrán emplear argumentos “democráticos”, como que cada empresa debería ser controlada por los trabajadores y transformarse en cooperativa o cualquier otra variante “autogestionaria” por el estilo. En la práctica esto sólo puede significar el camino de un retorno a las leyes del mercado, interno y externo, combinado con la exigencia de democracia burguesa. Bajo la cubierta de este designio democratista o de una demagogia obrerista, sólo puede esconderse la mano de la restauración capitalista.

El nuevo “Octubre” rojo, la victoria de la revolución política de las masas que defienden las conquistas socialistas para reintegrarlas bajo su control democrático por el renacimiento de los “soviets”, tendrán por lo tanto que combatir el frente “restauracionista” apoyado y relacionado con el imperialismo. Es en este proceso y para asegurar la victoria de la revolución política, que la tarea de construcción secciones de la IV Internacional es imperiosa.

Tesis XXIX.- Guerras y ocupaciones entre los estados obreros

Uno de los hechos más espectaculares de las últimas décadas ha sido la invasión de un estado obrero por otro. La URSS en Hungría en los años 50, y en Checoslovaquia en los 60. La burocracia del kremlin hizo estas invasiones y ocupaciones por el temor que le provocaba el comienzo de la revolución política y el surgimiento embrionario de formas de consejos en los que las masas trabajadoras plantaban las bases de la reconquista del control político de sus conquistas sociales y del estado obrero soviético. Este puede tener una nueva dimensión en cuanto surja la próxima dictadura del proletariado.

Así, no pueden excluirse tentativas desesperadas de la burocracia de oponerse, incluso militarmente, al surgimiento de dictaduras revolucionarias del proletariado, que augurarían su liquidación como casta privilegiada.

Si surge una intervención de la burocracia claramente dirigida contra un comienzo de revolución política, o si se produce una guerra entre un estado obrero burocrático y uno revolucionario, los trotskistas apoyarán incondicionalmente al estado revolucionario, haya éste comenzado o no la guerra.

Sin necesidad de entrar en la discusión acerca del carácter de clase del estado camboyano, la invasión de Vietnam por la China puso sobre la mesa el hecho nuevo de la guerra entre estados obreros burocráticos, ninguno de los cuales reposa sobre una dictadura revolucionaria. Y por otra parte, no está descartada la posibilidad de una guerra entre los dos principales estados obreros burocráticos, la China y la URSS.

Tales conflictos no pueden ser verdaderamente explicados, ni en su base objetiva ni en sus implicaciones, si nos limitamos a una observación superficial de las relaciones interburocráticas como tales. Proviene de la competencia contrarrevolucionaria a la que se entregan las diversas burocracias, competencia que encuentra su base en la posición reaccionaria que ocupan las burocracias en el conflicto entre las clases fundamentales (el proletariado y la burguesía mundial) y en las relaciones que establecen a este título en el marco de la “coexistencia pacífica”, con el imperialismo. En tanto que parásitas del aparato estatal y productivo de los estados obreros nacionales, las diferentes burocracias fomentan una política chauvinista criminal que, en algunos casos, llega a la agresión militar directa.

Para aclarar nuestra posición de principio, es indispensable por lo tanto partir del contexto internacional y de la naturaleza de los estados comprometidos en un conflicto. En China y en Vietnam, el imperialismo fue expulsado, fueron edificados estados obreros burocráticos y deformados, que excluyeron a las masas trabajadoras del control de sus conquistas. En China y en Vietnam, las burocracias combaten con encarnizamiento toda forma de consejos contra los cuales se alzan por la violencia contrarrevolucionaria.

Evidentemente, los dirigentes chinos están ganados para la política contrarrevolucionaria de coexistencia pacífica, lo mismo que los dirigentes vietnamitas, aunque la burocracia china amenazada directamente por la burocracia del Kremlin busque con frenesí la alianza directa con el imperialismo yanqui. También la burocracia del Kremlin busca con frenesí esa alianza. Tal es el contenido de la política contrarrevolucionaria por la cual las burocracias permiten al imperialismo yanqui ser el eje y el motor de la coexistencia pacífica. La burocracia vietnamita se ha colocado así en

el campo de la burocracia del Kremlin. El proletariado revolucionario y nosotros no tenemos que escoger entre las distintas variantes de la política contrarrevolucionaria de coexistencia pacífica, sino levantar, tanto en la guerra como en la paz, las consignas de la revolución política de derrocamiento del poder de las burocracias que es el único método que asegura la defensa de las conquistas socialistas.

Nuestra posición concreta frente a cada situación de agresión militar, la fijaremos en el marco de los principios generales de los avances de la revolución política y de la revolución socialista mundial, al mismo tiempo que haremos una campaña permanente de denuncia de las burocracias contrarrevolucionarias, responsables de las agresiones o las posibilidades de guerra entre los diferentes estados obreros.

Tesis XXX. Sobre la Federación de estados obreros

A causa de la dominación burocrática, los estados obreros se ven enfrentados a graves problemas que ponen en peligro su existencia histórica: debilitados por una rivalidad creciente entre los diversos componentes de la burocracia, sus contradicciones y problemas crecen diariamente.

En el terreno económico, esos estados viven una crisis crónica, consecuencia de una política contrarrevolucionaria mundial, que ubica nuevamente bajo la dependencia del imperialismo (fuerza dominante que controla el mercado mundial) a la URSS y a los países que habían logrado escapar a su control. Esta misma política impone a los estados burocráticos del este europeo su subordinación directa al Kremlin, subordinación que adquiere la forma de un pillaje organizado.

“La propiedad del estado sobre los medios de producción, condición necesaria del desarrollo socialista, abrió la posibilidad de un crecimiento acelerado de las fuerzas productivas. Pero el aparato administrativo del estado obrero sufrió al mismo tiempo una degeneración completa: se transformó de arma de la clase obrera en arma de violencia burocrática contra la clase obrera y, cada vez más, en arma de sabotaje contra la economía del país.” (4)

Las afirmaciones contenidas en este pasaje, escrito en 1938 para la URSS, se vuelven hoy más correctas aún. Las victorias contra el imperialismo y la burguesía en una serie de países, se combinan con contradicciones cada vez más agudas.

Lo mismo ocurre con la cuestión nacional. La Revolución de Octubre había hecho el compromiso (que mantuvo en las más difíciles condiciones, las de la guerra civil) de liberar a las naciones oprimidas por el imperialismo “gran ruso”. La degeneración stalinista burocrática del estado obrero reconstituyó la opresión nacional de la burocracia sobre Ucrania, Georgia y las otras repúblicas. Desde la posguerra, Trotsky había planteado la consigna de la independencia de la Ucrania soviética, como una de las tareas centrales de la revolución política. En los países subordinados al Kremlin, en los cuales la burguesía ha sido expropiada y el imperialismo expulsado, las consignas de lucha contra la opresión nacional, combinadas con las consignas de conjunto sobre la revolución política, se han vuelto una palanca fundamental de la movilización revolucionaria de las masas (Polonia, Hungría, Checoslovaquia, etcétera). Así como la burocracia del Kremlin ejerce su opresión sobre las nacionalidades en la Unión Soviética y en los países que se hallan directamente bajo su control, las burocracias locales ejercen la opresión sobre las nacionalidades oprimidas de su propio país. Los eslovacos y los húngaros son oprimidos por la burocracia de Praga; Croacia, Montenegro y Bosnia, etcétera, por la burocracia de Yugoslavia. De la misma manera, la burocracia china ejerce la opresión sobre una multitud de nacionalidades, y es evidente que la burocracia vietnamita no duda en pisotear los derechos más elementales de los pueblos de Camboya y Laos.

Los aparatos burocráticos de los estados obreros, son instrumentos de violencia burocrática no sólo contra la clase obrera, sino también contra las nacionalidades. La Constitución del estado de Alemania Occidental materializa la división reaccionaria de Alemania, que es posiblemente una de las manifestaciones más escandalosas de la violencia burocrática contra las nacionalidades, que abre al imperialismo un campo de maniobra que éste utiliza a fondo.

Todos estos hechos tienen como consecuencia que los estados obreros (la más grande conquista del proletariado mundial) son amenazados por el imperialismo, al cual la burocracia sirve de correa de transmisión en el seno de esos estados. Frente al desarrollo del ascenso revolucionario internacional, en el cual se integran los procesos de la evolución política, el imperialismo en crisis debe llevar adelante su ofensiva contra los estados obreros con la más extrema prudencia (por ejemplo, en Afganistán el imperialismo norteamericano no se juega completamente a apoyar la resistencia para negociar el statu quo con la URSS; el imperialismo alemán tomó la decisión de otorgar un préstamo de un millón y medio de marcos frente a los últimos acontecimientos de Polonia, etc.)

La defensa de los estados obreros que la política de la burocracia debilita y amenaza, sigue siendo una tarea fundamental de los trotskistas. La principal culpable de esta degradación de los estados obreros y de su rivalidad, es la burocracia de Kremlin. Es ella la que, por defender sus privilegios y por oponer una barrera contrarrevolucionaria, impide avanzar en la instauración de una división del trabajo entre los países en los que el imperialismo y la burguesía han sido expropiados, manteniendo formalmente la “independencia de cada estado nacional”. Para la burocracia del Kremlin, esta división entre los estados obreros burocráticos es una fuente de enriquecimiento, pues ella utiliza igualmente el mercado mundial capitalista para explotar económicamente a los estados obreros menos desarrollados.

La existencia de la burocracia soviética tiene también que ver con la rivalidad actualmente creciente con la China, y ha facilitado el proceso por el cual la burocracia china (también ella en crisis) se volcó hacia el enemigo mortal de la revolución china: el imperialismo norteamericano.

Ante el conjunto de estas contradicciones nacidas del ejercicio del poder de las burocracias parasitarias, frente a las dificultades económicas crecientes, resultado de la presión del imperialismo mundial, frente a las rivalidades y a las guerras entre estados obreros, se debe hacer una discusión sobre la consigna de transición “Federación democrática de los estados obreros”. Esta consigna implica, en primer lugar, levantar otra (“Derecho a la autodeterminación para los pueblos y naciones”) es decir integrar y reunir la lucha contra la opresión nacional con las consignas y reivindicaciones de la revolución política. Sólo así, respondiendo a las aspiraciones y demandas profundas de los pueblos de la URSS, de los países del este, de China, etcétera, que están sometidos al yugo nacional de sus burocracias, podremos darle un contenido vivo y transicional a las reivindicaciones nacionales legítimas.

Esa consigna podría tender a unificar políticamente a todos los estados obreros en un solo bloque contra el imperialismo y por la liquidación de la burocracia, abriendo la perspectiva de relaciones libres desprovistas (le violencia, que desembocará, gracias a la unidad y a la planificación controladas democráticamente por los comités y consejos revolucionarios, sobre el conjunto de la economía de los estados obreros.

Además, y dado que está dirigida contra el imperialismo y la burocracia, debería integrarse a las consignas transicionales de “Estados Unidos Socialistas de Europa”, de “Estados Unidos socialistas del mundo” y no podría estar disociada (salvo que caigamos en las ilusiones mortales del

“socialismo en un solo país” o en un grupo de países) de la lucha por hacer avanzar la revolución política.

¿Quién gobernará esa federación de estados obreros existentes? Las masas obreras y campesinas, organizadas en soviets y en medio de la más amplia democracia interna.

Capítulo 6

Construir partidos trotskistas con influencia de masas

Tesis XXXI.- Ha llegado la hora de construir partidos trotskistas con influencia de masas utilizando las oportunidades que se presenten

1. Nuestros partidos y la Internacional no han logrado transformarse, en estos casi cuarenta años en que con sus avances y retrocesos se manifiesta el ascenso de la revolución mundial, en partidos con influencia de masas. Las razones objetivas y subjetivas de este estado de cosas han sido ampliamente analizadas en las tesis precedentes que tratan sobre el papel de los aparatos y sobre la crisis de la IV Internacional.

La situación actual de la lucha de clases, que hemos caracterizado como de inminencia de la revolución y de la lucha por la reconstrucción de la IV Internacional (que con la creación del Comité Paritario entra en una etapa superior) abre en adelante inmensas posibilidades para el fortalecimiento de los partidos trotskistas y su transformación en partidos capaces de conquistar una influencia de masas.

Sin embargo, nuestras organizaciones no podrán ser construidas como tales partidos desde antes de que estalle la crisis revolucionaria, si no es con la condición imperiosa de saber implantarse activamente en el corazón del proletariado en cada país, constituido por el proletariado industrial de las grandes empresas y concentraciones obreras. Este objetivo central no puede ser alcanzado de ninguna manera por una acción propagandística “ejemplar”, marginal, esporádica o por sustitutos moralistas y voluntaristas, como el pretendido “giro obrero” del SU.

Esto implica, por el contrario, la puesta en práctica de una política homogénea de intervención en todos los dominios de la lucha de clases sin despreciar ninguno de los términos y ocasiones: huelgas, manifestaciones, campañas electorales, etc.

Es esta intervención homogénea en todos los terrenos de la lucha de clases y centralizada políticamente alrededor de los intereses generales del proletariado, la que podría integrar el combate de todas las capas del proletariado, y, en particular, de sus sectores más explotados y más oprimidos, que son sistemáticamente ignorados por los aparatos burocráticos que se apoyan en la aristocracia obrera.

Nuestros partidos prestarán toda su atención a estas capas del proletariado.

Los trabajadores inmigrados hacen parte del proletariado en cada país y pueden constituir una proporción importante de la fuerza de trabajo manual. En Estados Unidos, los negros, y otras minorías que hacen parte del proletariado norteamericano plantean, además, problemas que provienen de la opresión nacional. Al igual que con las minorías de ciertos países africanos (hindúes, por ejemplo). Lo que podrá satisfacer sus necesidades es el combate victorioso del proletariado en la línea del *Programa de Transición*, y en numerosos países estarán entre los mejores combatientes del proletariado. La IV Internacional se transformará en una Internacional con influencia de masas en la medida en que sus secciones (sin excepción) trabajen sobre los procesos revolucionarios que se produzcan en su país. El argumento que consiste en no trabajar dentro de un proceso revolucionario bajo el pretexto de estar en desacuerdo con el programa político o la dirección de ese proceso, es una verdadera traición a la IV Internacional.

Nuestros partidos deben trabajar en procesos como el del último año de la guerra de guerrillas en Nicaragua, independientemente del hecho de que esté dirigido por una organización oportunista como el FSLN. Lo mismo ocurre en El Salvador o en los que concierne a la lucha de las masas palestinas. La primera obligación de nuestros partidos es, justamente, intervenir en esos procesos para disputar a los oportunistas la dirección del movimiento revolucionario de las masas. No hacerlos significa abandonar a esas masas revolucionarias en manos de direcciones oportunistas que practican la colaboración de clases.

Así de importante es el hecho de trabajar en las organizaciones obreras, cualesquiera que sean sus direcciones. Todo partido trotskista debe trabajar preferencialmente en las organizaciones sindicales que agrupen a la mayor parte de los trabajadores, cualesquiera que sean el origen y la estructura actual de esas organizaciones. Vamos a donde esté nuestra clase con el fin de desarrollar nuestra política y combatir a las direcciones que controlan esas organizaciones. Esta cuestión es de principio: militar en los sindicatos, (cualquiera sean su origen y sus características y aquí incluimos hasta los

fascistas) es un principio cardinal de la política trotskista, como lo demuestra categóricamente el razonamiento programático de Trotsky que reproducimos más adelante.

No podría admitirse ninguna confusión en nuestra apreciación, entre los sindicatos que (cualquiera que sean las tendencias conducentes a su integración al estado) conservan su carácter de organismos obreros y los sindicatos fascistas. Combatimos fundamentalmente para destruir a estos, Pero Trotsky precisa así nuestra actitud concreta en ese sentido:

“No podemos elegir a nuestro gusto y placer el campo de trabajo ni las condiciones en que desarrollaremos nuestra actividad. Luchar por lograr ascendiente sobre las masas obreras dentro de un estado totalitario o semitotalitario es infinitamente más difícil que en una democracia. Esto se aplica también a los sindicatos cuyo sino refleja el cambio producido en el destino de los estados capitalistas. No podemos renunciar a la lucha por lograr influencia sobre los obreros alemanes por el solo hecho de que el régimen totalitario hace allí muy difícil esta tarea. Del mismo modo no podemos renunciar a la lucha dentro de las organizaciones obreras compulsivas creadas por el fascismo. Menos aun podemos renunciar al trabajo interno sistemático dentro de los sindicatos de tipo totalitario o semitotalitario solamente porque dependan directa o indirectamente del estado corporativo o porque la burocracia no les dé a los revolucionarios la posibilidad de trabajar libremente en ellos. Hay que luchar bajo todas estas condiciones que creó la evolución anterior, en la que hay que incluir los errores de la clase obrera y los crímenes de sus dirigentes. En los países fascistas o semifascistas es imposible llevar a cabo un trabajo revolucionario que no sea clandestino, ilegal, conspirativo. En los sindicatos totalitarios o semitotalitarios es imposible o casi imposible llevar a cabo un trabajo que no sea conspirativo. Tenemos que adaptarnos a las condiciones existentes en cada país dado para movilizar a las masas no sólo contra la burguesía sino también contra el régimen totalitario de los propios sindicatos contra los dirigentes que sustentan ese régimen. La primera consigna de esta lucha es: *independencia total e incondicional de los sindicatos respecto al estado capitalista*. Esto significa luchar por convertir los sindicatos en organismos de las grandes masas explotadas y no de la aristocracia obrera.” (1)

Corno lo afirma Trotski, vamos a las organizaciones donde se encuentra la clase obrera, estén o no controladas por el estado, no para capitular ante la política de control estatal, sino, por el contrario, con el fin de luchar por la independencia de las organizaciones sindicales y obreras de todo control estatal o burocrático. Obviamente, nuestro trabajo en los sindicatos, su

forma y sus consignas dependen de la naturaleza de esos sindicatos. En los sindicatos dirigidos por aparatos contrarrevolucionarios pero que conservan su carácter de organizaciones obreras, intervenimos para luchar contra las direcciones oportunistas, cuya política conciliacionista y de colaboración de clase somete a las organizaciones sindicales a ingerencias y controles crecientes del estado burgués. Esta tendencia general de la integración de los sindicatos, tendencia general del estadio imperialista que analizó Trotsky, en tales casos no pudo llegar al nivel cualitativo en el que hubiera podido destruir a esas organizaciones como organizaciones obreras.

Si los aparatos que dominan a los partidos obreros, son agencias de la burguesía que subordinan en cada país las organizaciones de la clase obrera al estado, esto no ha podido cambiar el carácter de partido burgués de esos partidos. Igualmente para los sindicatos reformistas. La integración orgánica de los sindicatos al estado, implica una verdadera destrucción de estos sindicatos como organización obrera. Es la que expresa la instauración de los sindicatos fascistas en Alemania en 1933.

O, al contrario, el fracaso de De Gaulle, frente a la resistencia de la clase obrera en 1969, por imponer una destrucción corporatista de los sindicatos obreros. Es por eso que en los sindicatos reformistas que conservan su carácter obrero a pesar del carácter burgués de los aparatos que los dirigen, nuestra tarea es precisamente combatir el control estatal creciente que sufren esas organizaciones por el hecho mismo de la política de los aparatos.

Obviamente, es en la cuestión de los sindicatos donde se concentran más claramente las particularidades nacionales de la lucha de clases del proletariado. Por eso es imperativo aplicar los principios generales de la lucha por la independencia, a las realidades concretas de cada país. Entre los sindicatos de naturaleza obrera (controlados por los aparatos burgueses y por este hecho sometidos a la *tendencia* creciente a la integración en el estado) y los sindicatos fascistas que son la destrucción de las organizaciones obreras hay toda una serie de situaciones intermedias que debemos analizar concretamente cada vez, sobre la base de los criterios marxistas, de los criterios de clase. Así, para la Argentina, el combate por la independencia de los sindicatos pasa hoy por la reconquista obrera de la CGT, la ruptura de todas las formas de ingerencia del estado, liquidación de la burocracia corrompida.

Hace falta entonces, en cada ocasión, partir de la realidad concreta y apoderarse de todas las oportunidades. Así, considerar como un deber imperativo militar en los sindicatos reformistas, no debe conducir a

idealizar su independencia (muy relativa) frente al estado burgués. Pero la discusión sobre el hecho de saber si podemos transformar esas organizaciones en organizaciones revolucionarias o si debemos crear otras, es una discusión viciada que será resuelta por la historia. Sería todavía más grave si, con el pretexto de esta perspectiva histórica, avanzamos la creación de organizaciones revolucionarias puras, del tipo de los sindicatos rojos. Sería una política ultraizquierdista, que fue condenada por la IV Internacional desde el principio.

“Los bolcheviques leninistas se encuentran en las primeras filas de toda clase de lucha, aun allí donde se trata de los más modestos intereses materiales o derechos democráticos de la clase obrera. Toman parte activa en la vida de los sindicatos de masas, con el propósito de fortalecerlos y acrecentar su combatividad. Luchan implacablemente contra todas las tentativas de someter los sindicatos al estado burgués y de maniar al proletariado con el arbitraje obligatorio y demás formas de intervención policial, no sólo fascistas sino también democráticas. Solamente sobre la base de ese trabajo es posible luchar con buen éxito en el seno de los sindicatos contra los reformistas, incluida la burocracia stalinista. Las tentativas sectarias, de crear o mantener pequeños sindicatos revolucionarios como una segunda edición del partido, significan de hecho la renuncia a la lucha por la dirección de la clase obrera. Es necesario establecer aquí este principio incommovible: el autoaislamiento de los capituladores con relación a los sindicatos de masas, que equivale a una traición a la revolución, es incompatible con la pertenencia a la Cuarta Internacional.” (2)

La necesidad de militar en el seno de los sindicatos fascistas, la oportunidad de reconstruir fuera de ellos las bases de los sindicatos obreros, y todas las otras combinaciones tácticas, son cuestiones de apreciación de situaciones concretas, como lo atestigua la política de los trotskistas franceses durante la ocupación (creando sindicatos ilegales, pero utilizando tácticamente los sindicatos corporativistas), o la política llevada bajo el franquismo.

3. Para justificar teóricamente su capitulación ante los partidos pequeñoburgueses, el revisionismo abandona la definición de clase y hace una definición ideológica de los partidos, al considerarlos como programas que no serían la expresión de intereses de clase.

Los partidos políticos son organizaciones de clase y de diferentes sectores de clase que se definen con respecto a la lucha por el poder del estado. Sin clases, no hay estado: sin estado, no hay política, y sin política no hay

partidos políticos. Estos últimos sin embargo, tienen su historia específica, distinta de la defensa política de los intereses sectoriales de clase en general. La lucha de clases debió desarrollarse plenamente, hasta alcanzar su punto culminante en la sociedad burguesa, para llegar a expresarse a nivel superestructural en la formación de los partidos políticos, en cuyo origen están las grandes revoluciones burguesas.

El marxismo comienza por distinguir claramente entre las organizaciones burguesas y obreras, y analizar los distintos tipos de partidos obreros.

Lenin y Trotsky insistieron sobre el hecho de que hay dos tipos de partidos obreros claramente delimitados: los que están dominados por los aparatos contra-revolucionarios (stalinistas, socialdemócratas, pequeñoburgueses...) y los partidos que se inscriben en la tradición bolchevique, los partidos trotskistas. Como fue ampliamente analizado precedentemente, la política contra-revolucionaria de los diversos aparatos tiene bases sociales determinadas. Además, no hay un marxismo natural, contrariamente a lo que piensan los revisionistas, modernos stalino-bujarinistas. Es por eso que el carácter de clase de nuestra Internacional debe ser precisamente afirmado.

Nuestra Internacional es la única Internacional existente y sus partidos son los únicos partidos que luchan por la revolución permanente, es decir, por un programa de transición hasta la sociedad socialista, por una revolución obrera que imponga una dictadura revolucionaria del proletariado, que prosigue la lucha por desarrollar la revolución internacional. Los otros partidos obreros existentes socialdemócratas, stalinistas pro-Moscú, maoistas o castrista, si toman el poder obligados por las circunstancias objetivas, impondrán una dictadura burocrática, nacionalista, reformista, puesto que su programa es y será la “construcción del socialismo en un solo país” la coexistencia pacífica. Nuestra Internacional es el único partido mundial que lucha por la revolución socialista internacional, nuestros partidos son los únicos que pueden dirigir la lucha por una revolución de Octubre en cada país. Es por eso que nuestra Internacional es la única que defiende no solo los intereses históricos del proletariado sino también los intereses más inmediatos de las masas, puesto que, como lo establece el Programa de Transición.

“La Internacional Comunista sigue tras las huellas de la socialdemocracia, en la época del capitalismo de descomposición: cuando a éste no le es posible considerar reformas sociales sistemáticas, ni elevar el nivel de vida de las masas; cuando cualquier reivindicación sería del proletariado y hasta

de la pequeña burguesía conduce inevitablemente más allá de los límites de la propiedad capitalista y del estado burgués” (3)

La tarea estratégica de la IV Internacional no consiste en reformar el capitalismo, sino en derribarlo. Su objetivo político es la conquista del poder por el proletariado para realizar la expropiación de la burguesía.

Esta definición general pero necesaria de los partidos obreros y de nuestra Internacional, no significa negar la existencia de formaciones centristas intermedias, que van de un polo al otro, intermedias, que van de un polo al otro. Esto ocurrió, por ejemplo, con el partido comunista de la URSS, que pasó de revolucionario bajo Lenin y Trotsky, a centrista burocrático bajo Stalin, antes de su completa liquidación y el paso de la burocracia al lado del orden burgués. Esto se observa igualmente con los eseristas, formación pequeñoburguesa reformista que pudo establecer un acuerdo con los bolcheviques durante la revolución de Octubre, para volver luego al campo de la contra-revolución. También en Alemania tenemos el ejemplo de la fracción centrista del Partido Socialista independiente que se integró al Partido Comunista.

Pero nuestra actitud respecto de estas fuerzas que oscilan entre reformas revolución se define por el sentido de su evolución. ¿Su centrismo las conduce hacia el trotskismo o, al contrario, hacia el oportunismo, el nacionalismo o reformismo? Es necesario plantear esta pregunta para definir nuestra actitud hacia ellos, y mas aún, si sabemos que ese puede ser un proceso rápido que hay que detectar para actuar a tiempo. Si esa corriente centrista no se orienta claramente hacia el trotskismo y hacia un trabajo común con nuestra Internacional, se tratará de una variante más del espectro del izquierdismo y del centrismo osificado de los partidos pequeñoburgueses históricamente dominados por la contrarrevolución burguesa.

Tesis XXXII.- El entrismo y la unidad con las tendencias centristas

Con el fin de ganar corrientes de masas o sectores más amplios de la vanguardia (en esta posguerra) el movimiento trotskista fue conducido a utilizar el método del entrismo, preconizado por Trotsky en los años 30 con respecto a los partidos socialistas y como una táctica que se quiso de corta duración, salvo en lo que concierne al Labour Party.

En el período reciente, numerosas organizaciones trotskistas practicaron un trabajo entrista o de tipo fraccional en los partidos socialistas, cuando éstos estaban en vías de convertirse en partidos de masas, como el CORCI y la

FB en distintos países. Hubo entrismo permanente o semipermanente en el Labour Party desde el comienzo de la posguerra.

Todas estas experiencias exigen ser resumidas para poder extraer las lecciones para el futuro. Esto es aún más necesario en cuanto que, en su tiempo, el revisionismo pablista defendió un entrismo “sui generis” en los partidos comunistas, completamente extraño en esta política trotskista, puesto que se trataba de acompañar el curso supuestamente revolucionario de la burocracia. La dirección del SU afirma a veces que el balance es positivo. Hoy día, el revisionismo intenta, a veces, presentar como una variante de la política trotskista su capitulación liquidadora al FSLN y a la dirección castrista.

Los trotskistas están, por principio, a favor de una organización independiente para llevar a cabo una lucha frontal contra las organizaciones oportunistas en el seno del movimiento obrero y de masas. Nuestra tarea histórica es enfrentar en el seno del movimiento de masas la política del oportunismo, y oponerle la nuestra. El entrismo preconizado por Trotsky no se hacía en ruptura con este principio, ya que significaba una maniobra táctica, coyuntural, que partía de la constatación de una situación objetiva, y de las posibilidades excepcionales que ésta nos abría. Concretamente, Trotsky advertía un curso a la izquierda de nuevos sectores de tendencias de izquierda, o, al menos, fuertes con relación a nosotros, que éramos pequeños grupos de propaganda. Sacó entonces la conclusión de que era necesario entrar en esos partidos y ganar rápidamente esas corrientes de izquierda para la IV Internacional, sobre las posiciones trotskistas con el fin de que rompieran con sus direcciones. Partía de la premisa de que toda tendencia u organización centrista progresiva, al no acercarse rápidamente a la IV Internacional, tiende a fijarse como organización o tendencia centrista que ya no va a ser ganada para la IV Internacional, o cambia su orientación transformándose en corriente ultraizquierdista o de derecha. Es por esto que consideraba el entrismo como una maniobra coyuntural para ganar centenas o millares de militantes para la IV Internacional. Para ganar esos jóvenes obreros o estudiantes que entraban al partido Socialista y que, con el fin de hacer la revolución, tomaban posiciones cada vez más de izquierda.

Así, el entrismo preconizado por Trotsky estaba en relación con una realidad político-social: la aparición, en el seno de las organizaciones de masas, de corrientes centristas muy progresivas. El entrismo era una táctica entre otras. El método con el que Trotsky consideraba el problema del entrismo y de la relación con las corrientes centristas progresivas continúa siendo correcto, y ha adquirido una importancia creciente. No se pueden

construir grandes partidos trotskistas de masas de una manera lineal, es decir por una acumulación continua de militantes por un crecimiento lento y sistemático. Será un proceso convulsivo, hecho de uniones y divisiones tanto en cada país como a escala internacional. Si en la crisis de los aparatos contrarrevolucionarios y del ascenso revolucionario, no aparecen grandes corrientes que se orienten hacia posiciones trotskistas o trotskizantes, será imposible a corto plazo, construir partidos trotskistas fuertes, con influencia de masas.

Concretamente el trotskismo debe tener una política flexible, hábil, atenta y abierta respecto a toda corriente salida de los partidos tradicionales o del movimiento sindical mismo, que vaya hacia posiciones revolucionarias. Pero esta política flexible y abierta no puede hacerse a costa de un abandono de los principios, ni de una adaptación a las posiciones de esas corrientes. La política abierta debe partir de algunos puntos fundamentales de nuestro programa revolucionario, los que corresponden al trabajo común y tienden hacia una organización común. En ese sentido para construir el partido, los trotskistas deben saber avanzar posiciones revolucionarias (no la totalidad de nuestro programa, sino sólo sus puntos fundamentales) que permitan coordinar una acción revolucionaria con esas corrientes del movimiento de masas que aparecen, llevarlas al seno de un frente o de un partido común, en una acción que posibilite ganarlas definitivamente para las posiciones trotskistas. Esta política puede evitar el enorme peligro de que esas tendencias cristalicen en organizaciones y centristas. Cuando tales tendencias de masas aparecen (y aparecerán y serán un factor decisivo en la transformación de nuestro partido en un partido de masas) la gran tarea es saber arrastrarlas en una dinámica cada vez más pronunciadas hacia una organización común, hacia un partido revolucionario común, para evitar justamente que lleguen a estructurar su propia dirección y organización, lo que haría mucho más difícil su ulterior integración a nuestra política y a nuestro programa.

El entrismo es parte de esta política que tenemos hacia toda tendencia u organización centrista que se oriente hacia posiciones revolucionarias y que provenga de partidos u organizaciones de masas.

En este marco general puede distinguirse además el entrismo en el sentido más estricto que implica una expresión abierta en tanto que trotskistas en el seno de las organizaciones en las que hacemos el entrismo y el trabajo fraccional que puede revestir formas más clandestinas.

Como el entrismo, el trabajo de fracción, que no puede considerarse sin el apoyo y el control de una sólida dirección política, debe manejarse en base

a toda una serie de consideraciones, sobre todo al hecho de que prepara las condiciones de la ruptura ulterior de corrientes enteras con los aparatos. De todas maneras, cualesquiera sean las tácticas, mantener una posición política independiente con las posiciones de la IV Internacional, es un principio. Por otra parte, entrismo y trabajo fraccional requieren cuadros políticos muy probados. Se trata de una maniobra táctica, cuya duración, amplitud y condiciones, deben ser apreciadas de la manera más rigurosa en función de las oportunidades existentes y de las exigencias de la construcción de la IV Internacional. La responsabilidad de la dirección es tanto más grande a este respecto en cuanto recae en ella evitar toda adaptación al marco particular de este tipo de trabajo. Es decir, que deben tenerse en cuenta las enormes presiones que se ejercen en el sentido de una adaptación al medio oportunista, a un medio político que no es el nuestro y que no es el del movimiento de masas en su conjunto; es una adaptación a un sector del movimiento de masas controlado por los aparatos burocráticos y reformistas. Es por esta razón que el entrismo debe siempre mantenerse como una maniobra táctica, debe estar siempre subordinado a las exigencias de la construcción de partidos trotskistas independientes.

Tesis XXXIII.- Propaganda, agitación y acción

Plejanov definió claramente la diferencia y la relación que existen entre la propaganda y la agitación. La propaganda es la explicación de muchas ideas a pocas personas; la agitación es la explicación de pocas ideas o muchas personas.

Mientras que la propaganda se hace a través de artículos, de discusiones y conferencias; de cursos, libros o de consignas de alcance general, la agitación se practica a través de consignas. Esto no quiere decir que no expliquemos y que no sostengamos a esas consignas con artículos, y aún con folletos o discusiones. Pero las pocas ideas que queremos expresar a través de la agitación, las concretamos en consignas de movilización y acción, es decir, en una frase en el lenguaje obrero y popular, que indique claramente la idea que queremos expresar. Como nuestro objetivo es la movilización de las masas, el aspecto más difícil del marxismo está en la formulación, que debe tener en cuenta la relación de fuerzas existente entre las clases, de estas consignas. Es una ciencia y un arte. En nuestra tentativa de movilizar a la clase obrera acompañando su movimiento propio y abriéndole su perspectiva revolucionaria, debemos usar frases que sean comprensibles para las grandes masas. Los aparatos contrarrevolucionarios hacen lo mismo: formulan consignas parecidas pero con un objetivo distinto al nuestro, para intentar desorientar, desmovilizar a las masas. El PC francés, inmediatamente después de la guerra, lanzó la famosa consigna: “Produzcamos primero”, para frenar la ola de huelgas y el

proceso de movilización revolucionaria del proletariado francés. De igual manera, cuando cayó en 1955 ante el putsch militar gorila, Perón, para frenar la movilización de los trabajadores argentinos que ya no podía controlar a través del gobierno y el estado, lanzó su famosa frase: “Desensillar hasta que aclare” (Esperar para ver).

Las consignas son de dos tipos. Unas, son para intentar educar y movilizar al movimiento de masas, aunque no haya posibilidades inmediatas de que el objetivo trazado se realice. Tales consignas conservan, sin embargo, un carácter de agitación. Por ejemplo, la consigna “que Soares y Álvaro Cunhal tomen el poder en Portugal”, “gobierno de Soares y Cunhal” era una consigna indispensable, de una importancia decisiva aún mientras que la traición de esos partidos se oponía a la unidad efectiva de esos dos partidos y a la realización del gobierno Soares Cunhal.

Esto hacía que fuera aún más indispensable expresar conscientemente la aspiración de las masas a la unidad y a la independencia de sus organizaciones. Esta consigna agitativa contribuía a la movilización de las masas en esta perspectiva y a su emancipación frente a las direcciones traidoras, en las que todavía conservan su confianza. Era una consigna de agitación que encontraba en la práctica, ligada al conjunto de las otras consignas, “el enorme valor educativo” que le presta el *Programa de Transición*.

Existen otras consignas que implican el paso inmediato a la acción o que permiten crear las condiciones para la acción directa. Por ejemplo, cuando llamamos a una huelga para la que los trabajadores se preparen, o cuando hay una fuerte presión de éstos para salir a la huelga o a otra movilización de este tipo. Estas son consignas para la acción directa. Toda consigna debe responder a la acción presente del movimiento obrero y de masas, puesto que es una síntesis entre las necesidades inmediatas de las masas y su nivel de conciencia. Cualquiera sea su objetivo inicial, toda consigna debe ser lanzada por nosotros como consigna transicional, conduciendo inevitablemente a las masas, a partir de sus preocupaciones inmediatas, a una sola conclusión: el enfrentamiento con el gobierno, la necesidad de la lucha por el poder. Así, en la búsqueda de una consigna movilizadora, no solo debemos expresar las necesidades inmediatas del movimiento de masas, sino también partir de su nivel de conciencia para formular esta consigna. Debemos tender a que la consigna sea una síntesis de las necesidades inmediatas y de la conciencia inmediata del movimiento de masas, con el objetivo de obtener la movilización y de orientarla políticamente. Es así como Trotsky, frente al desempleo en Estados Unidos (necesidad inmediata) y teniendo en cuenta las ilusiones (conciencia

inmediata) que, en ausencia de un partido obrero independiente, los obreros conservaban en Roosevelt, político burgués, planteaba:

“(…) exigimos que Mr. Roosevelt, con su grupo de expertos, presente un programa tal de obras públicas que todo aquel pueda trabajar pueda hacerlo con salarios decentes. Esto es posible con una escala móvil de salarios y horas de trabajo.”

Esta consigna para la acción por “oportunista” que pueda parecer, es muy correcta, desde nuestro punto de vista, trotskista, puesto que constituye la mejor fórmula para movilizar a los trabajadores, hacer puente hacia la movilización, por su unidad, por el paso a la lucha.

Igualmente, para Alemania, en 1933, Trotsky proponía la consigna siguiente:

“¿Bajo qué consignas políticas se desarrollará esta lucha ? La dictadura de Hitler surgió directamente de la constitución de Weimar. La pequeña burguesía, con sus propias manos, le dio a Hitler el mandato dictatorial. Si suponemos que el desarrollo de la crisis fascista será sumamente favorable y rápido, es posible que la consigna de convocatoria del Reichstag, con la participación de todos los partidos excluidos en este momento, unifique en cierto momento a los obreros y a los más amplios estratos pequeñoburgueses. Si la crisis tarda un poco más en estallar y el recuerdo del Reichstag tiene tiempo de desaparecer, es posible que la consigna de elecciones adquiera gran popularidad. Pero atarse a las consignas democráticas circunstanciales que nuestros aliados pequeñoburgueses o los estratos atrasados del propio proletariado nos obliguen a levantar, sería un doctrinarismo fatal.” (5)

Es un muy buen ejemplo que muestra que el trotskismo combate todo ultraizquierdismo, que es una política científica que tiene una sola preocupación: movilizar a las masas partir de su nivel de conciencia, cualquiera que sea, y de sus necesidades inmediatas y un solo objetivo: preparar la toma del poder. Estas consideraciones son fundamentales para transformar nuestros partidos en partidos con una influencia de masas.

Trotsky, muere, y a causa de la influencia sostenida de los aparatos contrarrevolucionarios, hemos tenido tendencia a limitarnos a una actividad propagandística, a abandonar la ciencia y el arte más importante para un partido revolucionario, que es el de formular las consignas adaptadas a cada momento de la lucha de clases. Hay que retomar de manera urgente esta ciencia y este arte. Hay que volver a la formulación de consignas

adaptadas a las condiciones objetivas y subjetivas concretas de la lucha de clases. Hay que abandonar el fetichismo de las consignas de tipo general propagandistas e intemporales. Lo más difícil para un marxista es justamente tener la rapidez necesaria para cambiar de consigna, a medida que la situación de la lucha de clases cambia. En tanto que la lucha de clases conoce un desarrollo impetuoso, un partido trotskista auténtico en una época revolucionaria, es el que combina y cambia sistemáticamente sus consignas en función de los cambios en la lucha de clases, La complejidad de la lucha de clases, las necesidades de los diferentes sectores del movimiento de masas y sus aliados, los cambios de la situación, hacen que siempre la política trotskista se exprese concretamente a través de un sistema de consignas que toma su contenido revolucionario según el método del Programa de Transición. Es decir, de varias consignas entre las cuales hay unas preponderantes, determinantes, pero que deben constituir una clara combinación agitativa que se conforme a los cambios de la situación.

Así; el partido bolchevique lanzó: ¡Asamblea Constituyente!, ¡Todo el poder a los Soviets! ¡Fuera los ministros burgueses! ¡Abajo Kornilov!. En los pocos meses en que estas consignas fueron lanzadas, cada una adquirió una importancia variable según la coyuntura, pero siempre en su combinación y con un eje (que no se formuló permanentemente de manera agitativa): Todo el poder a los soviets. Este ejemplo eminente debe ser asimilado por todos los partidos trotskistas. Nuestras organizaciones, si no se vuelven hacia las masas y hacia la acción, no serán sino sectas propagandistas y no se transformarán jamás en partidos con influencia de masas.

Tesis XXXIV.- Principios, estrategia y táctica

Para la construcción del partido, es igualmente decisiva una buena comprensión de las relaciones que existen entre los principios, la estrategia y la táctica como su relación con las consignas. Tenemos una serie de principios que están en la base de nuestro movimiento, como nuestra oposición a la colaboración de clase y a los frentes populares, nuestra lucha por la independencia política de la clase obrera, por la revolución socialista, por la dictadura revolucionaria del proletariado, por el derecho a la autodeterminación nacional, nuestra defensa incondicional de la URSS. Pero estos principios (que se encarnan en cada una de nuestras acciones, en cada una de nuestras consignas, en cada uno de nuestros artículos de propaganda o conferencias) no deben ser confundidos con la estrategia y la táctica. Nuestra estrategia es lo que organiza toda nuestra actividad con un solo eje, impulsar la movilización permanente de la clase obrera y de sus aliados hasta hacer una revolución socialista de Octubre, e,

indisociablemente, fortificar y desarrollar nuestro partido para que dirija esta revolución, transformándolo en partido con influencia de masas. Con respecto a este objetivo estratégico, nuestra actividad se organiza concretamente, utilizando tácticas, es decir, simples medios, de una importancia más o menos grande, que utilizamos durante un tiempo más o menos largo, pero simplemente medios al servicio de nuestra estrategia. No hay que confundir jamás una táctica con una estrategia, o, en otros términos, los medios con el objetivo final. Confundir una táctica con estrategia significa transformar el medio en un fin en sí. El revisionismo en el seno de la IV Internacional tiene la tendencia a transformar las tácticas y los medios en estrategias. Por ejemplo, el entrismo, un medio táctico coyuntural y excepcional se transformó, con el entrismo sui generis, en toda una estrategia durante dieciocho años. Igualmente, el revisionismo transformó la guerrilla en “una estrategia de lucha armada”, que encubría su abandono del leninismo. Los medios, al igual que las consignas, cambian sistemáticamente. En un período preelectoral, tenemos medios y tácticas diferentes de los de un período no electoral; si es un período de posibilidad de huelga general, utilizamos un medio distinto que en un período donde solo hay posibilidad de huelgas parciales en ramas de la industria o en fábricas, si hay luchas de los aliados de la clase obrera, los medios (las tácticas) cambian. Ningún partido revolucionario puede atarse las manos diciendo que su actividad permanente, su estrategia, es tal o cual aspecto de la estrategia de conjunto, así se trate de la huelga general o de huelgas parciales, del control obrero o de las ocupaciones de fábrica, de la presentación a elecciones, del entrismo o de cualquier otra táctica. Las tácticas cambian tanto como las consignas. Es decir, los medios y las consignas deben ser adaptados al momento concreto y a todos los cambios de situación. Esto no quiere decir que una táctica no tenga medios subordinados; en ese sentido podemos, en un momento dado, hablar, por ejemplo, de “una estrategia electoral” y de tácticas es decir, de medios que utilizamos para eso “estrategia electoral”. Pero, a escala de la época en que vivimos, no hay sino una estrategia y todo el resto no son sino medios, tácticas; medios y tácticas que utilizamos y luego superamos de manera permanente, de acuerdo con la situación de la lucha de clases.

Es muy grave confundir los principios, la estrategia o la propaganda con las tácticas y las consignas.

Por principio, estamos por el derrocamiento de todas las instituciones democráticas burguesas, con mayor razón en esta época en que esas instituciones se transforman en regímenes dictatoriales, semibonapartistas o bonapartistas. Esta perspectiva estratégica de tender a destruir los organismos de dominación del estado burgués, deja intacta la cuestión de

cómo, en cada situación objetiva y teniendo en cuenta las ilusiones de las masas, actuamos para orientar la movilización en ese sentido. Sin defender de ninguna manera la democracia burguesa, podemos utilizar muy bien las reivindicaciones de la democracia desde el momento en que éstas movilizan a las masas y las levanten contra el gobierno y las instituciones del bonapartismo y las hagan romper con la política de su dirección traidora, la cual reclamándose de la democracia parlamentaria, parlamentaria, aporta en realidad, a consecuencia de su política de defensa del *statu quo*, su apoyo a la prolongación de instituciones que son la negación de este último. Un ejemplo de la utilización revolucionaria de consignas de la democracia puede ser dado por la actitud de los trotskistas en la crisis política actual en Francia.

Tenemos entonces plenamente en cuenta el nivel de conciencia de las masas para determinar la táctica y la consigna más adecuados para movilizarlas.

Ignorar este nivel de conciencia, conduce a confundir los principios y la estrategia con la táctica y las consignas. Ceñirse a los principios, y por lo tanto a la propaganda, representa un error tan grande como el error opuesto del revisionismo que, permanentemente, tiende a erigir las tácticas en estrategia, porque busca permanentemente sustitutos de la tarea larga y difícil de la construcción de partidos leninistas según el método del *Programa de Transición*.

Principios y tácticas son categorías distintas, pero indisolublemente ligadas. Toda táctica debe ser de principio, y todo principio debe aceptar expresarse a través de los medios. Pero cada una de estas categorías tiene su dominio, y el dominio de la táctica, al igual que el de la consigna, es el dominio de lo inmediato, y no de lo que es histórico; es el dominio de las necesidades inmediatas y de la conciencia inmediata del movimiento de masas. Y si el medio no se adapta a estas condiciones, cesa de ser un medio: se transforma en una repetición, encantadora e impotente, de principios abstractos.

Tesis XXXV.- El frente único obrero

León Trotsky en *¿Y ahora?* en algunas líneas, describe el conjunto de las relaciones históricas que están en la base del frente único obrero:

“Pero el proletariado no conquista su conciencia de clase pasando de grado como los escolares, sino a través de la lucha de clases ininterrumpida. Y para luchar, el proletariado necesita unidad en sus filas. Esto es válido para conflictos económicos parciales, en una empresa, como para luchas

políticas ‘nacionales’ tales como la defensa contra el fascismo. La táctica del frente único, no es, por lo tanto, ocasional o artificial, no es una maniobra cualquiera: se desprende íntegramente de las condiciones objetivas de desarrollo del proletariado. El *Manifiesto Comunista* dice que los comunistas no se diferencian del proletariado; no tienen otros fines ni otras tareas que las del proletariado, expresando con ello que la lucha del Partido por ganar a la mayoría de la clase obrera, no debe en ningún caso oponerse a la necesidad que tienen los obreros de unidad en sus liras de combate.” (6)

Que una táctica que es considerada no como “una cosa ocasional y artificial” pueda ser considerada como un elemento de la estrategia del partido revolucionario para guiar a las masas a la conquista del poder, no entra para nada en contradicción con el hecho que se pueda considerar al frente único solamente como una táctica. Es por eso que estimamos como un problema secundario el hecho de que se considere o no al frente único como una estrategia. Lo esencial es que se comprenda que “no es una cosa ocasional y artificial”. Aun cuando generalmente, la necesidad del frente único se impone más ampliamente a la conciencia de las masas cuando hay ofensiva de la burguesía, porque la clase obrera siente esa ofensiva brutal contra ella misma y quiere responder de manera unitaria (ofensiva contra el nivel de vida y de trabajo, peligro de golpes bonapartistas o fascistas), sería erróneo estimar que la táctica del frente único es siempre, pura y simplemente, una táctica defensiva. Después que el golpe de estado de Kornilov fue aplastado por el combate unitario de las masas y las organizaciones, Lenin no vacilaba en pedir que se prolongara el “frente único” proponiendo a los mencheviques y eseristas romper con la burguesía y constituir conjuntamente, el “gobierno obrero y campesino” (Transición hacia la dictadura del proletariado) dicho de otro modo, proponer a las organizaciones pequeñoburguesas constituir un “gobierno de frente único”. Es así como la táctica del frente único, realizada en una situación defensiva para resistir y derrotar a la ofensiva burguesa, era mantenida en una situación en la que la burguesía, que había sufrido una derrota, estaba, por eso mismo, a la defensiva, mientras que las masas estaban en plena ofensiva. Del mismo modo, durante la huelga general francesa de junio de 1936, que para Leon Trotsky constituía el “comienzo de la revolución”, en esta situación de ofensiva de las masas, los trotskistas lanzaron como consigna gubernamental: gobierno Blum-Cachin, gobierno PS-PCF sin representantes de esos partidos burgueses, “gobierno de frente único” opuesto al gobierno de Frente Popular de colaboración de clase, que es, junto con el fascismo, uno de los “últimos recursos políticos del imperialismo en la lucha contra la revolución proletaria”, como dice el *Programa de Transición*.

El marxismo es ajeno al esquematismo, enseña distinguir con cuidado las situaciones de “defensiva” y de “ofensiva” (para adaptar concretamente a ellas consignas y táctica). El marxismo es una guía para el combate de clase, en la lucha de clases, donde una situación de defensiva puede transformarse en una situación de ofensiva y viceversa. Lo que le da el contenido de una táctica “no ocasional” a la táctica del Frente Único es precisamente la comprensión de que el Frente Único, táctica defensiva, puede y debe ser utilizado como táctica ofensiva, En una situación pre-revolucionaria, el Frente Único, táctica defensiva, lejos de perder su actualidad, toma su forma superior, cuando las masas abren por su propio movimiento, una situación revolucionaria y forjan los soviets (revolución de febrero), soviets que León Trotsky en *¿Y ahora?*, caracteriza así:

“Por el frente único de los soviets, como órgano superiores de Frente Único”

“En los círculos de ‘izquierda’ está muy difundida la admiración verbal por los soviets, al mismo tiempo que la incomprensión de su función histórica, Muy a menudo se ha definido a los soviets como órganos de lucha por el poder, como órgano para la insurrección y, en fin, como órganos de la dictadura, Estas definiciones son formalmente justas. Pero no agotan en modo alguno la función histórica de los soviets. Ellas no explican, ante todo, porqué son precisamente los soviets los órganos necesarios en la lucha por el poder. La respuesta a este interrogante es la siguiente: así como el sindicato es la forma elemental de frente único en la lucha económica, *el soviets es la forma más elevada del frente único* en la etapa en que el proletariado lucha por el poder.”

“El soviets por sí mismo no oculta ninguna fuerza milagrosa. No es más que la representación de clase del proletariado, con todas las virtudes y todos los defectos de éste. Pero es precisamente por esto que el soviets crea una posibilidad de organización para los obreros de las diversas tendencias políticas, de distinto nivel de desarrollo, para unir sus esfuerzos en la lucha revolucionaria por el poder.” (7)

Con este planteamiento, que tiende a la unidad total de la clase obrera para una acción de defensa, queremos alcanzar dos objetivos: si los otros partidos obreros aceptan el frente único, se le da a la clase obrera un impulso muy grande que la coloca en la vía de movilizaciones ofensivas ulteriores, y si las direcciones obreras no aceptan, podemos desenmascararlas ante el movimiento de masas. Este es el planteamiento tradicional de frente único de la III Internacional. Pero como muchas

categorías tácticas, la experiencia ha demostrado que es más rica que su formulación. Es así como surgieron y existen frentes únicos de hecho de la clase obrera, los acepten o no sus partidos, constituidos por las organizaciones de base como los comités de fábrica, los soviets, los sindicatos. Con respecto a esos órganos, que pueden revestir un carácter tanto defensivo como revolucionario, en función de las circunstancias, nuestra Internacional debe tener una política permanente para constituirlos y desarrollarlos, sin disolvernlos en ellos. En ese terreno, tampoco tenemos un medio, una táctica o una consigna permanente. En un momento dado luchamos por reforzar los sindicatos o por transformarlos en sindicatos revolucionarios, o fundamos sindicatos revolucionarios de masas. En otros momentos son los comités de fábrica, y en otros pueden serlo los soviets o las milicias.

Sin dejar de llamar a los partidos obreros a apoyar estos órganos de frente único para la acción del movimiento de masas, no dejamos esta tarea en sus manos, sino que llamamos al movimiento de masas mismo a constituir esos órganos de frente único.

Tesis XXXVI.- El carácter de nuestros partidos, nuestra Internacional

Todos nuestros partidos y nuestra Internacional en su conjunto reivindican fieramente como su ejemplo la estructura del partido bolchevique. Esto significa que consideramos que nuestro partido debe estar formado por revolucionarios profesionales por una parte, que debe tener un régimen centralizado democráticamente, por otra parte. Es obvio que son revolucionarios profesionales los que están comprometidos en la construcción del partido en las empresas y en la lucha de clases. Obviamente, el partido debe tener un aparato de profesionales al servicio de la revolución. En cualquier caso, el aparato debe estar bajo el control del partido en su conjunto.

Reivindicarnos más que nunca el centralismo como la obligación número uno de todo partido trotskista. En este período revolucionario el trotskismo es perseguido implacablemente, no sólo por el estado burgués, los partidos burgueses y las bandas fascistas, sino también por los partidos oportunistas que, con justeza, nos consideran como sus enemigos mortales. Además nuestros partidos se construyen para conducir la lucha armada por la toma del poder, la insurrección. Este objetivo supremo no podrá ser conducido sino con una disciplina rígida cuya única garantía es el centralismo y una dedicación que solo pueden tener los militantes profesionales.

Pero, al mismo tiempo, en el seno del partido, debe existir la democracia más absoluta, que permita sacar provecho de la experiencia de conjunto del

partido y del movimiento de masas, única manera de elaborar una línea en relación con la lucha de clases. Por otra parte, es la única manera de hacer un balance seguro, democrático de las líneas votadas. Esta democracia no puede existir sin el reconocimiento de los derechos de tendencia y fracción. Este derecho es parte constituyente del centralismo democrático. Es inalienable. Debe comprenderse como tendiente a salvaguardar el centralismo democrático en situaciones excepcionales. La aparición de tendencias o de fracciones y, con mayor razón, su existencia permanente, es en efecto el producto de una situación de crisis política que debilita gravemente la capacidad de centralización en la acción.

La discusión permanente en todas las instancias del partido es la mayor herramienta de elaboración política para un partido trotskista. El partido debe vivir discutiendo sistemáticamente. Es necesario que las experiencias individuales, o de instancias diferentes, de sectores de trabajo diferentes, se confronten para que a través del choque de la discusión salga una línea correcta, la mejor resultante. Pero esta virtud de la discusión permanente amenaza transformarse en su contrario cuando la amplitud de las divergencias en esta discusión es tal que suscita la cristalización de grupos organizados en fracciones y tendencias, y esto es aún más cierto si estas sobreviven a través del tiempo. Cuando esto tiene lugar se corre el gran riesgo de que las fracciones se transformen en camarillas que el partido cese de actuar de manera unida en dirección al movimiento de masas para cerrarse sobre sí mismo y sea paralizado por un ambiente parlamentario de discusión permanente. La discusión es un medio fundamental y decisivo para nuestra actividad, pero solamente un medio. La existencia de fracciones y tendencias permanentes es el índice de una grave crisis política en la que la discusión amenaza transformarse en un fin en sí mismo, en lugar de ser el medio de centralización y de acción unida frente al movimiento de masas.

Todo partido bolchevique debe además a revestir un carácter orgánico. Un partido trotskista no merece su nombre si conserva las características de una simple tendencia, de un grupo de propaganda o de un vago movimiento. La clase obrera es la única que puede derrocar a la burguesía si se organiza sólidamente. Esta necesidad de la clase obrera debe elevarse a su máxima potencia para nuestro partido. Todo en nuestro partido debe hacerse de manera orgánica y a través de las instancias. Nada por fuera de ellas. Así delimitamos estrictamente quiénes son los militantes y quiénes no lo son. No son militantes sino aquellos que pertenecen a una instancia del partido y que están sometidos a su disciplina. Además, una estricta jerarquización entre las instancias es indispensable. Nuestros partidos tienen instancias de dirección, de base intermedias, en una dialéctica

permanente de discusión y ejecución. Todo lo que pase por encima de las instancias o por fuera de ellas, niega la estructura bolchevique. Todo lo que mezcle las instancias existentes proviene del democratismo pequeñoburgués y no de la estructura bolchevique. Cada una de las instancias, cada uno de los niveles de responsabilidad debe tener una función estrictamente definida en el seno del partido.

Este funcionamiento a través de instancias jerarquizadas, es el único que garantiza que nuestros partidos, al adquirir una influencia de masas, mantengan el régimen interior bolchevique. Es así como evitaremos el grave peligro de crear movimientos trotskistas con una influencia de masas que, en el momento de la acción, se demuestren anárquicos e incapaces de orgánica y a través de las instancias. Nada de un ejército revolucionario como lo exigen las circunstancias del período.

Capítulo 7

El revisionismo es incompatible con el trotskismo

Tesis XXXVII.- El revisionismo tiende a destruir la Internacional

Desde hace más de cuarenta años se desarrolla el más colosal ascenso revolucionario, ascenso que ha llevado en numerosos países a la expropiación de la burguesía a través de revoluciones triunfantes, sin que nuestra Internacional haya dirigido ninguno de esos triunfos. A pesar de ese ascenso y esos triunfos, nuestra Internacional sufrió una constante crisis de dislocación.

Esta crisis obedece a las mismas razones que explican la influencia sostenida de los aparatos contra-revolucionarios del movimiento de masas. La etapa de retroceso y derrota del movimiento obrero, es la que acompañó el periodo anterior a la fundación de la IV Internacional hasta sus primeros años de existencia. A causa de esto, no hubo posibilidad objetiva de que esos cuadros se formaran en el seno del movimiento obrero; conservaron ampliamente un carácter intelectual, propagandista, y en consecuencia nuestro movimiento no pudo ser formado por dirigentes proletarios. Nuestra Internacional fue fundada contra la corriente. La consolidación de los aparatos contra-revolucionarios en la posguerra hizo que, de cierta manera, siguiéramos nadando contra la corriente a pesar del ascenso, en la medida en que el movimiento de masas se mantuvo bajo el control de las direcciones burocráticas.

Sin embargo, a pesar de este fortalecimiento relativo de los aparatos y de la debilidad de nuestra Internacional, ésta ha crecido, se ha desarrollado y ha

tenido posibilidades de crecer y desarrollarse aún más. Tuvo incluso la posibilidad de tomar el poder en Bolivia, lo que hubiera cambiado todo.

Los cuarenta años de ascenso de la revolución mundial han verificado plenamente la ley según la cual en las fases de movilización de masas, se observa conjuntamente un refuerzo de las viejas organizaciones que las masas continúan viendo como el instrumento de su combate, un antagonismo creciente entre las aspiraciones del movimiento de masas y la política de los aparatos en los que ponen todavía su confianza y sobre esta base la posibilidad de un refuerzo de la vanguardia revolucionaria.

Que esta posibilidad no haya podido ser verdaderamente aprovechada en las últimas décadas se debe por lo tanto, no a las circunstancias objetivas, sino a la historia misma de nuestra Internacional, y más concretamente, al nefasto papel del revisionismo pablista.

El año 1951 divide en dos la historia de nuestra Internacional: antes y después del revisionismo pablista. A partir de esa fecha, en que su dirección es copada por el revisionismo, nuestra Internacional entra en crisis y se disgrega.

Anteriormente, con el asesinato de Trotsky, habíamos tenido otra crisis, pero de un carácter muy diferente. Su muerte provocó una crisis de dirección que, dada la juventud e inexperiencia de los militantes, impidió que nuestra internacional avanzara mucho más después de la guerra. La desaparición de Trotsky es un hecho cualitativo en la historia de nuestra Internacional. Como consecuencia de su desaparición nos encontramos, de hecho, privados de nuestra dirección histórica. Generalmente nuestro movimiento recuerda el nefasto 21 de agosto de 1940 desde el punto de vista de la biografía de nuestro maestro y no insiste suficientemente en lo que significó desde el punto de vista político para el proletariado mundial y para nuestra Internacional. Tampoco señalamos lo suficiente que el asesinato no sólo tuvo como motivación la venganza, sino un objetivo contra-revolucionario preciso: dejar sin dirección histórica personal el ascenso revolucionario de posguerra y a la IV Internacional; cortar el hilo de la continuidad.

Sin la proclamación de la IV Internacional, probablemente el stalinismo habría logrado su objetivo, pero el asesinato de Trotsky dejó a nuestra Internacional sin la dirección hecha y experimentada en la lucha de clases que le permitiera enfrentar los nuevos y terribles problemas que la guerra nos plantearía. Estos problemas fueron: la combinación de la guerra inter-imperialista con la guerra contrarrevolucionaria; la división de Alemania y

su desaparición durante décadas como centro del proceso revolucionario europeo, la ocupación de una parte de Europa por la URSS, la transformación de todos estos estados en estados obreros burocráticos, los casos de Yugoslavia y China, el “plan Marshall”, la reconstrucción capitalista europea y el boom económico. Los documentos de nuestra internacional después de la muerte de Trotsky son sectarios y rudimentarios. Su punto fuerte es la defensa formal de las enseñanzas de Trotsky.

Durante la guerra, la dirección y el centro de nuestra Internacional se encontraron, de hecho, en las manos del SWP que, aunque jugó un papel progresivo en la reconstrucción de nuestra Internacional, se negó en ese periodo a asumir el papel que le correspondía, a transformarse en eje de la dirección. Así, en la inmediata posguerra, la dirección cayó en manos de la nueva dirección europea, principalmente en Pablo.

Pero gracias a su existencia, gracias a su método y a su programa, y gracias a la defensa de las enseñanzas de Lenin y Trotsky, la IV Internacional fue, sin embargo, la única corriente del movimiento obrero que supo proporcionar el análisis marxista de estos fenómenos, aunque con tardanza. Esto explica que hayamos definido correctamente los nuevos estados obreros dominados por el stalinismo como burocráticos.

La crisis de dirección provocada por la muerte de Trotsky se iba superando lentamente a medida que comenzaba a madurar la nueva dirección internacional, principalmente las direcciones de las secciones francesa e inglesa de aquella época, quienes, a pesar de todo, fueron sacudidas por profundas crisis que trababan su desarrollo, crisis surgidas en razón misma de los problemas tardíamente resueltos, ampliadas por los métodos de Pablo y de la dirección internacional que intentaban constantemente sustituir las órdenes de un SU que se pretendía infalible para dar una orientación.

Este proceso de superación de la crisis de dirección se corta bruscamente como consecuencia del revisionismo pablista. La presión de la “guerra fría” y de los nuevos estados obreros burocráticos bajo el dominio stalinista sobre esa nueva dirección de nuestra Internacional, que no se había forjado en la lucha de clases, tuvo efectos catastróficos: el lento progreso y la maduración en curso se vieron interrumpidos bruscamente; aunque la destrucción deseada por Pablo no se hizo efectiva, nuestra Internacional se disgregó.

Esto se debió a que nuestra dirección internacional era (esencialmente) una dirección intelectual, incapaz de resistir a la presión del stalinismo y de las direcciones oficiales del movimiento de masas que parecían omnipotentes a causa de su control de los nuevos estados obreros y que enfrentaban al imperialismo yanqui en la “guerra fría”. Bajo la doble presión del imperialismo en plena contraofensiva y del stalinismo (que había ocupado el este de Europa para mejor controlar e intentar aplastar la movilización independiente y revolucionaria del proletariado de esos países y del proletariado mundial) Pablo capituló completamente al stalinismo y a todas las direcciones burocráticas pequeño-burguesas del movimiento obrero. Su política de “entrismo sui generis”, su análisis según el cual la guerra fría obligaría a los partidos comunistas a ir a la guerra civil y a la revolución obrera, su teoría de “siglos de transición”, eran el intento de meter de contrabando en nuestras filas una concepción global al servicio del stalinismo, que justificaría su política de traición y desmovilización. Este revisionismo se concretó en el hecho de que pretendía desarrollar la IV Internacional y sus secciones, abandonando la lucha más intransigente contra el principal aparato contra-revolucionario del movimiento de masas, el stalinismo.

El pablismo tuvo efectos devastadores sobre nuestra Internacional. No conforme con capitular al stalinismo, comenzó a capitular a toda dirección o aparato que controlara al movimiento de masas: Esta capitulación se disimulaba bajo un falso objetivismo: la presión del movimiento de masas sería tan fuerte que obligaría a todas las direcciones a adoptar un curso centrista revolucionario permanente, cada vez más progresivo, que las llevaría inconscientemente hacia el trotskismo. Así, a causa de la dirección pablista, la gloriosa e inmaculada bandera de nuestra Internacional fue arrastrada por el fango del oportunismo y la traición.

La síntesis de la traición pablista se dio en Bolivia. En ese país, el POR boliviano, sección de la Internacional, llevado de la mano por Pablo, cometió una de las traiciones más grandes contra la revolución desde comienzos de siglo. Tanto o más grande que la de los mencheviques con respecto a la revolución rusa, o la de los socialdemócratas durante y después de la primera guerra mundial, o la de los stalinistas en China o Alemania, o en España. En Bolivia, la clase obrera, educada por el trotskismo, llevó a cabo una de las revoluciones obreras más perfectas jamás vistas; destruyó el ejército burgués, constituyó milicias obreras y campesinas como único poder verdadero en el país, y organizó la Central Obrera Boliviana, para centralizar al movimiento obrero y a las milicias. La burocracia que dirigía la COB, entregó el poder, que estaba en sus manos, al partido nacionalista burgués, el MNR. El trotskismo boliviano era

poderoso y tenía una gran influencia en el movimiento obrero y de masas, había participado como co-dirección en la insurrección obrera y popular que había destruido al ejército. El Secretariado Internacional, dirigido por Pablo, trazó la línea traidora y reformista de apoyo crítico al gobierno burgués. La crisis actual del trotskismo boliviano, la crisis actual de toda la IV Internacional, la fuerza del stalinismo en Bolivia y la de todos los movimientos nacionalistas pequeñoburgueses en América Latina, tiene sus raíces en esta política criminal de colaboración de clase que Pablo obligó a practicar a toda nuestra Internacional en Bolivia. El principio revisionista pablista era siempre el mismo: el MNR, empujado por el movimiento de masas, iba a verse obligado a hacer una revolución socialista. El pablismo no se conformó con entregar la revolución boliviana a un gobierno burgués, sino que extendió sus traiciones a Francia y Alemania del Este. En 1953, estalló en Francia una gran huelga general, contra la voluntad del stalinismo. El pablismo no se contentó solamente con hacer entrismo en el partido comunista, sino que avaló la traición de este último. Hizo lo mismo con el comienzo de la revolución política en Europa del Este. Cuando los obreros de Alemania del Este salieron a la huelga general en Berlín contra la burocracia y los tanques rusos entraron para reprimir la huelga, el Secretariado Internacional se pronunció contra la exigencia de retirar el Ejército Rojo, haciéndose cómplice de la represión burocrática contra el movimiento obrero en Alemania Oriental. Hizo lo mismo al comienzo de la revolución húngara contra el stalinismo.

Aunque Pablo fue el que llevó hasta sus últimas consecuencias teóricas y políticas esta desviación revisionista, el revisionismo no se limita a él. Es una corriente mucho más amplia que se ha encargado, desde entonces, de mantener a nuestra Internacional en una crisis permanente. Como toda corriente revisionista es un frente sin principios, formado por diferentes matices y tendencias. Esta corriente revisionista que se apoderó de la dirección de nuestra Internacional en 1951, se caracteriza por su capitulación sistemática (durante los últimos treinta años) a las direcciones burocráticas o pequeñoburguesas del movimiento de masas, y por el hecho de haber abandonado nuestra lucha intransigente contra esas direcciones para construir y desarrollar nuestros partidos como única posibilidad de superar la crisis de dirección revolucionaria de la humanidad. Es así como el revisionismo, en lugar de denunciar esas direcciones burocráticas y pequeñoburguesas, ha capitulado sistemáticamente ante ellas, ha caracterizado esas corrientes oportunistas como progresivas, transformándose en su ala izquierda y abandonando toda actividad trotskista independiente claramente delimitada de esas corrientes oportunistas. Dado este carácter de frente sin principios, el revisionismo cuenta con diferentes dirigentes y personalidades colocadas a su frente en

cada etapa de su desarrollo. Pero todos estos dirigentes, personalidades y matices, tienen en común su línea de capitulación frente a esas corrientes oportunistas (para desviar los movimientos, para traicionar a las masas). Por eso es que capituló en la primera etapa al titismo, al maoísmo, en líneas generales al stalinismo y sus distintas variantes, y también al MNR en Bolivia. A esta primera etapa revisionista siguió otra, que fue la capitulación al castrismo.

El hecho de que el castrismo era una corriente pequeñoburguesa del movimiento de masas y no una corriente directamente stalinista, cuando tomó el poder, le sirvió al revisionismo para justificar su capitulación desde 1960 hasta nuestros días. Esta capitulación al castrismo, que define de hecho al estado cubano como obrero revolucionario y no como estado obrero burocrático, tuvo diferentes etapas. La primera fue la negativa a construir la IV Internacional en Cuba. Después, el SU capituló a escala latinoamericana al guerrillerismo guevarista. Y esta capitulación se extendió a Europa con la capitulación al ultra-izquierdismo pequeñoburgués y a las pretendidas “nuevas vanguardias”. Últimamente, la capitulación se extendió al FSLN nicaragüense. Como siempre, el revisionismo tiene, hoy, diferentes matices: existe una corriente claramente revisionista (la de la nueva dirección del SWP) que, como Pablo en 1951, lleva sus posiciones hasta sus últimas consecuencias, es decir, capitula no sólo al FSLN, sino frente a la política castrista en todos sus aspectos, frente a la dirección vietnamita y a la burocracia stalinista. Existen otras corrientes que son revisionistas vergonzantes, sobre las cuales nos extenderemos un poco.

Existe una corriente centrista que hace parte del mismo revisionismo y que sigue como una sombra a los dirigentes que plantean sus posiciones revisionistas con claridad y sin ambages (como Pablo en su tiempo y la dirección del SWP de EE.UU. actualmente). Esta corriente revisionista ha desarrollado algunos de los puntos teóricos más importantes, como por ejemplo: que existe un neo-imperialismo que desarrolla las fuerzas productivas, y otras variantes teóricas revisionistas parecidas. Lo que caracteriza a esta corriente centrista (pero componente fundamental de ese mismo revisionismo) son dos hechos: el primero, es que formalmente no rompe con ciertas formulaciones trotskistas, y el segundo, es que hace parte integrante del revisionismo, aunque a nivel interno discuta con él, sin denunciarlo como revisionista, puesto que se limita a asegurar que se trata de errores tácticos o “teóricos” compatibles con la IV Internacional y su programa. Es decir, que si formalmente defiende ciertas posiciones trotskistas, es para contrabandear mejor las posiciones revisionistas. Existe,

de hecho, una división de tareas entre estos dos matices: una relación muy parecida a la que existía entre Bernstein y Kautsky a partir de 1914.

En resumen, podemos decir que el revisionismo, en sus distintas variantes, se ha caracterizado a lo largo de los treinta años de su historia por las posiciones siguientes:

1. Después de haber sustituido a la lucha de clases como motor de la historia y proceso mundial único, por el enfrentamiento de los “campos” y los “bloques”, y la “teoría” de los “sectores” de la revolución, el revisionismo se vio conducido a negar la base objetiva de la revolución proletaria. Afirma que las fuerzas productivas de la humanidad continúan creciendo en una pretendida nueva etapa imperialista que define como neo-imperialista o neo-capitalista.

2. Afirma igualmente que las direcciones del movimiento de masas (burocráticas, stalinistas o pequeñoburguesas) pueden adoptar un curso centrista que las conduzca a posiciones objetivamente revolucionarias; más concretamente, emplea el argumento de que las direcciones burocráticas o pequeñoburguesas se vieron obligadas, en circunstancias excepcionales, a expropiar a la burguesía, para asignarles una misión revolucionaria y renunciar a combatirlos frontalmente como direcciones oportunistas.

3. Como consecuencia de esto, el revisionismo pretende que habría sectores del movimiento obrero, o países, donde la construcción de partidos trotskistas para poner en jaque a esas direcciones contrarrevolucionarias, no estaría planteada como tarea urgente y primordial.

4. En particular, en Cuba, no están planteados ni la construcción de partidos trotskistas, ni la revolución política.

El centrismo en el revisionismo justifica sus lazos orgánicos con corrientes claramente revisionistas, declarando que nosotros las definimos como revisionistas por exageración fraccional, y que no es una definición marxista sino un epíteto. Su argumento es que el revisionismo se caracteriza por ser una, corriente del marxismo que refleja los intereses de la burocracia y la aristocracia obreras, y que en nuestra internacional nunca hubo burocracia. La mitad del razonamiento centrista es correcta: el revisionismo no existe sino cuando tras él hay fuerzas enemigas de las necesidades históricas de la clase obrera. Es erróneo cuando limita esas expresiones sociales solamente a la aristocracia y a la burocracia obrera.

Las corrientes revisionistas conocidas en la historia del marxismo no fueron todas producto de la burocracia que controla las organizaciones obreras. El bernsteinismo, el primer revisionismo, de fines del siglo XIX y comienzos del XX, no encontró inmediata y abiertamente su apoyo en esta burocracia, sino entre los intelectuales pequeñoburgueses que se habían unido al Partido Socialdemócrata alemán. Fue partiendo de allí como le proporcionó las armas “ideológicas” a la burocracia en formación. En nuestro propio movimiento, ocurrió la misma cosa con la corriente de Shachtman, con el antidefensismo: era una corriente intelectual pequeñoburguesa que cuestionaba todos los principios fundamentales de nuestro movimiento, porque reflejaba un sector de clase ajeno al movimiento obrero y a sus capas más explotadas. El revisionismo pablista y sus partidarios centristas tienen sus raíces en los mismos sectores, y, por la misma razón, tienen un método de razonamiento como el antidefensismo. Este último tiene en común con el revisionismo que ambos abandonan la defensa de los aspectos fundamentales de la herencia marxista revolucionaria. El antidefensismo abandona la defensa de la mayor conquista objetiva del movimiento obrero hasta la Segunda Guerra Mundial: el estado soviético, la URSS. Capitula ante el avance de la contrarrevolución, especialmente en los Estados Unidos. La característica del revisionismo moderno y lo que tiene en común con los antidefensistas es que, también él, es antidefensista, no de la URSS, sino de la IV Internacional, la más grande conquista subjetiva del proletariado mundial. Expresando así la presión de la burocracia sobre la IV Internacional, tiende a abandonar la posición principista de la revolución política, oscilando sin cesar entre las fuerzas presentes en ella (Berlín del este, primera y segunda fase de la revolución húngara), al igual que en la revolución nicaragüense, por ejemplo, osciló entre la dirección pequeñoburguesa y el proletariado, o en Afganistán entre la burocracia del Kremlin y la defensa de los derechos de las masas. Los antidefensistas de Rusia son revisionistas en la etapa de ascenso de la contrarrevolución, los antidefensistas de la IV Internacional, en la etapa del ascenso de la revolución. El “antidefensismo” y el revisionismo actuales tienen ambos el mismo método, a saber, utilizar el principio de identidad pero aplicándolo a etapas distintas.

Los antidefensistas de la URSS decían: el stalinismo contrarrevolucionario es producto de un avance de la contrarrevolución y la URSS es también contrarrevolucionaria como estado. Es decir, ponían un signo igual entre la dirección contrarrevolucionaria del estado obrero degenerado por la burocracia, y lo que funda al estado obrero mismo, las nuevas relaciones sociales edificadas por Octubre y que la burocracia amenaza, pero no puede liquidar; sin ver que se trata de fenómenos altamente contradictorios y que coyunturalmente hacen parte de un todo, el estado obrero degenerado. El

revisionismo del trotskismo actual pone un signo igual entre el avance de la revolución y las direcciones contrarrevolucionarias burocráticas. Dicen: como la revolución avanza, las direcciones que están a la cabeza del movimiento de masas, aunque sean burocráticas o pequeñoburguesas, avanzan también con ella, inexorablemente.

Este razonamiento, desde un punto de vista formal, tiene una lógica profunda: si los partidos oportunistas continúan dirigiendo empíricamente la revolución socialista internacional, ¿para qué ser sectarios intentando combatir a estos partidos, oponiéndoles los nuestros? Se niegan así a distinguir estos dos polos altamente contradictorios de la realidad contemporánea, que constituyen una unidad coyuntural, momentánea, poniendo un signo igual entre ellos: ascenso de la revolución es igual a transformación revolucionaria de la dirección pequeñoburguesa. La conclusión de este razonamiento, implícita o explícita, es que la IV Internacional ya no es necesaria, que puede transformarse en una Sociedad Fabiana internacional de la época revolucionaria. Así, los revisionistas son derrotistas con respecto a la IV Internacional, la hacen perder su razón de ser, la lucha intransigente contra las direcciones oportunistas durante el ascenso revolucionario, hasta la derrota definitiva del aparato contrarrevolucionario en el seno del movimiento de masas o en el estado obrero burocratizado.

Estos dos revisionismos, tanto el antidefensismo como el pablismo o la corriente centrista que lo encubre, tienen el mismo fundamento social: son obra de los dirigentes que no se forjaron en la prueba de las luchas del movimiento obrero, que fueron incapaces de colocarse en el punto de vista de los intereses del proletariado, que llegaron a la dirección como intelectuales. Este carácter de clase de las corrientes revisionistas explica su supervivencia y el papel centrista que jugó el otro matiz en beneficio del revisionismo. Todo el revisionismo, en sus distintos matices, tiene en común esta base de clase que los hace impresionistas ante el análisis de los “grandes acontecimientos”, tal como lo transmite la prensa burguesa o burocrática. A causa de esto, como todas las corrientes pequeñoburguesas, no cree en la clase obrera ni en sus luchas revolucionarias, ni en la IV Internacional. Por eso es que siempre busca atajos y sustitutos que nos eviten la tarea dura y terrible que tenemos que cumplir como combatientes intransigentes contra los aparatos burocráticos del movimiento de masas y como constructores de partidos trotskistas en todos los países del mundo.

Tesis XXXVIII.- El Comité Paritario reorganiza las fuerzas que resistieron al revisionismo

El revisionismo pablista no sólo provocó la más terrible crisis de nuestra Internacional, sino también una resistencia acrecentada. Desgraciadamente, esta resistencia no fue conducida por una dirección probada a escala internacional. No por eso la resistencia al curso revisionista ha sido menor, pero revistió un carácter nacional, regional, fragmentario.

Hubo diferentes partidos nacionales, o tendencias internacionales o regionales que resistieron al revisionismo. Es por eso que la historia de la resistencia al curso revisionista es una historia movida e íntimamente ligada al proceso de la lucha de clases.

El mérito histórico de haber sido la primera en darse cuenta de lo que significaba el pablismo como corriente revisionista, traidora a los principios del trotskismo, recae en la vieja sección francesa (el PCI, hoy OCI) que se lanzó prácticamente sola en una batalla principista. Rápidamente, los camaradas franceses fueron apoyados por la mayoría de los trotskistas latinoamericanos, a excepción de los camaradas bolivianos, enfeudados en el Secretariado Internacional y en el pablismo, entre los cuales hay que poner aparte a la corriente de Lora, que tenía una política abstencionista.

En Noviembre de 1953, el partido trotskista más prestigioso y que tenía la mayor tradición, el SWP de Estados Unidos, se unió a la batalla contra el revisionismo pablista, rompiendo de manera espectacular con él. Fue en ese momento cuando se fundó el Comité Internacional, para defender a nuestra Internacional del ataque revisionista del pablismo.

Sin embargo, el CI, bajo la influencia del SWP, nunca superó su carácter de simple frente único defensivo; incapaz de oponer una dirección fuerte y centralizada que condujera una batalla definitiva contra el revisionismo hasta expulsarlo de nuestras filas, reconstruyendo nuestra Internacional sobre bases militantes y de principios, el CI tuvo una vida casi vegetativa.

Los trotskistas latinoamericanos dieron una batalla sin tregua contra esta concepción del SWP. La esencia de la posición de la dirección del SWP era la de una Internacional o un CI federativos, de trotskismos nacionales.

A causa de esta concepción del SWP, el partido hegemónico en el seno del CI, el revisionismo no pudo ser derrotado, a pesar del hecho de que el CI agrupaba el 80% de las fuerzas trotskistas militantes del mundo. Esta política nacionalista del SWP se combinó con un reajuste en las posiciones

del pablismo en los años 56-59. Afirmando que la dirección pablista se había enmendado completamente ante la revolución húngara, y sobre todo consecuencia de la revolución cubana, la dirección del SWP se volcó a obtener una unificación con el SI pablista, sin reafirmar que era una tendencia claramente revisionista.

El SWP se apresuró a romper el CI, dispersando sus fuerzas y provocándole una seria crisis, justo en el momento en que el revisionismo estaba más débil. Gracias a la ruptura del Comité Internacional y a la reunificación de 1963, que condujo al nacimiento del Secretariado Unificado, se salvó al revisionismo pablista.

El acontecimiento de la lucha de clases que le permitió al SWP romper el Comité Internacional y hacerle el juego al pablismo, fue la revolución cubana, dirigida por una dirección pequeñoburguesa, no stalinista (el castrismo). Este acontecimiento provocó una profunda confusión en el seno del movimiento trotskista, y especialmente en las filas del CI. Este no supo responder de manera unitaria al nuevo fenómeno que, en su aspecto más general, coincidía con el análisis de Trotsky sobre las direcciones pequeñoburguesas que van más lejos de lo que quieren contra la burguesía. Lo que provocó esta confusión es que se trataba de una dirección no stalinista. Ninguna corriente del movimiento trotskista supo responder con una posición principista a este nuevo y complejo fenómeno. Nadie fue capaz de hacer el análisis principista global siguiente: con la expropiación de la burguesía, Cuba se transformó en un estado obrero, pero como esta revolución se hizo bajo la égida de una dirección pequeñoburguesa, profundamente nacionalista (aún cuando su nacionalismo revestía aspectos progresivos en ese momento), el nuevo estado obrero era burocrático desde su nacimiento. Por lo tanto, era necesario hacer la revolución política y construir un partido trotskista, puesto que el movimiento 26 de julio, en primer lugar, y el PC, luego, eran partidos pequeñoburgueses o burocráticos. En Otros términos, una dirección pequeño-burguesa no deja de serlo porque no sea stalinista, ni siquiera por ser anti-stalinista.

El fenómeno cubano se inscribe en la “hipótesis altamente improbable” del *Programa de Transición*, al igual que todos los otros estados obreros burocráticos de esta posguerra. Que la dirección cubana fuera o no stalinista, no era y no es más que un problema secundario. En el seno del CI, algunos, y entre ellos el SWP, subrayaban el carácter de estado obrero del estado cubano y el carácter revolucionario del castrismo, y que por lo tanto, no era necesario construir un partido trotskista. Otros negaban el carácter de estado obrero del estado cubano y subrayaban el carácter pequeñoburgués, oportunista de la dirección castrista y del movimiento 26

de julio, así como, la necesidad de construir un partido trotskista para combatirlos. El hecho de que el SWP rompiera con el CI, impidió que se definiera una posición correcta y principista sobre la revolución cubana y agravó la confusión generalizada. Para el pablismo, la revolución cubana representaba una magnífica ocasión para reforzar y reavivar su revisionismo y su negación de la necesidad de construir partidos trotskistas. El revisionismo encontraba allí la ocasión de transferir al castrismo la tarea de dirigir la revolución socialista que le había confiado anteriormente al stalinismo. Es decir, el revisionismo cambió de orientación, pero siguiendo siempre la misma vía: en los años 50, la revolución y la transformación en partidos revolucionarios pasaban por el stalinismo y por todos los aparatos burocráticos o nacionalistas del movimiento de masas mundial. En los años 60, cambio de dirección, los partidos revolucionarios serían dirigidos por el castrismo, ya que él mismo era una dirección revolucionaria. La ruptura entre la URSS y China, condujo al SI, durante un tiempo, a decir lo mismo con respecto al maoísmo.

Lo más grave es que el SWP aceptó totalmente esta revisión del programa y de los análisis trotskistas en lo que concierne al castrismo (aunque continuara oponiéndose al maoísmo, con razón, como una variante de stalinismo nacional, en el sentido analizado anteriormente).

Fue así como el SWP procedió a la unificación con el SI. Bajo la cobertura de numerosas afirmaciones correctas y del justo reconocimiento de Cuba como estado obrero, se escondía una capitulación profunda al castrismo y el abandono de la razón de ser trotskista, la imperiosa necesidad de construir un partido trotskista en Cuba y en el resto de América Latina para combatir a esa corriente pequeñoburguesa. La base política de la reunificación pasaba por un acuerdo revisionista: no combatir la dirección castrista como enemiga del trotskismo y del movimiento obrero.

Lo que quedó del CI después de la maniobra de división de parte del SWP, no supo responder con un análisis y una política globales al nuevo fenómeno, siendo esto consecuencia fundamental de su dirección healista. Le hicieron falta años para reconocer a Cuba como estado obrero burocrático, donde era necesaria la revolución política. Respondió al nuevo frente revisionista del SU con un análisis y una política confusos que reforzaron al SU en lugar de debilitarlo.

Los años 60 son los de una gran confusión en las filas trotskistas, confusión que le permitió al revisionismo recuperarse, ya que la falta de un análisis global correcto y consecuente le permitió llevar agua al molino de sus posiciones y de su política revisionista, no luchar en Cuba para construir el

partido trotskista que habría de dirigir la revolución política contra las direcciones pequeñoburguesas.

El nuevo ascenso revolucionario que comienza aproximadamente en 1968 obliga a las fuerzas que se reclamaban del trotskismo, tanto en el seno del SU como en el seno del CI, a responder. Es así como la gran huelga general de 1968 en Francia, el comienzo de la revolución política en Checoslovaquia en el mismo año, la primavera de Praga, el ascenso revolucionario en América Latina, especialmente en el Cono Sur, así como la increíble lucha del pueblo vietnamita contra la invasión yanqui y su repercusión en el seno mismo de Estados Unidos, con un gran movimiento de masas para lograr la vuelta de los soldados norteamericanos de Vietnam, polarizaban las fuerzas y se encontraban en el origen de una lucha interna muy fuerte, tanto en el seno del SU como en el del CI. En el seno del SU, a partir de 1969, se abre una lucha de tendencia, primero, y de fracción, después, entre la mayoría del SU y lo que se convertiría en la FLT, que condujo a la fuerzas del SU, en numerosas ocasiones, al borde de a ruptura. Comenzada como una batalla (en 1969, en el IX Congreso Mundial) contra a estrategia guerrillera del SU para América Latina, se demostró rápidamente que no se trataba de una simple discusión coyuntural sino principista, que abarcaba todos los problemas de método y de programa de nuestra Internacional. Como siempre, lo que se encontraba en el centro del debate era el problema de la necesidad imperiosa de construir partidos trotskistas que combatieran sin misericordia las corrientes oportunistas en el seno del movimiento de masas. Al igual que durante los años 50 y 60, el revisionismo continuará capitulando, abandonando la lucha por construir partidos trotskistas, pero esta vez, para apoyar a la guerrilla guevarista latinoamericana y sus adeptos europeos, la otra cara pequeño burguesa del oportunismo castrista.

A medida que el combate contra la mayoría revisionista del SU se desarrollaba y que se producían nuevos acontecimientos fundamentales de la lucha de clases, la FLT misma comenzó a dividirse entre un ala oportunista, que tendía a la colaboración con la mayoría del SU a pesar de sus aparentes posiciones antagónicas, y un ala que intensificaba cada vez más la lucha intransigente contra el revisionismo. La voluntad de liquidación del combate anterior de la TLT estaba encarnada en la nueva dirección del SWP. El hecho de que se tratara de una nueva dirección representa un hecho cualitativo, que no exime para nada a la vieja dirección de su responsabilidad en cuanto a su política ante Cuba y el CI. La vieja dirección era trotskista, pese a que tuviera serias desviaciones nacional-trotskistas, pero de todas maneras reflejaba una tradición trotskista y proletaria. La nueva dirección, salida del movimiento estudiantil por sus

características propias, más vulnerable a los defectos impresionistas y sustitutistas que señalan igualmente el método de la vieja y la nueva dirección revisionista europea. Debía, subordinándose completamente a la política castrista (lo que sanciona el Congreso de 1979 y su actitud ante la revolución nicaragüense), transformarse en punta de lanza de la nueva ofensiva liquidadora del revisionismo.

En el seno mismo del SU dos tendencias se oponen frontalmente entonces a ese curso liquidador del revisionismo pequeñoburgués de la dirección del SWP, la FB y la TLT. Dejando de lado las diferencias secundarias ligadas a su historia anterior estas dos tendencias se unieron para combatir el curso de capitulación de la dirección del SWP. Este se había comprometido a liquidar la lucha intransigente de la FLT contra la mayoría del SU y a hacer un frente sin principios con este último, avalando así su método, su política y su programa revisionistas.

En el seno del CI hubo un fenómeno similar: la ruptura del CI y el nacimiento del CORCI son fenómenos paralelos a la crisis del SU y al nacimiento y a la crisis de la FLT, que obedecen a la misma razón, al ascenso de la revolución mundial. En este caso, el sector healista jugó el mismo papel revisionista nacionalista que el SWP en el seno de la FLT. No es causal que hoy en Nicaragua las posiciones del SWP y del healismo coincidan como dos gotas de agua. El CI se dividió en dos, un ala nacionalista sectaria que se transformó rápidamente, al igual que el SWP, en oportunismo rematado, y la otra ala, dirigida por la OCI, que defendió de manera intransigente los principios trotskistas.

El nuevo desarrollo de la revolución mundial con los grandes triunfos revolucionarios en Irán y Nicaragua y el ascenso en general en América Latina, hacen definitivamente estallar al SU. Para sostener al FSLN de manera incondicional después de la caída de Somoza, el SU traicionó abiertamente los principios más elementales del trotskismo como la defensa incondicional de todo militante social o político perseguido por un gobierno burgués, y en este caso, de los militantes trotskistas. La lucha sistemática contra todo gobierno burgués; la lucha en el seno de las filas del movimiento obrero por la independencia de clase, combatiendo de manera intransigente a las direcciones pequeñoburguesa, como el FSLN, la tarea permanente de la IV Internacional de construir partidos trotskistas en todos los países del mundo. Este ataque creó inmediatamente un frente único principista del CORCI, de la TLT y de la FB que organizaron la defensa unificada de los principios trotskistas. Desde el comienzo, los componentes del Comité Paritario son concientes de que no hay que repetir los errores

del CI y que es necesario llegar a un programa claro y a una dirección centralizada para derrotar al revisionismo.

Tesis XXXIX.- Actualidad de la teoría de la revolución permanente y de la ley del desarrollo desigual y combinado

Así como se impone reivindicar más que nunca el *Programa de Transición* y el trotskismo, debemos hacer lo mismo con la teoría de la revolución permanente.

Esas tesis, escritas en 1929, que son el fundamento del programa de la IV Internacional, no podían incluir, evidentemente, el progre de la revolución política, a pesar de que éste es parte integrante de la teoría de la revolución permanente que se alza contra la “teoría” del socialismo en un solo país.

Frente a la nueva realidad histórica que representa la existencia de nuevos estados obreros burocráticos, la revolución política hace parte de la revolución socialista mundial, así como el análisis de los procesos de conducen a las “revoluciones de febrero”.

Fue sobre la base y en aplicación de los principios de la revolución permanente, que Trotsky y la IV Internacional analizaron la degeneración del primer estado obrero. La unidad mundial de la lucha de clase y el combate por la revolución proletaria internacional, integran la revolución social en los países imperialistas y en los países atrasados, y la revolución política en los estados obreros burocráticos. El combate revolucionario en los países imperialistas y en cada país imperialista, en los países atrasados y en cada país atrasado, por la conquista del poder, pasa por el combate contra los aparatos burocráticos contra-revolucionarios. Así mismo, el combate revolucionario en los países donde la burguesía ha sido expropiada sobre el programa y las consignas de la revolución política, pasa por el combate contra las burocracias contra-revolucionarias a escala mundial y en cada país.

Es por medio de la movilización revolucionaria de las masas y de la expropiación de la burguesía como pueden cumplirse las tareas de la revolución mundial, que incluye las tareas democráticas en los países atrasados y también en los países avanzados. Los procesos revolucionarios del movimiento de masas en los países atrasados, que implican que, en las primeras etapas de la revolución, las masas constituyan en forma más o menos desarrollada una situación de doble poder (revolución de febrero), no podrían llevarse a cabo sin la expropiación de la burguesía. Hemos analizado en las tesis precedentes procesos tales como los que se desarrollaron en la posguerra, en Cuba o en China.

Esto confirma plenamente la teoría de la revolución permanente, es decir, que solo mediante la expropiación de la burguesía pueden realizarse enteramente las tareas democráticas. Hemos analizado como, en el *Programa de Transición*, elaborado de un extremo al otro sobre la teoría de la revolución permanente, Trotsky y la IV Internacional nos dieron los medios para comprender los procesos revolucionarios que condujeron a la constitución de gobierno “obrero y campesino”, prefacio de la formación de estados obreros burocráticos, por la expropiación de la burguesía y los terratenientes.

Aquello que se consideraba como excepcional (lo analizamos) tomó un alcance y una dimensión más amplios, y a nuestro movimiento después de la guerra le costó infinitamente comprenderlo. Pero lo importante es que la “posibilidad teórica” considerada por Trotsky como expresión de la teoría de la revolución permanente, fue percibida y fundada con base en los principios por el programa de la IV Internacional.

La teoría de la revolución permanente es la teoría de la revolución socialista internacional, que combina diferentes tareas, etapas y tipos de revolución, pero todas excluyen que esas tareas puedan ser realizadas sin la expropiación de la burguesía en la marcha hacia la revolución mundial.

Con estas combinaciones inesperadas, aunque el proletariado y las masas trabajadoras fueron trabados en su marcha hacia nuevos “Octubres” por los aparatos burocráticos y por la debilidad del factor stibletivo, se produjeron importantes éxitos de la revolución socialista mundial.

Se expropió, en muchos países a los explotadores nacionales y extranjeros, a pesar del hecho de que la dirección del movimiento de masas continúe entre las manos de los aparatos y las direcciones oportunistas y contrarrevolucionarias.

Reconocemos estos hechos, y denunciarnos la interpretación revisionista que se hace de ellos para negar el carácter de clase y político de la teoría de la revolución permanente. Fue así como surgió toda una teoría revisionista; la del sustitutismo de Deutscher, según la cual los partidos comunistas simbolizan a la clase obrera; ellos tomaron el poder y (de hecho) son los partidos revolucionarios. Niega que la clase obrera haya intervenido en el proceso revolucionario, y afirma que serían los partidos stalinistas los que “hicieron la revolución”. Niega el hecho de que, en el proceso que condujo a los partidos pequeñoburgueses, incluidos los stalinistas, a ir más lejos en la ruptura con la burguesía, tuvo lugar en todas partes “esta combinación

excepcional de circunstancias”, incluida la movilización de las masas, aunque esta movilización fuera entorpecida, controlada por los aparatos; Trotsky se habría equivocado; según Deutscher, al no señalar que una clase puede ser reflejada por “su” partido burocrático. No se habría dado cuenta de que muchos partidos comunistas eran “revolucionarios”. Con esta crítica contra Trotsky, Deutscher pretende rectificar la tesis de la revolución permanente. Deutscher es un “teórico” que capituló ante los aparatos, y, más particularmente, al aparato stalinista. Se niega a comprender los procesos del movimiento de masas que conducen a situaciones de doble poder (revoluciones de febrero). Se niega a admitir que direcciones oportunistas pueden verse obligadas, por la presión del movimiento de masas, yendo más lejos de lo que querían, a expropiar a la burguesía, Deutscher fue el primer teórico del revisionismo después de que abandonó la IV Internacional.

La dirección del SWP se embarcó en otro ataque contra la teoría trotskista de la revolución permanente. Para esta nueva teoría del SWP, el proletariado y el trotskismo ya no son necesarios para un desarrollo continuo de la revolución permanente. Son, a lo sumo, un ingrediente más. La nueva teoría de la revolución permanente de la actual dirección del SWP, es la teoría de los movimientos unitarios progresistas de los oprimidos, y no del proletariado y del trotskismo. Todo movimiento de oprimidos (si es unitario y concierne al conjunto de los oprimidos aún de clases diferentes) es, por sí mismo, cada vez más permanente y conduce inevitablemente, sin diferenciaciones clasistas o políticas, a la revolución socialista en un país e internacional.

Esta concepción fue expresada particularmente en relación al movimiento negro y de la mujer. Todas las mujeres son oprimidas, al igual que todos los negros. Si se reúne en un movimiento de conjunto de todos estos “sectores” oprimidos, esta movilización no se detendrá, y los conducirá a través de diferentes etapas a hacer una revolución socialista. Para el SWP, la revolución socialista es una combinación de diferentes movimientos masivos (sin diferencias de clase) de similar importancia: el movimiento negro, femenino, obrero, juvenil, de viejos que llegan casi pacíficamente a la victoria del socialismo. Es la teoría de Bernstein combinada con la negación de la revolución permanente. Esta última hace del proletariado, en alianza con todas las capas explotadas y oprimidas, el agente de la revolución proletaria, proceso único y diferenciado de la revolución social en los países imperialistas y en los países atrasados y de la revolución política en los países donde la burguesía ha sido expropiada. Esta teoría del SWP se convierte rápidamente en un humanismo anticlasista, que reivindica la praxis como categoría fundamental, en oposición a la lucha de

clases como motor de la historia. El SWP, en su apreciación del GRN en Nicaragua, extendió y agravó aún más su concepción revisionista, aclasista y apolítica de la teoría de la revolución permanente. Frente al SWP, debemos reivindicar más que nunca el carácter clasista y trotskista de la revolución permanente. Ningún sector burgués nos seguirá en el proceso de la revolución permanente. En algunas coyunturas excepcionales, cuando la acción no cuestiona a la burguesía y la propiedad privada, podrán marchar juntos los jóvenes burgueses y obreros, las mujeres, burguesas y obreras, los negros, oportunistas y revolucionarios. Pero esta marcha común, será excepcional y no permanente. Continuamos defendiendo de manera intransigente la esencia y la letra de las tesis de la revolución permanente: sólo el proletariado dirigido por un partido trotskista, puede llevar hasta el final, de manera consecuente, la revolución socialista internacional; por lo tanto, la revolución permanente. Solo el trotskismo puede impulsar la movilización permanente de la clase obrera y sus aliados, principalmente la de la clase obrera.

La teoría de la revolución permanente se enriquece con el más extraordinario instrumento de investigación y de elaboración política y teórica que nos ha dejado el marxismo: la teoría del desarrollo desigual y combinado. El impulso del movimiento de masas, combinado con la crisis de la dirección revolucionaria, dio lugar a combinaciones no previstas en detalle por nuestro movimiento (y que no podían ser previstas). Pero esas combinaciones confirman no solo que el proceso de la revolución permanente existe, sino que es tan poderoso que está en la base de esta combinación, confirmando la ley del desarrollo desigual y combinado.

La teoría de la revolución permanente es la teoría de la revolución mundial levantada contra la pseudo-teoría contra-revolucionaria del “socialismo en un solo país”. Es la teoría de la revolución mundial (que integra la revolución proletaria en cada país imperialista y atrasado y la revolución política) que abre la marcha hacia la construcción de la sociedad sin clases y sin estado, y su fundamento es la expropiación de la burguesía. Pero todas las victorias logradas por la revolución, especialmente después de la guerra, no arreglaron el dilema que se le plantea a la humanidad: socialismo o barbarie. Las burocracias, pasadas definitivamente al lado del orden burgués, con la política contrarrevolucionaria de coexistencia pacífica, son no solo obstáculos para el avance de la revolución mundial, sino que amenazan peligrosamente todas las conquistas del proletariado, todos los logros de la revolución que constituyen la expropiación de la burguesía en un tercio del globo. Los procesos de la revolución mundial sólo pueden cumplirse sobre la línea de la teoría de la revolución

permanente. Solo los partidos comunistas leninistas, sección de la IV Internacional, pueden llevar a cabo la revolución mundial.

Tesis XL.- Ha llegado la hora de la IV Internacional

A pesar de todos los éxitos revolucionarios, la humanidad está al borde del precipicio. El marxismo y el trotskismo han señalado que bajo el régimen imperialista, en el caso en que la crisis de dirección del proletariado no se resolviera, está planteada para la humanidad la caída en la barbarie, en un nuevo régimen de esclavismo, como continuación del régimen imperialista. Solo el socialismo permitirá al mundo superar la necesidad y entrar al mundo de la libertad. O conoceremos un modo de explotación y de miseria, creciente, la degeneración de la humanidad en la barbarie, o entraremos por el socialismo en el mundo de la libertad.

Los enormes medios de destrucción desplegados por el imperialismo hacen que el peligro al cual debe hacer frente la humanidad se haya agravado. Ya no se trata solo de la caída en la barbarie sino de la posibilidad de que el globo terrestre se transforme en un desierto sin vida a causa del degeneramiento genético provocado por los nuevos armamentos. Frente a estos peligros, ni la burocracia ni los aparatos ofrecen salida. Muy por el contrario, con su subordinación al imperialismo, contribuyen a conducir a la humanidad al borde del precipicio. La única manera de evitarlo es liquidando las fronteras nacionales, la dominación imperialista y la propiedad privada capitalista. No hay otro método más que la movilización permanente del proletariado mundial y la unificación de sus luchas con este fin. Pero la liquidación de las fronteras nacionales, del imperialismo y de la propiedad privada capitalistas por la revolución y la movilización permanente del proletariado y sus aliados, sólo puede ser planteada por una organización: la IV Internacional; y no es defendida sino por una corriente del movimiento obrero, el trotskismo. Es por esto que a pesar de nuestra extrema debilidad, la alternativa es clara. Ya no se trata de socialismo o barbarie sino de holocausto o trotskismo.

Los trotskistas agrupados en el Comité Paritario estamos orgullosos de haber sido los que; en la crisis de disgregación de la IV Internacional, abierta por el revisionismo pablista y agravada por la ofensiva liquidadora de 1979 supimos combatir para mantenernos en el terreno de la IV Internacional y defender su programa. Las corrientes constitutivas del Comité Paritario agrupan a los dos tercios de los militantes que se reclaman del trotskismo y de la IV Internacional en el mundo. Somos perfectamente conscientes de que el trotskismo es incompatible con el revisionismo que ha campeado durante tres décadas en nuestro movimiento. Somos conscientes de que el revisionismo jugó su papel al servicio de los aparatos contra-

revolucionarios que controlan, desvían e intentan aplastar al movimiento de masas. El revisionismo jugó su papel disgregador intentando impedir por todos los medios, que la Internacional y sus partidos se transformen en auténticos partidos trotskistas con influencia de masas. Nada demuestra mejor el papel del revisionismo que su traición ayer en Bolivia, que su ofensiva liquidadora en Nicaragua, que su adaptación al frentepopulismo en Perú o en El Salvador hoy.

Además, como lo demuestran estas tesis, aplicamos de manera consecuente el método vivo, rico, marxista del *Programa de Transición*, sin abandonar ninguno de los principios que caracterizan a nuestra Internacional y que la realidad ha confirmado, para observar los nuevos fenómenos y enriquecer nuestros propios programas y análisis. Y actuando así no traicionamos ninguno de nuestros principios, no capitulamos ante los aparatos contrarrevolucionarios, no les otorgamos ninguna misión histórica. Al contrario, continuamos denunciándolos sistemáticamente como agentes de la contrarrevolución en las filas del movimiento obrero.

Por otra parte, creemos más que nunca en el centralismo democrático. Creemos en el único centralismo democrático auténtico, el que está basado en un programa revolucionario, el programa del trotskismo, el *Programa de Transición*. No aceptamos jamás que un pretendido centralismo democrático sea, puesto al servicio de la revisión del trotskismo y de la liquidación de la IV Internacional, al igual que denunciarnos toda combinación de tipo federativo para estructurar un frente sin principios contra el trotskismo.

Es por esto que la Conferencia del Comité Paritario se da como tarea avanzar en el sentido de la reconstrucción de un verdadero centralismo democrático de la IV Internacional, destruido después de la crisis provocada por el revisionismo pablista en 1951. Reivindicamos no sólo al *Programa de Transición*, sino la organización bolchevique de nuestra Internacional a escala mundial, como fue una característica en vida de Trotsky y en el curso de los diez años que siguieron a su asesinato.

Que queremos reconstruir nuestra Internacional sobre estas bases programáticas y organizativas no quiere decir que dejemos librados a su suerte a todos los grupos, tendencias y militantes que se reclaman del trotskismo, pero que la confusión provocada por el revisionismo mantiene todavía alejados de nuestras filas. Somos concientes de que todos cometimos errores. Pero esos errores no tienen otra explicación que la crisis de disgregación de nuestra Internacional provocada por el revisionismo. Marxistas, defensores de la unidad mundial de la lucha de

clases, y por lo tanto de la Internacional, todos fuimos marcados por los efectos de su disgregación, tanto los que formamos parte del Comité Paritario como los que no. Es por esto que no pretendemos dejar librados a su suerte y a los efectos nefastos de la dispersión o del aislamiento nacional a ningún militante u organización que se reclame del trotskismo. Al contrario, la reconstrucción de la IV Internacional significa también que, lejos de limitarnos a una actitud defensiva de los principios y del *Programa de Transición*, pretendemos tener una actitud ofensiva tendiente a derrotar definitivamente al revisionismo, a través de la unidad de acción y el debate sin condiciones con todos los que, cualesquiera que sea su posición, se reclaman de la continuidad del programa de la IV Internacional y consideran indispensable la unidad del trotskismo. Es por esto que hacemos un llamado fraternal a todos los camaradas organizaciones que estén dispuestos a discutir con nosotros y a emprender acciones comunes sobre la base del trotskismo. Es por esto que seremos los mayores defensores de cada posibilidad de una acción común de los que se reclaman de la IV Internacional. Es así como cada día se afirmará un poco más en la lucha de clases la necesidad imperiosa de una sola organización trotskista en el mundo y en cada país: la IV Internacional reconstruida, la verdadera Internacional trotskista. Esta es la única manera de delimitar en la práctica los campos y de permitir a la IV Internacional eliminar de sus filas al revisionismo que se había instalado en ella bajo diversas variantes.

Tesis XLI.- Sobre la constitución de la IV Internacional (Comité Internacional)

Proponemos a la Conferencia Internacional constituirse en IV Internacional (Comité Internacional) por las razones siguientes:

1. Nuestro combate es el mismo combate que el emprendido en 1950-53 y que dio lugar a la formación del Comité Internacional de la IV Internacional en 1953.
2. La liquidación del Comité Internacional de la IV Internacional tuvo como causa la capitulación de la dirección del SWP de Estados Unidos, que se negó a emprender el combate por extirpar de la IV Internacional al revisionismo liquidado y que finalmente se alineó con él. La liquidación del Comité Internacional asestó un golpe suplementario a la IV Internacional y sus secciones cuya crisis profundizó.
3. La constitución de IV Internacional (Comité Internacional) significa que proseguimos el combate emprendido en 1953, puesto que es este combate el que, cualesquiera que hayan sido las dificultades, los diversos episodios, las distintas vías utilizadas, permitió salvar (contra el revisionismo) la IV

Internacional, asegurar su continuidad y que hoy esté reunida en una organización internacional única la gran mayoría de las fuerzas trotskistas del mundo entero y las dos corrientes históricas que resistieron y combatieron contra el revisionismo pablista liquidador.

4. La constitución de IV Internacional (Comité Internacional) no significa que la tarea de reorganización (reconstrucción) de la IV Internacional esté terminada; significa que queremos realizar lo que, por error del SWP de Estados Unidos, el Comité Internacional de 1953 no realizó: expulsar de las filas de la IV Internacional al revisionismo liquidador, formar en el curso de este combate una nueva dirección de la IV Internacional, y acabar su reorganización (reconstrucción).

La constitución de la IV Internacional (Comité Internacional) significa, por lo tanto, que desde ahora el revisionismo liquidador ha sufrido una profunda derrota, que se afirman las condiciones de su dislocación y su derrota total. La constitución de la IV Internacional (Comité Internacional) significa que se ha reconstituido sobre una base de principios, una organización internacional que asegura la continuidad de la IV Internacional proclamada en 1938, reorganizada al final de la II Guerra Mundial y que el revisionismo dislocó en 1950-53. En la coyuntura actual, el desarrollo de la lucha de clases mundial abre la posibilidad de la reconstrucción, en múltiples países, de partidos, secciones de la IV Internacional, que tengan una influencia de masas. Esos partidos sólo podrán ser contruidos en los marcos y con el impulso de la Cuarta Internacional (Comité Internacional).

Notas bibliográficas

PREFACIO

1. Trotsky, L: “El carácter de clase del estado soviético”, en *Escritos*, T. VII, v. 2, Pluma, Bogotá, 1979, pp. 334-335.

Capítulo 1

1. Marx, C.: *Contribución a la crítica de la economía política*, Oveja Negra, Medellín, 1968, pp. 3-4.

Capítulo II

1. Cfr. Correspondencia Marx-Engels.

2. Marx. C. y Engels, F.: *Manifiesto del Partido Comunista*, Progreso, Moscú. 1976, pp. 39-40.

3. Idem, p. 44.
4. Trotsky, L.: *El Programa de Transición*, Pluma, Bogotá. 1977, pp. 7 y 55.
5. Idem. p. 10.
6. Lenin. VI.: *La bancarrota de/a II internacional*, Ciencias Sociales, (Ediciones Políticas). La Habana. 1977. pp. 13-14.
7. Trotsky, L.: “Manifiesto de Emergencia”, *Escritos*. Ob. cit., T. XI, V. 2, pp. 297-298.
8. Trotsky, L.: “Una vez más. ¿adónde va Francia?. en *¿Adónde va Francia?*, Pluma, Buenos Aires, 1974, p. 62.
9. Marx, C. y Engels, F.: *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, Montevideo, 1968, p. 81.
10. Trotsky. L.: “Los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular”, en *La revolución española*. Fontanella. Barcelona. 1977, vol. 2, p. 173.

Capítulo III

1. Trotsky, L.: *El Programa de Transición*, ob. cit., p. 32.
2. Idem, p. 34.
3. Idem, pp. 34-35.
4. “Resolución sobre la táctica” del Cuarto Congreso, en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Cuadernos de Pasado y Presente, Argentina, 1973. pp. 188 y 187.
5. Trotsky, L. “La revolución española y las tareas comunistas”, en *La Revolución española*, ob. cit., vol. 1 pp. 81 -82.
6. Trotsky, L. “Carla al SI” (deI 13 de julio de 1931 en *La revolución española*, ob. cit., vol. 1, p. 188.
7. Lenin, VI.: “El problema nacional en nuestro programa”, en *Obras Completas*, Cartago, Buenos Aires, 1969, T. VI, p. 482.
8. Lenin, VI.: “Séptima conferencia (de abril) de toda Rusia del POSDR”, discurso sobre el problema nacional del 20 de abril de 1917, en *Obras Completas*, ob. cit., vol. XXV, p. 260,
- 9 Trotsky L.: “Los soviets y el problema de la balcanización” (Carta a Nin del 1 de septiembre de 1931) en *La revolución española*, ob, cit, vol, 1, pp. 207-208.
10. Lenin, VI: “Liberales y demócratas en el problema de los idiomas”, en *Obras Completas*, ob. cit., vol. XX, p. 106.

Capitulo V

1. Trotsky, L.: *El Programa de Transición*, ob. cit., pp. 43 y 46.
2. Idem, pp. 46-47,
3. Idem, p. 47.
4. Idem, p. 43.

Capítulo VI

1. Trotsky, L.: *Sobre los sindicatos*, Pluma, Bogotá, 1977, p. 136.
2. Trotsky, L.: *El Programa de Transición*, ob. cit., p. 14.
3. Idem, p. 11.
4. *Discusiones con Trotsky sobre el Programa de Transición*, Bandera Socialista, México, s/f., p. 53.
5. Trotsky. L.: “El fascismo y las consignas democráticas”, en *Escritos*, ob. cit., T. IV., vol. 2, p. 446.
6. Trotsky, L.: “¿Y ahora?”, en *La lucha contra el fascismo en Alemania*, Pluma, Buenos Aires, 1973, p. 113.
7. Idem, p. 149.

Edita: GRUPO GERMINAL
(en defensa del marxismo)

Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es
Visita nuestra página: www.grup-germinal.org